



El pobre Goriot
Honoré de Balzac

Lectulandia

París, 1817. En una pensión «de clase media», regentada con economía por una viuda, coinciden los desechos de la sociedad parisina y los jóvenes que sueñan con entrar en ella. En el último piso, el más barato, viven puerta por puerta un anciano que amasó una fortuna fabricando fideos y que, habiendo casado espléndidamente a sus hijas, ahora es menospreciado por ellas, y un estudiante de provincias que apenas tiene para unos guantes amarillos con los que triunfar en un baile. Un tercer huésped, el misterioso Vautrin, que detecta la ambición del estudiante, le propone un tortuoso crimen que podría enriquecerlo de la noche a la mañana.

El pobre Goriot (1835), una de las novelas más justamente célebres de la historia de la literatura, enfrenta a dos hombres en los dos extremos de la vida: el anciano que la concluye en la ingratitud y la ruina y el joven que se abre a ella resistiéndose a aceptar que habrá de elegir entre la virtud y la corrupción. «¡Ay, sépalo el lector, este drama no es una ficción ni una novela! —dice Balzac en las primeras páginas—. *All is true*, ¡es tan verdadero que todos pueden reconocer los elementos que hay en él en su casa y quizá en su corazón!».

Lectulandia

Honoré de Balzac

El pobre Goriot

ePub r1.0

Daruma 27.10.13

Título original: *Le père Goriot*
Honoré de Balzac, 1835
Traducción: María Teresa Gallego Urrutia
Diseño de portada: Daruma

Editor digital: Daruma
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

NOTA AL TEXTO

Balzac comienza a escribir *Le père Goriot* en el otoño de 1834, cuando está empezando a concebir el esquema general de lo que había de ser *La comedia humana* y el proyecto de los personajes que vuelven a aparecer de un libro a otro. Se publica en cuatro entregas en *La Revue de Paris*, el 14 y el 28 de diciembre de 1834 y el 18 de enero y el 1 de febrero de 1835. El 11 de marzo de ese mismo año aparece en forma de libro.

Para la presente versión castellana de *Le père Goriot* hemos usado la primera edición de *La comedia humana*, llamada *édition Furne*, que se publicó entre 1842 y 1845. No obstante, hemos conservado la división en cuatro capítulos que aparece en algunas ediciones posteriores.

La traducción del título de esta novela ha constituido siempre un problema al que se han dado diversas soluciones.

La dificultad reside en la doble acepción de la palabra *père*, que permitió a Balzac definir ya desde el título la esencia del personaje: por una parte, su ontológica, extremosa, irredenta condición de padre y, por otra, su descenso en la escala social, pasando del respetuoso tratamiento de *monsieur* al popular y un sí es no es despectivo de *père* según se va empobreciendo, y por culpa de sus hijas precisamente.

En nuestra opinión es imposible, por mucho empeño que se le eche, trasladar adecuadamente lo antedicho al castellano recurriendo a la palabra «padre» –o alguna variante– o echando mano de algún tratamiento popular que no es, por lo demás, equivalente al francés sino de forma tangencial.

Nos pareció, en cambio, por demás atinada la opción de traductores ingleses y catalanes que, prescindiendo de la letra, decidieron recoger, con otros recursos, el espíritu. Tras los pasos de quienes optaron por *Old Goriot* o *El vell Goriot*, pero no queriendo renunciar a un título polisémico, hemos optado por *El pobre Goriot*.

A pobre, a paupérrimo, llega Goriot, comerciante retirado con muy buen pasar al principio, por su condición de padre, efectivamente, y no por otros motivos. Y «pobre» es una forma condescendiente de referirse a una persona a quien se quiere hacer de menos; de hecho, tanto el narrador cuanto los personajes de la novela lo hacen así con frecuencia: *le pauvre homme*, junto con *le bonhomme*, otro apelativo del mismo tenor. Pobre es, pues, Goriot, a la postre, tanto en condición y consideración social cuanto en bienes terrenales. Y rico en desventuras. Y todo ello por su paternidad.

Vaya, pues, esta nueva versión castellana de *Le père Goriot* también con nuevo título, que no supone en modo alguno enmienda ni menoscabo de ningún otro –la cuestión era ardua, y lo sigue siendo, y es harto posible que con el tiempo aparezcan

otras propuestas–; es, sencillamente, el fruto de largas cavilaciones y animados debates que compartieron la traductora y el director de la colección.

MARÍA TERESA GALLEGO URRUTIA

Al grande e ilustre Geoffroy-Saint-Hilaire
en testimonio de admiración por sus trabajos y su genio.

DE BALZAC

CAPÍTULO I

UNA CASA DE HUÉSPEDES DE CLASE MEDIA

La señora Vauquer, de soltera De Conflans, es una anciana que lleva cuarenta años regentando una casa de huéspedes de clase media sita en la calle Neuve-de-Sainte-Geneviève, entre el Barrio Latino y el Faubourg Saint-Marceau. Dicha casa de huéspedes, que es conocida con el nombre de Casa Vauquer, acepta tanto a hombres como a mujeres, a personas jóvenes y ancianas, sin que nunca se hayan metido las malas lenguas con las costumbres de ese respetable establecimiento. Pero también es cierto que hace treinta años que no se había visto en ella a muchacha alguna y que, par que viva allí un joven, muy frugal ha de ser el subsidio con que lo abastece su familia. No obstante, en 1819, época en la que empieza este drama, vivía allí una muchacha pobre. Por mucho que esa forma abusiva y retorcida con que se ha prodigado en estos tiempos de dolorosa literatura haya desacreditado la palabra «drama», no queda más remedio que usarla aquí: no porque esta historia sea dramática en el sentido propio de la palabra, pero entra dentro de lo posible que, una vez concluida la obra, alguien haya vertido unas cuantas lágrimas *intra muros* y *extra*. ¿Habrán quien la entienda fuera de París? Es lícito dudarlo. Las peculiaridades de este escenario colmado de observaciones y color local no pueden valorarse sino entre los altos de Montmartre y los de Montrouge, en ese ilustre valle de materiales deleznable siempre listos para venirse abajo y de arroyos negros de barro; valle colmado de padecimientos reales, de alegrías, falsas con frecuencia, y tan terriblemente convulso que se necesita algo, a saber qué, un algo desorbitado, para que nazca una sensación que dure un poco. No obstante, existen acá y acullá sufrimientos que la aglomeración de los vicios y las virtudes convierte en grandes y solemnes: al verlos, los egoísmos y los intereses se detienen y se compadecen; pero la impresión que les causan es como de una fruta sabrosa y comida ávidamente a no mucho tardar. El carro de la civilización, semejante al del ídolo de Jaggernat^[1], al que apenas demora algún corazón menos fácil de triturar que los demás y que le traba la rueda, no tarda en quebrarlo y prosigue su marcha triunfal. Así harán los lectores, quien sostenga este libro con mano blanca, quien se arrellane en un sillón mullido diciéndose: «A lo mejor me entretiene». Tras haber leído los secretos infortunios del pobre Goriot, cenará con apetito, achacando la insensibilidad propia al autor, tildándolo de exagerado, acusándolo de poesía. ¡Ay, sépalo el lector, este drama no es ni una ficción ni una novela! *All is true*, es tan verdadero que todos pueden reconocer los elementos que hay en sí y quizá en su corazón.

La vivienda donde está el negocio de la citada casa de huéspedes de clase media

pertenece a la señora Vauquer. Se halla en la parte baja de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en el punto en que el terreno desciende hacia la calle de L'Arbalète con una cuesta tan repentina y ruda que pocas veces la suben o la bajan los caballos. Tal circunstancia propicia el silencio que reina en esa aglomeración de calles entre el domo de Le Val-de-Grâce y el domo de Le Panthéon, dos monumentos que alteran las condiciones de la atmósfera dándole tonos amarillos, ensombreciendo todo con los colores severos que proyectan sus cúpulas. Allí están secos los adoquines, los arroyos no llevan ni barro ni agua, la hierba crece siguiendo la línea de las paredes. El hombre más despreocupado se entristece, como todos los demás transeúntes, el ruido de un carruaje se convierte en un acontecimiento, las casas son lóbregas y los muros huelen a cárcel. Un parisino extraviado sólo vería en ellas casas de huéspedes de clase media o instituciones de la miseria o del hastío, de la vejez que se muere, de la alegre juventud obligada a trabajar. No hay barrio de París que sea más espantoso ni, también hay que decirlo, más desconocido. La calle Neuve-Sainte-Geneviève sobre todo es como un marco de bronce, el único que entona con este relato, en que no hay que escatimar, para aprontar la inteligencia, los tonos pardos y las ideas adustas; de la misma forma que, de peldaño en peldaño, la luz disminuye y la cantilena del guía suena a hueco cuando el viajero baja a las Catacumbas. ¡Comparación atinada! ¿Quién decidirá qué es más espantoso ver, unos corazones resecos o unas calaveras vacías?

La fachada de la casa de huéspedes da a un jardincillo, de forma tal que el edificio hace ángulo recto con la calle Neuve-Sainte-Geneviève, donde puede verse el corte en profundidad. Siguiendo esa fachada, entre la casa y el jardincillo, se extiende una hondonada de grava de unos dos metros, ante la que hay un paseo enarenado que bordean geranios, adelfas y granados plantados en jarrones grandes de cerámica azul y blanca. Se entra en el paseo por una puerta ni principal ni de servicio que remata un rótulo en que pone: «Casa Vauquer», y debajo: «Casa de huéspedes para ambos sexos y más». Durante el día, un cancel, provisto de una campanilla chillona, permite vislumbrar, al final del breve enlosado, en la pared opuesta a la calle, un arco que pintó de mármol verde un artista del barrio. Bajo el vano que finge esa pintura, se alza una escultura que representa al Amor. Por el barniz descascarillado que la cubre, los aficionados a los símbolos podrían ver en ella quizá un mito del amor parisino cuyas dolencias remedian a pocos pasos de allí. Bajo el pedestal, esta inscripción medio borrada recuerda la época a la que se remonta con el entusiasmo que demuestra por Voltaire, quien regresó a París en 1777:

Mira, fueres quien fueres, a tu dueño:
lo es, lo ha sido o ha de serlo.

Al caer la tarde, sustituyen el cancel por una puerta maciza. El jardincillo, cuya

anchura coincide con la longitud de la fachada, lo encajonan el muro de la calle y el muro medianero de la casa de al lado, por toda la cual cuelga un manto de hiedra que la oculta por completo y atrae las miradas de los transeúntes debido a esa apariencia, pintoresca en París. Ambos muros están tapizados de espalderas y de parras sobre cuyos frutos encanijados y polvorientos versan los temores anuales de la señora Vauquer y sus conversaciones con los huéspedes. A lo largo de todas las paredes discurre un paseo estrecho que conduce a una zona que sombrea unos tilos, palabra que la señora Vauquer, aunque nacida en Conflans, pronuncia obstinadamente *tiyos*, pese a los comentarios gramaticales de sus huéspedes. Entre los dos paseos laterales hay un cuadro de alcachofas que flanquean árboles frutales afilados como husos y borduras de acedera, lechugas y perejil. A la sombra de los tilos se halla una mesa redonda pintada de verde y rodeada de asientos. Allí acuden a paladear el café, en los días caniculares y con un calor que podría incubar huevos, los comensales lo suficientemente acaudalados para tomarlo. La fachada, de tres pisos de altura y rematada con buhardillas, es de mampuestos y lleva un revoco de ese color amarillo que vuelve espantosas casi todas las casas de París. Las cinco aberturas de los tres pisos tienen cristales pequeños y celosías, ninguna de las cuales está alzada por igual, de forma tal que ninguna de sus líneas hace juego. La profundidad de la casa da para dos ventanas que, en la planta baja, adornan unos barrotes de hierro a modo de rejas. Detrás del edificio hay un patio de unos veinte pies de ancho, donde viven en buena armonía cerdos, gallinas y conejos, y en cuyo fondo se alza un cobertizo para guardar la leña. Entre ese cobertizo y la ventana de la cocina está colgada la fresquera, bajo la que cae el agua de fregar de la pila. En ese patio, abre a la calle Neuve-Sainte-Geneviève una puerta estrecha por la que la cocinera expulsa de la casa la basura limpiando tamaña sentina con grandes cantidades de agua, so pena de pestilencia.

Destinada por naturaleza al negocio de casa de huéspedes, la planta baja se compone de una primera estancia a la que proporcionan luz las dos ventanas que dan a la calle y en la que se entra por una puerta acristalada. Ese salón tiene comunicación con el comedor, al que separa de la cocina el hueco de una escalera cuyos peldaños son de madera y de baldosines teñidos y pulidos. Nada más triste para la vista que ese salón amueblado con sillones y sillas tapizados de estambre de rayas alternas, brillantes y mates. En el centro hay una mesa redonda con tapa de mármol Sainte-Anne, que orna esa licorera de porcelana blanca decorada con filos dorados medio borrados que hoy en día se ve por todos lados. Las paredes de la habitación, de suelo de tarima bastante mala, tienen un zócalo de madera que llega a la altura del codo. El resto lo cubre un papel acharolado que representa las escenas principales de Telémaco, cuyos personajes clásicos están coloreados. El entrepaño de entre las ventanas con reja brinda a los huéspedes el espectáculo del banquete que le dio Calipso al hijo de Ulises. Este cuadro lleva cuarenta años alentando las bromas de los

huéspedes jóvenes, que se creen superiores a su posición burlándose de la cena a que los condena la miseria. La chimenea de piedra, cuyo hogar siempre limpio da fe de que sólo se enciende fuego en las grandes ocasiones, la adornan dos jarrones llenos de flores artificiales, viejas y enjauladas, a las que acompaña un reloj de sobremesa de mármol azulenco de gusto pésimo. Esta primera habitación despidе un olor que no tiene nombre en el lenguaje y que habría que llamar *olor a casa de huéspedes*. Huele a cerrado, a moho, a rancio; da frío; se respira humedad, que le impregna a uno la ropa; tiene regusto a local en donde se come; apesta a servicio, a oficio, a hospicio. Quizá fuera posible describirlo si se inventase un procedimiento para calibrar las cantidades elementales y nauseabundas que arrojan allí las emanaciones catarrosas y *sui generis* de todos y cada uno de los huéspedes, jóvenes o viejos. Pues bien, pese a esos adocenados espantos, si se comparase con el comedor contiguo, ese salón parecería elegante y perfumado como ha de serlo un tocador. Dicha estancia, forrada de madera de arriba abajo, estuvo pintada antaño de un color inconcreto que hoy en día constituye un fondo sobre el que la mugre imprimió sus capas trazando así figuras extrañas. Tiene como un contrachapado de aparadores pringosos en los que hay jarras desportilladas y opacas, servilleteros de chapa galvanizada y pilas de platos de porcelana basta y bordes azules, fabricados en Tournai. En una esquina se halla un casillero con divisiones numeradas que sirve para guardar las servilletas, o sucias o manchadas de vino, de los huéspedes. Hay en este comedor muebles indestructibles, proscritos en cualquier otro sitio, pero cobijados aquí igual que los restos de la civilización en el Hospicio de los Incurables. El lector podría ver en él un barómetro con un capuchino que asoma cuando llueve; unos grabados repulsivos que quitan el apetito, enmarcados todos en madera negra y barnizada con filetes dorados; un reloj de caja de nácar con incrustaciones de cobre; una estufa verde; unos quinqués de Argand en los que el polvo se combina con el aceite; una mesa larga cubierta con un hule lo bastante grasiento para que algún medio pensionista gracioso escriba su nombre usando el dedo a modo de estilete; unas sillas desvencijadas; unas esterillas lamentables de un esparto que se va deshaciendo interminablemente sin romperse nunca del todo; y además unos calentapiés míseros con las aberturas rotas, las bisagras caídas y la madera a medio carbonizar. Para explicar hasta qué punto están estos muebles viejos, agrietados, podridos, tambaleantes, corroídos, mancos, tuertos, inválidos, agonizantes habría que dar de ellos una descripción que demoraría en exceso el interés de esta historia y que las personas con prisas no perdonarían. Los baldosines rojos están llenos de valles fruto del pulido o del tinte. Impera aquí, en resumidas cuentas, la miseria sin poesía; una miseria ahorrativa, concentrada, raída. Aunque aún no tiene fango, ya tiene manchas; aunque no tiene ni agujeros ni harapos, se deshace de puro podrida.

Esta habitación está en todo su esplendor en el momento en que, a eso de las siete

de la mañana, el gato de la señora Vauquer antecede a su dueña; brinca sobre los aparadores, olfatea la leche que hay en varios cuencos tapados con platos y deja oír su ronroneo matutino. No tarda en aparecer la viuda, aderezada con un gorro de tul bajo el que cuelga un cairel de pelo postizo mal ajustado; anda arrastrando con indolencia las zapatillas deformadas. La cara envejecida y regordeta, en cuyo centro destaca una nariz de pico de loro, las manos menudas y gordezuelas, el cuerpo rollizo como de rata de iglesia, la espetera excesiva y bamboleante armonizan con este comedor del que rezuma la desdicha, donde se acurruca la especulación y cuyo aire cálidamente fétido respira la señora Vauquer sin que le dé asco. La cara, fresca como una helada primeriza de otoño, los ojos arrugados cuya mirada pasa por turnos de la sonrisa obligada en las bailarinas a la huraña amargura del cobrador de créditos, toda su persona, en fin, explica la casa de huéspedes de la misma forma que la casa de huéspedes implica su persona. No hay presidio sin bastonero, no puede concebirse aquél sin éste. La gordura blancuzca de esta mujercita es fruto de esa vida de la misma forma que el tifus es consecuencia de las emanaciones de un hospital. La falda bajera de punto, que le asoma bajo la falda propiamente dicha, hecha de un vestido viejo y que va perdiendo la guata por las rajadas de la tela, es un resumen del salón, del comedor y del jardincillo, anuncia la cocina y permite intuir a los huéspedes. Cuando ella está presente ya está completo el espectáculo. La señora Vauquer, que ronda los cincuenta, se parece a todas las *mujeres que han tenido mala suerte en la vida*. Tiene la mirada vidriosa, la expresión candorosa de una alcahueta que piensa acalorarse para cobrar más caro, aunque esté por lo demás dispuesta a todo para mejorar su suerte y a entregar a Georges o a Pichegru si es que Georges o Pichegru^[2] estuvieran aún por entregar. No obstante, *en el fondo es una buena mujer*, dicen los huéspedes, que la tienen por pobre al oírla quejarse y toser como ellos. ¿A qué se había dedicado el señor Vauquer? Su viuda nunca hablaba del difunto. ¿Cómo había perdido su fortuna? No le fue bien, contestaba ella. Se había portado mal con su mujer y no le había dejado más que los ojos para llorar, aquella casa para vivir y el derecho a no compadecerse de infortunio alguno porque, a lo que decía, había padecido cuanto es posible padecer. Al oír el trotecillo de su ama, Sylvie, la gruesa cocinera, se apresuraba a dar de almorzar a los huéspedes fijos.

Por lo general los huéspedes medio pensionistas sólo se apuntaban a las cenas, por las que pagaban treinta francos mensuales. En la época en que empieza esta historia, los fijos eran siete. En el primer piso se hallaban los mejores aposentos de la casa. La señora Vauquer vivía en el de menor rango y el otro era de la señora Couture, viuda de un intendente de los Ejércitos de la República Francesa. Tenía consigo a una muchacha muy joven, llamada Victorine Taillefer, a quien hacía las veces de madre. La pensión que pagaban ambas señoras alcanzaba los mil ochocientos francos. Uno de los cuartos del segundo piso lo ocupaba un anciano que

se llamaba Poiret; y los otros, un hombre de unos cuarenta años que llevaba peluca negra, se teñía las patillas, decía haber sido hombre de negocios y se llamaba señor Vautrin. El tercer piso se componía de cuatro habitaciones; una la tenía alquilada una solterona llamada señorita Michonneau; y la otra, un fabricante de fideos, de pasta italiana y de almidón ya retirado, de apellido Goriot. Los otros dos cuartos eran para las aves de paso, esos infortunados estudiantes que, igual que Goriot y la señorita Michonneau, sólo podían gastar cuarenta y cinco francos mensuales en comer y alojarse; pero a la señora Vauquer le parecía poco de desear su presencia y no los admitía más que cuando no le salía nada mejor: comían demasiado pan. En este momento, una de las habitaciones era de un joven procedente de las inmediaciones de Angulema que había venido a París para cursar estudios de Leyes y cuya familia, numerosa, padecía las más duras estrecheces para enviarle mil doscientos francos anuales. Eugène de Rastignac, que así se llamaba, era uno de esos jóvenes a quienes la desgracia prepara para el trabajo, que entienden desde la más tierna edad las esperanzas que tienen sus padres puestas en ellos y se preparan un buen futuro calibrando ya el alcance de lo que estudien y adaptándolo de antemano a la futura evolución de la sociedad, para ser los primeros en sacarle jugo. Sin sus observaciones peculiares y la habilidad con que supo presentarse en los salones parisinos, este relato habría carecido del toque de color auténtico que, no cabe duda, le deberá a su pensamiento sagaz y a su deseo de ahondar en los misterios de una situación espantosa que ocultaban con idéntico cuidado quienes la habían creado y el que la padecía.

Más arriba de ese tercer piso, había un desván donde se tendía la colada y dos sotabancos donde dormían un mozo para todo, llamado Christophe, y Sylvie, la cocinera gruesa. Además de los siete huéspedes fijos, la señora Vauquer tenía, un año con otro, ocho estudiantes de Leyes o de Medicina y dos o tres parroquianos que vivían en el barrio, todos ellos apuntados sólo a las cenas. En el comedor cabían dieciocho personas a cenar y podía albergar hasta unas veinte; pero por la mañana sólo estaban los siete fijos que, al reunirse, ofrecían durante el almuerzo el aspecto de una comida familiar. Todos bajaban en zapatillas y se permitían comentarios confidenciales acerca del porte o del aspecto de los medio pensionistas y acerca de los acontecimientos de la velada de la víspera, hablando con la confianza que da la intimidad. Esos siete huéspedes eran los niños mimados de la señora Vauquer, que les tasaba con precisión de astrónomo los cuidados y las consideraciones según la cantidad que pagasen de pensión. Estos seres, que había reunido el azar, contaban con consideración pareja. Los dos inquilinos del segundo sólo pagaban setenta y dos francos mensuales. Ese precio económico, que no se encuentra sino en el Faubourg Saint-Marcel, entre la maternidad de la calle de La Bourbe y el hospital de La Salpêtrière, y cuya única excepción era la señora Couture, anuncia que a dichos

huéspedes debían de agobiarlos desgracias más o menos a la vista. En consecuencia, el espectáculo desconsolador que brindaba el interior de la casa se repetía en los atuendos de sus parroquianos, no menos deteriorados. Los hombres llevaban levitas cuyo color se había convertido en problemático, calzado como el que tiran junto a los guardacantones de las esquinas en los barrios elegantes, ropa blanca tazada e indumentarias a las que ya sólo les quedaba el alma. Los vestidos de las mujeres estaban pasados de moda, reteñidos, desteñidos; los encajes, viejos y remendados; los guantes con brillos por el uso; los cuellos siempre asurados, y las pañoletas raídas. Aunque tal fuera la ropa, a casi todos se les veían cuerpos de recio esqueleto, constituciones que habían resistido a las tormentas de la vida, rostros fríos, duros, desgastados como los de los escudos retirados de la circulación. Dientes ávidos armaban las bocas ajadas. Aquellos huéspedes dejaban intuir dramas consumados o vigentes: no dramas de esos que se representan a la luz de las candilejas y entre telones pintados, sino dramas vivos y mudos, dramas helados que conmovían ardientemente los corazones, dramas continuos.

La anciana señorita Michonneau llevaba siempre, protegiendo los ojos cansados, una visera mugrienta con montura de alambre de latón que habría espantado al ángel de la Compasión. Tan angulosas eran las formas que ocultaba el chal, de flecos ralos y llorones, que éste parecía cubrir un esqueleto. ¿Qué ácido había privado a aquel ser de sus formas femeninas? Debía de haber sido bonita y con buen tipo. ¿Se debía al vicio, a la pena, a la codicia? ¿Había amado en exceso; había sido preñera y alcahueta o sólo cortesana? ¿Estaba expiando los éxitos de una juventud insolente, hacia la que se habían atropellado los placeres, con los actuales padecimientos de una vejez ante la que ponían pies en polvorosa los transeúntes? Aquella mirada en blanco daba frío, aquella cara desmedrada amenazaba. Tenía la voz agria de una cigarra chillando en un matorral al acercarse el invierno. Contaba que había estado al cuidado de un anciano aquejado de un catarro de la vejiga a quien habían abandonado sus hijos, que creían que carecía de recursos. Aquel anciano le había dejado una renta vitalicia de mil francos que le disputaban a intervalos regulares los herederos, de cuyas calumnias era blanco. Aunque la combinación de las pasiones le hubiera causado estragos en el rostro, había aún en él ciertos vestigios de blancura y delicadeza del cutis que permitían suponer que el cuerpo conservaba algunos restos de hermosura.

El señor Poiret era como un autómeta. Al verlo estirarse igual que una sombra gris por un paseo de Le Jardin des Plantes, tocado con una gorra vieja y lacia, sujetando apenas el bastón de puño de marfil amarillento, llevando al viento los faldones ajados de la levita, que tapaba mal un calzón casi vacío, y al verle las piernas con medias azules, que temblequeaban como las de un hombre borracho, al verlo enseñar el sucio chaleco blanco y las chorreras de muselina gruesa que se

enroscaban y se unían de forma imperfecta con la corbata, atada como una cuerda al cuello de pavo, había muchos que se preguntaban si aquella sombra chinesca pertenecía a esa atrevida raza de los hijos de Jápeto^[3] que mariposea por el bulevar de Les Italiens. ¿Qué labor había podido acartonarlo así? ¿Qué pasión le había oscurecido la cara bulbosa que, de haberla dibujado alguien como caricatura, habría parecido ajena a la realidad? ¿Qué había sido? Pues quizá un empleado del Ministerio de Justicia, en esa oficina donde los ejecutores de la última pena envían las memorias de gastos, las cuentas de los suministros de velos negros para los parricidas, de serrín para los cestos, de cuerda para las cuchillas. Es posible que hubiera sido cobrador en la puerta de un matadero, o subinspector de sanidad. Aquel hombre, en resumidas cuentas, parecía haber sido uno de los asnos de nuestro poderoso molino social, uno de esos Ratons parisinos que ni siquiera conocen a sus Bertrands^[4], algún eje en torno al que habían girado los infortunios o las inmundicias públicas, uno de esos hombres, en fin, de los que decimos al verlos: «Tiene que haber de todo». El París elegante nada sabe de esos rostros lívidos por los padecimientos morales o físicos. Pero París es un auténtico océano. Si echásemos una sonda nunca sabríamos cómo es de hondo. ¿Recorrerlo, describirlo? Por mucho primor que se ponga en recorrerlo y en describirlo, por muchos que sean y mucho interés que tengan quienes exploren ese mar, siempre aparecerá un lugar virgen, un antro desconocido, flores, perlas, monstruos, algo inaudito que hayan dado de lado los buzos literarios. La Casa Vauquer es una de esas monstruosidades peculiares.

Dos rostros formaban en ella un contraste llamativo con el grueso de los huéspedes y los parroquianos. Aunque la señorita Victorine Taillefer era de una palidez enfermiza, semejante a la de las jóvenes que padecen clorosis, y una tristeza habitual, un porte apurado y una expresión de pobreza y fragilidad la vinculaban al sufrimiento general que daba fondo al cuadro, aquel rostro no era viejo, sin embargo, y los ademanes y la voz eran ágiles. Aquel infortunio joven parecía un arbusto de hojas amarillentas recién plantado en un terreno poco propicio. El físico, tirando a pelirrojo, el pelo rubio leonado, el talle delgado en exceso mostraban ese encanto que los poetas modernos encontraban a las estatuillas de la Edad Media. Los ojos grises con mezcla de negro mostraban dulzura y resignación cristianas. La ropa sencilla y de poco precio dejaba traslucir unas formas juveniles. Era bonita por yuxtaposición. Si hubiera sido feliz, habría sido preciosa: la dicha es la poesía de las mujeres, de la misma forma que el arreglo y la indumentaria son como el colorete. Si el gozo de un baile hubiera reflejado sus tonos sonrosados en aquel rostro pálido, si los deleites de un vida elegante hubiesen redondeado y arrebolado aquellas mejillas, levemente chupadas ya, si el amor hubiese dado nueva animación a aquellos ojos tristes, Victorine habría podido rivalizar con las jóvenes más hermosas. Le faltaba eso que crea a la mujer por segunda vez, los trapos y las notitas amorosas. Su historia habría

proporcionado tema para escribir un libro. Su padre creía tener motivos para no reconocerla, se negaba a tenerla consigo, sólo le daba seiscientos francos anuales y había desnaturalizado su fortuna para poder dejársela entera a su hijo. La señora Couture, pariente lejana de la madre de Victorine, quien había acudido a su casa tiempo ha para morir allí de desesperación, cuidaba de la huérfana como si fuera hija suya. Por desgracia, la viuda del intendente de los Ejércitos de la República no tenía en el mundo sino su viudedad y su pensión; podía dejar el día menos pensado a la pobre muchacha, sin experiencia y sin recursos, a merced del mundo. La bondadosa mujer llevaba a Victorine a misa todos los domingos para hacer de ella una joven piadosa por lo que pudiera pasar. Tenía razón. Los sentimientos religiosos brindaban un porvenir a aquella hija negada que quería a su padre y acudía a su casa todos los años para llevarle el perdón de su madre; pero todos los años se tropezaba con la puerta de la casa paterna inexorablemente cerrada. Su hermano, su único mediador, no había ido a verla ni una sola vez en cuatro años y no le hacía llegar ayuda alguna. Victorine rogaba a Dios que abriera los ojos a su padre y que ablandase el corazón a su hermano, y pedía por ellos sin acusarlos. A la señora Couture y a la señora Vauquer les faltaban palabras en su diccionario de insultos para calificar aquel comportamiento bárbaro. Cuando maldecían al millonario infame, Victorine pronunciaba palabras dulces, semejantes al canto de la paloma torcaz herida, cuyo grito de dolor sigue expresando amor.

Eugène de Rastignac tenía un rostro meridional a más no poder, el cutis blanco, el pelo negro y los ojos azules. Su apariencia, sus modales, su comportamiento habitual mostraban al hijo de una familia noble en cuya educación no había habido en los primeros años sino tradiciones de buen gusto. Cuidaba mucho la ropa y los días de diario acababa de gastar la del año anterior, pero, sin embargo, podía salir a veces ataviado como un joven elegante. Solía llevar una levita vieja, un chaleco de calidad inferior y la infame corbata negra, ajada y con el típico nudo mal hecho de los estudiantes, un pantalón a juego y botas remendadas.

Entre esas dos personas y las demás, Vautrin, el hombre de cuarenta años que se teñía las patillas, servía de transición. Se trataba de uno de esos hombres de quienes dice la gente del pueblo: ¡menudo mocetón! Era ancho de espaldas y de busto bien desarrollado, músculos marcados, manos gruesas, cuadradas y con la abundante marca en las falanges de unos mechones de vello tupidos y de un rojo encendido. En el rostro, que surcaban unas arrugas prematuras, se veían señas de dureza que desmentían sus modales dúctiles y amistosos. La voz de bajo, que armonizaba con la llaneza de su buen humor, no resultaba desagradable. Era servicial y risueño. Si funcionaba mal una cerradura, enseguida la desmontaba, le hacía una chapuza, la aceitaba, la limaba y volvía a montarla diciendo: «Es que yo entiendo de esto». Por lo demás, entendía de todo, de barcos, del mar, de Francia, del extranjero, de los

hombres, de los acontecimientos, de las leyes, de los palacetes y de las cárceles. Si alguien se quejaba en demasía, en el acto se ponía a su disposición. Le había prestado dinero varias veces a la señora Vauquer y a algunos huéspedes; pero quienes se lo debían habrían preferido morir a no devolvérselo, pues, pese al aspecto campechano, metía miedo cierta forma de mirar honda y muy resuelta. La forma en que escupía anunciaba una sangre fría imperturbable que no debía de retroceder ante un crimen para salir de una posición equívoca. Igual que un juez severo, parecía ir con la mirada al fondo de todos los asuntos, de todas las conciencias, de todos los sentimientos. Sus hábitos consistían en salir después del almuerzo y volver a la hora de la cena, en ahuecar luego el ala toda la velada y volver a eso de la medianoche, usando una llave maestra que le había entregado la señora Vauquer. Sólo él gozaba de ese favor. También es cierto que estaba a partir un piñón con la viuda, a quien llamaba mamá agarrándola por la cintura, halago aquel muy mal interpretado. La buena mujer creía que aún estaba para esos trotes, aunque lo que pasaba era que sólo Vautrin tenía los brazos lo suficientemente largos para darle un apretón a aquella pesada circunferencia. Uno de los rasgos de su carácter era el de pagar generosamente quince francos mensuales por el café con aguardiente que tomaba a los postres. Personas menos superficiales que aquellos jóvenes a quienes arrastraban los torbellinos de la vida parisina o que aquellos ancianos indiferentes a cuanto no les afectase directamente no habrían caído en la cuenta de la impresión vidriosa que les causaba Vautrin. Sabía o adivinaba los asuntos de quienes lo rodeaban, mientras que nadie podía acertar ni con sus pensamientos ni con sus ocupaciones. Aunque hubiera alzado su aparente campechanía, su constante agrado y su buen humor como una barrera entre los demás y él, dejaba asomar con frecuencia las espantosas profundidades de su carácter. Frecuentemente alguna salida digna de Juvenal, y con la que parecía complacerse en hacer mofa de las leyes, en fustigar a la alta sociedad y en dejarla convicta de su inconsecuencia consigo misma, no podía por menos que dar a suponer que le guardaba rencor al estado social y que en lo hondo de su vida había algún misterio cuidadosamente enterrado.

Atraída, quizá sin saberlo, por la fuerza de éste y por la apostura de aquél, la señorita Taillefer repartía sus miradas furtivas y sus pensamientos secretos entre aquel cuarentón y el joven estudiante; pero ninguno de los dos parecía fijarse en ella, aunque de un día para otro la casualidad podía hacerla cambiar de posición y convertirla en un ventajoso partido. Por lo demás, ninguna de aquellas personas se tomaba el trabajo de comprobar si los sinsabores que alegaba una de ellas eran falsos o verdaderos. Todas sentían una indiferencia mutua mezclada con desconfianza, que era fruto de sus situaciones respectivas. Sabían que eran impotentes para aliviar las penas ajenas y todas habían apurado, al contar las propias, la copa de las condolencias. Como si fueran un matrimonio viejo, no tenían ya nada que decirse. No

quedaban, pues, entre ellas sino las relaciones de una vida mecánica, el juego de unos engranajes sin aceite. Era probable que todas pasasen por la calle mirando al frente por delante de un ciego, que oyese sin emoción el relato de un infortunio y que viesen en una muerte la solución de un problema de miseria que las dejaba frías ante la más terrible agonía. La más dichosa de aquellas almas desconsoladas era la señora Vauquer, que reinaba en este hospicio libre. Únicamente para ella era aquel jardincillo, que el silencio y el frío, lo seco y lo húmedo volvían ancho como una estepa, un risueño soto. Únicamente para ella resultaba deleitosa aquella casa amarilla y taciturna que olía a cardenillo de factoría. Estas chozas le pertenecían. Alimentaba a estos presidiarios condenados a cadena perpetua ejerciendo sobre ellos una autoridad respetada. ¿Dónde iban a haber encontrado esos seres desventurados en París al precio al que las daba ella alimentación sana y suficiente y unas estancias que eran dueños de convertir, si no en elegantes o en cómodas, al menos en limpias y saludables? Aunque se hubiera permitido alguna injusticia descarada, la víctima la habría soportado sin quejarse.

Una reunión semejante no podía por menos de brindar a pequeña escala los elementos de una comunidad completa. Entre los dieciocho comensales, había, como en los internados y como en sociedad, algún pobre ser despreciado, una víctima propiciatoria sobre quien llovían las bromas. A comienzos del segundo año, esa persona se convirtió para Eugène de Rastignac en la más sobresaliente de todas aquellas entre las que estaba condenado a vivir otros dos años aún. Aquel cabeza de turco era el fabricante de fideos retirado, Goriot, sobre cuya cabeza hubiera enfocado un pintor, igual que el historiador, toda la luz del cuadro. ¿Por qué azar aquel desprecio rencoroso a medias, aquella persecución mezclada con compasión, aquella falta de respeto a la desgracia habían recaído en el huésped más antiguo? ¿Había dado motivo con alguno de esos rasgos ridículos o de esas rarezas que se perdonan menos de lo que se perdonan los vicios? Estas preguntas tienen mucho que ver con buen número de injusticias sociales. Quizá es propio de la naturaleza humana cargar con todo a quien lo soporta todo por auténtica humildad, por debilidad o por indiferencia. ¿Acaso no nos gusta a todos dar prueba de nuestra fuerza a costa de alguien o de algo? El ser más débil, el arrapiezo, llama a todas las puertas cuando está helando o se pone de puntillas para escribir su nombre en un monumento virgen.

Goriot, anciano de sesenta y nueve años, se había retirado a casa de la señora Vauquer en 1813, después de dejar los negocios. Primero tomó el aposento que ahora ocupaba la señora Couture y pagaba entonces mil doscientos francos de pensión como hombre para quien cinco luises de más o de menos son una bagatela. La señora Vauquer remozó las tres habitaciones de que consta previo abono de una cantidad que valió para sufragar, a lo que cuentan, un mobiliario de poca monta que se componía de unas cortinas de calicó amarillo, de unos sillones de madera barnizada tapizados

con terciopelo de Utrecht, de unos cuantos cuadros pintados a la cola y de los papeles de pared que no querían las tabernas de los suburbios. Es posible que por la despreocupada generosidad con que se dejó cazar el pobre Goriot, a quien por entonces llamaban respetuosamente señor Goriot, lo tomó la señora Vauquer por un idiota que nada entendía de asuntos de negocios. Goriot llegó provisto de un guardarropa nutrido y del ajuar espléndido del negociante que no se priva de ningún capricho al retirarse del comercio. Pudo ella admirar dieciocho camisas de holanda de segunda, tanto más refinadas cuanto que el fabricante de fideos llevaba en la pechera dos alfileres que unía una cadenilla y, en ambos, iba montado un brillante grande. Solía llevar un frac azul claro y se ponía a diario un chaleco de piqué blanco bajo el que se le bamboleaba la barriga piriforme y abultada sobre la que brincaba una cadena de oro gruesa adornada con dijes. En la tabaquera, también de oro, había un medallón repleto de mechones de pelo que lo acusaban en apariencia de unas cuantas conquistas. Cuando la patrona lo tildó de *picaflor* permitió que le revoloteara por los labios esa alegre sonrisa del burgués a quien lo halagan en el punto flaco. Llenó los *almarios* (pronunciaba la palabra como las clases populares) con los abundantes artículos de plata de su menaje. A la viuda se le encandilaron los ojos mientras lo ayudaba, muy servicial, a desempaquetar y guardar los cacillos, los cucharones, los cubiertos, las aceiteras, las salseras, varias fuentes, unos juegos de desayuno de plata sobredorada, y otras piezas más o menos valiosas que pesaban sus buenos marcos y de las que no quería desprenderse su dueño. Aquellos regalos le recordaban las solemnidades de su vida doméstica. «Esto —le dijo a la señora Vauquer, apretando con fuerza una fuente y una escudilla pequeña cuya tapa representaba dos tórtolas dándose el pico— es el primer regalo que me hizo mi mujer el día de nuestro aniversario. ¡Pobrecita mía! Se gastó sus ahorros de soltera. Mire, señora Vauquer, preferiría rascar la tierra con las uñas que separarme de esto. Pero a Dios gracias podré tomarme el café en esta escudilla todas las mañanas en lo que me queda de vida. No puedo quejarme, tengo pan amasado para muchos años». Por último, la señora Vauquer había visto perfectamente con su mirada de urraca unas cuantas anotaciones en el libro mayor que, sumadas por encima, podían suponerle a aquella excelente persona unas rentas de entre ocho y diez mil francos. Desde aquel mismo día, la señora Vauquer, de soltera De Conflans, que tenía a la sazón cuarenta y ocho años reales y sólo confesaba treinta y nueve, les dio vueltas a ciertas cosas. Aunque Goriot tenía los lagrimales caídos, hinchados y colgantes, lo que lo obligaba a secárselos con cierta frecuencia, le pareció que tenía un aspecto agradable y como Dios manda. Por lo demás, las pantorrillas carnosas y protuberantes pronosticaban, no menos que la nariz larga y cuadrada, unas prendas morales a las que parecía dar importancia la viuda y que confirmaba la cara de luna y candorosamente sandia del buen hombre. Debía de ser un individuo bien constituido capaz de gastarse toda la

inteligencia en sentimientos. El pelo, peinado como alas de paloma, que el peluquero de la Escuela Politécnica venía a empolvarle todas las mañanas, le marcaba cinco puntas en la frente estrecha, que le favorecían mucho a la cara. Aunque un poco rústico, iba tan peripuesto, pellizcaba el tabaco con tanto empaque y lo aspiraba como hombre tan seguro de tener siempre la tabaquera llena de macuba que el día en que el señor Goriot se acomodó en su casa, la señora Vauquer se fue a la cama por la noche tostándose, como una perdiz envuelta en tocino, en el fuego del deseo que le entró de salirse del sudario de Vauquer para volver a nacer como Goriot. Casarse, vender su renta, darle el brazo a aquella flor y nata de la burguesía, convertirse en señora de importancia en el barrio, postular para los indigentes, irse de jira los domingos a Choisy, a Soissy, a Gentilly; ir al teatro cuando quisiera, a un palco, sin esperar los pases de autor que le daban algunos de sus huéspedes en el mes de julio: soñó con todo el Eldorado de los matrimonios parisinos de clase media. No le había confesado a nadie que tenía cuarenta mil francos ahorrados céntimo a céntimo. Se tenía, por descontado, desde el punto de vista de la fortuna, por un partido defendible. «¡En cuanto al resto, valgo tanto o más que ese buen señor!», se dijo, dándose la vuelta en la cama como para probarse a sí misma esos encantos con cuyo vaciado se encontraba todas las mañanas la opulenta Sylvie. A partir de aquel día, y durante tres meses más o menos, la viuda Vauquer aprovechó la visita del peluquero del señor Goriot e hizo algún gasto en el arreglo personal, que justificaba con la necesidad de aportarle a su casa cierto decoro en armonía con las personas de categoría que la frecuentaban. Se tomó muchas molestias para cambiar de huéspedes, haciendo gala de la pretensión de no aceptar a partir de entonces sino a las personas más distinguidas en todos los aspectos. Si se presentaba un forastero, le hacía valer la preferencia que le había mostrado el señor Goriot, uno de los negociantes más notables y respetables de París. Repartió folletos en cuya cabecera se leía: CASA VAUQUER. «Era —decían— una de las más antiguas y estimadas casas de huéspedes de clase media de la comarca latina. Contaba con una de las vistas más agradables de la calle de Les Gobelins (que se divisaba desde el tercer piso) y con un *precioso* jardín en cuyo extremo SE EXTENDÍA un PASEO de tilos». Hablaba en ellos del aire sano y de la soledad. El folleto aquel le trajo a la señora condesa de L'Ambermesnil, mujer de treinta y seis años que estaba esperando que concluyese una liquidación y le pagasen una pensión que le debían en calidad de viuda de un general caído en *los campos de batalla*. La señora Vauquer se esmeró en su mesa, encendió fuego en los salones cerca de seis meses y cumplió puntualmente con las promesas de su folleto *poniendo mucho de su parte*. En consecuencia, la condesa decía a la señora Vauquer, llamándola *querida amiga*, que por mediación suya vendrían la baronesa de Vaumerland y la viuda del coronel conde Picquiseau, dos amigas suyas que estaban a punto de cumplir su plazo de estancia en una casa de huéspedes más cara que la

Casa Vauquer. Por lo demás, aquellas señoras tendrían mucha holgura económica cuando el Negociado de la Guerra rematara su tarea. «Pero —decía la condesa— los Negociados no rematan nada». Las dos viudas subían juntas después de la cena a la habitación de la señora Vauquer y charlaban bebiendo licor de grosella negra y comiendo dulces reservados para la boca de la dueña de la casa. La señora de L'Ambermesnil dio un rotundo visto bueno a las aspiraciones de su patrona en lo referido a Goriot, aspiraciones excelentes que, por lo demás, había ya adivinado ella desde el primer día; le parecía un hombre perfecto.

—¡Ay, mi querida señora, un hombre más sano que una manzana! —le decía la viuda—. Un hombre estupendamente conservado y que todavía puede darle muy buenos ratos a una mujer.

La condesa, generosamente, le comentó a la señora Vauquer unas cuantas cosas sobre su forma de vestir, que no estaba en consonancia con sus pretensiones.

—Tiene que ponerse en pie de guerra —le dijo.

Tras echar muchas cuentas, las dos viudas fueron juntas a la plaza de Le Palais-Royal, donde compraron en Les Galeries de Bois un sombrero de plumas y un gorro. La condesa se llevó a su amiga a la tienda de La Petite Jeannette, donde escogieron un vestido y un chal. Tras hacer uso de esas municiones y estar la viuda alistada, resultó ser la viva imagen del rótulo de Le Bœuf à la Mode^[5]. Se vio no obstante tan cambiada y tan favorecida que se sintió en deuda con la condesa y, aunque poco *dadivosa*, le rogó que aceptase un sombrero de veinte francos. Lo cierto es que tenía pensado pedirle el favor de que sondease a Goriot y la diera a valer a sus ojos. La señora de L'Ambermesnil se avino muy amistosamente a la maniobra y puso sitio al fabricante de fideos retirado con quien consiguió celebrar una conferencia; pero, tras haberlo hallado pudibundo, por no decir refractario a los intentos que le sugirió su deseo personal de seducirlo por cuenta propia, salió de allí indignada de su grosería.

—Ángel mío —le dijo a su querida amiga—, ¡no conseguirá sacar nada de ese hombre! Es de una desconfianza ridícula; es un rácano, un borrico y un tonto que sólo le traerá sinsabores.

Hubo entre el señor Goriot y la señora de L'Ambermesnil cosas tales que la condesa no quiso volver a verlo. Se fue al día siguiente, olvidándose de pagar seis meses de estancia y dejando unos pingos valorados en cinco francos. Por muy encarnizadamente que la buscase la señora Vauquer, no pudo conseguir en París información alguna sobre la condesa de L'Ambermesnil. Mencionaba con frecuencia aquel asunto deplorable, lamentándose de su exceso de confianza, aunque era más desconfiada que una gata; pero se parecía a muchas de esas personas que no se fían de sus deudos y se ponen en manos del primero que llega. Circunstancia moral rara, pero cierta, cuya raíz es fácil hallar en el corazón humano. Es posible que haya gente que no tenga ya nada que ganar a los ojos de las personas con las que vive; tras

haberles mostrado el vacío que tiene en el alma, siente que ya la han juzgado en secreto con merecida severidad; pero, notando una necesidad invencible de esos halagos que echa de menos, o porque la consume el deseo de aparentar que posee prendas de las que carece, tiene la esperanza de pillar desprevenidos la estima o el corazón de quienes le son ajenos, corriendo el riesgo de que un día la tengan en menos. Hay, por fin, individuos que han nacido mercenarios y no hacen nada bueno ni por sus amigos ni por sus allegados porque entran en sus obligaciones; pero, haciendo favores a desconocidos, reciben de ellos un beneficio de amor propio: cuanto más próximo es el círculo de sus afectos, menos apego sienten; cuanto más dilatado es, más serviciales son. Había sin duda en la señora Vauquer algo de esas dos formas de ser, esencialmente mezquinas, falsas y repulsivas.

—¡Si hubiera estado yo aquí —le decía entonces Vautrin—, no le habría ocurrido esa desgracia! Bien que le habría pasado revista al mirarla a la tramposa esa. Sé muy bien qué *encajes de cara* tienen ésas.

Como todos los caracteres raquíuticos, la señora Vauquer tenía por costumbre no salir del círculo de los acontecimientos y no opinar sobre sus causas. Le gustaba echarles a los demás las culpas propias. Cuando ocurrió aquella pérdida, consideró que el honrado fabricante de fideos era el principio causante de su infortunio y empezó desde aquel momento, a lo que decía, a bajarse de la parra. Cuando descubrió lo inútiles que eran sus carantoñas y sus gastos de representación, no tardó en intuir el motivo. Cayó en la cuenta entonces de que su huésped tenía, como decía ella, su talante. Tuvo por fin la prueba de que su esperanza, tan mimosamente acariciada, descansaba en una base quimérica y que nunca sacaría nada en limpio de aquel hombre, según la expresión enérgica de la condesa, que parecía muy entendida. Llegó, por fuerza, más allá en la aversión de lo que había llegado en la inclinación. El odio no fue proporcionado al amor, sino a las esperanzas frustradas. El corazón humano se toma descansos mientras sube a las cumbres del afecto; en cambio, pocas veces se detiene en la pendiente rauda de los sentimientos rencorosos. Pero como el señor Goriot era su huésped, a la viuda no le quedó más remedio que refrenar los estallidos del amor propio herido, enterrar los suspiros que le valió aquel chasco y tragarse los deseos de venganza, de la misma forma que un monje a quien ofende el padre prior. Las mentalidades mezquinas satisfacen sus sentimientos, buenos o malos, con mezquindades incesantes. La viuda ejerció su malicia femenina inventando sordas persecuciones contra su víctima. Empezó por restarle los detalles superfluos añadidos al trato del huésped. «¡Se acabaron los pepinillos y las anchoas, que son engañifas!», le dijo a Sylvie la mañana en que volvió al programa anterior. El señor Goriot era un hombre frugal en quien la parquedad que requieren las personas que se ganan los bienes de fortuna con sus manos se había convertido en hábito. Sopa, puchero, un plato de legumbres habían sido siempre sus cenas predilectas. Le costó

mucho, por lo tanto, a la señora Vauquer mortificar a su huésped, cuyos gustos no podía herir en modo alguno. Desesperada por estarse topando con un hombre con quien no había forma de meterse, empezó a hacerle de menos y consiguió así que compartiesen su aborrecimiento por Goriot los demás huéspedes, quienes, por entretenerse, se apuntaron a la venganza. A finales del primer año, la viuda había llegado a un extremo tal de desconfianza que se preguntaba por qué aquel hombre de negocios que tenía entre siete y ocho mil libras de renta y poseía espléndidos servicios de mesa de plata y joyas tan estupendas como las de una mantenida vivía en su casa y le pagaba una pensión tan módica comparada con su fortuna. La mayor parte de aquel primer año, Goriot cenó con frecuencia fuera una o dos veces por semana; luego, insensiblemente, ya no lo hizo sino dos veces al mes. Aquellas juerguecitas que se corría Goriot favorecían demasiado los intereses de la señora Vauquer para que no le disgustase la puntualidad progresiva con que el huésped iba comiendo en casa. Atribuyó los cambios tanto a una lenta disminución de sus bienes cuanto al deseo de contrariar a su patrona. Uno de los hábitos más detestables de esas mentalidades liliputienses es el de suponerles sus mezquindades a los demás. Por desgracia, a finales del segundo año, el señor Goriot justificó los comadreos que protagonizaba solicitando a la señora Vauquer que lo pasara al segundo piso y redujera su pensión a novecientos francos. Tuvo que ahorrar de forma tan estricta que no encendió fuego ya en su cuarto durante el invierno. La viuda Vauquer pidió el pago por adelantado, en lo que consintió el señor Goriot, a quien a partir de entonces quitó el tratamiento. Todos compitieron en adivinar los motivos de aquella decadencia. ¡Exploración ardua! Como había dicho la condesa de pega, Goriot era solapado y taciturno. Según la lógica de las personas de cabeza hueca, todas ellas indiscretas porque sólo pueden decir naderías, quienes no hablan de sus asuntos deben de andar en malos pasos. Así que aquel hombre de negocios tan distinguido se convirtió en un pillo y aquel picaflor, en un viejo sinvergüenza. Ora, según Vautrin, que fue a vivir a la Casa Vauquer por aquel entonces, era Goriot un hombre que iba a la Bolsa y, a tenor de una expresión bastante enérgica de la lengua de las finanzas, *daba parchazos* con las rentas después de haberse arruinado. Ora era uno de esos jugadores de poca monta que todas las noches arriesgan y ganan diez francos en la mesa de juego. Ora hacían de él un espía que trabajaba con la policía de alto rango: pero Vautrin aseguraba que no era lo suficientemente astuto para *ser de eso*. Goriot era también un avaro que prestaba por semanas; un hombre abonado a números de lotería. Lo convertían en todo lo más misterioso que engendran el vicio, la vergüenza y la impotencia. Sólo que, por innobles que fueran su comportamiento o sus vicios, la aversión que inspiraba no iba hasta la proscripción: pagaba su pensión. Y además resultaba de utilidad; todos y cada uno desahogaban con él el buen o el mal humor con bromas o con tantarantanes. La opinión que parecía más probable y que

adoptaron de forma generalizada fue la de la señora Vauquer. Según ella, aquel hombre tan bien conservado, más sano que una manzana y que todavía podía dar muy buenos ratos era un libertino de gustos peculiares. Éstos son los hechos en los que la viuda Vauquer basaba sus calumnias. Pocos meses después de que se fuera la desastrosa condesa que se las había arreglado para vivir seis meses a expensas suyas, una mañana, antes de levantarse, oyó por las escaleras el frufrú de un vestido de seda y los pasos menudos de una mujer joven y veloz que se metía en el cuarto de Goriot, cuya puerta estaba sabiamente abierta. En el acto, la opulenta Sylvie vino a decirle a su señora que una joven demasiado bonita para ser honrada, *vestida como una divinidad* y calzada con borceguíes de paño que no estaban manchados de barro, se había escurrido como una anguila de la calle a la cocina y le había preguntado por el cuarto del señor Goriot. La señora Vauquer y su cocinera aguzaron el oído y sorprendieron unas cuantas palabras dichas con ternura durante la visita, que duró cierto tiempo. Cuando el señor Goriot salió, acompañando a *su señora*, la opulenta Sylvie agarró en el acto la cesta e hizo como que iba a la compra para seguir a la pareja de enamorados.

—Señora —le dijo a su ama al regresar—, la verdad es que el señor Goriot tiene que ser endemoniadamente rico para mantenerlas con ese tren de vida. Fíjese, había en la esquina de L'Estrapade un carruaje espléndido en que se metió *ésa*.

Durante la cena, la señora Vauquer fue a correr una cortina para impedir que el sol, uno de cuyos rayos le estaba dando en los ojos a Goriot, lo incomodase.

—Las mujeres guapas lo quieren, señor Goriot, y el sol lo busca —dijo, aludiendo a la visita que había tenido—. ¡Carape! Tiene usted buen gusto; era muy bonita.

—Era mi hija —dijo él con algo parecido al orgullo y en el que los huéspedes quisieron ver la fatuidad de un anciano que respeta las apariencias.

Pasado un mes de aquella visita, el señor Goriot recibió otra. Su hija, que la primera vez había venido en traje de mañana, vino después de la cena y vestida como para una salida de sociedad. Los huéspedes, que se entretenían charlando en el salón, pudieron ver a una rubia bonita, de cintura delgada, grácil y demasiado distinguida para ser la hija de un individuo como el pobre Goriot.

—¡Y van dos! —dijo la opulenta Sylvie, que no la había reconocido.

Pocos días después, otra joven alta y de buen tipo, morena de ojos negros y mirada vivaracha, preguntó por el señor Goriot.

—¡Y van tres! —dijo Sylvie.

Aquella segunda joven, que la primera vez vino también a ver a su padre por la mañana, volvió pocos días después con vestido de baile y en coche.

—¡Y van cuatro! —dijeron la señora Vauquer y la opulenta Sylvie, que no reconocieron en aquella gran señora rastro alguno de la joven ataviada con sencillez la mañana de su primera visita.

Goriot pagaba todavía mil doscientos francos de pensión. A la señora Vauquer le pareció natural que un hombre rico tuviera cuatro o cinco queridas e incluso le pareció muy hábil que las hiciera pasar por hijas suyas. No la ofendió que las hiciera ir a la Casa Vauquer. Pero, como aquellas visitas le aclaraban la indiferencia que su huésped le profesaba, se permitió, a principios del segundo año, llamarlo *gatazo viejo*. Por fin, cuando el huésped bajó a novecientos francos, le preguntó con mucha insolencia, cuando vio bajar a una de aquella señoras, a qué actividades pensaba dedicarse en su casa. Goriot le contestó que aquella señora era su hija mayor.

—¿Es que tiene usted treinta y seis hijas? —dijo con tono agrio la señora Vauquer.

—Sólo tengo dos —contestó el huésped con la suavidad de un hombre arruinado que se aviene a todas las docilidades de la miseria.

A finales del tercer año, Goriot redujo más aún sus gastos subiendo al tercer piso y pasando a cuarenta y cinco francos de pensión mensuales. Se privó de tabaco, despidió al peluquero y dejó de empolvase el pelo. Cuando se presentó por primera vez sin empolvar, la patrona soltó una exclamación de sorpresa al verle el color del pelo, que era de un gris sucio y verdoso. Su fisonomía, que penas secretas habían ido volviendo insensiblemente más y más triste día a día, parecía la más desconsolada de todas las que aderezaban la mesa. No le quedó a nadie ya la menor duda. Goriot era un libertino viejo cuyos ojos no se habían librado de la maligna influencia de las medicinas que requerían sus enfermedades sino por la habilidad de un médico. El color repugnante del pelo procedía de sus excesos y de las drogas que había tomado para seguir adelante con ellos. El estado físico y anímico del individuo explicaba que chocheara. Cuando se le gastó el ajuar, compró calicó a setenta céntimos el alna para sustituir la ropa blanca buena. Los brillantes, la tabaquera de oro, la cadena, las joyas fueron desapareciendo, una cosa tras otra. Ya no llevaba el frac azul claro ni ninguna de las prendas de vestir caras, sino, tanto en verano como en invierno, una levita de paño marrón muy basto, un chaleco de pelo de cabra y unos pantalones grises de lana gruesa. Se fue quedando flaco poco a poco; le bajaron las pantorrillas; la cara, que antes le abotagaba la satisfacción de una ventura burguesa, se le arrugó de forma desmedida; se le cubrió de surcos la frente y se le perfiló la mandíbula. Al cuarto año de haberse ido a vivir a la calle Neuve-Sainte-Geneviève ya no se parecía al de antes. El buen fabricante de fideos de sesenta y dos años que no aparentaba los cuarenta, el burgués orondo y metido en carnes, de necedad rozagante, cuyo comportamiento pícaro regocijaba a los transeúntes y que tenía algo juvenil en la sonrisa, parecía un septuagenario atontado, inseguro, sin color. Los ojos azules, tan vivarachos, adquirieron tonos apagados, gris oscuro; se le habían aclarado, ya no le lagrimeaban y el borde rojo parecía llorar sangre. A unos los espantaba y otros lo compadecían. Unos jóvenes que estudiaban Medicina se fijaron en cómo se le caía el labio inferior,

le midieron la parte superior del ángulo facial y dictaminaron que padecía cretinismo tras importunarlo sin sacarle nada en limpio. Una noche, después de cenar, cuando la señora Vauquer le dijo, a modo de guasa: «¿Qué, ya no vienen sus hijas a verlo?», poniendo en duda aquella paternidad, Goriot se sobresaltó como si la patrona lo hubiera pinchado con un hierro.

—Vienen a veces —contestó con voz alterada.

—¡Ajajá! ¡Así que aún las ve de vez en cuando! —exclamaron los estudiantes—. ¡Bravo, Goriot!

Pero el anciano no oyó las bromas que respondieron a su contestación; había vuelto a sumirse en un estado meditabundo que quienes lo observaban superficialmente tomaban por un embotamiento senil fruto de su mermada inteligencia. Si lo hubieran conocido bien, es posible que les hubiera parecido interesantísimo el problema que planteaba su situación física y espiritual; pero nada había más dificultoso. Por más que fuera fácil saber si Goriot había sido en verdad fabricante de fideos y a cuánto ascendía su fortuna, las personas de edad cuya curiosidad despertó no salían del barrio y vivían en la casa de huéspedes como ostras en una roca. En cuanto a las demás, la agitación propia de la vida parisina las impulsaba a olvidar, al salir de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, al infeliz anciano del que se reían. Para tales inteligencias estrechas y también para aquellos jóvenes despreocupados la escueta miseria del pobre de Goriot y la estupidez de su comportamiento eran incompatibles con cualesquier bien material o capacidad. En cuanto a esas mujeres que según él eran sus hijas, todos compartían la opinión de la señora Vauquer, quien decía con esa lógica inflexible que el hábito de suponerlo todo proporciona a las ancianas entregadas a la charla durante las veladas: «Si Goriot tuviera unas hijas tan ricas como parecían las dos señoras que vinieron a verlo, no estaría en mi casa, en el tercero, pagando cuarenta y cinco francos al mes, y no iría vestido como un pobre». Nada podía desmentir esas suposiciones. En consecuencia, a finales del mes de noviembre de 1819, época en que estalló este drama, todos y cada uno en la casa de huéspedes tenían ideas muy bien asentadas acerca del pobre anciano. Nunca había tenido hija o mujer alguna: el abuso de los placeres lo convertía en un caracol, en un molusco antropomorfo que había que clasificar en la categoría de los *gorráceos*, según decía un empleado del Museo de Ciencias, uno de los parroquianos mediopensionistas. Poiret era un águila, todo un caballero comparado con Goriot. Poiret hablaba, razonaba, contestaba; no decía nada, bien es verdad, cuando hablaba, razonaba o contestaba, pues tenía la costumbre de repetir, con otras palabras, lo que decían los demás; pero contribuía a la conversación, estaba vivo, parecía sensible; mientras que el pobre de Goriot, de nuevo según las palabras del empleado del Museo de Ciencias, estaba constantemente en el cero de Réaumur.

Eugène de Rastignac había regresado con esa disposición de ánimo que

seguramente han conocido los jóvenes superiores o aquellos a quienes una posición dificultosa infunde momentáneamente las virtudes de los hombres de élite. Durante el primer año que pasó en París, el escaso esfuerzo que exigen los primeros grados que se cursan en la facultad le dejaron libertad para probar los deleites visibles del París material. A ningún estudiante le sobra tiempo si quiere estar al tanto del repertorio de todos los teatros, estudiar las salidas del laberinto parisino, enterarse de los usos, aprender la lengua y acostumbrarse a los placeres específicos de la capital: registrar los lugares buenos y los malos, asistir a las clases entretenidas y hacer inventario de las riquezas de los museos. Al estudiante le entra pasión entonces por simplezas que le parecen grandiosas. Tiene su gran hombre, algún profesor del Colegio de Francia, a quien retribuyen para que se ponga a la altura de su auditorio. Se realiza la corbata y alardea para la mujer del gallinero de L'Opéra-Comique. Con estas iniciaciones sucesivas va perdiendo el alburno, dilata el horizonte de su vida y acaba por concebir la superposición de las capas humanas de que se compone la sociedad. Aunque empieza admirando los coches que desfilan por Les Champs-Élysées en días de sol radiante, no tarda en envidiarlos. Eugène había pasado por ese aprendizaje sin darse cuenta cuando se fue de vacaciones, tras haberse graduado como bachiller en Letras y bachiller en Leyes. Las ilusiones de la infancia y las ideas provincianas habían desaparecido. La inteligencia modificada y la ambición exaltada le dieron una visión atinada de las cosas en plena casa solariega paterna, en el seno de su familia. Su padre, su madre, sus dos hermanos, sus dos hermanas y una tía cuyos bienes consistían en varias pensiones vivían en las reducidas tierras de Rastignac. Aquella finca, que rentaba alrededor de tres mil francos, padecía de la incertidumbre que rige la producción totalmente industrial de las vides; y, no obstante, había que sacarle todos los años mil doscientos francos sólo para él. El espectáculo de ese desamparo constante que generosamente le ocultaban, la comparación que no le quedó más remedio que hacer entre sus hermanas, que le parecían tan guapas en la infancia, y las mujeres de París, que habían plasmado un tipo de belleza soñada, el porvenir incierto de aquella familia tan numerosa que descansaba sobre él, la moderación cuidadosa con que vio que se guardaban los productos mínimos, la bebida hecha para la familia con el orujo del lagar y, finalmente, una plétora de circunstancias de las que sería inútil dejar constancia aquí incrementaron su deseo de triunfar en sociedad y lo dejaron sediento de honores. Como les sucede a las almas nobles, no quiso deber nada sino a sus méritos. Pero tenía una inteligencia eminentemente meridional; a la hora de llevarlas a ejecución, sus determinaciones no podían por menos de verse abocadas a esos titubeos que se adueñan de los jóvenes cuando se hallan en alta mar sin saber hacia dónde gobernar sus fuerzas ni con qué ángulo hinchar las velas. Aunque de entrada había querido entregarse en cuerpo y alma al estudio, no tardó en seducirlo la necesidad de contar con relaciones, cayó en la cuenta de cuánto influyen

las mujeres en la vida social y tomó la decisión repentina de lanzarse a esa vida para encontrar en ella protectoras: ¿iban acaso a faltarle a un joven apasionado e ingenioso cuyo ingenio y cuyo apasionamiento realzaban un porte elegante y cierta apostura nerviosa por la que las mujeres se dejan atraer de buen grado? Estas ideas lo asaltaron en pleno campo, durante los paseos que antes hacía alegremente con sus hermanas, que lo encontraron muy cambiado. Su tía, la señora de Marcillac, a quien antaño habían presentado en la corte, había conocido allí a eminencias de la aristocracia. De repente, el joven ambicioso reconoció en los recuerdos con que su tía lo había arrullado tantas veces los elementos de varias conquistas sociales de tanta importancia al menos como las que emprendía en la Escuela de Leyes; le preguntó acerca de los nexos de parentesco que podían aún reanudarse. Tras sacudir las ramas del árbol genealógico, la anciana estimó que, de todas las personas que podían serle útiles a su sobrino de entre la estirpe egoísta de los parientes ricos, la señora vizcondesa de Beauséant sería la menos recalcitrante. Le escribió a aquella dama joven una carta a la antigua usanza y se la entregó a Eugène, diciéndole que, si tenía éxito con la vizcondesa, recuperaría mediante ella el contacto con el resto de la parentela. Pocos días después de llegar, Rastignac le envió la carta de su tía a la señora de Beauséant. La vizcondesa respondió invitándolo a un baile el día siguiente.

Ésta era la situación, en líneas generales, de aquella casa de huéspedes de clase media a finales del mes de noviembre de 1819. Pocos días después, Eugène, tras haber ido al baile de la señora de Beauséant, regresó a eso de las dos de la mañana. Para recuperar el tiempo perdido, el animoso estudiante se había prometido, mientras bailaba, estudiar hasta que se hiciera de día. Iba a pasar la noche en vela por primera vez en medio de aquel barrio silencioso, pues se hallaba bajo el encantamiento de una energía ficticia al ver los esplendores de la vida de sociedad. No había cenado en casa de la señora Vauquer. Los huéspedes pudieron, pues, pensar que no volvería del baile hasta la mañana siguiente, con las claras del alba, igual que había vuelto a veces de las fiestas de Le Prado o de los bailes de L'Odéon, ensuciándose las medias de seda y deformando los escaupines. Antes de echarle los cerrojos a la puerta, Christophe la abrió para mirar la calle. Rastignac se presentó en ese momento y pudo subir a su cuarto sin hacer ruido, seguido de Christophe, que hacía mucho. Eugène se desnudó, se puso las zapatillas, cogió una levita de estar en casa, encendió un fuego de bolas de agalla y se dispuso con presteza al estudio, de forma tal que Christophe también tapó con el escándalo de sus zapatones los preparativos poco ruidosos del joven. Eugène se quedó pensativo unos momentos antes de sumirse en los libros de Leyes. Acababa de darse cuenta de que la vizcondesa de Beauséant era una de las reinas de la moda en París, cuya casa pasaba por ser la más agradable del Faubourg Saint-Germain. Por lo demás, era, por el apellido y por la fortuna, una de las eminencias del mundo aristocrático. Gracias a su tía De Marcillac, el estudiante pobre había tenido buena

acogida en aquella casa, sin calibrar hasta dónde alcanzaba aquel crédito. Que lo admitieran a uno en aquellos salones dorados equivalía a una patente de rancio abolengo. Al dejarse ver en aquel entorno social, el más exclusivo de todos, había conquistado el derecho de ir donde fuera. Deslumbrado ante la brillante concurrencia, habiendo intercambiado apenas unas pocas palabras con la vizcondesa, Eugène se había contentado con vislumbrar, entre la muchedumbre de las deidades parisinas que se agolpaban en el sarao, a una de esas mujeres a quien debe adorar de entrada todo joven. La condesa Anastasie de Restaud, alta y bien formada, gozaba de la fama de tener una de las cinturas más bonitas de París. Imagine el lector unos ojos grandes y negros, unas manos espléndidas, un pie de bonita línea, fuego en los ademanes, una mujer a quien el marqués de Ronquerolles llamaba caballo purasangre. Aquella agudeza nerviosa no la privaba de ninguna prenda: tenía formas desarrolladas y llenas, sin que se la pudiera acusar de excesivamente metida en carnes. *Caballo purasangre, mujer de raza*, tales expresiones estaban empezando a sustituir a los ángeles del cielo, a las figuras osiánicas, a toda la antigua mitología amorosa que el dandismo rechazaba. Pero para Rastignac, Anastasie de Restaud fue la mujer deseable. Consiguió dos turnos en la lista de sus parejas escrita en el abanico y pudo hablar con ella durante la primera contradanza.

—¿Dónde podré verla a partir de ahora? —le dijo con brusquedad, con esa fuerza apasionada que tanto agrada a las mujeres.

—Pues —le dijo ella— en el bosque de Boulogne, en Les Bouffons, en mi casa, en todas partes.

Y el atrevido meridional se apresuró a comprometerse con aquella condesa deliciosa tanto como puede comprometerse un joven en lo que duran una contradanza y un vals. Al decir que era primo de la señora de Beauséant, aquella mujer, a quien tomó por una gran dama, lo invitó y obtuvo permiso para visitarla. Por la última sonrisa que ella le dirigió, Rastignac creyó necesaria la visita. Había tenido la dicha de toparse con un hombre que no se rio de su ignorancia, fallo letal para los ilustres impertinentes de la época, los Maulincourt, los Ronquerolles, los Maxime de Trailles, los De Marsay, los Ajuda-Pinto, los Vandenesse, que estaban allí en la aureola de sus fatuidades y codeándose con la mujeres más elegantes, lady Brandon, la duquesa de Langeais, la condesa de Kergarouët, la señora de Sérizy, la duquesa de Carigliano, la condesa Ferraud, la señora de Lanty, la marquesa de Aiglemont, la señora Firmiani, la marquesa de Listomère y la marquesa de Espard, la duquesa de Maufrigneuse y las Grandlieu. Afortunadamente, pues, el candoroso estudiante se topó con el marqués de Montriveau, el amante de la duquesa de Langeais, un general sencillo como un niño, que lo puso al tanto de que la condesa de Restaud vivía en la calle de Le Helder. ¡Ser joven, hallarse sediento del mundo y la sociedad, hallarse hambriento de una mujer y ver que se le abrían dos casas! ¡Meter el pie en el Faubourg Saint-Germain, en casa

de la vizcondesa de Beauséant, y la rodilla en la Chaussée-d'Antin, en casa de la condesa de Restaud! ¡Sumergirse de una mirada en la hilera de salones de París y pensar que es uno lo bastante buen mozo para hallar en ellos ayuda y protección en un corazón de mujer! ¡Notarse lo bastante ambicioso para dar una patada soberbia en la cuerda tensa por la que hay que andar con la seguridad del acróbata que no se ha de caer y haber encontrado en una mujer encantadora el mejor de los balancines! Con aquellos pensamientos y ante aquella mujer que se erguía sublime cerca de un fuego de bolas de agalla, entre los libros de Leyes y la miseria, ¿quién no habría, igual que Eugène, sondeado el porvenir con una meditación que lo amueblase de éxitos? Sus pensamientos vagabundos echaban cuenta tan nutrida de sus dichas futuras que se creía junto a la señora de Restaud cuando un suspiro semejante a un resuello de san José carpintero alteró el silencio de la noche y le retumbó al joven en el corazón de manera tal que lo tomó por el estertor de un moribundo. Abrió, pues, sin ruido la puerta y, cuando estuvo en el pasillo, divisó una raya de luz en la parte baja de la puerta de Goriot. Eugène temió que su vecino se hallase indispuerto; arrimó el ojo a la cerradura, miró dentro de la habitación y vio al anciano ocupado en unas tareas que le parecieron demasiado criminales para que no creyese que le hacía un servicio a la sociedad fijándose bien en las maquinaciones con nocturnidad del sedicente fabricante de fideos. Goriot, quien no cabía duda de que había atado al travesaño de una mesa puesta bocabajo una fuente y algo así como una sopera de plata sobredorada y daba vueltas a una especie de cable alrededor de esos objetos profusamente tallados, apretándolos con tanta fuerza que los retorció para convertirlos, verosímilmente, en lingotes.

«¡Demontre, qué hombre este!», se dijo Rastignac al ver el brazo nervudo del anciano, quien, con aquella cuerda, heñía sin ruido la plata dorada como si fuera masa. Pero ¿sería un ladrón o un receptor, quien, para entregarse con mayor seguridad a su negocio, fingía necedad e impotencia y vivía como un mendigo?, se dijo Eugène, enderezándose por un momento. El estudiante volvió a pegar el ojo a la cerradura. Goriot, que había desenroscado el cable, cogió la masa de plata, la puso encima de la mesa, tras haber extendido encima la manta de la cama, y la enrolló en ésta para redondearla como una barra, operación que llevó a cabo con maravillosa facilidad.

«¿Así que es tan fuerte como Augusto, rey de Polonia?», se dijo Eugène cuando la barra estuvo ya casi formada. El pobre de Goriot miró con expresión triste la obra que había llevado a cabo, le brotaron de los ojos unas lágrimas, apagó de un soplo el cerillo a cuya luz había retorcido la plata sobredorada y Eugène lo oyó acostarse lanzando un suspiro.

«Está loco», pensó el estudiante.

—Pobre niña —dijo el pobre Goriot en voz alta.

Al oír aquello, a Rastignac le pareció prudente callar aquel suceso y no condenar sin consideraciones a su vecino. Iba a volverse a su cuarto cuando oyó de pronto un ruido bastante difícil de explicar y que debían de hacer dos hombres con zapatillas de orillo que subían por las escaleras. Eugène aguzó el oído y reconoció, efectivamente, el sonido alternado de la respiración de ambos hombres. Sin haber oído ni el rechinar de la puerta ni los pasos de los hombres, vio de pronto un resplandor débil en el segundo piso, en el cuarto del señor Vautrin.

«¡Cuántos misterios para una casa de huéspedes de clase media!», se dijo. Bajó unos cuantos peldaños, se puso a escuchar y el ruido del oro le sonó en los oídos. No tardaron en apagar la luz, las dos respiraciones se dejaron oír de nuevo sin que rechinase la puerta. Luego, a medida que los hombres fueron bajando, el ruido se fue haciendo más débil.

—¿Quién anda por ahí? —voceó la señora Vauquer abriendo la ventana de su cuarto.

—Soy yo, que vuelvo, mamá Vauquer —dijo Vautrin con aquel vozarrón suyo.

«¡Qué curioso! Christophe había echado los cerrojos», se dijo Eugène al meterse en su cuarto.

Hay que quedarse despierto para estar bien enterado de lo que en París sucede a nuestro alrededor. Tras apartarlo aquellos sucesos menudos de su meditación ambiciosamente enamorada, se puso a estudiar. Lo distrajeron las sospechas que se le ocurrían en lo referido a Goriot; lo distrajo más aún el rostro de la señora de Restaud que, de tanto en tanto, se le ponía delante como mensajero de un destino brillante; y acabó por acostarse y dormir a pierna suelta. De diez noches que les prometen al estudio los jóvenes, le dan siete al sueño. Hay que tener más de veinte años para quedarse en vela.

A la mañana siguiente reinaba en París una de esas nieblas densas que lo envuelven tan bien que las personas más puntuales se equivocan en el paso del tiempo. Se pierden las citas de negocios. Todo el mundo cree que son las ocho cuando dan las doce. Eran las nueve y media y la señora Vauquer aún no se había movido de la cama. Christophe y la opulenta Sylvie, a quienes se les había pasado la hora, se estaban tomando tranquilamente el café, que preparaban con las capas de arriba de la leche de los huéspedes, que Sylvie dejaba hervir mucho rato para que la señora Vauquer no se diera cuenta de aquel diezmo tomado ilegalmente.

—Sylvie —dijo Christophe, mojando la primera tostada—, el señor Vautrin, que no deja de ser un buen hombre, ha vuelto a recibir a dos hombres esta noche. Si la señora preguntase, no hay que decirle nada.

—¿Le ha dado algo?

—Me ha dado cinco francos de mensualidad, una forma de decirme: cállate.

—Menos él y la señora Couture, que no andan mirando el dinero, los demás

querrían quitarnos con la mano izquierda lo que nos dan con la derecha el día de Año Nuevo —dijo Sylvie.

—¡Y para lo que dan! —dijo Christophe—. Una moneda de mala muerte, de cinco francos. Goriot lleva dos años limpiándose él los zapatos. El rícano de Poiret prescinde del betún y antes se lo bebería que ponérselo en ese calzado viejo que lleva. Y el canijo del estudiante me da dos francos. Dos francos no me dan ni para pagar los cepillos; y, de propina, vende la ropa vieja. ¡Qué casa ésta!

—¡Bah! —dijo Sylvie, bebiéndose a sorbitos el café—. Tenemos unas colocaciones que son pese a todo las mejores del barrio: aquí se vive bien. Pero, hablando del buenazo de Vautrin, Christophe, ¿alguien le ha contado a usted algo?

—Sí. Me encontré hace unos días con un señor por la calle que me dijo: «¿No vive en su casa un señor grueso que lleva patillas y se las tiñe?». Yo le dije: «No, caballero, no se las tiñe. A un hombre alegre como es él no le da tiempo a eso». Así que se lo conté al señor Vautrin, que me contestó: «¡Has hecho bien, muchacho! Contesta siempre así. No hay nada más desagradable que dejar que se sepan nuestras imperfecciones. Pueden perderse oportunidades de boda».

—Pues a mí en el mercado me han querido liar también para hacerme contar si le veo ponerse la camisa. ¡Lo que me faltaba! Anda —dijo, interrumpiéndose—, están dando las diez menos cuarto en Le Val-de-Grâce y nadie se mueve.

—Bah, han salido todos. La señora Couture y esa jovencita suya se fueron a comer hostias a Saint-Étienne en cuanto dieron las ocho. Goriot salió con un paquete. El estudiante no volverá hasta que acaben las clases, a las diez. Vi cómo se marchaban mientras limpiaba las escaleras; hasta le diré que Goriot me dio un golpe con lo que llevaba y era duro como el hierro. ¿A qué se dedica ese pobre hombre? Los demás lo tienen mareado, pero no por eso deja de ser un buen hombre y que vale más que todos ellos juntos. No es que dé mucho; pero me manda a casa de unas señoras que menudas propinas que te sueltan y que son la mar de guapetonas.

—Esas que dice que son hijas tuyas, ¿no? Son una docena.

—Yo nunca he ido más que a casa de dos, las mismas que han venido aquí.

—Ya está rebullendo la señora; se va a poner como una fiera, tengo que ir para allá. Échele un ojo a la leche, Christophe, por el gato.

Sylvie subió al cuarto de su ama.

—Pero ¡cómo, Sylvie, son ya las diez menos cuarto y me has dejado dormir como una marmota! Nunca había ocurrido nada igual.

—Es por la niebla, que se puede cortar con cuchillo.

—Pero ¿y el almuerzo?

—Bah, sus huéspedes iban como alma que lleva el diablo; no se les pegaron las mantas.

—Habla bien, Sylvie —repuso la señora Vauquer—; se dice pegarse las sábanas.

—Ay, señora, lo diré como usted quiera. Pero el caso es que puede usted almorzar a las diez. La Michonnette y el Puerro no han dando señales de vida. Nada más están ellos en casa, y durmiendo como troncos, que es lo que son.

—Pero, Sylvie, los juntas a los dos como si...

—¿Como si qué? —repuso Sylvie soltando una risotada necia—. Van a juego los dos.

—Qué curioso, Sylvie: ¿cómo entró esta noche el señor Vautrin después de que Christophe echase los cerrojos?

—De eso nada, señora. Christophe oyó al señor Vautrin y bajó a abrirle la puerta. Y usted se creyó eso que dice.

—Dame la camisola y vete ahora mismo a ocuparte del almuerzo. Haz un apaño con el cordero que queda y unas patatas y pon peras cocidas, de esas que van a dos céntimos y medio la pieza.

Pocos momentos después la señora Vauquer bajó en el instante en que el gato acababa de tirar con la pata el plato que cubría un tazón de leche y le daba lametones apresurados.

—¡Mistigris! —exclamó.

El gato salió huyendo y volvió luego para frotársele en las piernas.

—Sí, sí, ahora ven con mimos, so cobardica —le dijo—. ¡Sylvie! ¡Sylvie!

—¿Qué? ¿Qué ocurre, señora?

—Mira lo que se ha bebido el gato.

—La culpa la tiene el borrico de Christophe; le había dicho que pusiera la mesa. ¿Dónde se ha metido? No se preocupe, señora, lo usaremos para el café de Goriot. Le añadiré agua y ni se enterará. No se fija en nada, ni siquiera en lo que come.

—¿Y dónde ha ido ese bicho raro? —preguntó la señora Vauquer poniendo los platos.

—Vaya usted a saber. Se trae unos líos de todos los demonios.

—He dormido demasiado —dijo la señora Vauquer.

—Pero a cambio la señora está lozana como una rosa.

En ese momento sonó la campanilla y entró en el salón Vautrin cantando con aquel vozarrón suyo:

Llevo mucho mundo corrido
y por todas partes me han visto...

—¡Vaya, vaya! Buenos días, mamá Vauquer —dijo al ver a la patrona, a quien abrazó, muy galanteador.

—Vamos, déjelo ya.

—¡Llámeme impertinente! —añadió él—. Venga, llámemelo. Que me lo llame de una vez. Mire, voy a poner la mesa con usted. ¿A qué soy muy buen chico?

Cortejar a morenas y rubias.
suspirar, amar...

—Acabo de ver algo muy curioso.

... al azar.

—¿Qué? —preguntó la viuda.

—Goriot estaba a las ocho y media en la calle Dauphine, en la tienda del orfebre que compra cubiertos viejos y galones. Le ha vendido por una bonita cantidad un utensilio doméstico de plata sobredorada muy bien apañado para un hombre que no es del oficio.

—¿Ah, sí?

—Sí. Volvía aquí después de haber acompañado a uno de mis amigos que cogía la posta para expatriarse; esperé a Goriot, a ver qué hacía, por aquello de reírme un rato. Volvió al barrio, a la calle de Les Grès, donde entró en la casa de un usurero conocido, que se llama Gobseck, un pillo redomado capaz de hacer piezas de dominó con los huesos de su padre; un judío, un árabe, un griego, un gitano, un hombre a quien no hay forma de desvalijar, mete los escudos en el banco.

—Pues ¿qué hace ese pobre de Goriot?

—No hace nada, deshace —dijo Vautrin—. Es un estúpido lo bastante tonto para arruinarse por amor a unas mujeres que...

—Aquí viene —dijo Sylvie.

—Christophe —voceó Goriot—, sube conmigo.

Christophe fue en pos de Goriot y volvió a bajar enseguida.

—¿Dónde vas? —le dijo la señora Vauquer a su criado.

—A hacerle un recado al señor Goriot.

—¿Y esto qué es? —dijo Vautrin, arrancándole de las manos a Christophe una carta en la que leyó: «A la señora condesa Anastasie de Restaud»—. ¿Y dónde la llevas? —añadió, devolviéndole la carta a Christophe.

—A la calle de Le Helder. Tengo orden de no entregársela sino a la señora condesa.

—¿Qué va dentro? —dijo Vautrin, mirando la carta al trasluz—. ¿Un billete de banco? No. Abrió a medias el sobre: un pagaré abonado —exclamó—. ¡Rayos! ¡Y qué galante es el muy cotorrón! Anda, bribón —dijo poniéndole en la cabeza la ancha mano a Christophe, a quien hizo girar como un dado—, que te van a dar buena propina.

Ya estaba puesta la mesa. Sylvie estaba hirviendo la leche. La señora Vauquer encendía la estufa con ayuda de Vautrin, que seguía cantando entre dientes:

Llevo mucho mundo corrido

y por todas partes me han visto...

Cuando estuvo todo dispuesto, entraron la señora Couture y la señorita Taillefer.

—¿De dónde viene tan de mañana, hermosa mía? —dijo la señora Vauquer a la señora Couture.

—De rezar nuestras oraciones en Saint-Étienne-du-Mont, porque tenemos que ir hoy a casa del señor Taillefer. Pobre niña, tiembla como una hoja —añadió la señora Couture, sentándose delante de la estufa hacia cuya boca alargó los zapatos, que empezaron a saltar vaho.

—Caliéntese, Victorine —dijo la señora Vauquer.

—Está muy bien, señorita, eso de rezarle a Dios para que le ablande el corazón a su padre —dijo Vautrin, acercándole una silla a la huérfana—. Pero con eso no basta. Necesitaría un amigo que se encargase de decirle lo que se merece a ese cetáceo, a ese salvaje, que tiene, a lo que dicen, tres millones y no le da a usted dote. Una muchacha hermosa necesita una dote en estos tiempos.

—Pobre niña —dijo la señora Vauquer—. No se preocupe, tesoro, que ese monstruo de su padre se está labrando con creces su propia desgracia.

Al oír estas palabras, las lágrimas le humedecieron los ojos a Victorine y la viuda calló al hacerle una seña la señora Couture.

—Sólo con que consiguiéramos verlo, si pudiera hablarle y entregarle la última carta de su mujer —añadió la viuda del intendente de los Ejércitos—. Nunca me he atrevido a enviársela por correo; conoce mi letra...

—¡Oh, mujeres inocentes, desdichadas y hostigadas! —exclamó Vautrin, interrumpiéndola—. ¡En ésas están ustedes! Dentro de unos días me meteré en sus asuntos y todo irá bien.

—Ay, caballero —dijo Victorine, dirigiéndole una mirada húmeda y ardiente a un tiempo a Vautrin, que no se dio por enterado—, si supiera usted una forma de llegar hasta mi padre, no deje de decirle que tengo en más su cariño y el honor de mi madre que todas las riquezas del mundo. Si consiguiera que suavizara un poco su rigor, rogaría a Dios por usted. Tenga la seguridad de un agradecimiento...

—Llevo mucho mundo corrido —cantó Vautrin con voz irónica.

En ese momento bajaron Goriot, la señorita Michonneau y Poiret, atraídos quizá por el olor de la salsa rubia que estaba haciendo Sylvie para aderezar las sobras de cordero. En el mismo instante en que se sentaron a la mesa los siete comensales dándose los buenos días, dieron las diez y se oyeron en la calle los pasos del estudiante.

—Ah, muy bien, señor Eugène —dijo Sylvie—, hoy va usted a almorzar con todo el mundo.

El estudiante saludó a los huéspedes y se sentó al lado de Goriot.

—Me acaba de ocurrir una aventura singular —dijo mientras se servía cordero en

abundancia y se cortaba un trozo de pan, que la señora Vauquer calibraba siempre con la mirada.

—¡Una aventura! —dijo Poiret.

—¿Y por qué le extraña, carcamal? —le dijo Vautrin a Poiret—. El señor es el más indicado para tenerlas.

La señorita Taillefer le lanzó una ojeada tímida al estudiante.

—Cuéntenos la aventura —pidió la señora Vauquer.

—Ayer estaba en un baile en casa de la señora vizcondesa de Beauséant, una prima mía que tiene una casa espléndida con aposentos tapizados de seda y que, en fin, nos dio una fiesta estupenda en la que me divertí como un rey...

—*Yezuelo* —dijo Vautrin, cortándolo en seco.

—¿Qué quiere decir, señor mío? —preguntó con vehemencia Eugène.

—Digo *yezuelo* porque los reyezuelos se divierten más que los reyes.

—Es cierto, preferiría ser ese pajarillo despreocupado antes que un rey porque... —intervino Poiret, el *idemista*.

—El caso es que —siguió diciendo el estudiante, interrumpiéndolo— bailé con una de las mujeres más hermosas del baile, un condesa preciosa, la mujer más deliciosa que haya visto en la vida. Iba tocada con flores de melocotonero y llevaba en el costado un ramo de flores hermosísimo, flores naturales que olían de maravilla; pero, bah, tendrían que haberla visto, es imposible describir a una mujer en plena animación del baile. Bueno, pues esta mañana me encontré con esa divina condesa, a eso de las nueve, a pie por la calle de Les Grès. Ay, cómo me latía el corazón, me figuraba que...

—Que venía aquí —dijo Vautrin, lanzando una mirada penetrante al joven—. Probablemente iba al local de papá Gobseck, un usurero. Si alguna vez hurga usted en el corazón de las mujeres de París, encontrará antes al usurero que al amante. Esa condesa suya se llama Anastasie de Restaud y vive en la calle de Le Helder.

Al oír ese nombre, el estudiante miró fijamente a Vautrin. El pobre Goriot alzó de pronto la cabeza y lanzó a ambos interlocutores una mirada luminosa y rebotante de inquietud que sorprendió a los huéspedes.

—Así que Christophe llegará demasiado tarde; ya habrá ido allí —exclamó dolorosamente Goriot.

—He dado en el clavo —dijo Vautrin arrimándose al oído de la señora Vauquer.

Goriot comía mecánicamente, sin saber qué comía. Nunca había parecido más atontado ni más ensimismado que en aquel momento.

—¿Quién demonios, señor Vautrin, ha podido decirle su nombre? —preguntó Eugène.

—Ah, ahí está el quid —repuso Vautrin—. ¿No lo sabía Goriot? ¿Por qué no lo iba a saber yo?

—¡Señor Goriot! —exclamó el estudiante.

—¿Y qué? —dijo el pobre anciano—. ¿Estaba muy hermosa ayer?

—¿Quién?

—La señora de Restaud.

—¡Mire cómo se le encandila la mirada al pillo viejo este! —le dijo la señora Vauquer a Vautrin.

—¿Será que la mantiene? —le dijo en voz baja la señorita Michonneau al estudiante.

—Ah, sí, estaba hermosa a más no poder —siguió diciendo Eugène, a quien mirada con avidez el pobre Goriot—. Si no hubiera estado presente la señora de Beuséant, mi divina condesa habría sido la reina del baile; los jóvenes sólo tenían ojos para ella; yo era el duodécimo en su lista; bailaba todas las contradanzas. Las demás mujeres rabiaban. Si una mujer fue feliz ayer, ésa era ella, desde luego. Con razón dicen que no hay nada más hermoso que una fragata con las velas desplegadas, un caballo al galope y una mujer que baila.

—Ayer en lo más alto de la rueda, en casa de una duquesa —dijo Vautrin—, y esta mañana en lo más bajo de la escala, en casa de un cobrador de créditos: así son las parisinas. Si sus maridos no pueden mantener su lujo desenfrenado, se venden. Si no saben venderse, destriparían a sus madres para encontrar con qué brillar. Que hacen mil y una zalagardadas, vamos. ¡Es sabido, es sabido!

Al pobre Goriot se le había iluminado la cara como el sol de un día hermoso al oír al estudiante, pero se le ensombreció ante aquel cruel comentario de Vautrin.

—Bueno —dijo la señora Vauquer—, ¿y dónde está esa aventura suya? ¿Le habló usted? ¿Le preguntó si venía a estudiar Leyes?

—No me vio —dijo Eugène—. Pero encontrarse con una de las mujeres más bonitas de París en la calle de Les Grès a las nueve de la mañana, una mujer que debió de volver del baile a las dos de la madrugada, ¿no es acaso algo singular? Sólo en París ocurren aventuras de ésas.

—¡Bah! ¡Las hay mucho más graciosas! —exclamó Vautrin.

La señorita Taillefer apenas si había atendido, de tan preocupada como estaba por el intento que iba a hacer. La señora Couture le hizo seña de que se levantase para ir a arreglarse. Cuando las dos señoras hubieron salido, Goriot hizo otro tanto.

—¿Qué, lo han visto? —les dijo la señora Vauquer a Vautrin y a los demás huéspedes—. Está claro que se arruinó por esas mujeres.

—¡Nunca me harán creer —exclamó el estudiante— que la hermosa condesa de Restaud pertenezca a Goriot!

—Pero —le dijo Vautrin, interrumpiéndolo— no tenemos ningún empeño en conseguir que se lo crea. Es usted aún demasiado joven para conocer París bien; ya sabrá más adelante que aquí hay eso que llamamos *hombres de pasiones*. —Al oír

esas palabras, la señorita Michonneau miró a Vautrin con expresión inteligente. Hubiérase dicho un caballo de regimiento que oye sonar la corneta—. Vaya, vaya —dijo Vautrin, interrumpiéndose para lanzarle una mirada penetrante—. ¿Así que hemos tenido nuestras pasioncillas? —La solterona bajó la mirada como una monja que viera unas estatuas—. Pues bien —siguió diciendo Vautrin—, a esas personas se les mete una idea entre ceja y ceja y ya no la sueltan. Sólo tienen sed de determinada agua cogida de determinada fuente, y con frecuencia corrompida; para beberla, venderían a sus mujeres y a sus hijos; le venderían el alma al diablo. Para algunos esa fuente es el juego, o la Bolsa; una colección de cuadros o de insectos; la música; para otros es una mujer que sabe prepararle golosinas. Si a éstos les ofreciéramos todas las mujeres de la tierra, les importaría un bledo, sólo quieren esa que satisface su pasión. Muchas veces, esa mujer no los quiere en absoluto, los trata de mala manera, les vende muy caras unas briznas de satisfacción. Pues bien, esos gansos no se cansan y empeñarían la última manta que les quedase en el Monte de Piedad para darles su última moneda. ¡Goriot es una de esas personas! La condesa lo explota porque es discreto. ¡Y así es la buena sociedad! El pobre hombre sólo piensa en ella. Dejando aparte su pasión, ya lo ven, es un ser embrutecido. Saquen a colación ese asunto y la cara le relucirá como un brillante. No es difícil adivinar ese secreto. Esta mañana llevó a la fundición plata sobredorada y lo vi entrar en el local de papá Gobseck, en la calle de Les Grès. ¡Sígueme bien! Al volver, envió a casa de la condesa de Restaud al pánfilo de Christophe, que nos enseñó la dirección del sobre, donde había un pagaré abonado. Está claro que si la condesa iba también a ver al carcamal del cobrador de créditos es que el asunto era urgente. Goriot, muy galante, puso el dinero por ella. No hace falta hilvanar juntas dos ideas para ver las cosas claras. Eso le demuestra, mi joven amigo estudiante, que mientras esa condesa suya reía, bailaba, hacía monerías, columpiaba las flores de melocotonero y se cogía la falda del vestido con dos dedos, estaba con el agua al cuello, como suele decirse, pensando en el protesto de sus letras de cambio o de las de su amante.

—Al oírlo me entran unas ganas tremendas de saber la verdad. Iré mañana a casa de la señora de Restaud —exclamó Eugène.

—Sí —dijo Poiret—, hay que ir mañana a casa de la señora de Restaud.

—A lo mejor se encuentra allí con el bueno de Goriot que va a cobrar el importe de su conducta galante.

—Pero —dijo Eugène con cara de asco— ¿este París suyo es un lodazal entonces?

—Y menudo lodazal —repuso Vautrin—. Los que se ensucian en coche son personas de bien y los que se ensucian a pie son sinvergüenzas. Tenga la desdicha de rascar algo y lo exhibirán en la plaza de Le Palais-de-Justice como una curiosidad. Robe un millón y pasará en los salones por virtuoso. Le pagamos treinta millones al

cuerpo de gendarmes y a la Justicia para que dure esa ética. ¡Precioso!

—¡Cómo! —exclamó la señora Vauquer—. ¿Que Goriot ha fundido su juego de desayuno de plata sobredorada?

—¿No había dos tórtolas en la tapa? —dijo Eugène.

—Eso mismo.

—Pues le tenía mucho apego porque lloró después de convertir en una masa la escudilla y la fuente. Lo vi por casualidad —dijo Eugène.

—Era como la niña de sus ojos —contestó la viuda.

—Ya ven qué fuertes son las pasiones del individuo —exclamó Vautrin—. Esa mujer sabe encalabrarle el alma.

El estudiante subió a su cuarto. Vautrin salió. Pocos momentos después, la señora Couture y Victorine subieron a un coche de punto que Sylvie fue a buscarles. Poiret le brindó el brazo a la señorita Michonneau y ambos fueron a dar un paseo por Le Jardin des Plantes durante las dos horas mejores del día.

—¡Bueno, pues ahí los tenemos casi casados ya! —dijo la oronda Sylvie—. Hoy salen los dos juntos por primera vez. Están los dos tan resecos que como tropiecen uno con otro saltarán chispas igual que de un chisquero.

—Ojo con el chal de la señorita Michonneau —dijo riéndose la señora Vauquer—, que prenderá como yesca.

A las cuatro de la tarde, cuando volvió Goriot, vio a la luz de dos lámparas que humeaban a Victorine con los ojos enrojecidos. La señora Vauquer estaba escuchando el relato de la visita infructuosa que le habían hecho por la mañana al señor Taillefer. Fastidiado por tener que recibir a su hija y a la anciana aquella, Taillefer permitió que llegasen a su presencia para tener una explicación con ellas.

—Mi querida señora —le decía la señora Couture a la señora Vauquer—, fíjese, ni siquiera le pidió que se sentase a Victorine, que estuvo a pie firme todo el rato. A mí me dijo, sin montar en cólera, con mucha frialdad, que nos ahorrásemos el trabajo de ir a su casa, que la señorita, sin decir su hija, se hacía un flaco favor al importunarlo (una vez al año, ¡vaya monstruo!) y que su madre se había casado sin tener fortuna alguna. Victorine no podía aspirar a nada; las cosas más duras, vaya, que hicieron que esta pobre niña rompiera a llorar. La criatura se arrojó entonces a los pies de su padre y le dijo valerosamente que no insistía tanto sino por su madre, que obedecería su voluntad sin rechistar, pero que le suplicaba que leyese el testamento de la pobre difunta; cogió la carta y se la enseñó, diciendo las cosas más hermosas del mundo y las mejor sentidas; no sé de dónde las sacó. Se las dictaba Dios, porque la pobre niña estaba tan estupendamente inspirada que yo, al oírla, lloraba a moco tendido. ¿Sabe lo que hacía ese hombre espantoso? Se estaba cortando las uñas; cogió la carta que la pobre señora Taillefer había empapado con sus lágrimas y la arrojó a la chimenea diciendo: «¡Me parece muy bien!». Quiso incorporar a su hija, que le cogía

las manos para besárselas, pero las apartó. ¿No es una canallada? El zangolotino de su hijo entró sin saludar a su hermana.

—Pero ¿es que son unos monstruos? —dijo Goriot.

—Y luego —dijo la señora Couture, sin hacer caso de la exclamación del buen hombre— el padre y el hijo se fueron, despidiéndose de mí y rogándome que los disculpase; tenían asuntos urgentes. Ésa ha sido nuestra visita. Por lo menos ha visto a su hija. No sé cómo puede negarla, se le parece como dos gotas de agua.

Los huéspedes y los mediopensionistas fueron llegando uno tras otro, saludándose mutuamente y diciendo esas naderías que consideran algunas clases parisinas muestra de ingenio chistoso, en que la necedad entra como ingrediente principal y cuyo mérito reside especialmente en los ademanes o en la forma de pronunciar. Esa especie de jerga cambia continuamente. La chanza de la que parte nunca tiene más de un mes de vida. Un suceso político, un proceso del tribunal de lo criminal, una canción de la calle, las bromas de un actor, todo sirve para nutrir ese juego de ingenio que consiste sobre todo en usar las ideas y las palabras como volantes y lanzárselas con unas raquetas. El reciente invento del Diorama, que ha llevado la ilusión óptica a un grado mayor que en los Panoramas, introdujo en algunos estudios de pintores la gracia de hablar en *rama*, algo así como un estilo forzado que un pintor joven, parroquiano de la casa de huéspedes Vauquer, les había inoculado.

—Vamos a ver, *señorrrrrr* Poiret —dijo el empleado del Museo de Ciencias—, ¿qué tal andamos de *saludarama*? —Luego, sin esperar respuesta—: Señoras, están ustedes disgustadas —les dijo a la señora Couture y a Victorine.

—¿Qué, se *cenoria*? —exclamó Horace Bianchon, un estudiante de Medicina amigo de Rastignac—; se me ha bajado mi muy querido estómago *usque ad talones*.

—¡Menuda *heladorama* está cayendo! —dijo Vautrin—. ¡Muévase, Goriot, diantre! Tapa usted con el pie toda la boca de la estufa.

—Ilustre señor Vautrin —dijo Bianchon—, ¿por qué dice *heladorama*? Ahí falla algo, será *heladarama*.

—No —dijo el empleado del Museo de Ciencias—, es *heladorama* porque concuerda conmigo, que estoy helado.

—¡Ja! ¡Ja!

—Aquí está el excelentísimo señor marqués de Rastignac, doctor en derecho torcido —exclamó Bianchon, agarrando a Eugène por el cuello y apretándoselo como si lo fuera a ahogar—. Eh, los demás; ah de los demás.

La señorita Michonneau entró sin ruido, saludó a los comensales sin decir nada y fue a sentarse junto a las tres mujeres.

—Ese murciélago viejo me da siempre escalofríos —le dijo en voz baja Bianchon a Vautrin, indicándole a la señorita Michonneau—. Yo, que estudio el sistema de

Gall^[6], le encuentro los chichones de Judas.

—¿Lo conoció usted? —dijo Vautrin.

—¿Quién no ha coincidido con él? —respondió Bianchon—. Le doy mi palabra de que esta solterona tan blanca me da la misma impresión que esos gusanos largos que acaban por roer una viga.

—Ésas son cosas que pasan, joven —dijo el cuarentón atusándose las patillas.

Por ser rosa, vivió lo que viven las rosas,
tan sólo una mañana.

—¡Vaya! ¡Vaya! Estupenda *soparama* —dijo Poiret, al ver entrar a Christophe, que llevaba respetuosamente el primer plato.

—Disculpe, caballero —dijo la señora Vauquer—, es una sopa de coles.

Todos los jóvenes soltaron la carcajada.

—¡Muerda el polvo, Poiret!

—¡Poirrrrrret muerrrrde el polvo!

—Dos puntos para mamá Vauquer —dijo Vautrin.

—¿Alguien se ha fijado en la niebla que hacía esta mañana? —dijo el empleado.

—Era —dijo Bianchon— una niebla frenética y sin antecedentes, una niebla lúgubre, melancólica, verde, asmática, una niebla Goriot.

—*Goriorama* —dijo el pintor—, porque no se veía ni gota.

—Eh, milord Goriottttt, que va con usted la cosa.

Sentado al final de la mesa, cerca de la puerta por la que se hacía el servicio, el pobre Goriot alzó la cabeza mientras olía un trozo de pan que tenía debajo de la servilleta, movido por una antigua costumbre de comerciante que a veces volvía a asomar.

—¡Oiga! —le chilló con tono agrio la señora Vauquer, cuya voz cubrió el ruido de los cubiertos, de los platos y de las voces—. ¿Es que no le parece bueno el pan?

—Al contrario, señora —contestó él—; es de harina de Étampes, de primera calidad.

—¿Y eso en qué lo nota? —le dijo Eugène.

—Por el color blanco y por el gusto.

—Por el gusto de las narices, porque lo huele —dijo la señora Vauquer—. Se está volviendo tan ahorrativo que acabará por dar con la forma de alimentarse olisqueando el aire de la cocina.

—Pues patente el invento —voceó el empleado del Museo de Ciencias— y ganará una fortuna.

—Quiten, quiten, si lo hace para convencernos de que era fabricante de fideos —dijo el pintor.

—Tiene usted una nariz como una retorta —añadió el empleado del Museo de

Ciencias.

—¿Reto... qué? —preguntó Bianchon.

—Retoque.

—Retortijón.

—Retorcido.

—Retozo.

—Retorno.

—Retortero.

—Retor.

—*Retorama*.

Estas ocho respuestas brotaron por todo el comedor con la rapidez de un fuego de fila e hicieron tanta más gracia cuanto que el pobre Goriot miraba a los comensales con expresión pánfila, como un hombre que intenta entender una lengua extranjera.

—¿Reto? —le dijo a Vautrin, que tenía sentado al lado.

—¡Retonto y requetetonto! —dijo Vautrin calándole a Goriot el sombrero en la cabeza de una palmada que se lo encajó hasta los ojos.

El pobre anciano, estupefacto ante aquel ataque, se quedó quieto por un momento. Christophe se llevó el plato del infeliz, creyendo que ya se había acabado la sopa; de forma tal que, cuando Goriot, tras volver a su sitio el sombrero, cogió la cuchara, dio con ella en la mesa. Todos los comensales se echaron a reír.

—Caballero —dijo el anciano—, no tiene usted ninguna gracia y si vuelve a permitirse hundimientos como éste...

—A ver, papá, ¿qué pasaría? —dijo Vautrin interrumpiéndolo.

—Pues que lo pagará muy caro algún día...

—En el infierno, ¿no? —dijo el pintor—. ¡En ese rinconcito oscuro en donde meten a los niños malos!

—Y qué, señorita —le dijo Vautrin a Victorine—, ¿no come? ¿El papá ha estado recalitrante?

—Algo espantoso —dijo la señora Couture.

—Hay que meterlo en vereda —dijo Vautrin.

—Pero —dijo Rastignac, que estaba bastante cerca de Bianchon— la señorita podría entablar una demanda judicial por la cuestión de los alimentos, ya que no come. ¡Eh, miren cómo Goriot le pasa revista a la señorita Victorine!

Al anciano se le olvidaba comer para contemplar a la pobre joven, cuyos rasgos traslucían claramente el dolor de la hija rechazada que quiere a su padre.

—Mi querido amigo —dijo Eugène en voz baja—, nos hemos equivocado con Goriot. No es ni un imbécil ni un apático. Aplícale tu sistema de Gall y dime lo que saques en claro. Lo he visto esta noche retorcer una fuente de plata sobredorada como si fuera de cera, y ahora mismo en la expresión de la cara revela sentimientos

extraordinarios. Me parece que tiene una vida lo bastante misteriosa para que valga la pena estudiarla. Sí, Bianchon, tú ríete, pero yo no estoy de broma.

—Ese hombre es un caso clínico —dijo Bianchon—. Bien está; si quiere, le hago una disección.

—No; pálpale la cabeza.

—Ah, vaya, su tontería puede resultar contagiosa.

Al día siguiente, Rastignac se puso muy elegante y fue, a las tres de la tarde, a casa de la señora de Restaud, entregándose por el camino a esas esperanzas alocadamente aturcidas que hermocean con tantas emociones la vida de los jóvenes: no echan cuenta en esa etapa ni de los obstáculos ni de los peligros, en todo ven triunfos, para poetizar la existencia les basta con el juego de la imaginación y se imponen desdichas o tristezas cuando se les tuercen proyectos que aún no realizan sino en sus deseos desenfundados; si no fueran ignorantes y tímidos, la vida social sería imposible. Eugène caminaba con mil cuidados para no ensuciarse de barro, pero lo hacía pensando en qué le diría a la señora de Restaud; hacía provisiones de ingenio; inventaba las réplicas de una conversación imaginaria; preparaba donaires y frases a lo Tayllerland dando por hecho circunstancias menudas favorables a la declaración en la que asentaba su porvenir. Se manchó de barro el estudiante y no le quedó más remedio que ir a que le lustrasen las botas y le cepillasen el pantalón en la plaza de Le Palais-Royal. «Si fuera rico —se dijo mientras cambiaba una moneda de franco y medio que había cogido *por si venían mal dadas*—, habría ido en coche y habría podido pensar a gusto». Por fin llegó a la calle de Le Helder y preguntó por la condesa de Restaud. Con la rabia fría de un hombre seguro de triunfar algún día, encajó la ojeada despectiva de los criados que lo vieron cruzar el patio a pie sin haber oído el ruido de un coche a la puerta. Lo afectó más aún esa ojeada porque ya se había percatado de su inferioridad al entrar en aquel patio en donde piafaba un hermoso caballo suntuosamente enganchado a uno de esos cabriolés pimpantes que son escaparate del lujo de una existencia de disipación y sobrentienden el hábito a todas las dichas parisinas. Se puso de malhumor él solo. Se le cerraron los cajones que llevaba abiertos en la cabeza y que contaba con hallar rebosantes de ingenio y se volvió tonto. Mientras esperaba la respuesta de la condesa, a quien un criado había ido a decir el nombre del visitante, Eugène se plantó, asentado solo en un pie delante de un ventanal del vestíbulo, apoyó el codo en una falleba y miró el patio maquinalmente. Se le hacía el tiempo largo y se habría marchado si no hubiera poseído esa tenacidad meridional que da a luz prodigios cuando va en línea recta.

—Señor —dijo el criado—, la señora está en su tocador y muy ocupada; no me ha contestado, pero si el señor tiene a bien pasar al salón, hay ya allí otra visita.

Al tiempo que admiraba el poder espantoso de esos sirvientes que con una única palabra acusan o juzgan a sus amos, Rastignac abrió deliberadamente la puerta por la

que había salido el criado, con la intención, sin duda, de hacer creer a aquellos lacayos insolentes que conocía la casa; pero fue a dar, por aturdido, a una habitación donde había lámparas, aparadores y un aparato para calentar las toallas de baño, y que conducía a la vez a un pasillo oscuro y a una escalera excusada. Las risas ahogadas que oyó en el vestíbulo llevaron al colmo el apuro.

—Señor, el salón está por aquí —le dijo el criado con ese respeto falso que parece una burla más.

Eugène volvió sobre sus pasos con precipitación tal que tropezó con una bañera, pero se sujetó el sombrero con oportunidad suficiente para impedir que cayera en el baño. En aquel momento se abrió una puerta al fondo del largo pasillo, que iluminaba una lamparita. Rastignac oyó al tiempo la voz de la señora de Restaud, la de Goriot y el ruido de un beso. Volvió al comedor, lo cruzó, siguió al criado y entró en un primer salón donde se quedó apostado ante la ventana al darse cuenta de que daba al patio. Quería ver si aquel Goriot era de verdad su Goriot. Le latía el corazón de forma extraña, se acordaba de los espantosos comentarios de Vautrin. El criado estaba esperando a Eugène en la puerta del salón, pero salió de repente un joven elegante que dijo con tono impaciente: «Me voy, Maurice. Dígale a la señora condesa que la he estado esperando más de media hora». Aquel impertinente, que sin duda gozaba del derecho a serlo, tarareó un quiebro italiano cualquiera yendo hacia la ventana donde estaba parado Eugène, tanto para verle la cara al estudiante cuanto para mirar al patio.

—Pero el señor conde debería esperar un poco más. La señora ya ha terminado —dijo Maurice según volvía al vestíbulo.

En aquel momento aparecía Goriot cerca de la puerta cochera, por la salida de la escalerita. El buen hombre iba sacando el paraguas y se disponía a abrirlo sin fijarse en que estaba abierta la puerta principal para dar paso a un joven condecorado que conducía un tálburi. A Goriot no le dio tiempo sino a retroceder para que no lo atropellara. El tafetán del paraguas había espantado al caballo, que dio un leve bandazo según se abalanzaba hacia la escalinata exterior. El joven volvió la cabeza con expresión airada, miró a Goriot y le hizo, antes de que saliera, un saludo que expresaba la consideración forzada que se les concede a los usureros a quienes necesitamos, o ese respeto necesario que se le debe a un hombre tarado, pero del que nos sonrojamos después. Goriot respondió con un saludo breve y amistoso, muy bonachón. Tales hechos sucedieron con la rapidez del rayo. Demasiado pendiente de ellos para darse cuenta de que no estaba solo, Eugène oyó de repente la voz de la condesa.

—Cómo, Maxime, se iba usted —dijo con acento de reproche con el que se mezclaba cierto despecho.

La condesa no se había fijado en la entrada del tálburi. Rastignac se volvió de

golpe y la vio, coquetamente ataviada con una bata de casimir blanco con lazos de color de rosa y peinada con desaliño, como lo están las mujeres de París por las mañanas; olía divinamente, debía de haber tomado un baño, y su belleza, más dúctil por así decirlo, parecía más voluptuosa; tenía los ojos húmedos. La mirada de los jóvenes sabe verlo todo: se adaptan con la inteligencia a la irradiación de las mujeres igual que una planta toma del aire sustancias previstas para ella. Eugène notó, pues, la lozanía florecida de las manos de aquella mujer sin necesidad de tocarlas. Veía a través del casimir los tonos sonrosados del busto, que la bata, ligeramente entreabierto, dejaba a veces al aire y que él recorría con la mirada. La condesa no necesitaba recurrir a las ballenas, sólo el cinturón le marcaba el talle flexible, tenía un cuello que invitaba al amor y los pies eran bonitos dentro de las zapatillas.

Cuando Maxime cogió aquella mano para besarla fue cuando Eugène vio a Maxime y cuando la condesa vio a Eugène.

—Ah, es usted, señor de Rastignac, me alegro mucho de verlo —dijo la condesa con una expresión a la que saben obedecer las personas de ingenio avisado.

Maxime miraba alternativamente a Eugène y a la condesa de forma lo suficientemente significativa para que el intruso saliera por pies. «¡Caramba, mi querida amiga, espero que pongas a este tunante de patitas en la calle!»: esta frase era la traducción clara e inteligible de las miradas del joven impertinente altanero a quien la condesa Anastasie había llamado Maxime y cuyo rostro consultaba ésta con esa intención sumisa que revela todos los secretos de una mujer sin que ella caiga en la cuenta. Rastignac sintió un odio violento hacia aquel joven. Para empezar, tenía un pelo hermoso, rubio y rizado con arte, que lo puso al tanto de lo espantoso que era el suyo. Además, Maxime calzaba unas botas finas y limpias, mientras que las suyas, pese al cuidado que había tenido al andar, iban impregnadas de una leve pátina de barro. Finalmente, Maxime llevaba una levita que le ceñía elegantemente la cintura y le daba la apariencia de una mujer bonita, mientras que Eugène llevaba a las dos y media de la tarde un frac negro. El sutil hijo de Charente notó la superioridad que el atuendo concedía a aquel dandi esbelto y alto, de ojos claros y cutis pálido, uno de esos hombres capaces de arruinar a los huérfanos. Sin esperar la respuesta de Eugène, la señora de Restaud se escabulló como un pájaro raudo al salón contiguo, dejando flotar los vuelos de la bata, que se enroscaban y se desenroscaban y la hacían parecer una mariposa; y Maxime se fue detrás. Eugène, rabioso, fue en pos de Maxime y de la condesa. Coincidieron, pues, esas tres personas a la altura de la chimenea, en medio del amplio salón. El estudiante sabía a la perfección que le iba a resultar molesto al odioso Maxime; pero, arriesgándose a desagradar a la señora de Restaud, quiso estorbar al dandi. De pronto, al acordarse de que había visto a aquel joven en el baile de la señora de Beauséant, intuyó lo que era Maxime para la señora de Restaud; y con esa audacia juvenil que lleva a cometer grandes tonterías o conseguir grandes

éxitos, se dijo: «He aquí a mi rival, quiero ganarle la partida». ¡Qué imprudente! No sabía que el conde Maxime de Trailles dejaba que lo insultasen, disparaba primero y mataba al contrincante. Eugène era hábil cazador, pero aún no había tumbado veinte muñecos de veintidós en un tiro al blanco. El joven conde se dejó caer en una butaca junto al fuego, cogió las tenazas y hurgó en la lumbre con un ademán tan violento y tan pueril que a Anastasie se le ensombreció de repente el hermoso rostro. La joven se volvió hacia Eugène y le lanzó una de esas miradas fríamente interrogativas que dicen tan a las claras: «¿Por qué no se marcha?» que las personas bien educadas saben en el acto pronunciar, una de esas frases que habría que llamar frases de salida. Eugène adoptó una expresión agradable y dijo:

—Señora, me apremiaba verla para...

Se detuvo en seco. Se abrió una puerta. El caballero que conducía el tálburi apareció de repente, sin sombrero, no saludó a la condesa, miró a Eugène con preocupación y le alargó la mano a Maxime al tiempo que le decía «Hola» con una expresión fraterna que sorprendió grandemente al estudiante. Los jóvenes de provincias no saben cuán dulce es la vida en trío.

—El señor de Restaud —le dijo la condesa a Eugène indicándole a su marido.

Éste hizo una pronunciada inclinación.

—El señor —siguió diciendo la condesa, presentando a Eugène al conde de Restaud— es el señor de Rastignac, pariente de la señora vizcondesa de Beauséant por parte de los Marcillac y tuve el placer de conocerlo en el último baile que dio la vizcondesa.

¡Pariente de la señora vizcondesa de Beauséant por parte de los Marcillac! Esas palabras, que la condesa pronunció de forma casi enfática, con ese tipo de orgullo que pone la señora de la casa en demostrar que no recibe sino a personas distinguidas, tuvieron un efecto mágico; el conde dio de lado la expresión fríamente ceremoniosa y saludó al estudiante.

—Encantado de esta oportunidad de conocerlo, caballero —dijo.

El propio Maxime de Trailles le lanzó a Eugène una mirada inquieta y abandonó de pronto la expresión impertinente. Aquel toque de varita mágica, fruto de la poderosa aparición de un apellido, le abrió treinta casilleros al cerebro del meridional y le devolvió el ingenio que había preparado. Una luz súbita le permitió ver con claridad en el ambiente de la alta sociedad parisina, que aún le resultaba tenebrosa. Tenía en ese momento pensamientos muy distantes de la casa de huéspedes Vauquer y del pobre Goriot.

—Creía que los Marcillac se habían extinguido —le dijo el conde de Restaud a Eugène.

—Efectivamente —contestó éste—. Mi tío abuelo, el caballero de Rastignac, se casó con la heredera de la casa de Marcillac. Sólo tuvo una hija, que se casó con el

mariscal de Clarimbault, abuelo materno de la señora de Beauséant. Somos la rama segunda, rama tanto más pobre cuanto que mi tío abuelo, el vicealmirante, lo perdió todo sirviendo al rey. El gobierno revolucionario no quiso reconocer lo que se nos debía cuando llevó a cabo la liquidación de la Compañía de Indias.

—¿Su tío abuelo no estaba al mando del *Vengador* antes de 1789?

—Exactamente.

—Entonces conoció a mi abuelo, que estaba al mando del *Warwick*.

Maxime se encogió levemente de hombros mirando a la señora de Restaud; fue como si le dijera: «Si se pone a hablar de marina con éste, estamos perdidos». Anastasie entendió la mirada del señor De Trailles. Con esa admirable fuerza que tienen las mujeres, sonrió mientras decía: «Venga conmigo, Maxime, tengo algo que pedirle. Caballeros, los dejamos que naveguen de consuno en el *Warwick* y en el *Vengador*». Se puso de pie y le hizo una seña burlescamente traidora a Maxime, quien tomó con ella el camino del tocador. Había llegado apenas a la puerta aquella pareja *morganática*, bonita expresión alemana que no tiene equivalente en francés^[7], cuando el conde interrumpió la conversación que tenía con Eugène.

—Pero ¡quédese, Anastasie, querida! —exclamó de mal humor—; sabe muy bien que...

—Enseguida vuelvo —dijo ella, interrumpiéndolo—; sólo necesito un momento para decirle a Maxime el encargo que quiero hacerle.

Volvió rápidamente. Como todas las mujeres a quienes no les queda más remedio que atender al carácter de sus maridos para poder hacer lo que a ellas se les antoje y saben darse cuenta de hasta dónde pueden llegar para no perder una confianza valiosísima y, en consecuencia, nunca los contrarían en las cosas menudas de la vida, la condesa había visto por las inflexiones de la voz del conde que no sería nada seguro quedarse en el tocador. Tales contratiempos se debían a Eugène. Así que la condesa le señaló al estudiante a Maxime con expresión y ademán rebosantes de despecho y éste les dijo al conde, a su mujer y a Eugène de forma muy epigramática:

—Miren, como están con sus asuntos no quiero molestar; adiós.

Y se escabulló.

—Pero ¡quédese, Maxime! —gritó el conde.

—Venga a cenar —dijo la condesa, quien, dejando otra vez a Eugène y al conde, siguió a Maxime hasta el primer salón, donde se quedaron los dos el tiempo suficiente para albergar la esperanza de que el señor de Restaud despediría a Eugène.

Rastignac los oía soltar la carcajada, charlar o callarse, por turnos; pero el malicioso estudiante hacía gala de ingenio con el señor de Restaud, lo halagaba o lo metía en debates con objeto de ver otra vez a la condesa y saber qué relaciones tenía con Goriot. Aquella mujer, claramente enamorada de Maxime, aquella mujer, concubina de su marido, con una relación secreta con el anciano fabricante de fideos,

le parecía todo un misterio. Quería dilucidar ese misterio con la esperanza de así dominar, como soberano, a aquella mujer tan eminentemente parisina.

—Anastasie —dijo el conde, llamándola de nuevo.

—Qué se le va a hacer, mi pobre Maxime —le dijo ésta al joven—, hay que resignarse. Hasta la noche...

—Espero, *Nasie* —le dijo él al oído—, que le cerrará su casa a ese jovenzuelo a quien se le encendían los ojos como brasas cuando se le abría a usted la bata. Se le declararía, la comprometería y no me quedaría más remedio que matarlo.

—¿Está loco, Maxime? —dijo ella—. ¿Acaso no son esos estudiantillos, al contrario, unos estupendos pararrayos? Desde luego, haré que Restaud le coja manía.

Maxime se echó a reír y salió, seguido de la condesa, quien se asomó a la ventana para verlo subir al coche, hacer que piafara el caballo y sacudir el látigo. No volvió hasta que se hubo cerrado el portalón.

—Fíjese, querida —le gritó el conde cuando regresó—, la finca donde vive la familia del señor no cae lejos de Verteuil, a orillas del Charente. El tío abuelo del señor y mi abuelo se conocían.

—Encantada de hallarme en territorio conocido —dijo la condesa, pensando en otra cosa.

—Más de lo que usted cree —dijo Eugène en voz baja.

—¿Cómo? —preguntó ella prontamente.

—Es que —añadió el estudiante— acabo de ver salir de su casa a un señor que vive en la habitación contigua a la mía en la misma casa de huéspedes, un tal Goriot.

Al oír aquel apellido con el aditamento de *un tal*, el conde, que estaba atizando el fuego, soltó las tenazas en el hogar, como si le hubiesen quemado las manos, y se puso de pie.

—¡Caballero, podría haber dicho el señor Goriot! —exclamó.

La condesa palideció de entrada al ver que su marido perdía la paciencia, luego se ruborizó y se le notó claramente el apuro; contestó con voz que quiso que pareciera natural y aire engañosamente despreocupado:

—No podría conocer a nadie a quien quisiéramos más...

Se interrumpió, miró el piano, como si se le hubiera despertado algún capricho fantasioso, y dijo:

—¿Le gusta la música, caballero?

—Mucho —contestó Eugène, que se había puesto encarnado y a quien tenía alelado la idea confusa de haber cometido alguna tontería considerable.

—¿Canta usted? —exclamó la condesa, yendo al piano, cuyas teclas pulsó vehementemente sin excepción, tocándolas desde el do de un extremo hasta el fa del otro. ¡Rrrra!

—No, condesa.

El conde de Restaud paseaba arriba y abajo.

—Qué lástima, eso lo priva a usted de un gran recurso para triunfar. *Ca-a-ro, ca-a-ro, non du-bitare* —cantó la condesa.

Al pronunciar el apellido Goriot, Eugène había dado un golpe de varita mágica, pero de efecto inverso al que habían causado las palabras «pariente de la señora de Bauséant». Se hallaba en la misma situación que un hombre que ha entrado, usando de un privilegio, en casa de un aficionado a las curiosidades y, al tocar inadvertidamente un armario lleno de figuras esculpidas, tira tres o cuatro cabezas mal pegadas. Le habría gustado arrojarse por un barranco. La señora Restaud tenía en la cara una expresión seca y fría y la mirada, que se había vuelto indiferente, rehuía la del inoportuno estudiante.

—Señora —dijo éste—, tendrá usted cosas que hablar con el señor de Restaud; acepte mis respetos y permítame...

—Siempre que venga —dijo precipitadamente la condesa, deteniendo a Eugène con un ademán—, puede tener la seguridad de que nos complacerá muchísimo tanto al señor de Restaud como a mí.

Eugène saludó con una marcada inclinación y salió, seguido del señor de Restaud, quien, pese a sus ruegos, lo acompañó hasta el vestíbulo.

—Siempre que venga este señor —le dijo el conde a Maurice—, ni la señora ni yo estaremos en casa.

Cuando Eugène puso los pies en la escalinata exterior, se dio cuenta de que estaba lloviendo. «Vaya —se dijo—, he venido a cometer una torpeza cuya causa y cuyo alcance ignoro y, de propina, se me van a estropear el frac y el sombrero. Tendría que quedarme metido en un rincón empollando Leyes y no pensar sino en convertirme en un rudo magistrado. ¿Acaso puedo tener vida social cuando, para moverse en ese mundo como es debido, se necesitan montones de cabriolés, de botas lustrosas, de aparejos indispensables, de cadenas de oro, de guantes de ante blanco desde por la mañana, que cuestan seis francos, y guantes amarillos, sin falta, por las noches? ¡Menudo bribón está hecho Goriot!».

Cuando estaba en el portalón de salida, el cochero de un coche de alquiler que, seguramente, acababa de depositar a unos recién casados y a quien le parecía estupendo robarle a su amo unas cuantas carreras de contrabando, le hizo una seña a Eugène al verlo sin paraguas, de frac, guantes amarillos y botas lustradas. Eugène era presa de una de esas rabias sordas que impelen a un joven a hundirse cada vez más en el abismo donde se ha metido, como si esperase hallar en él una salida favorable. Asintió con la cabeza a la pregunta del cochero. Aunque llevaba en el bolsillo poco más de un franco, se subió al coche, donde unos capullos de flor de azahar y unas briznas de canutillos daban fe del paso de los recién casados.

—¿Dónde va el señor? —preguntó el cochero, que ya se había quitado los

guantes blancos.

«Por Cristo —se dijo Eugène—, ya que me estoy hundiendo, al menos que me valga para algo».

—Vaya al palacete de Beauséant —añadió en voz alta.

—¿A cuál? —dijo el cochero.

Pregunta sublime que dejó confuso a Eugène. Aquel elegante inédito no sabía que había dos palacetes de Beauséant ni estaba enterado de cuán rico era en parientes a quienes les importaba un bledo.

—El vizconde de Beauséant, en la calle...

—De Grenelle —dijo el cochero, asintiendo con la cabeza e interrumpiéndolo—. También está el palacete del conde y del marqués de Beauséant, ¿sabe? En la calle de Saint-Dominique —añadió, recogiendo el estribo.

—Estoy al tanto —contestó Eugène, muy seco—. «Todo el mundo se ríe hoy de mí, por lo visto —se dijo, arrojando el sombrero encima de los almohadones del asiento de enfrente—. Esta cana al aire me va a costar lo que el rescate de un rey. Pero por lo menos iré a ver a mi supuesta prima de forma sólidamente aristocrática. ¡El muy sinvergüenza de Goriot me ha costado ya diez francos! ¡Pues le voy a contar mi aventura a la señora de Beauséant! ¡A lo mejor la hago reír! Seguramente estará al tanto del misterio de las relaciones criminales de esa rata vieja y rabona y esa mujer hermosa. Vale más agradar a mi prima que tropezar con esa mujer inmoral, que me parece que debe de salir bastante cara. Si tanto poder tiene el nombre de la hermosa vizcondesa, ¿qué peso no tendrá su persona? Encomendémonos arriba. ¡Cuando se pretende algo en el cielo, hay que apuntar a Dios!».

Estas palabras son la fórmula breve de los mil y un pensamientos entre los que andaba flotando Rastignac. Recobró algo de calma y de aplomo al ver caer la lluvia. Se dijo que iba a dilapidar dos de las valiosísimas monedas de cinco francos que le quedaban; estarían bien empleadas en la conservación del frac, las botas y el sombrero. No dejó de tener un arranque de hilaridad cuando oyó al cochero gritar: «¡Puerta, por favor!». Un conserje rojo y dorado hizo gruñir en sus goznes la puerta del palacete y Rastignac vio con grata satisfacción cómo pasaba su coche bajo el porche, giraba en el patio y se detenía bajo la marquesina de la escalinata de la fachada. El cochero de gruesa hopalanda azul con filos rojos acudió a bajar el estribo. Al bajar del coche, oyó Eugène risas ahogadas que salían del peristilo. Tres o cuatro sirvientes estaban ya burlándose de aquel carruaje de recién casada vulgar. Las risas iluminaron al estudiante en cuanto comparó su coche con uno de los cupés más elegantes de París, al que iban enganchados dos caballos fogosos que llevaban rosas en la oreja y tascaban el freno, y que un cochero de pelo empolvado y elegante corbata sujetaba por las riendas como si pretendieran escaparse. En La Chaussée-d'Antin, la señora de Restaud tenía en el patio el cabriolé fino del hombre de

veintiséis años. En el Faubourg Saint-Germain, esperaba el lujo de un gran señor, un carruaje y un tiro que no se habrían pagado con treinta mil francos.

—¿Quién estará de visita? —se dijo Eugène, dándose cuenta algo tarde de que debía de haber en París muy pocas mujeres que no estuviesen ocupadas y que conquistar a una de esas reinas costaba algo más que sangre. «¡Diantre, será que mi prima tiene también su Maxime!».

Subió la escalinata consternado. Al verlo aparecer, se abrió la puerta acristalada. ¡Se encontró con los sirvientes más serios que obispos! La fiesta a la que había asistido la habían dado en los salones de aparato que estaban en la planta baja del palacete de Beauséant. Como no le había dado tiempo, entre la invitación y el baile, de ir a hacerle una visita a su prima, no había entrado aún en los aposentos de la señora de Beauséant; en consecuencia, iba a ver por vez primera las maravillas de esa elegancia personal que revelan el alma y las costumbres de una mujer distinguida. Estudio tanto más curioso cuanto que el salón de la señora de Restaud le proporcionaba un término de comparación. A las cuatro y media, la vizcondesa estaba visible. Cinco minutos antes ni hubiera recibido a su primo. A Eugène, que nada sabía de las etiquetas varias de París, lo condujeron por unas amplias escaleras llenas de flores, de tonos blancos con barandilla dorada y alfombra roja, hasta la señora de Beauséant, cuya biografía oral, una de esas historias cambiantes que van todas las noches, de oído a oído, en los salones de París, ignoraba.

La vizcondesa llevaba tres años de relación con uno de los caballeros portugueses más famosos y más ricos, el marqués de Ajuda-Pinto. Era una de esas relaciones inocentes que les son tan gratas a las personas que las tienen que no pueden soportar que se entrometa un tercero. Por ello, el vizconde de Beauséant había dado personalmente ejemplo al público respetando, de mejor o peor gana, aquella unión morganática. Las personas que, en los primeros días de aquella amistad, iban a ver a la vizcondesa a las dos se encontraban en la casa con el marqués de Ajuda-Pinto. La señora de Beauséant, incapaz de cerrar su puerta, lo que habría sido de lo más incorrecto, recibía con tanta frialdad a la gente y se ponía a contemplar tan atentamente la moldura del techo que todos caían en la cuenta de cuán enojosos le resultaban. Cuando se supo en París que quienes fueran de visita entre las dos y las cuatro la molestaban, se vio en la mayor de las soledades. Iba a Les Bouffons o a L'Opéra en compañía del señor de Beauséant y del señor de Ajuda-Pinto; pero, como hombre que sabe las normas, el señor de Beauséant dejaba siempre a solas a su mujer y al portugués tras haberlos acomodado. El señor de Ajuda iba a casarse. Lo hacía con una señorita de Rochefide. De toda la alta sociedad, sólo una persona ignoraba aún ese matrimonio, y esa persona era la señora de Beauséant. Unas cuantas de sus amigas algo le habían dicho, desde luego; ella no se lo había tomado en serio, creyendo que querían enturbiar una dicha que envidiaban. Pero ya iban a leerse las

amonestaciones. Aunque había ido para notificarle esa boda a la vizcondesa, el apuesto portugués no se había atrevido aún a decir ni media palabra. ¿Por qué? No hay, desde luego, nada más difícil que poner a una mujer como aquélla ante un ultimátum así. Hay hombres que se hallan más a gusto en el campo del honor, ante un hombre que les amenaza el corazón con una espada, que ante una mujer que, tras haber pasado dos horas soltando elegías, se hace la muerta y pide las sales. En aquel momento, pues, el señor de Ajuda-Pinto estaba sobre ascuas y quería irse, diciéndose que la señora de Beauséant ya se enteraría de la noticia; le escribiría, resultaría más cómodo tratar ese asesinato galante por correspondencia que de viva voz. Cuando el criado de la vizcondesa anunció al señor Eugène de Rastignac, el marqués de Ajuda-Pinto dio un respingo de alegría. Sepa el lector que una mujer enamorada tiene mayor ingenio aún para fabricarse dudas que habilidad para dar con variaciones del placer. Cuando están a punto de dejarla, adivina el sentido de un ademán más de prisa de lo que el corcel de Virgilio olfatea los alejados corpúsculos que le anuncian el amor. Puede, pues, contar el lector con que la señora de Beauséant captó ese respingo involuntario, leve, pero ingenuamente espantoso. Eugène no sabía que nunca hay que presentarse en casa de nadie en París sin haber pedido antes a los amigos de la casa que le cuenten a uno la historia del marido, la de la mujer o la de los hijos, para no caer en ninguna de esas torpezas de las que se dice pintorescamente en Polonia: ¡*Unza cinco bueyes al carro!*, seguramente para que lo saquen a uno del atolladero en cuyo fango se está hundiendo. Si esas malaventuras de la conversación no tienen aún nombre en Francia, será sin duda porque se dan por imposibles, debido a la tremenda publicidad con que cuentan las maledicencias. Tras haberse metido en el fango en casa de la señora de Restaud, que ni siquiera le dio tiempo para que unciese cinco bueyes al carro, sólo Eugène era capaz de volver al oficio de boyero presentándose en casa de la señora de Beauséant. Pero, por más que hubiera sido una tremenda molestia para la señora de Restaud y el señor de Trailles, estaba sacando de un apuro al señor de Ajuda.

—Adiós —dijo el portugués, apresurándose a ir hasta la puerta cuando entró Eugène en un saloncito coquetón, gris y rosa, donde el lujo no parecía sino elegancia.

—Hasta la noche, ¿no? —dijo la señora de Beauséant volviendo la cabeza y mirando al marqués—. ¿No vamos a Les Bouffons?

—Me es imposible —dijo él, agarrando el pomo de la puerta.

La señora de Beauséant se puso de pie, lo hizo volver a su lado, sin hacerle el menor caso a Eugène, quien, de pie, aturdido ante los fulgores de una riqueza maravillosa, creía en la realidad de los cuentos árabes y no sabía dónde meterse en presencia de aquella mujer sin que ella se fijase en él. La vizcondesa había alzado el índice de la mano derecha y, con un movimiento encantador, le indicaba al marqués un asiento enfrente de ella. Hubo en aquel gesto tal despotismo de pasión que el

marqués soltó el pomo de la puerta y acudió. Eugène lo miró no sin envidia.

«¡Éste es el hombre del cupé! Pero ¿es que hay que tener caballos fogosos, libreas y oro a chorros para conseguir que te mire una mujer de París?». El demonio del lujo le hincó los dientes en el corazón, se adueñó de él la fiebre de las ganancias, la sed de oro le dejó seca la garganta. Tenía ciento cincuenta francos para pasar el trimestre. Su padre, su madre, sus hermanos, sus hermanas y su tía no gastaban entre todos doscientos francos al mes. Aquella rápida comparación entre su situación actual y la meta a la que había que llegar contribuyeron en dejarlo anonadado.

—¿Por qué no *puede* venir al Théâtre des Italiens? —dijo la vizcondesa riendo.

—¡Negocios! Ceno con el embajador de Inglaterra.

—Déjelos.

Cuando un hombre engaña, se ve irrevocablemente forzado a amontonar mentiras sobre mentiras. El señor de Ajuda dijo entonces, riendo:

—¿Lo exige usted?

—Sí, por supuesto.

—Eso es lo que quería que me dijera —contestó él, con una de esas miradas entendidas que habrían tranquilizado a cualquier otra mujer. Asió la mano de la vizcondesa, se la besó y se fue.

Eugène se pasó la mano por el pelo y rebulló para saludar, creyendo que la señora de Beauséant iba a acordarse de él; de pronto, toma ella impulso, se abalanza hacia la galería y mira al señor de Ajuda mientras éste sube al coche; atiende para oír la orden y oye que el lacayo le repite al cochero: «A casa del señor de Rochefide». Estas palabras y la forma en que Ajuda se metió de cabeza dentro del coche fueron el relámpago y el rayo para aquella mujer, que regresó presa de mortales aprensiones. Las catástrofes más espantosas no son sino eso en la alta sociedad. La vizcondesa volvió a su dormitorio, se sentó ante su mesa y cogió un papel muy bonito.

«En vista de que cena en casa de los Rochefide —escribió— y no en la embajada inglesa, me debe una explicación. Lo espero a usted».

Tras enderezar unas cuantas letras que había desfigurado el temblor convulsivo de la mano, puso una C, que quería decir Claire de Bourgogne, y tiró del cordón de la campanilla para llamar a un criado.

—Jacques —le dijo a su sirviente, que acudió en el acto—, vaya a las siete y media a casa del señor de Rochefide y pregunte por el marqués de Ajuda. Si está el señor marqués, le hace llegar esta nota sin pedir respuesta; si no está, vuelve y me trae mi carta.

—La señora vizcondesa tiene una visita en el salón.

—Ah, es verdad —dijo ella, empujando la puerta.

Eugène empezaba a sentirse muy incómodo: por fin vio llegar a la vizcondesa, que le dijo en un tono tan conmovido que le removió las fibras del corazón:

—Perdóneme, caballero, tenía que escribir una nota; ahora ya soy toda suya.

No sabía qué estaba diciendo porque esto era lo que pensaba: «¡Ah, quiere casarse con la señorita de Rochefide! Pero ¿está acaso libre? O esta noche queda roto ese matrimonio o yo... Pero mañana ya no se hablará de él».

—Prima... —contestó Eugène.

—¿Cómo? —dijo la vizcondesa, con una mirada cuya impertinencia dejó helado al estudiante.

Eugène entendió ese cómo. En el plazo de tres horas se había enterado de tantas cosas que estaba en guardia.

—Señora —añadió, poniéndose colorado. Titubeó y siguió diciendo luego—: Perdóneme: estoy tan necesitado de protección que un trocito de parentesco me habría venido bien.

La señora de Beauséant sonrió, aunque tristemente: notaba ya cómo la desgracia tronaba en su atmósfera.

—Si supiera en qué situación está mi familia —siguió diciendo él—, le agradecería interpretar el papel de una de esas hadas fabulosas que gustaban de disipar los obstáculos que rodeaban a sus ahijados.

—Pues bien, primo —dijo ella, riendo—. ¿En qué puedo favorecerlo?

—¿Acaso lo sé? Pertenerle a usted por un vínculo de parentesco que se pierde en la sombra es ya toda una suerte. Me ha trastornado, ya no sé qué venía a decirle. Es la única persona a quien conozco en París. ¡Ah, quería consultarla pidiéndole que me aceptase como a un pobre niño que desea coserse a sus faldas y sabría morir por usted!

—¿Mataría a alguien por mí?

—Mataría a dos.

—¡Qué chiquillo! Sí, es usted un chiquillo —dijo ella reprimiendo unas lágrimas—. ¿Será que usted sabe querer con sinceridad?

—¡Ay! —dijo él, asintiendo con la cabeza.

Una respuesta de ambicioso hizo que la vizcondesa sintiera gran interés por el estudiante. Era la primera acción calculada del meridional. Entre el tocador azul de la señora de Restaud y el salón rosa de la señora de Beauséant había cursado tres años de esas *Leyes parisinas* de las que no se habla, aunque constituyan una elevada jurisprudencia social que, bien aprendida y bien puesta en práctica, conduce a todo.

—¡Ah, ya lo tengo! —dijo Eugène—. Me fijé en la señora de Restaud en el baile que dio usted y esta mañana fui a su casa.

—Debió de resultarle usted muy molesto —dijo, sonriendo, la señora de Beauséant.

—¡Pues sí! Soy un ignorante que va a ponerse a todo el mundo en contra si usted se niega a socorrerme. Creo que es muy difícil conocer en París a una mujer joven,

hermosa, rica y elegante que esté libre y necesito una que me enseñe eso que ustedes, las mujeres, saben explicar tan bien: la vida. Me encontraré en todas partes con un señor de Trailles. Acudía, pues, a usted para pedirle la clave de un enigma y rogarle que me diga de qué tipo es la tontería que he cometido... Hablé de un tal...

—La señora duquesa de Langeais —dijo Jacques, interrumpiendo al estudiante, que hizo un ademán de hombre contrariadísimo.

—Si quiere triunfar —le dijo la vizcondesa en voz baja—, empiece por no ser tan expresivo.

»Hola, querida —siguió diciendo, levantándose y yendo al encuentro de la duquesa, cuyas manos estrechó con la efusión acariciadora que habría podido tener una hermana y a la que la duquesa correspondió con los mimos más deliciosos.

«He aquí a dos buenas amigas —se dijo Rastignac—. Así que voy a tener dos protectoras: las dos mujeres deben de tener los mismos afectos y esta que ha llegado se interesará por mí seguramente».

—¿A qué feliz ocurrencia debo la dicha de verla, mi querida Antoinette? —dijo la señora de Beauséant.

—Pues vi al señor de Ajuda-Pinto entrar en casa del señor de Rochefide y pensé en vista de eso que estaría usted sola.

La señora de Beauséant no se mordió los labios, no se ruborizó, siguió con la misma mirada y pareció que se le serenaba la expresión mientras la duquesa pronunciaba esas palabras fatales.

—Si hubiera sabido que estaba ocupada... —añadió la duquesa, volviéndose hacia Eugène.

—Este caballero es el señor Eugène de Rastignac, uno de mis primos —dijo la vizcondesa—. ¿Ha tenido noticias del general de Montriveau? —añadió—. Sérizy me dijo ayer que ya no se lo veía. ¿Ha ido hoy por su casa?

La duquesa, de quien se decía que la había abandonado el señor de Montriveau, de quien estaba perdidamente enamorada, notó en el corazón el hierro de esa pregunta y se ruborizó al responder:

—Estaba ayer en L'Élysée.

—De servicio —dijo la señora de Beauséant.

—Claire, seguramente está usted enterada —siguió diciendo la duquesa, lanzando por los ojos olas de malignidad— de que mañana se leen las amonestaciones del señor de Ajuda-Pinto y la señorita de Rochefide.

El golpe aquel era demasiado violento; la vizcondesa se puso pálida y contestó, riendo:

—Uno de esos rumores con que se entretienen los necios. ¿Por qué iba a llevar el señor de Ajuda a la familia de los Rochefide uno de los más preclaros apellidos de Portugal? Los Rochefide son unos nobles de ayer.

—Pero Berthe sumará, a lo que dicen, doscientas mil libras de renta.

—El señor de Ajuda es demasiado rico para echar cuentas de éstas.

—Pero, querida, la señorita de Rochefide es encantadora.

—¡Ah!

—El caso es que hoy cena allí; ya están establecidas las condiciones. Me deja muy extrañada que esté usted tan poco al tanto.

—¿Y cuál fue esa tontería que había hecho usted, caballero? —dijo la señora de Beauséant—. Este pobre niño ha caído en sociedad hace tan poco que no entiende nada, mi querida Antoinette, de lo que estamos diciendo. Sea buena con él, dejemos para mañana esta charla. Mañana, ¿sabe?, todo será ya oficial seguramente y podrá ser oficiosa sobre seguro.

La duquesa dirigió a Eugène una de esas miradas impertinentes que envuelven a un hombre de pies a cabeza, lo aplastan y lo reducen a cero.

—Señora, le he clavado, sin saberlo, un puñal en el corazón a la señora de Restaud. Sin saberlo, ésa ha sido mi culpa —dijo el estudiante, cuya inteligencia le había prestado un buen servicio y se había percatado de los mordientes epigramas ocultos tras las frases afectuosas de aquellas dos mujeres—. Seguimos viendo, y temiendo quizá, a las personas que están en el secreto del daño que nos hacen, mientras que a quien hiere en la ignorancia de cuán honda es la herida que causan lo consideramos un necio y un torpe que no sabe sacarle partido a nada, y todo el mundo lo desprecia.

La señora de Beauséant le lanzó al estudiante una de esas miradas enternecidas donde las almas nobles saben poner al tiempo agradecimiento y dignidad. Aquella mirada fue como un bálsamo que calmó la llaga que acababa de hacerle en el corazón la ojeada de tasador con que lo había calibrado la duquesa.

—Figúrese —siguió diciendo Eugène—: acababa de granjearme la benevolencia del conde de Restaud. Pues —dijo, volviéndose hacia la duquesa con expresión a la vez humilde y maliciosa— debo decirle, señora, que no soy aún sino un pobre diablo, un estudiante muy solo y muy pobre...

—No diga eso, señor de Rastignac. Las mujeres nunca quieren tener nada que ver con lo que nadie quiere.

—¡Bah! —dijo Eugène—. Sólo tengo veintidós años, hay que saber soportar los inconvenientes de la edad. Por lo demás, estoy en el confesionario; y es imposible arrodillarse en uno más grato: se cometen esos pecados de los que uno se acusa en el otro confesionario.

La duquesa adoptó una expresión fría al oír esta parrafada antirreligiosa, cuyo mal gusto proscribió diciéndole a la vizcondesa:

—El señor es un recién llegado...

La señora de Beauséant se rio sinceramente de su primo y de la duquesa.

—Un recién llegado, querida, y busca una maestra que le enseñe buen gusto.

—Señora duquesa —siguió diciendo Eugène—, ¿no es acaso natural querer iniciarse en los secretos de lo que nos embelesa? («Vaya —se dijo para sus adentros —, estoy seguro de que les estoy soltando frases de peluquero»).

—Pero creo que la señora de Restaud es la alumna del señor de Trailles —dijo la duquesa.

—No estaba enterado, señora —respondió el estudiante—. Y por eso tuve el aturdimiento de meterme entre ellos. Pero, en fin, había hecho bastante buenas migas con el marido y pensaba que la mujer me toleraría algún tiempo cuando se me ocurrió decirles que conocía a un hombre a quien acababa de ver salir por una escalera excusada, y le había dado un beso a la condesa al fondo de un pasillo.

—¿Quién es? —dijeron las dos mujeres.

—Un anciano que vive por dos luis mensuales en lo más remoto del Faubourg Saint-Marceau, como yo, humilde estudiante; un pobre hombre en verdad de quien se ríe todo el mundo y a quien llamamos Goriot.

—Pero ¡qué niño es usted! —exclamó la vizcondesa—; la señora de Restaud era Goriot de soltera.

—La hija de un fabricante de fideos —añadió la duquesa—, una mujercita de tres al cuarto a quien presentaron en la corte el mismo día que a la hija de un pastelero. ¿Se acuerda, Clara? El rey se echó a reír e hizo un chiste en latín acerca de la harina. Dijo que eran... ¿qué dijo?... que eran personas...

—*Ejusdem farinae*^[8] —dijo Eugène.

—Eso es —dijo la duquesa.

—¡Cómo! Es su padre —repitió el estudiante con un ademán de espanto.

—Claro que sí; el buen hombre tenía dos hijas, a las que quiere con locura, aunque las dos hayan renegado de él más o menos.

—¿No está acaso la otra —dijo la vizcondesa, mirando a la señora de Langeais— casada con un banquero de apellido alemán, un tal barón de Nucingen? ¿No se llama Delphine? ¿No es una rubia que tiene un palco lateral en la Ópera, que viene también a Les Bouffons y que se ríe muy alto para que se fijen en ella?

La duquesa sonrió al decir:

—Pero, querida, la admiro. ¿Por qué le hace tanto caso a esa gente? Había que estar loco de amor, como lo estaba Restaud, para meterse en harina con la señorita Anastasie. Pero ¡no será él quien la venda bien! Está en manos del señor de Trailles, que la llevará a la perdición.

—Han renegado de su padre —repetía Eugène.

—Pues sí, su padre, el padre, un padre —dijo la vizcondesa—. Un buen padre que les dio, a lo que dicen, cinco o seis mil francos a cada una para hacerlas dichas casándolas bien y que no se quedó para sí sino con unas ocho o diez mil libras de

renta, creyendo que sus hijas seguirían siendo sus hijas, que se había labrado con ellas dos existencias, que había conseguido dos casas donde lo adorarían y lo mimarían. Y en dos años sus yernos lo proscribieron de su trato como si fuera el último de los infames...

A Eugène, a quien habían remozado recientemente las puras y santas emociones de la familia, que estaba aún bajo el encanto de las creencias juveniles y no se hallaba sino en su primera jornada en el campo de batalla de la civilización parisina, le subieron a los ojos unas cuantas lágrimas. Las emociones verdaderas son tan comunicativas que aquellas tres personas se quedaron un rato mirándose en silencio.

—¡Ah, Dios mío, sí! —dijo la señora de Langeais—. Todo esto parece horroroso y, no obstante, lo vemos a diario. ¿No existirá una causa? ¿Dígame, querida, ha pensado alguna vez en qué es un yerno? Un yerno es un hombre para quien criamos, usted o yo, a una querida criaturita a la que nos unirán mil vínculos, que será durante diecisiete años la alegría de la familia, que es el alma blanca de la familia, como diría Lamartine, y que se convertirá en su peste. Cuando nos la quite ese hombre, empezará por agarrar su amor como si fuera un hacha para cercenarle del corazón y en carne viva a ese ángel querido todos los sentimientos que la unían a su familia. Ayer, nuestra hija lo era todo para nosotros y lo éramos todo para ella; mañana se convierte en enemiga nuestra. ¿No vemos cómo ocurre esa tragedia todos los días? Acá la nuera es impertinente a más no poder con el suegro que lo ha sacrificado todo por su hijo. Allá un yerno pone a su suegra de patitas en la calle. Oigo que preguntan qué cosas dramáticas ocurren en la sociedad actual; pues el drama del yerno es espantoso, y eso sin contar con que nuestras bodas se han convertido en algo de lo más necio. Me hago cargo a la perfección de lo que le ha sucedido a ese fabricante de fideos retirado. Creo recordar el que el tal Foriot...

—Goriot, señora.

—Sí, el tal Moriot fue presidente de su sección durante la Revolución: se enteró a tiempo de la famosa carestía y empezó a hacerse rico vendiendo harina, en aquellos tiempos, diez veces más cara de lo que le costaba a él. Dispuso de toda la que quiso. El intendente de mi abuela le vendió harina por cantidades de dinero desmesuradas. El tal Goriot repartía seguramente, como toda aquella gente, con el Comité de Salvación Pública. Me acuerdo de que el intendente le decía a mi abuela que podía quedarse tranquilamente en Grandvilliers porque su trigo era un carné cívico estupendo. Bueno, pues ese tal Loriot que les vendía trigo a los cortadores de cabezas no tuvo sino una pasión. Dicen que adora a sus hijas. Encaramó a una en la casa De Restaud e injertó a la otra en el barón de Nucingen, un banquero acaudalado que se las da de monárquico. Ya se dará cuenta de que, en tiempos del Imperio, a los dos yernos no les importó demasiado tener en casa a ese viejo del año 93; con Bonaparte la cosa tenía un pasar. Pero, cuando volvieron los Borbones, el buen hombre se

convirtió en un estorbo para el señor de Restaud, y más aún para el banquero. Las hijas, que a lo mejor seguían queriendo al padre, quisieron estar al caldo y a las tajadas, tener al padre y al marido; recibían a Goriot cuando no había nadie; se inventaban pretextos tiernos: «Papá, venga usted, estaremos mejor porque estaremos solos», etcétera. Yo, querida amiga, creo que los sentimientos verdaderos tienen ojos e inteligencia: así que al pobre viejo del 93 le sangró el corazón. Vio que sus hijas se avergonzaban de él; que ellas querían a sus maridos, pero que él les estaba haciendo un flaco favor a sus yernos. Había que sacrificarse, pues. Se sacrificó porque era padre: se proscribió a sí mismo. Al ver a sus hijas contentas, se dio cuenta de que había hecho bien. El padre y las hijas fueron cómplices en ese crimen pequeño. Vemos cosas así por todas partes. ¿No habría sido el tal Doriot una mancha de grasa en el salón de sus hijas? Se habría sentido violento y se habría aburrido. Lo que le ocurre a ese padre puede sucederle a la mujer más guapa con el hombre al que más quiera: si lo aburre con su amor, él se va, comete cobardías para escapar de ella. Les pasa lo mismo a todos los sentimientos. Nuestro corazón es un tesoro, vacíelo de golpe y se queda en la ruina. No le perdonamos en mayor grado a un sentimiento que se nos muestre por entero que a un hombre que no tenga ni un céntimo. Ese padre lo había dado todo. Se había pasado veinte años dando las entrañas y su amor; dio su fortuna en un día. Cuando el limón estuvo exprimido del todo, las hijas dejaron la cáscara por las esquinas.

—La vida social es infame —dijo la vizcondesa, deshilachando el chal y sin alzar la vista, porque la habían herido en lo más vivo las palabras que la señora de Langeais había dicho, aludiéndola, al contar aquella historia.

—¡Infame! No —prosiguió la duquesa—; va a su aire, eso es todo. Si le hablo así de ella, es para que se vea que no dejo que me engañe. Opino como usted —dijo oprimiéndole la mano a la vizcondesa—. La vida social es un cenagal, intentemos quedarnos en las alturas.

Se puso de pie y dio un beso en la frente a la señora de Beauséant al tiempo que le decía:

—Está muy guapa ahora mismo, querida. Tiene los colores más bonitos que haya visto nunca.

Luego salió tras haber hecho una leve inclinación de cabeza mirando al primo.

—¡Goriot es sublime! —dijo Eugène recordando que lo había visto por la noche retorciendo la plata sobredorada.

La señora de Beauséant no lo oyó, estaba pensativa. Transcurrieron unos cuantos momentos de silencio y el pobre estudiante, por algo así como un pasmo avergonzado, no se atrevía ni a irse ni a quedarse ni a hablar.

—La vida social es infame y perversa —dijo por fin la vizcondesa—. En cuanto nos sucede una desgracia, siempre hay un amigo dispuesto a acudir para contárnoslo

y para hurgarnos en el corazón con un puñal mientras nos dice que admiraremos la empuñadura. ¡Qué poco han tardado el sarcasmo y las burlas! Pero me defenderé.

Enderezó la cabeza, como la gran señora que era, y le brotaron relámpagos de los ojos altaneros.

—¡Ah! —dijo al ver Eugène—. ¡Está usted aquí!

—Todavía —dijo él compungido.

—Pues bien, señor de Rastignac, trate a esta sociedad como se lo merece. Quiere usted llegar arriba, yo lo ayudaré. Podrá sondear cuán honda es la corrupción femenina y medir cuán ancha es la mísera vanidad de los hombres. Aunque he leído mucho el libro de la vida social, había no obstante páginas que me eran desconocidas. Ahora lo sé todo. Cuanto más fríamente calcule usted, más lejos llegará. Golpee sin piedad y lo temerán. No acepte a los hombres y a las mujeres sino considerándolos caballos de posta que irá dejando en todas las etapas para que revienten y así llegará a la cima de sus deseos. Mire, no será nada aquí si no hay una mujer que se interese por usted. Ha de ser joven, rica y elegante. Pero, si tiene un sentimiento verdadero, ocúltelo como un tesoro; no deje nunca que lo sospeche nadie porque estaría perdido. Ya no sería el verdugo, sino la víctima. ¡Si alguna vez ama, guarde bien el secreto! No lo entregue nunca sin enterarse antes bien de a quién le abre el corazón. Para proteger de antemano ese amor que aún no existe, aprenda a desconfiar de este mundo. Óigame, Miguel... (Se equivocaba ingenuamente de nombre sin darse cuenta). Existe algo más espantoso aún que el hecho de que abandonen a su padre dos hijas que querrían verlo muerto. Es la rivalidad entre dos hermanas. Restaud es de alta cuna, a su mujer la aceptaron y está presentada en la corte; pero su hermana, su acaudalada hermana, la hermosa Delphine de Nucingen, mujer de un hombre adinerado, se muere del disgusto; la envidia la devora, está a cien leguas de su hermana; su hermana no es ya su hermana: esas dos mujeres reniegan una de otra igual que reniegan de su padre. En consecuencia, la señora de Nucingen lamería todo el barro que hay entre la calle de Saint-Lazare y la calle de Grenelle para tener entrada en mi salón. Creyó que De Marsay le permitiría que alcanzase su meta y se hizo esclava de De Marsay, pero tiene aburrido a De Marsay. A De Marsay ella le importa muy poco. Si me la presenta usted, será su favorito y lo adorará. Enamórese de ella si puede después; si no, utilícela. La veré una o dos veces en alguna gran recepción, cuando haya muchísima gente; pero no la recibiré nunca por la mañana. La saludaré y con eso bastará. Se ha cerrado usted la puerta de la condesa por haber pronunciado el apellido Goriot. Sí, mi querido amigo, aunque fuera usted veinte veces a casa de la señora de Restaud, se encontraría veinte veces con que no estaba en casa. Lo han puesto aparte. ¡Pues que el apellido Goriot le sirva de introductor ante la señora Delphine de Nucingen! La hermosa señora de Nucingen le hará las veces de estandarte. Sea el hombre a quien ella distingue y las mujeres se volverán locas por

usted. Sus rivales, sus amigas, sus mejores amigas querrán arrebatárselo. Hay mujeres que se enamoran del hombre que ya ha escogido otra, igual que hay infelices burguesas que, al copiarnos los sombreros, tienen la esperanza de tener nuestros modales. Tendrá usted éxito en sus conquistas. En París ese éxito lo es todo, es la llave del poder. Si a las mujeres les parece que tiene ingenio y talento, los hombres lo creerán si usted no lo desmiente. Podrá ya aspirar a todo, pondrá el pie en todas partes. Sabrá entonces lo que es la sociedad, una reunión de incautos y de bribones. No sea ni de unos ni de otros. Le doy mi apellido como un hilo de Ariadna para que entre en el laberinto. No lo comprometa —dijo, doblando el cuello y lanzando una mirada de reina al estudiante—, devuélvame blanco. Vamos, váyase. Las mujeres también tenemos batallas que reñir.

—Si le hiciera falta un hombre de buena voluntad para ir a prenderle fuego a una mina... —dijo Eugène interrumpiéndola.

—¿Qué pasaría? —dijo ella.

Él se palmeó el corazón, sonrió a la sonrisa de su prima y se fue. Eran las cinco. Eugène tenía hambre, temió no llegar a tiempo para la hora de la cena. El temor le hizo probar la dicha de verse transportado rápidamente por París. Aquel placer puramente mecánico le permitió entregarse por completo a los pensamientos que lo asaltaban. Cuando el desprecio alcanza a un joven de esa edad, éste se enfurece, rabia, amenaza con el puño a la sociedad entera, quiere vengarse y también duda de sí mismo. A Rastignac lo agobiaban en aquel momento estas palabras: «Se ha cerrado usted la puerta de la condesa».

«Iré —se decía— y, si la señora de Beauséant tiene razón, si me han proscrito... La señora de Restaud me encontrará en todos los salones adonde vaya. Aprenderé a manejar las armas, a disparar con pistola, ¡mataré a su Maxime! ¡Y el dinero! —le gritaba su conciencia—. ¿De dónde vas a sacarlo?». De repente, se le metió por los ojos la riqueza de que hacía alarde la casa de la condesa de Restaud. Había visto en ella el lujo del que no podía por menos de prendarse una mujer que había sido Goriot de soltera: dorados, exhibición de objetos caros, el lujo carente de inteligencia del venido a más, el despilfarro de la mujer mantenida. Aquella fascinante imagen la aplastó de súbito el grandioso palacete de Beauséant. La imaginación, transportada a las elevadas regiones de la sociedad parisina, le inspiró mil pensamientos perjudiciales para el corazón al tiempo que le ensanchaba la cabeza y la conciencia. Vio el mundo como es: las leyes y las doctrinas morales impotentes entre los ricos; y vio en la riqueza la *ultima ratio mundi*. «¡Vautrin tiene razón, la riqueza es la virtud!», se dijo.

Al llegar a la calle Neuve de Sainte-Geneviève, subió rápidamente a su cuarto, bajó para darle diez francos al cochero y fue a aquel comedor nauseabundo donde vio, como animales en un pesebre, a los dieciocho comensales cebándose. El

espectáculo de esas miserias y el aspecto de aquel comedor le parecieron horrorosos. La transición era demasiado brusca y el contraste, demasiado completo y no podían por menos de fomentar en él el sentimiento de la ambición. Por una parte, las lozanas y deliciosas imágenes de la naturaleza social más elegante, siluetas jóvenes y vivaces que enmarcaban las maravillas del arte y del lujo, caras apasionadas rebosantes de poesía; por otra, siniestros espectáculos bordeados de fango y rostros donde las pasiones no habían dejado sino la trama y el mecanismo. Las enseñanzas que una ira de mujer abandonada le había arrancado a la señora de Beauséant, sus ofrecimientos capciosos le volvieron a la memoria y la miseria los ilustró. Rastignac decidió abrir dos trincheras paralelas para llegar a la riqueza, tomar apoyo en la ciencia y en el amor, ser un doctor sapiente y un hombre de moda. ¡Qué niño era todavía! Esas dos líneas son unas asíntotas que nunca pueden encontrarse.

—Está usted muy cetrino, señor marqués —le dijo Vautrin, que le lanzó una de esas miradas con las que aquel hombre parecía iniciarse en los secretos mejor escondidos de los corazones.

—No estoy ya dispuesto a soportar las bromas de quienes me llamen señor marqués —respondió Rastignac—. Aquí, para ser marqués de verdad, hay que tener cien mil libras de renta, y cuando vive uno en la Casa Vauquer no puede decirse que sea precisamente el favorito de la Fortuna.

Vautrin lo miró con expresión paternal y despectiva, como si hubiera dicho: «¡Arrapiezo! ¡Me lo podría comer de un bocado!». Luego contestó:

—Es posible que esté de mal humor porque no le han ido bien las cosas con la hermosa condesa de Restaud.

—Me ha cerrado su puerta por haberle dicho que su padre comía en nuestra mesa —exclamó Rastignac.

Todos los comensales se miraron. Goriot bajó la vista y se volvió para secarse los ojos.

—Me ha metido tabaco en un ojo —le dijo a su vecino de mesa.

—Quien moleste a Goriot a partir de ahora me estará faltando a mí —contestó Eugène, mirando al fabricante de fideos retirado—. Vale más que todos nosotros. No me estoy refiriendo a las señoras —dijo, volviéndose hacia la señorita Taillefer.

Esta frase fue un desenlace. Eugène la había articulado con un aire que impuso silencio a los comensales. Vautrin fue el único en decirle con guasa:

—Para tomar a su cargo a Goriot y profesar de editor responsable suyo, hay que saber coger bien una espada y disparar bien con pistola.

—Eso haré —dijo Eugène.

—¿Es que ha entrado usted hoy en campaña?

—Es posible —contestó Rastignac—. Pero no tengo que darle cuenta de mis asuntos a nadie, dado que yo no intento averiguar los que otros hacen de noche.

Vautrin miró a Rastignac de mala manera.

—Hijito, quien no quiera que lo engañen unas marionetas tiene que entrar en la caseta y no contentarse con mirar por los agujeros de las cortinas. Ya hemos dicho bastante —añadió, al ver que Eugène estaba a punto de montar en cólera—. Charlaremos un ratito cuando usted quiera.

La cena se volvió adusta y fría. Goriot, absorto en el hondo dolor que le había causado la frase del estudiante, no entendió que la disposición de las mentalidades había cambiando en lo referido a él, y que un joven en condiciones de acallar la persecución había salido en su defensa.

—¿El señor Goriot, aquí donde lo vemos —dijo la señora Vauquer en voz baja—, es padre de una condesa?

—Y de una baronesa —le replicó Rastignac.

—No tiene más ocupación —le dijo Bianchon a Rastignac—, le he tocado la cabeza: no tiene más que un chichón, el de la paternidad, será un Padre *Eterno*.

Eugène era demasiado serio para que le hiciera gracia la broma de Bianchon. Quería sacar partido a los consejos de la señora de Beauséant y se preguntaba dónde y cómo iba a conseguir dinero. Lo preocupaba ver cómo le desfilaban ante los ojos las sabanas de la vida social, vacías y llenas a la vez. Los demás los dejaron solos en el comedor al acabar la cena.

—¿Así que ha visto a mi hija? —le dijo Goriot con voz conmovida.

Al despertarlo el buen hombre de su meditación, Eugène le tomó la mano y le contestó, mirándolo con algo parecido al enternecimiento:

—Es usted una persona buena y digna. Ya hablaremos de sus hijas más adelante.

Se puso de pie sin querer escuchar a Goriot y se retiró a su cuarto, donde escribió a su madre la siguiente carta:

Mi querida madre, mira a ver si no tienes una tercera mama que puedas abrimme. Estoy en condiciones de hacer fortuna de forma rápida. Necesito mil doscientos francos y los necesito como sea. No le digas a mi padre nada de esta petición, es posible que se opusiera y, si no consigo ese dinero, me entrará una desesperación que me llevaría a levantarme la tapa de los sesos. Te explicaré mis motivos en cuanto te vea, porque tendría que escribirte tomos enteros para que entendieras en qué situación estoy. No he jugado, mi buena madre, no debo nada; pero, si tienes empeño en conservarme la vida que me diste, tienes que hallar esa cantidad para mí. En pocas palabras, frecuento la casa de la vizcondesa de Beauséant. Tengo que alternar en sociedad y no tengo un céntimo para comprarme unos guantes decentes. Sabré comer pan solamente y beber solamente agua, ayunaré si menester fuere; pero no puedo prescindir de las herramientas con las que se cavan las viñas en esta tierra. Para mí, la cosa está en que o me abro camino o me quedo en el barro. Sé todas las esperanzas que habéis puesto en mí y quiero que se cumplan rápidamente. Mi buena madre, vende alguna de tus joyas antiguas; no tardaré en sustituirlas por otras. Conozco bastante la situación de nuestra familia para saber valorar esos sacrificios y debes creer que no te pediría que los hicieras en vano, porque en tal caso sería un monstruo. No veas en este ruego mío sino el grito de una necesidad imperiosa. Nuestro porvenir se halla entero en ese subsidio con el que debo entrar en campaña; porque esta vida de París es un combate perpetuo. Si, para completar la cantidad, no hay más recursos que el de vender los encajes de mi tía, dile que le enviaré otros más hermosos, etcétera.

Escribió a sus dos hermanas para pedirles sus ahorros y, para sacárselos sin que hablasen entre sí de ese sacrificio que no dejarían de hacer por él sintiéndose dichosas, puso en juego su delicadeza pulsando las cuerdas del honor, que tan tensas están y con tanta fuerza retumban en los corazones jóvenes. Tras escribir estas cartas, notó no obstante una trepidación involuntaria: palpitaba, se sobresaltaba. Aquel joven ambicioso estaba al tanto de la nobleza inmaculada de aquellas almas sepultadas en la soledad, sabía qué penalidades iba a causar a sus dos hermanas; y también cuáles iban a ser sus gozos; con qué placer hablarían en secreto de aquel hermano queridísimo en lo más hondo de su retiro. Se irguió su conciencia, luminosa, y se las mostró contando en secreto su modesto tesoro; las vio sacando a relucir su ingenio malicioso de muchachas para enviarle de incógnito aquel dinero, intentando su primer engaño para ser sublimes. «¡El corazón de una hermana es un brillante de pureza, un abismo de ternura!», se dijo. Se avergonzaba de haberles escrito. ¡Cuán poderosos iban a ser sus anhelos, cuán puro el impulso hacia el cielo de sus almas! ¿Qué voluptuosidades no hallarían en sacrificarse? ¿Qué dolor heriría a su madre si no podía enviarle la suma entera! Tan hermosos sentimientos, tan espantosos sacrificios iban a servirle de peldaño para llegar a Delphine de Nucingen. ¡Cuántas lágrimas, postreros granos de incienso arrojado en el altar sagrado de la familia, le brotaron de los ojos! Paseó arriba y abajo presa de una agitación colmada de desesperación. Goriot, al verlo así por la puerta, que se había quedado entornada, entró y le dijo:

—¿Qué le ocurre, caballero?

—Ay, mi buen vecino, soy aún hijo y hermano de la misma forma que es usted padre. Tiene razón cuando tiembla por la condesa Anastasie, pertenece a un tal Maxime de Trailles, que va a ser su perdición.

Goriot se retiró balbuciendo unas pocas palabras cuyo sentido no captó Eugène. Al día siguiente, Rastignac fue a llevar las cartas a correos. Titubeó hasta el final, pero las echó al buzón: «¡Triunfaré!». Es la palabra del jugador, del gran capitán, palabra fatalista que pierde a más hombres de los que salva. Pocos días después, Eugène fue a casa de la señora de Restaud y no lo recibieron. Volvió otras tres veces, y otras tantas se encontró con que no le abrieron la puerta, aunque se presentaba a horas en que el conde Maxime de Trailles no estaba en la casa. La vizcondesa había acertado. El estudiante dejó de estudiar. Iba a clase para contestar cuando pasaban lista y, tras dejar constancia de su presencia, se marchaba. Se había hecho el razonamiento que se hacen la mayoría de los estudiantes. Reservaba el estudio para el momento de examinarse; había tomado la decisión de acumular matrículas de segundo año y de tercero y de aprender luego Leyes en serio y de una sola vez en el último momento. Contaba así con quince meses de ocio para navegar por el océano de París, para dedicarse a traficar con mujeres o para pescar riqueza. En esa semana, vio dos veces a la señora de Beauséant, a cuya casa no iba hasta el momento en que

salía de ella el coche del marqués de Ajuda. Por unos cuantos días aún, aquella mujer ilustre, la figura más poética del Faubourg Saint-Germain, se alzó con la victoria y consiguió que se suspendiera la boda de la señorita de Rochefide con el marqués de Ajuda-Pinto. Pero aquellos días últimos, que el temor de perder su dicha convirtió en los más ardientes de todos, iban a apresurar la catástrofe. El marqués de Ajuda, de acuerdo con los Rochefide, consideró esta riña y la reconciliación posterior como una feliz circunstancia: albergaban la esperanza de que la señora de Beauséant se acostumbraría a la idea de esa boda y acabaría por sacrificar sus sobremesas a un porvenir previsto en la vida de todo hombre. Pese a las promesas más sagradas, renovadas a diario, el señor de Ajuda hacía teatro, pues, y a la vizcondesa le gustaba que la engañasen. «En vez de tomar la noble decisión de tirarse por la ventana, prefería que le pusieran la zancadilla por las escaleras», decía la duquesa de Langeais, su mejor amiga. No obstante, estos últimos resplandores duraron lo suficiente para que la vizcondesa se quedase en París y sirviera la causa de su joven pariente, por quien sentía una especie de afecto supersticioso. Eugène le había demostrado gran abnegación y sensibilidad en una circunstancia en que las mujeres no hallan compasión y consuelo auténtico en mirada alguna. Si un hombre les dice entonces palabras dulces, las dice por especulación.

Con el deseo de conocer a la perfección el damero donde iba a jugar antes de intentar el abordaje de la casa Nucingen, Rastignac quiso ponerse al tanto de la vida anterior de Goriot y recopiló informes auténticos que pueden resumirse como sigue.

Jean-Joachim Goriot era, antes de la Revolución, un simple operario de la fabricación de fideos, hábil, ahorrativo y lo bastante emprendedor para poder comprar el negocio de su patrón, que por azar fue una víctima del primer alzamiento de 1789. Se estableció en la calle de La Jussienne, cerca del Mercado de Granos y tuvo el elemental sentido común de aceptar la presidencia de su sección para, así, conseguir para su comercio la protección de los personajes más influyentes de aquella época tan peligrosa. Esta sensatez fue el origen de sus ganancias, que empezaron en la carestía, falsa o verdadera, tras la cual el grano alcanzó un precio enorme en París. El pueblo se mataba a la puerta de las panaderías, mientras ciertas personas iban a buscar sin algaradas pastas de Italia a las tiendas de ultramarinos. En lo que duró ese año, el ciudadano Goriot amasó el capital que, más adelante, iba a servirle para comerciar con toda la superioridad que da a quien la posee una cantidad elevada de dinero. Le sucedió lo que a todos los hombres cuyas capacidades son relativas. Lo salvó su mediocridad. Por lo demás, como nadie supo de su riqueza hasta el momento en que ya no había peligro en ser rico, no despertó la envidia de nadie. El comercio del grano parecía haberle absorbido toda la inteligencia. Cuando se trataba de trigos, de harinas, de desechos del grano; de reconocer las calidades, las procedencias; de velar por la conservación; de prever las cotizaciones; de profetizar la abundancia o la escasez de

las cosechas; de conseguir cereales baratos; de aprovisionarse en Sicilia o en Ucrania, Goriot no tenía par. Al verlo llevar su negocio, explicar las leyes de la exportación y la importación del grano, estudiar su espíritu, caer en la cuenta de sus defectos, a cualquier hombre le habría parecido capaz de ser ministro de Estado. Paciente, activo, enérgico, constante, rápido en sus expediciones, tenía vista de águila, le tomaba la delantera a todo, lo preveía todo, lo ocultaba todo: diplomático para idear y soldado para avanzar. Cuando lo sacaban de su especialidad, de su sencilla y modesta tienda en cuyo umbral se quedaba horas enteras, ocioso, con el hombro apoyado en el montante de la puerta, volvía a ser el operario cerril y simple, el hombre incapaz de entender un razonamiento, insensible a todos los placeres de la inteligencia, el hombre que se quedaba dormido durante una función de teatro, uno de esos Doliban^[9] parisinos que sólo saben mucho de estupidez. Esos caracteres son casi todos iguales. A casi todos puede encontrárseles en el corazón algún sentimiento sublime. Dos sentimientos exclusivos habían llenado el corazón del fabricante de fideos y le habían chupado la humedad, de la misma forma que el comercio del grano se quedaba con toda la inteligencia que tenía en la cabeza. A su mujer, hija única de un rico granjero de Brie, le dedicó una admiración religiosa y un amor ilimitado. Goriot admiró en ella un carácter frágil y fuerte, sensible y delicado, que contrastaba vigorosamente con el suyo. Si hay un sentimiento innato en el corazón del hombre, ¿no es acaso el orgullo de ejercer una protección continua en favor de un débil? Sumémosle el amor, ese agradecimiento sincero de todas las almas francas al principio de sus placeres, y el lector entenderá gran cantidad de rarezas espirituales. Tras siete años de dicha sin nubes, Goriot tuvo la desgracia de perder a su mujer: ésta estaba empezando a tener imperio sobre él más allá de la esfera de los sentimientos. Es posible que hubiera cultivado aquella naturaleza inerte, es posible que hubiera sembrado en ella la inteligencia de las cosas del mundo y de la vida. En situación tal, el sentimiento de la paternidad se desarrolló en Goriot hasta la sinrazón. Volcó su afecto, que la muerte había burlado, en sus dos hijas, quienes, al principio, satisficieron plenamente todos sus sentimientos. Por muy brillantes que fueran las proposiciones que le hicieron negociantes o granjeros que rivalizaron por entregarle a sus hijas, quiso seguir viudo. Su suegro, el único hombre por quien sintió inclinación, aseguraba que sabía de buena tinta que Goriot había jurado no serle nunca infiel a su mujer, por más que estuviera difunta. Los del Mercado Central del Grano, incapaces de entender esa locura sublime, se la tomaron a broma y le pusieron a Goriot un mote grotesco. Al primero que, al tomar el trago de vino que cierra un trato, se le ocurrió decirlo, le dio el fabricante de fideos un puñetazo en el hombro que lo mandó de cabeza contra un mojón de la calle de Oblin. La entrega irreflexiva, el amor celoso y exquisito que les tenía Goriot a sus hijas era tan sabido que un día uno de sus competidores, deseoso de dejarlo fuera de las operaciones para hacerse dueño de la

cotización, le dijo que a Delphine acababa de atropellarla un cabriolé. El fabricante de fideos, pálido y lívido, se fue en el acto del Mercado. Lo tuvo enfermo varios días la reacción de los sentimientos encontrados en que cayó por aquella falsa alarma. Aunque no le dio al hombre aquel una palmada asesina en el hombro, lo echó del Mercado, abocándolo a la quiebra en una circunstancia crítica. Lógicamente, la educación de sus hijas fue insensata. Con un capital de más de sesenta mil libras de renta y no gastando en sí más de mil doscientos francos, la dicha de Goriot consistía en satisfacer los caprichos fantasiosos de sus hijas: los maestros más excelentes tuvieron a su cargo el cometido de dotarlas de esos talentos que dan muestra de una buena educación; tuvieron una señorita de compañía, quien, felizmente para ellas, fue una mujer inteligente y de buen gusto; iban a caballo, tenían coche, vivían como habrían vivido las amantes de un noble viejo y rico; les bastaba con manifestar los deseos más costosos para ver cómo su padre se apresuraba a satisfacerlos; no pedía sino una caricia a cambio de esas ofrendas. Goriot colocaba a sus hijas entre las filas de los ángeles y, en consecuencia, por encima de él; ¡pobre hombre! Le inspiraba amor hasta el daño que le hacían. Cuando sus hijas estuvieron en edad de casarse, pudieron escoger marido según sus gustos: a ambas les correspondía, como dote, la mitad de la fortuna de su padre. El conde de Restaud cortejó, por su hermosura, a Anastasie, cuyas tendencias aristocráticas impulsaron a lanzarse a las esferas sociales elevadas. A Delphine le gustaba el dinero: se casó con Nucingen, banquero de origen alemán que se convirtió en barón del Santo Imperio. Goriot siguió siendo fabricante de fideos. A sus hijas y a sus yernos no tardó en escandalizarlos que siguiera con ese comercio, aunque constituyera toda su vida. Tras soportar su insistencia cinco años, consintió en retirarse con el producto de la venta de su negocio y con los beneficios de los últimos años, capital que la señora Vauquer, a cuya casa se fue a vivir, calculó que le rentaba entre ocho y diez mil libras. Se metió en esa casa de huéspedes por la desesperación que le entró al ver que sus dos hijas, al obligarlas sus maridos, se negaron no sólo a llevárselo a vivir con ellas, sino también a recibirlo de forma ostensible.

Estas informaciones eran todo cuanto sabía de Goriot un tal señor Muret, que le había comprado el comercio. De esta forma quedaban confirmadas las suposiciones que Rastignac le había oído a la duquesa de Langeais. Y aquí concluye la exposición de esta oscura, pero espantosa tragedia parisina.

CAPÍTULO II

LA ENTRADA EN SOCIEDAD

A finales de aquella primera semana del mes de diciembre, Rastignac recibió dos cartas, una de su madre y otra de su hermana mayor. Esas letras tan conocidas lo hicieron a la vez vibrar de satisfacción y estremecerse de horror. En aquellos dos papeles frágiles había una sentencia de vida o de muerte para sus esperanzas. Aunque le causaba cierto temor recordar la mala situación de su familia, había podido comprobar suficientemente bien la predilección que por él sentía como para que no lo asustara haberle chupado las últimas gotas de sangre. La carta de su madre estaba redactada como sigue:

Mi querido hijo, te envío lo que me pediste. Da buen empleo a ese dinero, porque no podré, ni aunque se tratase de salvarte la vida, reunir por segunda vez una cantidad tan considerable sin que lo sepa tu padre, cosa que enturbiaría la armonía de nuestro matrimonio. Para conseguirla nos veríamos en la obligación de garantizarla con nuestras tierras. Me es imposible calibrar la bondad de tus proyectos, pues no los conozco; pero ¿de qué naturaleza son que temes contármelos? Explicármelo no habría requerido volúmenes enteros; a nosotras, las madres, nos basta con una palabra, y esa palabra me habría evitado las angustias de la incertidumbre. No podría ocultarte la impresión dolorosa que me ha causado tu carta. Hijo querido, ¿qué sentimiento te ha puesto en la obligación de llevarme tal espanto al corazón? Mucho has debido de sufrir al escribirme, porque yo he sufrido mucho al leerlo. ¿En qué empresa te estás metiendo? Tu vida, tu dicha ¿están acaso vinculadas a aparentar lo que no eres, a frecuentar un mundo donde no puedes acudir sin unos gastos monetarios que no puedes sostener y sin perder un tiempo precioso para tus estudios? Mi buen Eugène, haz caso del corazón de tu madre, los caminos tortuosos no llevan a nada grande. La paciencia y la resignación deben ser las virtudes de los jóvenes que están en tu posición. No te riño, no querría aportar amargura alguna a nuestra ofrenda. Mis palabras son las de una madre tan colmada de confianza como previsor. Tú sabes cuáles son tus obligaciones, pero yo sé qué puro tienes el corazón y qué excelentes son tus intenciones. Puedo por lo tanto decirte sin temor: ¡Ve, adorado mío, adelante! Tiemblo porque soy madre, pero te acompañaremos tiernamente con nuestros votos y nuestras bendiciones en todos y cada uno de tus pasos. ¡Sé prudente, hijo querido! Tienes que ser sensato como un hombre, descansan en ti los destinos de cinco personas a las que quieres. Sí, todas nuestras venturas están en ti, de la misma forma que tu felicidad es la nuestra. Todos rogamos a Dios que te secunde en tus propósitos. Tu tía Marcillac ha sido, en la presente circunstancia, de una bondad inaudita: llegaba hasta a entender lo que me decías de los guantes. Pero es que tiene debilidad por el primogénito, me decía jovialmente. Eugène mío, quiere mucho a tu tía, no te diré lo que ha hecho por ti más que cuando triunfes: si no, su dinero te quemaría en los dedos. ¡Los niños no sabéis lo que es sacrificar los recuerdos! Pero ¿qué sacrificios no haríamos por vosotros? Me encarga que te diga que te besa en la frente y que querría infundirte con ese beso fuerza para que seas dichoso con frecuencia. Esta mujer buena y excelente te habría escrito si no tuviera gota en los dedos. Tu padre está bien. La cosecha de 1819 supera nuestras esperanzas. Adiós, querido hijo. No te diré nada de tus hermanas: Laure te escribe. Le dejo a ella el placer de charlar de los acontecimientos menudos de la familia. ¡Quiera el cielo que tengas éxito! ¡Ay, sí, Eugène mío, ten éxito, me has hecho pasar un dolor demasiado grande para que pueda soportarlo por segunda vez! He sabido lo que era ser pobre mientras ansiaba la riqueza para dársela a mi hijo. Ya me despido. No nos dejes sin noticias, y encuentra aquí el beso que te envía tu madre.

Cuando Eugène acabó la carta, estaba llorando, se acordaba del pobre Goriot

retorciendo la plata sobredorada y vendiéndola para ir a pagar la letra de cambio de su hija: «Tu madre ha retorcido sus joyas —se decía—. ¡Tu tía ha llorado seguramente al vender alguna de sus reliquias! ¿Con qué derecho podrías maldecir a Anastasie? ¡Acabas de imitar, por el egoísmo de tu porvenir, lo que ella hizo por su amante! ¿Vales tú más que ella?». El estudiante notó que le corroía las entrañas una sensación de calor intolerable. Quería renunciar a la vida social, no quería coger aquel dinero. Notó esos remordimientos secretos, nobles y hermosos, cuyo mérito raramente valoran los hombres cuando juzgan a sus semejantes y que consiguen con frecuencia que los ángeles del cielo absuelvan al criminal a quien han condenado los juristas de la tierra. Rastignac abrió la carta de su hermana, cuyas expresiones, inocentemente encantadoras, le remozaron el corazón.

Tu carta llegó muy oportunamente, querido hermano. Agathe y yo queríamos dar a nuestro dinero empleos tan diferentes que no sabíamos ya por qué compra decidimos. Has hecho lo que el criado del rey de España cuando se le cayeron los relojes de su señor, nos has puesto de acuerdo. De verdad que nos peleábamos continuamente por saber a qué deseo íbamos a dar preferencia y no habíamos adivinado, mi buen Eugène, el uso que incluía todos nuestros deseos. Agathe dio saltos de alegría. Vamos, que estuvimos todo el día como dos locas, *de forma y modo* (hablando como la tía) que mi madre nos decía con cara severa: «Pero ¿qué les pasa a ustedes, señoritas?». Si nos hubiera reñido un poquito, creo que aún nos habríamos alegrado más. ¡Una mujer debe hallar gran placer en sufrir por aquel a quien quiere! Sólo yo estaba pensativa y contrita, en medio de la alegría que sentía. Seguramente no voy a ser una buena esposa, porque gasto demasiado. Me había comprado dos cinturones, un punzón muy bonito para hacerme los ojete de los corsés, bobadas, así que tenía menos dinero que la gorda de Agathe, que es ahorradora y apila los escudos como una urraca. ¡Tenía doscientos francos! Yo, mi pobre amigo, sólo tengo cincuenta escudos. Tengo el castigo que me merezco y querría tirar el cinturón al pozo; siempre me será penoso ponérmelo. Te he robado. Agathe ha sido encantadora. Me dijo: «¡Vamos a mandarles los trescientos cincuenta francos entre las dos!». Pero no he podido resistirme a contarte las cosas tal y como sucedieron. ¿Sabes lo que hicimos para obedecer tus órdenes? Cogimos nuestro glorioso dinero y nos fuimos las dos a dar un paseo y cuando estuvimos en el camino real fuimos corriendo a Ruffec, donde le dimos sin más esa cantidad al señor Grimbert, de la real casa de postas. Al volver, íbamos veloces como golondrinas. «¿Será que la felicidad nos aligera?», me dijo Agathe. Nos dijimos mil cosas que no voy a repetirle porque tenían demasiado que ver con usted, señor parisino. ¡Ay, mi querido hermano, te queremos mucho, con eso está dicho todo en dos palabras! En cuanto a guardar el secreto, unas hipocritillas, como nos llama mi tía, son capaces de todo, hasta de callarse. Mi madre hizo un viaje misterioso a Angulema con la tía, y las dos han guardado silencio sobre la política de altos vuelos de ese viaje, que no sucedió sin que se celebrasen antes largas conferencias de las que quedamos proscritas, como también el señor barón. Grandes conjeturas tienen ocupados los ánimos en el Estado de Rastignac. El vestido de muselina salpicada de flores caladas que están bordando las infantas para su majestad la reina progresa en el secreto más absoluto. Ya sólo quedan dos paños por hacer. Ha quedado decidido que no se levantará una tapia por el lado de Verteuil, habrá un seto. La gente de a pie perderá en fruta y en espalderas, pero se ganará una buena vista para los forasteros. Si el presunto heredero necesitara pañuelos, queda avisado de que la venerable dama De Marcillac, al rebuscar entre sus tesoros y en sus baúles, conocidos con los nombres de Pompeya y Herculano, ha dado con un estupendo lienzo de Holanda del que no sabía nada; las princesas Agathe y Laure ponen a disposición del heredero hilo y aguja y unas manos que siempre están más rojas de lo que deberían. Los dos príncipes jóvenes, *don Henri* y *don Gabriel*, no han perdido la funesta costumbre de atracarse de uvate, de hacer rabiar a sus hermanas, de no querer estudiar, de entretenerse sacando del nido a los pájaros, de meter bulla y de cortar, pese a las leyes del Estado, mimbres para hacerse bastones fustigadores. El nuncio del Papa, conocido vulgarmente por el señor párroco, amenaza con excomulgarlos si continúan dando de lado los sagrados cánones de la gramática para preferir los cañones del saúco belicoso. Adiós, querido hermano, nunca hubo carta portadora de tantos votos por tu dicha ni de tanto

amor satisfecho. ¡Tendrás, pues, muchas cosas que contarnos cuando vengas! Me lo contarás todo a mí, que soy la mayor. Mi tía nos ha dado a entender que les gustabas a las señoras de la buena sociedad.

De una dama se habla y lo demás se calla.

¡Con nosotras, se entiende! Oye, Eugène, si quisiera, podríamos pasarnos de pañuelos y te podríamos hacer camisas. Contéstame enseguida qué te parece. Si necesitaras con prisas camisas bonitas y bien cosidas, no nos quedaría más remedio que ponernos a ello en el acto; y, si hubiera en París hechuras que no conocemos, podrías mandarnos un modelo, sobre todo para los puños. ¡Adiós, adiós! Un beso en la frente, a la izquierda, en la sien que me pertenece en exclusiva. Le dejo la otra carilla a Agathe, que me ha prometido no leer nada de lo que te digo. Pero, para mayor seguridad, me quedaré con ella mientras te escribe. Tu hermana que te quiere,

LAURE DE RASTIGNAC

«Ay, sí —se dijo Eugène—, la riqueza, a cualquier precio. Ni unos tesoros pagarían toda esta abnegación. Querría llevarles todas las dichas juntas. Mil quinientos cincuenta francos —se dijo, tras una pausa—. ¡Todas y cada una de esas monedas tienen que dar en el blanco! Laure tiene razón, ¡por vida de todas las mujeres! Sólo tengo camisas de retor. Para hacer felices a los demás, una joven se vuelve más astuta que un ladrón. Inocente en lo suyo y previsora en lo mío, es como ese ángel del cielo que perdona los pecados de la tierra sin entenderlos».

¡El mundo era suyo! Ya tenía convocado, sondeado y conquistado al sastre. Al ver al señor de Trailles, Rastignac había caído en la cuenta de cuánto influyen los sastres en la vida de los jóvenes. Por desdicha no existe término medio entre estos dos extremos: un sastre o es un enemigo mortal o es un amigo que nos proporcionan las facturas. Eugène dio con un hombre que había entendido la paternidad de su negocio y se consideraba un vínculo entre el presente y el porvenir de los jóvenes. En consecuencia, Rastignac labró la fortuna de este hombre con una de esas frases con que destacó más adelante: «Sé de dos pantalones suyos —decía— que concertaron bodas de veinte mil libras de renta».

¡Mil quinientos francos y fracs a discreción! En aquellos momentos el pobre meridional lo creyó todo posible y bajó a almorzar con esa expresión incalificable que le da a un joven la posesión de cualquier suma. En el momento en que el dinero se mete de rondón en el bolsillo de un estudiante, se edifica por dentro una columna fantástica en que toma apoyo. Anda mejor que antes, nota un punto donde apoyar la palanca, tiene la mirada franca y directa y ademanes ágiles; la víspera, humilde y tímido, habría aceptado los golpes; al día siguiente, pegaría a un primer ministro. Ocurren en él fenómenos inauditos: lo quiere todo, lo puede todo, desea sin medida, está alegre, es generoso, está expansivo. En pocas palabras, el ave anteriormente sin alas ha recuperado la envergadura. El estudiante sin dinero coge al vuelo una brizna de placer igual que un perro que roba un hueso pasando mil peligros, lo parte, le chupa el tuétano y sigue corriendo; pero el joven que remueve en el bolsillo del chaleco una cuantas monedas de oro fugitivas degusta sus goces, los enumera uno a

uno, se complace en ellos, se columpia en el cielo, no sabe ya qué quiere decir la palabra miseria. París le pertenece por completo. ¡Edad en que todo reluce, en que todo centellea y arde! ¡Edad de fuerza gozosa que nadie aprovecha, ni el hombre ni la mujer! ¡Edad de las deudas y de los temores acuciantes que multiplican por diez todos los placeres! ¡Quien no haya frecuentado asiduamente la orilla izquierda del Sena, entre la calle de Saint-Jacques y la calle de Les Saints-Pères, no sabe nada de la vida humana! «¡Ay, si las mujeres de París supieran —se decía Rastignac mientras se zampaba las peras cocidas a dos céntimos y medio la pieza que servía la señora Vauquer—, vendrían a enamorar aquí!». En ese momento, un cartero de la real casa de postas se presentó en el comedor, después de que sonara la campanilla del cancel. Preguntó por el señor Eugène de Rastignac, a quien alargó dos bolsas para que tomase posesión de ellas, y un registro para que firmase al margen. Azotó entonces a Rastignac, como un latigazo, la honda mirada que le dirigió Vautrin.

—Va a tener usted con qué pagar clases de esgrima y sesiones de tiro —le dijo el hombre aquel.

—Han llegado los galeones —le dijo la señora Vauquer, mirando las bolsas.

La señorita Michonneau temía poner los ojos en el dinero, por miedo a que se notase la codicia.

—Tiene usted una buena madre —dijo la señora Couture.

—El señor tiene una buena madre —repitió Poiret.

—Sí, la mamá se ha sangrado —dijo Vautrin—. Ahora podrá andarse con bromas, frecuentar la buena sociedad, pescar dotes y bailar con condesas que lleven flores de melocotonero en la cabeza. Pero, créame joven, frecuente las salas de tiro.

Vautrin hizo el ademán de un hombre que apunta a su adversario. Rastignac quiso darle una propina al cartero y no encontró nada en el bolsillo. Vautrin rebuscó en el suyo y le lanzó un franco al hombre.

—Se le puede fiar a usted —dijo, mirando al estudiante.

A Rastignac no le quedó más remedio que darle las gracias, aunque, desde las palabras agrias que habían cruzado el día que volvía de casa de la señora de Beauséant, el hombre aquel le resultaba insoportable. Esos ocho días Eugène y Vautrin habían coincidido, pero en silencio, y se observaban mutuamente. El estudiante se preguntaba en vano el porqué. Las ideas, seguramente, se proyectan en relación directa a la fuerza con que se conciben y van a dar donde las manda el cerebro por una ley matemática comparable a la que dirige las bombas cuando salen del mortero. Los efectos son varios. Hay formas de ser tiernas donde las ideas se alojan y causan estragos, pero también las hay provistas de recursos vigorosos, cráneos con fortificaciones de bronce contra las que quedan aplastadas las voluntades ajenas, que caen como las balas ante una muralla; también hay formas de ser flácidas y algodinosas donde las ideas ajenas dan y mueren de la misma forma que

la tierra blanda de los reductos amortigua las balas de cañón. Rastignac tenía una de esas cabezas repletas de pólvora que saltan por los aires al menor impacto. Era joven con demasiada viveza para no estar al alcance de esa proyección de las ideas, de ese contagio de los sentimientos, cuyos peculiares fenómenos nos alcanzan en tan gran medida sin que nos demos cuenta. El alcance de su vista moral tenía la lucidez del alcance de su mirada de lince. Todos sus dobles sentidos poseían esa longitud misteriosa, esa flexibilidad de ida y vuelta que tan maravillados nos dejan en las personas superiores, espadachines hábiles en localizar el punto flaco de todas las corazas. Además, desde hacía un mes, se le habían desarrollado tantas virtudes como defectos. Los defectos se los habían exigido la vida social y la consumación de sus crecientes deseos. Entre las virtudes se contaba esa vivacidad meridional que obliga ir derecho a la dificultad para resolverla y no le permite a un hombre del sur del Loira quedarse con una incertidumbre concreta, virtud que las personas del norte llaman defecto: para ellos, si bien estuvo en los orígenes de la buena fortuna de Murat, fue también causa de su muerte. Habría que sacar de esto la conclusión de que, cuando un meridional sabe sumar la marrullería del norte a la audacia del sur del Loira, está completo y se queda con el trono de Suecia. Rastignac no podía, pues, durar demasiado tiempo bajo el fuego de las baterías de Vautrin sin averiguar si ese hombre era amigo o enemigo suyo. Por momentos, le parecía que aquel singular personaje veía todas sus pasiones y le leía en el corazón, mientras que en él todo era tan hermético que parecía tener la hondura inmóvil de una esfinge, que lo sabe y lo ve todo y no dice nada. Al notarse con los bolsillos llenos, Eugène se rebeló.

—Hágame la gracia de esperar —le dijo a Vautrin, que se estaba poniendo de pie para irse, tras haber paladeado los últimos sorbos de café.

—¿Por qué? —preguntó el cuarentón, poniéndose el sombrero de ala ancha y cogiendo un bastón de hierro con el que hacía en muchas ocasiones molinetes como hombre que no habría temido que lo asaltasen cuatro ladrones.

—Voy a devolverle su dinero —dijo Rastignac, quien abrió velozmente una de las bolsas y le dio ciento cuarenta francos a la señora Vauquer.

—Las cuentas cuanto más claras, mejor —le dijo a la viuda—. Estamos en paz hasta el día de san Silvestre. Cámbieme estos cinco francos.

—Mejores las cuentas cuanto más claras —repitió Poiret, mirando a Vautrin.

—Aquí tiene un franco —dijo Rastignac, alargándole una moneda a la esfinge con peluca.

—Por lo visto lo asusta deberme algo —exclamó Vautrin, clavándole una mirada adivinatoria en el alma al joven, a quien dedicó una de esas sonrisas zumbonas y diogénicas que habían estado cien veces a punto de enfadarlo.

—Pues... sí —contestó el estudiante, que tenía agarradas las dos bolsas y se había levantado para subir a su cuarto.

Vautrin salió por la puerta que daba al salón y el estudiante se disponía a irse por la que llevaba al rellano de las escaleras.

—¿Sabe usted, señor marqués de Rastignacorama, que lo que me ha dicho no puede considerarse exactamente de buena educación? —preguntó entonces Vautrin, azotando la puerta del salón y acercándose al estudiante, que lo miró con frialdad.

Rastignac cerró la puerta del comedor, llevándose consigo a Vautrin al pie de las escaleras, al rellano que separaba el comedor de la cocina, donde había una puerta maciza que daba al jardín y que remataba por arriba un cristal grande con barrotes de hierro. Allí, dijo el estudiante, en presencia de Sylvie, que salió de la cocina:

—Señor Vautrin, no soy marqués y no me llamo Rastignacorama.

—Van a batirse —dijo la señorita Michonneau con expresión indiferente.

—¡A batirse! —repitió Poiret.

—¡Qué va! —contestó la señora Vauquer, acariciando su montón de escudos.

—Pero si están yendo hacia los tilos —gritó la señorita Victorine, levantándose para mirar el jardín—. Y eso que ese pobre muchacho tiene razón.

—Vamos arriba, querida niña —dijo la señora Couture—. Estos asuntos no van con nosotras.

Cuando la señora Couture y Victorine se levantaron, se toparon, en la puerta, con la oronda Sylvie, que les cerró el paso.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó—. El señor Vautrin le ha dicho al señor Eugène: «¡Vamos a tener una explicación!». Luego, lo ha cogido del brazo y ahí van, pisándonos las alcachofas.

En ese momento, se presentó Vautrin.

—Mamá Vauquer —dijo, sonriente—, no se asuste. Voy a probar las pistolas debajo de los tilos.

—¡Ay, caballero! —dijo Victorine, juntando las manos—. ¿Por qué quiere matar al señor Eugène?

Vautrin retrocedió dos pasos y miró a Victorine.

—Otro cuento —exclamó con voz burlona que hizo ruborizarse a la pobre joven—. ¿Verdad que es muy agradable ese muchacho? —añadió—. Me ha dado una idea. Los haré dichosos a los dos, mi hermosa niña.

La señora Couture había agarrado del brazo a su pupila y tiraba de ella para llevársela, diciéndole al oído:

—Pero, Victorine, está increíble esta mañana.

—No quiero disparos de pistola en mi casa —dijo la señora Vauquer—. ¡No me vaya a espantar a todo el vecindario y a traer a la policía a estas horas!

—Vamos, tranquila, mamá Vauquer —contestó Vautrin—. Nada, no pasa nada, iremos a la sala de tiro.

Fue al encuentro de Rastignac, a quien cogió familiarmente del brazo.

—Aunque le demostrase que a treinta y cinco pasos pongo la bala cinco veces seguidas en un as de picas —le dijo—, usted no perdería el valor. Me parece que es usted un poco rabioso y que conseguiría que lo matasen como un imbécil.

—Se echa usted atrás —dijo Eugène.

—No me caliente —repuso Vautrin—. No hace frío esta mañana. Venga y sentémonos allí —dijo, señalando los asientos pintados de verde—. Ahí no nos oirá nadie. Tengo que hablar con usted. Es usted un buen muchachito al que no deseo ningún mal. Le tengo cariño, palabra de Burl... (¡mil rayos!), palabra de Vautrin. Ya le diré por qué le tengo cariño. Mientras tanto, lo conozco como si lo hubiera engendrado y se lo voy a demostrar. Ponga ahí las bolsas —añadió, señalándole la mesa redonda.

Rastignac dejó el dinero encima de la mesa y se sentó, presa de una curiosidad que llevó al máximo el cambio súbito que se había producido en los modales de aquel hombre que, tras haber hablado de matarlo, se las daba de protector suyo.

—Le gustaría mucho saber quién soy, qué he hecho o que hago —siguió diciendo Vautrin—. Es demasiado curioso, hijito. Vamos, calma. ¡Cosas peores le tocará oír! Me han ocurrido cosas malas. Escúcheme primero y ya me contestará después. Ésta es mi vida anterior, en tres palabras. ¿Quién soy? Vautrin. ¿Qué hago? Lo que me viene en gana. Dejémoslo estar. ¿Quiere saber qué carácter tengo? Soy bueno con los que me favorecen o cuyo corazón le dice algo al mío. A éstos se lo permito todo, pueden darme patadas en los huesos de las piernas sin que les diga: «¡Tened cuidado!». Pero ¡vive el cielo, soy malo como el diablo con los que me buscan complicaciones o me caen mal! ¡Y es bueno que sepa que me cuesta tanto matar a un hombre como hacer esto! —dijo, escupiendo—. Sólo que me esfuerzo en matarlo como es debido y cuando no queda más remedio. Soy eso que llaman un artista. Aquí donde me ve, he leído las memorias de Benvenuto Cellini. ¡Y en italiano de propina! Aprendí de ese hombre, que era un buen elemento, a imitar a la Providencia, que nos mata a manos llenas, y a amar la belleza esté donde esté. ¿No es acaso, por lo demás, una hermosa partida eso de estar solo contra todos los hombres y tener la suerte de parte de uno? He pensado mucho en la constitución actual de este desorden social que se gasta la gente. Hijito, el duelo es un juego de niños, una bobada. Cuando, de dos hombres vivos, uno tiene que desaparecer, hay que ser idiota para dejarlo en manos del azar. ¿El duelo? ¡Cara o cruz! Eso es. ¡Le meto cinco balas seguidas a un as de picas, pegando con cada bala nueva en la anterior y además a treinta y cinco pasos! ¡Cuando uno está dotado con ese insignificante talento puede pensar que tiene la seguridad de cargarse a quien sea! Bueno, pues una vez le disparé a un hombre a veinte pasos y no le di. El individuo aquel no había tenido en la mano una pistola en la vida. ¡Mire! —dijo aquel hombre extraordinario, quitándose el chaleco y enseñando el pecho, peludo como el lomo de un oso, pero provisto de unas cerdas

leonadas que daban un asco mezclado con espanto—. Ese mosquito muerta me chamuscó el vello —añadió, metiéndole el dedo a Rastignac en un agujero que tenía en la tetilla—. Pero por entonces yo era un niño, tenía la edad de usted, veintiún años. Todavía creía en algo, en el amor de una mujer, en un montón de bobadas en las que usted se pringará del todo. Podríamos habernos batido, ¿verdad? Habría podido matarme. Suponga que estoy enterrado; ¿dónde estaría usted? Tendría que salir por pies, irse a Suiza, gastarse el dinero de papá, ese dinero que papá no tiene. Le voy a dejar claro en qué posición está, pero lo haré con la superioridad de un hombre que, tras haber examinado mucho las cosas de aquí abajo, vio que sólo podían tomarse dos partidos: o una obediencia estúpida o la rebelión. Yo no obedezco a nada, ¿está claro? ¿Sabe usted lo que necesita, al paso que va? Un millón, y enseguida. Si no, con esa carita que tenemos podríamos acabar dando una vuelta por las redes de Saint-Cloud^[10] para enterarnos de si existe un Ser Supremo. Y ese millón se lo voy a dar yo —hizo una pausa mirando a Eugène—. ¡Ajajá! Ya le va poniendo mejor cara a su papaíto Vautrin. Al oír esa palabra es como la muchacha a quien le dices: «Hasta la noche»; y se acicala relamiéndose como un gato cuando bebe leche. ¡Menos mal! ¡Vamos! ¡Vamos a vernos las caras los dos! Éstas son sus cuentas, joven. Tenemos en casa a papá, a mamá, a una tía abuela, a dos hermanas (dieciocho y diecisiete años), a dos hermanos pequeños (quince y diez años). Ésta es la lista de la tripulación. La tía educa a las hermanas. El párroco va a enseñar latín a los dos hermanos. La familia come más gachas de castañas que pan blanco; el papá cuida mucho de que le duren los calzones; la mamá apenas si se permite un vestido de invierno y un vestido de verano; sus hermanas se las apañan como pueden. Lo sé todo, he vivido en el sur. Así son las cosas en casa de usted si le mandan mil doscientos francos anuales y la finquita no da sino tres mil. Tenemos una cocinera y un criado, hay que respetar las formas, papá es barón. ¡En cuanto a nosotros, somos ambiciosos, contamos con la alianza de los Beauséant y vamos a pie, queremos riqueza y no tenemos ni un céntimo, nos comemos los pistos de mamá Vauquer y nos gustan las cenas elegantes del Faubourg Saint-Germain, dormimos en un jergón y queremos un palacete! No le critico esos deseos. Ser ambicioso, queridito, no le es dado a todo el mundo. Pregunte a las mujeres qué hombres buscan: los ambiciosos. Los ambiciosos son más fuertes de lomos, tienen la sangre más rica en hierro y el corazón más caliente que los demás hombres. Y la mujer se nota tan feliz y tan hermosa en las horas en que es fuerte que prefiere, a todos los demás hombres, aquel que tiene una fuerza enorme, aunque corra el peligro de que la destroce. Hago el inventario de sus deseos para hacerle una pregunta. La siguiente pregunta. Tenemos un hambre de lobo, e incisivos por dientes. ¿Cómo nos las vamos a apañar para llenar la olla? Para empezar, tenemos que zamparnos el Código, no es ameno y no enseña nada, pero no queda más remedio. Bien está. Nos hacemos abogado para llegar a presidente de un tribunal de lo criminal

y para mandar a los pobres diablos que valen más que nosotros, con una T y una F^[11] en el hombro, para demostrarles así a los ricos que pueden dormir en paz. No resulta nada divertido y además se tarda mucho. De entrada, dos años de tabarra en París, mirando, sin tocarlas, las golosinas que nos apetecen. Cansa mucho eso de desear siempre sin poder satisfacerse nunca. Si fuera pálido y con naturaleza de molusco, no tendría nada que temer; pero tenemos la sangre febril de los leones y un apetito que basta para hacernos cometer mil tonterías diarias. Sucumbiré, pues, a ese suplicio, el más espantoso que pueda divisarse en los infiernos de Dios. Admitamos que se porta bien, que bebe leche y que hace elegías; como es generoso, tendrá que empezar, tras muchos contratiempos y privaciones que harían rabiar a un perro, de sustituto de algún granuja en una ciudad perdida donde el gobierno le echará mil francos de haberes igual que se le echa rancho al dogo de un carnicero. Ládrales a los ladrones, aboga por el rico, manda guillotinar a hombres de corazón. ¡Y agradecido! Si no tiene padrinos, se pudrirá en ese tribunal de provincias. A eso de los treinta años, será juez y ganará mil doscientos francos anuales si aún no ha colgado la toga. Al llegar a los cuarenta, se casará con la hija de un molinero, que tendrá unos seis mil francos de renta. Gracias. Tenga padrinos y será procurador real a los treinta, con un sueldo de mil escudos, y se casará con la hija del alcalde. Si comete cualquiera de esas bajezas menudas de la política, tales como leer en una papeleta de voto Villèle en vez de Manuel^[12] (como rima no hay problemas de conciencia), será a los cuarenta fiscal general y podrá llegar a diputado. Fíjese, querido niño, que le habremos hecho varios sietes a nuestra conciencia querida y que habremos pasado por veinte años de contratiempos y de miserias secretas y que nuestras hermanas ya serán unas solteras. Tengo el honor de llamar su atención además sobre el hecho de que sólo hay veinte fiscales generales en Francia y son ustedes veinte mil aspirantes al cargo, entre los cuales hay, de propina, graciosos que venderían a su familia para adelantar una muesca más. Si ese oficio lo asquea, veamos otra cosa. ¿Quiere el barón de Rastignac ser abogado? ¡Ah, precioso! Hay que padecer diez años, gastar mil francos al mes, tener una biblioteca, un bufete, hacer vida social, besarle la toga a un procurador para tener pleitos, barrer con la lengua el Palacio de Justicia. Si ese oficio llevara a algo, no me parecería mal; pero encuéntreme en París cinco abogados que, a los cincuenta años, ganen más de cincuenta mil francos al año. ¡Bah! Antes de rebajarme así el alma, preferiría hacerme corsario. Además, ¿de dónde sacar los escudos? Qué tristón es todo. Tenemos un recurso en la dote de la mujer. ¿Quiere casarse? Será atarse una piedra al cuello; y, además, si se casa por dinero, ¿qué va a ser de nuestros sentimientos de honor y de nuestra nobleza? Más vale iniciar hoy mismo su rebelión contra las convenciones humanas. No tendría mayor importancia tirarse por el suelo como una serpiente delante de una mujer, lamerle los pies a la madre, cometer bajezas que asquearían a una cerda, ¡puaj!, si al menos hallase así la

dicha. Pero será usted desgraciado a más no poder con una mujer con quien se haya casado así. Es preferible dentro de lo malo guerrear con los hombres que luchar con la mujer de uno. Aquí tiene la encrucijada de la vida, joven, escoja. Ya ha escogido: ha ido a ver a nuestra prima de Beauséant y ha intuido qué es el lujo. Ha ido a casa de la señora de Restaud, la hija de ese pobre Goriot, y ha intuido qué es la mujer parisina. Ese día volvió usted con una frase escrita en la frente que supe leer a la perfección: «¡Ir a más!», ir a más cueste lo que cueste. «¡Bravo! —dije—. He aquí un hombre decidido que me cae bien». Necesitó usted dinero. ¿De dónde sacarlo? Ha exprimido a sus hermanas. Esos mil quinientos francos suyos arrebatados Dios sabe cómo a una comarca donde se encuentran más castañas que monedas de cinco francos van a esfumarse como soldados merodeadores. Y luego ¿qué hará? ¿Trabajar? El trabajo, entendido como lo entiende usted ahora mismo, proporciona en la vejez una habitación en casa de mamá Vauquer a individuos con las capacidades de Poiret. Una fortuna rápida es el problema con cuya resolución se enfrentan ahora mismo cincuenta mil jóvenes que se encuentran en la posición de usted. Es una unidad de esa cantidad. Hágase una idea de los esfuerzos que tiene que hacer y de lo encarnizado del combate. Tienen que comerse unos a otros como unas arañas en un tarro, dado que no existen cincuenta mil puestos buenos. ¿Sabe cómo se abre uno camino aquí? O por el resplandor de la genialidad o por la maña en la corrupción. Hay que penetrar en esa masa de hombres como una bala de cañón o escurrirse dentro como una peste. La honradez no vale de nada. Nos doblegamos ante el poder de la genialidad, la aborrecemos, intentamos calumniarla porque toma sin compartir; pero nos doblegamos si persiste; en pocas palabras, la adoramos de rodillas cuando no hemos conseguido sepultarla en el barro. La corrupción abunda, el talento escasea. Por lo tanto, la corrupción es el arma de la mediocridad, que abunda; y notará el pinchazo de su punta por todas partes. Verá a mujeres cuyos maridos tienen sólo seis mil francos de ingresos y gastan en vestir más de diez mil francos. Verá a empleados que ganan mil doscientos francos comprar fincas. Verá a mujeres prostituirse para ir en el coche del hijo de un senador que pueda circular en Longchamp por la calzada central. Ha visto al bobo del pobre Goriot en la obligación de pagar la letra de cambio que había endosado su hija, cuyo marido tiene cincuenta mil francos de renta. Lo desafió a que ande dos pasos por París sin toparse con enredos infernales. Apostaría la cabeza contra una de estas lechugas a que caerá en un avispero en casa de la primera mujer que le agrade, por rica, hermosa y joven que sea. A todas les llevan las riendas tirantes las leyes y están en guerra con sus maridos en todos los asuntos. No acabaría nunca si tuviera que explicarle las maniobras que hacen las mujeres para atender a amantes, trapos, hijos, o a la marcha de la casa, o a la vanidad; y pocas veces por virtud, puede estar seguro. Así que el hombre honrado es el enemigo común. Pero ¿qué cree que es el hombre honrado? En París, el hombre honrado es quien calla y se

niega a compartir. No le estoy hablando de esos infelices ilotas que hacen el trabajo en todas partes sin recibir nunca compensación, y a quienes llamo la cofradía de los torpes del Señor. Ahí sí que está la virtud, desde luego, en toda la flor de su necesidad, pero ahí está la miseria. Estoy viendo la cara que pondrían esas pobres gentes si Dios nos gastase la broma de no presentarse al juicio final. Si quiere, por lo tanto, riqueza enseguida, tiene que ser rico de antemano o parecerlo. Para hacerse rico, lo que hay que hacer aquí es dar golpes de envergadura; si no, se queda uno en cosas de poca monta y hasta más ver. Si en las cien profesiones que puede usted desempeñar hay diez hombres que consiguen el éxito pronto, el público los llama ladrones. Saque usted mismo las conclusiones. Y así es la vida, tal y como se la cuento. No es mejor que la cocina, apesta igual y hay que ensuciarse las manos al meterlas en la masa; lo que hay que hacer es saber lavarse bien luego: éstos son todos los principios morales de nuestra época. Le hablo así del mundo porque me ha dado derecho para hacerlo, lo conozco. ¿Cree que lo censuro? De eso nada. Siempre fue así. Los moralistas no lo cambiarán nunca. El hombre es imperfecto. A veces es más hipócrita, o menos, y los cándidos dicen entonces que tiene o que no tiene costumbres buenas o malas. No acuso a los ricos para ponerme de parte del pueblo: el hombre es igual arriba, abajo o en medio. Por cada millón de individuos de ese noble ganado hay diez elementos de los buenos que se colocan por encima de todo, incluso de las leyes: a ese grupo pertenezco yo. Usted, si es un hombre superior, vaya en línea recta y con la cabeza alta. Pero tendrá que luchar contra la envidia, la calumnia, la mediocridad, contra el mundo entero. Napoleón conoció a un ministro de la Guerra que se llamaba Aubry y estuvo a punto de mandarlo a las colonias. ¡Tiéntese la ropa! Vea a ver si podrá levantarse todas las mañanas con más voluntad de la que tenía la víspera. En vista de estas circunstancias, voy a hacerle una propuesta que nadie rechazaría. Atienda bien. Tengo una idea, ¿sabe? Esa idea mía es irme a vivir una vida patriarcal en una finca grande, de cien mil arpendes, por ejemplo, en Estados Unidos, al sur. Quiero hacerme plantador, tener esclavos, ganar unos cuantos milloncejos vendiendo el ganado vacuno que críe, el tabaco que plante, los bosques que tenga, viviendo como un soberano, haciendo lo que me plazca, llevando una vida que no se concibe aquí, donde la gente se encierra en una madriguera de yeso. Yo soy un gran poeta. No escribo mis poemas: consisten en acciones y en sentimientos. Tengo ahora mismo cincuenta mil francos, que apenas si me darían para cuarenta negros. Necesito doscientos mil francos, porque quiero doscientos negros para satisfacer mi afición a la vida patriarcal. Los negros, ¿sabe?, son hijos ya criados con los que haces lo que quieres sin que ningún procurador del rey venga a pedirle a uno cuentas. Con ese capital negro, en diez años tendré tres o cuatro millones. Si lo consigo, nadie me preguntará: «¿Quién eres?». Seré el señor Cuatro-Millones, ciudadano de Estados Unidos. Tendré cincuenta años, todavía no estaré podrido, me divertiré a mi manera.

En dos palabras, si le consigo una dote de un millón, ¿me dará doscientos mil francos? Veinte por ciento de comisión. ¿Qué, es demasiado? Conseguirá que su mujercita lo quiera. Una vez casado, dará muestras de preocupación, de remordimiento, se hará el triste quince días. Una noche, después de unas cuantas monadas, le confesará a su mujer, entre dos besos, unas deudas de doscientos mil francos, mientras la llama amor mío. Vodeviles así los representan a diario los jóvenes más distinguidos. Una mujer joven no le niega la bolsa a quien le roba el corazón. ¿Piensa que saldrá perdiendo? No. Dará con la forma de recuperar esos doscientos mil francos con algún negocio. Con su dinero y su ingenio, amasará una fortuna tan considerable como desear pueda. *Ergo*, habrá conseguido la felicidad en seis meses, y la de una mujer encantadora, y la de su papá Vautrin, sin contar con la de su familia, que se sopla los dedos en invierno por no tener leña. ¡Que no le extrañe lo que le propongo ni lo que le pido! De sesenta buenas bodas que se celebran en París, hay cuarenta y siete que traen consigo negociaciones así. El Colegio de Notarios obligó al señor...

—¿Qué tengo que hacer? —dijo ávidamente Rastignac, interrumpiendo a Vautrin.

—Casi nada —respondió aquel hombre, a quien se le escapó un arrebatado de alegría semejante a la sorda expresión de un pescador que tiene a un pez en la punta de la caña—. ¡Atienda bien! El corazón de una pobre muchacha desdichada que vive en la miseria es la esponja más ansiosa por llenarse de amor; una esponja seca que se dilata en cuanto cae en ella una gota de sentimiento. Cortejar a una joven que se halla en condiciones de soledad, desesperación y pobreza sin que sospeche la fortuna que la aguarda a fe que es tener quinta y catorce en la mano jugando a los cientos, es saber los números de la lotería, es jugar a la bolsa con las rentas conociendo las noticias. Está edificando sobre pilotes un matrimonio indestructible. Si le llegan unos millones a esa joven, los arrojará a sus pies, como si fueran guijarros. «¡Toma, amado mío! ¡Toma, Adolphe! ¡Alfred! ¡Toma, Eugène!», dirá, si Adolphe, Alfred o Eugène tuvieron el buen talante de sacrificarse por ella. Lo que entiendo por sacrificios es vender un frac viejo para ir al Cadran-Bleu a tomar juntos rebanadas de pan tostado con setas y, de ahí, por la noche, al Ambigu-Comique; es empeñar el reloj en el Monte de Piedad para regalarle un chal. Ni le menciono los garabatos del amor ni esas pamemas que tanto les gustan a las mujeres, como, por ejemplo, echar gotas de agua en el papel de cartas, como si fueran lágrimas, cuando estamos lejos de ellas: me da la impresión de que conoce usted de maravilla la jerga del corazón. París, ¿sabe?, es como un bosque del Nuevo Mundo, donde bullen mil variedades de pueblos salvajes, los illinis, los hurones, que viven del producto de las diversas clases sociales; usted es un cazador de millones. Para atraparlos, use trampas, bretadores, reclamos. Hay varias formas de cazar. Hay quienes cazan dotes; otros cazan liquidaciones; éstos pescan conciencias, aquéllos venden a sus abonados atados de

pies y manos. A quien regresa con el morral lleno lo saludan, lo festejan, lo reciben en la buena sociedad. Seamos justos con esta tierra hospitalaria; tiene usted que vérselas con la ciudad más complaciente del mundo. Las orgullosas aristocracias de todas las capitales de Europa se niegan a admitir en sus filas a un millonario infame, pero París le tiende los brazos, acude corriendo a sus fiestas, se come sus cenas y brinda con su infamia.

—Pero ¿dónde encontrar a una muchacha? —dijo Eugène.

—¡Es suya y la tiene delante!

—¿La señorita Victorine?

—¡Eso mismo!

—Pero... ¿y cómo?

—¡Ya está enamorada de usted, su baronesita de Rastignac!

—No tiene un céntimo —añadió Eugène, extrañado.

—¡Ah, ya hemos llegado al meollo! Dos palabras más —dijo Vautrin— y todo quedará aclarado. Taillefer es un viejo sinvergüenza de quien se dice que asesinó a uno de sus amigos durante la Revolución. Es una de esas buenas piezas mías que son de opiniones independientes. Es banquero, el socio principal de la casa Frédéric Taillefer y compañía. Tiene sólo un hijo varón a quien quiere dejar sus bienes en perjuicio de Victorine. A mí no me gustan esas injusticias. Soy como don Quijote, me gusta defender al débil contra el fuerte. Si fuera voluntad de Dios llevarse a su hijo, Taillefer volvería a llevarse a casa a su hija; querría un heredero, fuere cual fuere, una tontería que está en la naturaleza humana, y ya no puede tener hijos, lo sé. ¡Victorine es dulce y amable, no tardará en engatusar a su padre y le hará dar vueltas como un trompo con el cordel del sentimiento! Agradecerá demasiado su desempeñar para olvidarlo, se casará con usted. Yo me encargo de hacer el papel de Providencia, haré que Dios quiera. Tengo un amigo con quien fui muy abnegado, un coronel del ejército del Loira que acaba de entrar en la guardia real. Tiene en cuenta mi parecer y se ha hecho ultramonárquico: no es uno de esos estúpidos que tienen apego a sus opiniones. Si tengo otro consejo más que darle, ángel mío, es que tenga tan poco apego a sus opiniones como a sus palabras. Cuando se las pidan, véndalas. Un hombre que se jacta de no cambiar nunca de opinión es un hombre que se echa encima la carga de ir siempre en línea recta, un simple que cree en la infalibilidad. No existen los principios, sólo hay acontecimientos; no existen las leyes, sólo hay circunstancias; el hombre superior se ciñe a los acontecimientos y a las circunstancias para encarrilarlos. Si existieran principios y leyes fijos, los pueblos no cambiarían de principios y de leyes igual que cambiamos nosotros de camisa. El hombre no tiene por qué ser más sensato que toda una nación. El hombre que menos hizo por Francia es un fetiche venerado porque siempre lo vio todo de color rojo, y vale como mucho para colocarlo en el Conservatorio con una etiqueta que ponga La Fayette; mientras

que el príncipe^[13] a quien todos tiran piedras y desprecia lo suficiente a la humanidad para escupirle en la cara todos los juramentos que le pida impidió el reparto de Francia en el congreso de Viena: le deben coronas y le arrojan barro. ¡Ah, yo entiendo de negocios! ¡Estoy enterado de los secretos de muchos hombres! Ya he dicho bastante. Tendré una opinión inquebrantable el día en que me haya encontrado con tres cabezas que coincidan en la forma de aplicar un principio. ¡Y tendré que esperar mucho! No encontramos en los tribunales tres jueces que opinen lo mismo de un artículo de la ley. Vuelvo a mi hombre. Crucificaría otra vez a Jesucristo si yo se lo pidiera. Bastará con una palabra de su papá Vautrin, le buscará gresca a ese truhán que ni siquiera le manda cinco francos a su pobre hermana y...

Al llegar aquí, Vautrin se puso de pie y en guardia e hizo el movimiento de un maestro de armas que tira a fondo.

—¡Y al hoyo oscuro! —añadió.

—¡Qué espanto! —dijo Eugène—. ¿Está de broma, señor Vautrin?

—Vamos, vamos, calma —siguió diciendo aquel hombre—. No sea niño; aunque, si eso lo divierte, ¡enfádese, indígnese! ¡Diga que soy un infame, un villano, un bandido, pero no me llame ni estafador ni espía! ¡Venga, suelte la andanada! ¡Lo perdono, es tan natural a su edad! ¡Así fui yo también! Pero piense. Algún día hará algo peor. Irá a gallear a casa de alguna mujer bonita y ella le dará dinero. ¿Ha pensado en eso? —dijo Vautrin—. Porque ¿cómo va a triunfar si no hipoteca su amor? La virtud, mi querido estudiante, no se escinde: o es o no es. Nos hablan de hacer penitencia por nuestras culpas. ¡Otro bonito sistema ese con el que te quitas un crimen con un acto de contrición! Seducir a una mujer para conseguir posarse en tal o cual travesaño de la escalera social, encizañar a los hijos de una familia, todas las infamias, en fin, que acostumbran a cometer bajo el manto de una chimenea o de otra forma, con un propósito o de placer o de interés personal, ¿cree usted que son actos de fe, de esperanza y de caridad? ¿Por qué dos meses de cárcel para el dandi que, en una noche, le quitó a un niño la mitad de su fortuna, y por qué el presidio para el pobre diablo que roba un billete de mil francos, y con circunstancias agravantes? Ahí tiene sus leyes. No hay ni un artículo de ellas que no llegue al absurdo. El hombre de guantes y palabras amarillos cometió asesinatos en que no se derrama sangre, sino que se da; el asesino abrió la puerta con un pie de cabra: ¡dos cosas nocturnas! Entre lo que le propongo y lo que hará usted un día, la única diferencia es la sangre. ¡Cree usted que hay algo fijo en este mundo! Desprecie a los hombres, vamos, y vea las mallas por las que se puede pasar a través de la red del Código. El secreto de las grandes fortunas sin causa aparente es un crimen olvidado porque se hizo con limpieza.

—Silencio, caballero, no quiero oír más, conseguiría que dudase de mí mismo. Ahora mismo no tengo más ciencia que el sentimiento.

—Como quiera, guapo. Lo creía más fuerte —dijo Vautrin—, no le diré nada más. Pero sí una última palabra.

Miró fijamente al estudiante.

—Es dueño de mi secreto —le dijo.

—Un joven que rehúsa sabrá olvidar, por supuesto.

—Ha dicho bien esa frase, me agrada. Otro habrá, ¿sabe?, que será menos escrupuloso. Recuerde lo que quiero hacer por usted. Le doy quince días. Lo toma o lo deja.

«¡Qué cabeza de hierro tiene ese hombre! —se dijo Rastignac al ver cómo Vautrin se alejaba tranquilamente con el bastón debajo del brazo—. Me ha dicho con crudeza lo que me decía la señora de Beauséant respetando las formas. Me desgarraba el corazón con zarpas de acero. ¿Por qué quiero ir a casa de la señora de Nucingen? Ese hombre adivinó mis motivos en cuanto los concebí. En dos palabras, ese bandido me ha dicho más cosas de la virtud que las que me han dicho los hombres y los libros. Si la virtud no puede capitular, ¿habré, pues, robado a mis hermanas? —dijo, arrojando la bolsa encima de la mesa. Se sentó y así se quedó, sumido en una meditación que lo aturdí—. ¡Ser fiel a la virtud, mártir sublime! ¡Bah! Todo el mundo cree en la virtud, pero ¿quién es virtuoso? El ídolo de los pueblos es la libertad; pero ¿dónde hay un pueblo libre en la tierra? Mi juventud es aún azul, como un cielo sin nubes: ¿querer ser importante o rico no es acaso resolverse a mentir, a doblegarse, a reptar, a incorporarse, a halagar, a disimular? ¿No es acaso consentir en convertirse en lacayo de quienes mintieron, se doblegaron, reptaron? Antes de ser cómplice suyo, hay que estar a su servicio. Pues no. Quiero trabajar noble y santamente; quiero trabajar de día y de noche, no deber mi fortuna sino a mi quehacer. Será la más lenta de las fortunas, pero todos los días descansaré la cabeza en la almohada sin un solo pensamiento malo. ¿Hay algo más hermoso que contemplar la vida de uno y hallarla pura como la azucena? La vida y yo somos como un joven y su prometida. Vautrin me ha hecho ver lo que sucede después de diez años de matrimonio. ¡Demonios! Se me va la cabeza. No quiero pensar en nada, el corazón es un buen guía».

Sacó a Eugène de su ensoñación la voz de la oronda Sylvie, que le anunció a su sastre, ante quien se presentó llevando en la mano las dos bolsas de dinero, circunstancia que no lo contrarió. Tras probarse los trajes de vestir, volvió a ponerse su nuevo atuendo de mañana, que lo metamorfoseaba por completo. «No desmerezco del señor de Trailles —se dijo—. ¡Por fin parezco un caballero!».

—¿Me preguntó si sabía a qué casas va la señora de Nucingen? —dijo Goriot entrando en el cuarto de Eugène.

—¡Sí!

—Pues el lunes que viene va al baile del mariscal de Carigliano. Si puede usted acudir, ya me dirá si se divirtieron mis dos hijas, cómo iban vestidas, en fin, todo.

—¿Cómo lo ha sabido, mi buen Goriot? —dijo Eugène, acomodándolo junto a su chimenea encendida.

—Me lo ha dicho su doncella. Sé cuanto hacen por Thérèse y por Constance —añadió Goriot con expresión alegre. El anciano parecía un amante lo suficientemente joven aún para que lo hiciera feliz una estratagema que lo pone en contacto con su amante sin que ella pueda sospecharlo—. ¡Y usted va a verlas! —dijo, expresando ingenuamente una envidia dolorosa.

—No lo sé —contestó Eugène—. Voy a ir a ver a la señora de Beauséant para preguntarle si puede presentarme a la mariscala.

Eugène pensaba con cierto gozo interior en presentarse ante la vizcondesa ataviado como iba a estarlo en adelante. Eso que los moralistas llaman los abismos del corazón humano no son sino los pensamientos decepcionantes y los arrebatos involuntarios del interés personal. Tales peripecias, el tema de tantas declamaciones, esas mudanzas súbitas son cálculos que van en provecho de nuestros disfrutes. Al verse bien vestido, bien enguantado, bien calzado, a Rastignac se le olvidó su virtuosa resolución. La juventud no se atreve a mirarse en el espejo de la conciencia cuando cae del lado de la injusticia, mientras que la edad madura ya se ha visto: aquí reside toda la diferencia entre esas dos etapas de la vida. Desde hacía unos cuantos días, Eugène y Goriot se habían hecho buenos amigos. Esa amistad secreta tenía que ver con las razones psicológicas que habían engendrado sentimientos contrarios entre Vautrin y el estudiante. El atrevido filósofo que quiere comprobar los efectos de nuestros sentimientos en el mundo físico hallará seguramente más de una prueba de su materialidad efectiva en las relaciones que crean esos sentimientos en nosotros y en los animales. ¿Hay fisiognomista que intuya más velozmente un carácter de lo que intuye un perro si un desconocido le es propicio o no? Los *átomos ganchudos*, expresión proverbial que todo el mundo usa^[14], son uno de esos hechos que perseveran en las lenguas para dar un mentís a las bobadas filosóficas que toman en cuenta esos a quienes les gusta aventar las cáscaras de las palabras primitivas. Nos sentimos queridos. Ese sentimiento lo impregna todo y cruza el espacio. Una carta es un alma, es un eco tan fiel de la voz que habla que las inteligencias exquisitas la cuentan entre los tesoros más pletóricos del amor. Goriot, cuyos sentimientos irreflexivos elevaban hasta lo sublime la naturaleza canina, había venteado la compasión, la admirativa bondad, la simpatía juvenil que había despertado en el corazón del estudiante. Sin embargo, aquella unión incipiente no había aún acarreado la mínima coincidencia. Si Eugène había manifestado el deseo de ver a la señora de Nucingen, no había sido porque contase con el anciano para que lo introdujera en su casa; pero albergaba la esperanza de que una indiscreción pudiera serle muy útil. Goriot no le había hablado de sus hijas sino a cuento de lo que él se había permitido decir en público el día de sus visitas.

—Mi querido señor —le dijo al día siguiente—, ¿cómo ha podido pensar que la señora de Restaud se haya molestado con usted por haberme nombrado? Mis dos hijas me quieren mucho. Soy un padre dichoso. Lo que pasa es que mis dos yernos se han portado mal conmigo. No he querido que mis queridas niñas padezcan por mis disensiones con sus maridos y prefiero verlas en secreto. Esta ocultación me proporciona mil goces que no entienden los padres que pueden ver a sus hijas cuando quieren. Yo no puedo, ¿sabe? Así que voy cuando hace bueno a Les Champs-Élysées, tras haber preguntado a sus doncellas si mis hijas van a salir. Espero a que pasen, me late el corazón cuando llegan los coches, admiro cómo van vestidas, me dirigen al pasar una risa discreta con la que veo dorado el paisaje como si le diera un rayo de un sol radiante. Y allí me quedo, porque tienen que volver. ¡Las veo otra vez! Les ha sentado bien el aire libre. Están sonrosadas. Oigo que dicen a mi alrededor: «¡Esa sí que es una mujer guapa!». Y se me alegra el corazón. ¿No son acaso de mi sangre? Siento cariño por los caballos que las llevan y querría ser ese perrito que tienen en las rodillas. Vivo de sus placeres. Cada cual tiene su forma de querer, y la mía no se puede decir que perjudique a nadie. ¿Por qué se acuerda alguien de mí? Soy feliz a mi manera. ¿Va contra las leyes que vaya a ver a mis hijas al anochecer, cuando salen de sus casas para ir al baile? Qué disgusto me llevo si llego tarde y me dicen: «La señora ha salido». Una noche esperé hasta las tres de la mañana para ver a Nasie, a quien llevaba tres días sin ver. ¡Casi me muero de gusto! No hable de mí, se lo ruego, sino para decir lo buenas que son mis hijas. Quieren colmarme de regalos; no les dejo, les digo: «¡No os gastéis el dinero! ¿Qué queréis que haga con esos regalos? No necesito nada». Porque, mi querido señor, ¿qué soy yo? Un mal cadáver cuya alma está en cuantos lugares estén sus hijas. Cuando conozca a la señora de Nucingen, me dirá cuál prefiere de las dos —añadió el pobre hombre, tras un momento de silencio, al ver que Eugène se disponía a salir para ir a dar una vuelta por Les Tuileries hasta la hora de ir a casa de la señora de Beauséant.

Aquel paseo le fue fatal al estudiante. Unas cuantas mujeres se fijaron en él. ¡Era tan guapo y tan joven y vestía con una elegancia de tan buen gusto! Al verse blanco de una atención casi admirativa, no volvió a acordarse ni de sus hermanas ni de su tía, expoliadas, ni de la virtuosa repugnancia anterior. Había visto cómo le pasaba por encima de la cabeza ese demonio que es tan fácil tomar por un ángel, ese Satanás de alas jaspeadas que va sembrando rubíes, que dispara sus flechas de oro al frontispicio de los palacios, ruboriza a las mujeres, envuelve en un necio resplandor los tronos, tan sencillos en sus orígenes; había atendido al dios de la vanidad crepitante cuyo relumbrón nos parece símbolo de poder. Las palabras de Vautrin, por muy cínicas que fueran, se le habían alojado en el corazón, igual que en el recuerdo de una virgen se queda grabado el perfil infame de una preñada vieja que le ha dicho: «¡Oro y amor a chorros!». Tras pasear ocioso, indolentemente, Eugène se presentó a eso de las cinco

en casa de la señora de Beauséant y recibió uno de esos golpes terribles contra los que se hallan inermes los corazones jóvenes. Hasta entonces había hallado a la vizcondesa llena de esa amabilidad cortés, de ese encanto melifluido que procura la educación aristocrática, que no está completa si no sale del corazón.

Cuando entró, la señora de Beauséant puso expresión seca y dijo con voz tajante:

—¡Señor de Rastignac, me es imposible atenderlo, al menos ahora mismo! Estoy ocupada...

Para un observador, y Rastignac no había tardado en convertirse en uno, aquella frase, aquella expresión, la mirada y la inflexión de la voz eran la historia del carácter y de las costumbres de la casta. Divisó la mano de hierro bajo el guante de terciopelo; la personalidad y el egoísmo, bajo los modales; la madera, bajo el barniz. Oyó por fin el YO EL REY que comienza bajo los penachos del trono y acaba bajo la cimera del noble de menor categoría. Eugène se había avenido con excesiva facilidad a creer en el noble comportamiento de la mujer fiado de la palabra de ésta. Como todos los desventurados, había firmado de buena fe el pacto delicioso que debe unir al benefactor y al obligado y cuya primera cláusula consagra entre los corazones de bien una igualdad completa. La bondad benéfica que une a dos seres en uno solo es una pasión celestial tan incomprendida y tan escasa como lo es el amor verdadero. Ambos constituyen la prodigalidad de las almas hermosas. Rastignac quería tener acceso al baile de la duquesa de Carigliano y se tragó la borrasca.

—Señora —dijo con voz inmutada—, si no se hubiera tratado de algo importante, no habría venido a importunarla; hágame la gracia de permitirme que la vea más adelante; esperaré.

—Bien está, venga a cenar conmigo —dijo ella, algo confusa por la dureza que había puesto en sus palabras; pues aquella mujer era, en verdad, tan buena como grande.

Aunque emocionado por esa mudanza súbita, Eugène se dijo al irse: «Arrástrate, aguántalo todo. ¿Cómo no serán los demás si, de golpe, la mejor de las mujeres borra sus promesas de amistad y te da de lado como un zapato viejo? ¿De modo que cada cual para sí? Ciertamente es que su casa no es una tienda cualquiera y que cometo el error de necesitarla. Como dice Vautrin, hay que ser bala de cañón». No tardaron en disiparse las amargas reflexiones del estudiante ante la satisfacción que se prometía al cenar en casa de la vizcondesa. De esta forma, por algo parecido a una fatalidad, los mínimos acontecimientos de su existencia conspiraban para lanzarlo a esa trayectoria en la que, según los comentarios de la esfinge de la Casa Vauquer, iba a tener, como en campo de batalla, que matar para que no lo matasen, que engañar para que no lo engañasen; donde tenía que bajar la barrera de la conciencia y del corazón, ponerse una máscara, hacer sin compasión caso omiso de los hombres e, igual que en Lacedemonia, agarrar la fortuna sin que lo vieran para merecerse la corona. Cuando

regresó a casa de la vizcondesa, la halló rebosante de esa bondad encantadora que siempre le había testimoniado. Fueron ambos a un comedor donde el vizconde esperaba a su mujer y donde brillaba ese lujo en el comer que, en tiempos de la Restauración, llegó, como es sabido, al máximo grado. El señor de Beuséant, semejante a mucha gente de vuelta de todo, no tenía ya más placeres que los de la buena mesa; era, en lo tocante a la golosinería, de la escuela de Luis XVIII y del duque de Escars. Su mesa brindaba un lujo doble, el del continente y el del contenido. Nunca se habían topado con espectáculo semejante los ojos de Eugène, quien cenaba por primera vez en una de esas casas donde las grandezas sociales son hereditarias. La moda acababa de suprimir las cenas tardías que cerraban tiempo atrás los bailes del imperio, donde los militares necesitaban coger fuerzas para prepararse a todos los combates que los esperaban tanto dentro como en el exterior. Eugène no había asistido aún sino a bailes. El aplomo que lo caracterizó más adelante de forma tan notable y que ya estaba empezando a adquirir impidió que se quedase boquiabierto como un pánfilo. Pero, al ver aquella cubertería de plata tallada y los mil refinamientos de una mesa suntuosa, al admirar por vez primera un servicio sin ruido, le resultaba difícil a un hombre de imaginación ardiente no preferir esa vida continuamente elegante a la vida de privaciones que quería seguir por la mañana. El pensamiento lo volvió por un momento a su casa de huéspedes de clase media; y le causó un espanto tal que se juró que se iría de allí a finales de enero tanto para tener casa propia cuanto para escapar de Vautrin, cuya ancha mano sentía en el hombro. Si pensamos en las mil formas que adopta en París la corrupción, parlante o muda, un hombre con sentido común se pregunta por qué aberración abre el Estado en ese lugar escuelas y reúne allí a jóvenes; cómo es que alguien respeta a las mujeres hermosas; cómo el oro que exhiben los cambistas no sale volando por arte de magia de sus platillos. Pero, si caemos en la cuenta de que hay pocos ejemplos de crímenes, e incluso de delitos, que hayan cometido jóvenes, ¡cuánto tenemos que respetar a esos Tántalos pacientes que luchan contra sí mismos y se alzan casi siempre con la victoria! Si lo pintaran adecuadamente en su lucha con París, el pobre estudiante proporcionaría uno de los temas más dramáticos de nuestra civilización moderna. La señora de Beuséant miraba en vano a Eugène para invitarlo a hablar, pero él no quiso decir nada en presencia del vizconde.

—¿Va a llevarme esta noche a Les Italiens? —le preguntó la vizcondesa a su marido.

—No puede caberle duda de cuánto me complacería obedecerla —contestó éste, con una galantería burlona que engañó al estudiante— pero tengo que verme con alguien en Les Variétés.

«Su amante», se dijo ella.

—¿Es que no dispone de Ajuda esta noche? —preguntó el vizconde.

—No —contestó ella con mal humor.

—Pues, si necesita a toda costa un brazo, tome el del señor de Rastignac.

La vizcondesa miró sonriente a Eugène.

—Sería muy comprometedor para usted —dijo.

—*El francés gusta del peligro porque en él halla la gloria*, en palabras del señor de Chateaubriand —contestó Rastignac con una inclinación.

Pocos momentos después se lo llevó al teatro de moda, junto a la señora de Beauséant, un cupé veloz; y creyó que vivía en un cuento de hadas cuando entró en un palco central y se vio blanco de todos los prismáticos al tiempo que la vizcondesa, que llevaba un atavío delicioso. Iba de éxtasis en éxtasis.

—Tiene que hablarme de algo —le dijo la señora de Beauséant—. ¡Ah, mire, ahí está la señora de Nucingen, tres palcos más allá del nuestro! Su hermana y el señor de Trailles están del otro lado.

Según decía estas palabras, la vizcondesa miró hacia el palco donde debía estar la señorita de Rochefide y, al no ver en él al señor de Ajuda, el rostro le adquirió un resplandor extraordinario.

—Es encantadora —dijo Eugène, tras mirar a la señora de Nucingen.

—Tiene las pestañas blancas.

—Sí, pero ¡qué cintura delgada tan bonita!

—Tiene unas manos muy grandes.

—Pero ¡qué ojos tan hermosos!

—Tiene la cara alargada.

—Pero esa forma alargada resulta distinguida.

—Tiene suerte de que lo sea. ¡Mire cómo coge y suelta los impertinentes! Cada vez que se mueve, sale a relucir la procedencia Goriot —dijo la vizcondesa, para mayor asombro de Eugène.

Efectivamente, la señora de Beauséant miraba la sala y parecía no fijarse en la señora de Nucingen, ninguno de cuyos ademanes se perdía sin embargo. La asistencia era exquisitamente hermosa. Delphine de Nucingen se sentía no poco halagada de tener pendiente de ella en exclusiva al guapo y elegante primo de la señora de Beauséant, que no miraba a ninguna otra.

—Si sigue sin quitarle ojo de encima, va a causar un escándalo, señor de Rastignac. No tendrá éxito en nada si se les echa encima así a las personas.

—Mi querida prima —dijo Eugène—, ya me ha protegido mucho; si quiere rematar esa obra suya, sólo le pido ya que me haga un favor que le dará poco trabajo y a mí me hará un gran bien. Estoy prendado.

—¿Ya?

—Sí.

—¿Y de esa mujer?

—¿Acaso atenderían mis pretensiones en otro lugar? —dijo él, lanzándole una mirada penetrante a su prima—. La señora duquesa de Carigliano tiene gran relación con la duquesa de Berry —añadió tras una pausa— y va usted a verla; tenga la bondad de presentarme a ella y de llevarme al baile que da el lunes. Allí coincidiré con la señora de Nucingen y reñiré mi primera escaramuza.

—Con mucho gusto —dijo la vizcondesa—. Si siente ya gusto por ella, sus asuntos sentimentales van por buen camino. Ahí está De Marsay, en el palco de la princesa Galathionne. La señora de Nucingen está sobre ascuas y despechada. No hay mejor momento para acercarse a una mujer, sobre todo a la mujer de un banquero. A todas esas señoras de la Chaussée-d'Antin les gusta la venganza.

—¿Usted qué haría en un caso así?

—Yo sufriría en silencio.

En ese momento apareció el marqués de Ajuda en el palco de la señora de Beauséant.

—He hecho de mala manera las cosas que tenía que hacer para acompañarla a usted —dijo—, y la pongo al tanto para que no sea un sacrificio.

El resplandor del rostro de la vizcondesa enseñó a Eugène a reconocer la expresión del amor verdadero y a no confundirla con los melindres de la coquetería parisina. Admiró a su prima, se volvió mudo y cedió el sitio al señor de Ajuda, suspirando. «¡Qué ser tan noble y tan sublime es una mujer que ama así! —se dijo—. ¡Y este hombre la traicionaría por una muñeca! ¿Cómo puede haber quien la traicione?». Notó en el corazón una rabia infantil. Le habría gustado revolcarse a los pies de la señora de Beauséant; deseaba ser poderoso como los demonios para arrebatársela en su corazón de la misma forma que un águila alza desde la llanura hasta el nido a una cabritilla blanca aún sin destetar. Lo humillaba hallarse en aquel gran Museo de la belleza sin tener ningún cuadro, sin una amante que le perteneciese. «¡Tener una amante es una posición casi regia! —se decía—. ¡Es la señal del poder!». Y miró a la señora de Nucingen como un hombre insultado que mirase a su adversario. La vizcondesa se volvió hacia él para enviarle de forma discreta, entornando los ojos, mil agradecimientos. Había acabado el primer acto.

—¿Conoce lo bastante a la señora de Nucingen para presentarle al señor de Rastignac? —le dijo al marqués de Ajuda.

—Seguro que estará encantada de conocer a este caballero —dijo el marqués.

El apuesto portugués se levantó y tomó del brazo al estudiante, quien, en un abrir y cerrar de ojos, estuvo junto a la señora de Nucingen.

—Señora baronesa —dijo el marqués—, tengo el honor de presentarle al señor Eugène de Rastignac, un primo de la vizcondesa de Beauséant. Lo tiene usted tan impresionado que he querido completar su dicha acercándolo a su ídolo.

Dijo estas palabras con cierto tono de guasa que atenuaba el asunto, un tanto

brusco, pero que, bien aliñado, nunca desagrada a una mujer. La señora de Nucingen sonrió y le ofreció a Eugène el asiento de su marido, que acababa de ausentarse.

—No me atrevo a proponerle que se quede conmigo, caballero —le dijo—. Cuando se tiene la dicha de estar con la señora de Beauséant, no se mueve uno de su lado.

—Pero —le dijo en voz baja Eugène— me parece, señora, que si quiero agradar a mi prima, debo quedarme con usted. Antes de que llegase el señor marqués estábamos hablando de usted y de la distinción que hay en toda su persona —añadió en voz alta.

El señor de Ajuda se retiró.

—¿De verdad se queda aquí conmigo, caballero? —dijo la baronesa—. Pues así podremos conocernos; la señora de Restaud ya me había dado gran deseo de verlo a usted.

—Muy falsa es, pues; ha mandado que me cerrasen su puerta.

—¿Cómo?

—Señora, le diré el motivo con total honradez; pero le pido toda su indulgencia al confiarle semejante secreto. Soy vecino de su señor padre. No estaba al tanto de que la señora de Restaud fuera hija suya. Cometí la imprudencia de mencionarlo con la mayor inocencia y enojé a la hermana de usted y a su marido. No puede ni imaginarse hasta qué punto les ha parecido de mal gusto a la duquesa de Langeais y a mi prima esa apostasía filial. Les referí la escena y se rieron como locas. Entonces fue cuando, al ponerla en paralelo con su hermana, la señora de Beauséant me habló de usted de forma muy elogiosa y me dijo de qué forma excelente se portaba con mi vecino, el señor Goriot. ¿Y cómo, por cierto, no iba a quererlo? La adora con tal pasión que ya estoy celoso. Esta mañana hemos estado dos horas hablando de usted. Luego, colmado aún de cuanto me había contado su padre, esta noche, mientras cenaba con mi prima, le decía que era imposible que fuera tan hermosa como amante hija. Queriendo sin duda propiciar tan ardiente admiración, la señora de Beauséant me trajo aquí, diciéndome con su exquisita amabilidad habitual que podría verla.

—¡Cómo es eso, caballero! —dijo la mujer del banquero—. ¿Debo estarle agradecida ya? Un poco más y seremos antiguos amigos.

—Por más que la amistad con usted deba de ser un sentimiento poco común —dijo Rastignac—, no quiero ser nunca amigo suyo.

Estas necedades estereotipadas para uso de principiantes siempre les parecen deliciosas a las mujeres y sólo resultan pobres cuando se leen en frío. La expresión y el acento de un joven les aportan valores incalculables. A la señora de Nucingen le pareció encantador Rastignac. Luego, como todas las mujeres, al no poder responder nada a cuestiones planteadas de forma tan temperamental como hacía el estudiante, contestó a otra cosa.

—Sí, mi hermana se perjudica con la forma en que se porta con este pobre padre, que ha sido en verdad un dios para nosotras. El señor de Nucingen tuvo que ordenarme taxativamente que no viera a mi padre sino por las mañanas para que cediera yo en ese punto. Pero me sentí muy desgraciada durante mucho tiempo. Estas imposiciones, tras las brutalidades del matrimonio, han sido una de las razones que han enturbiado mi vida doméstica. No cabe duda de que a los ojos del mundo soy la mujer más dichosa de París, pero soy la más desdichada en realidad. Voy a parecerle una insensata por hablarle así. Pero conoce a mi padre y a justo título no puede serme usted ajeno.

—Nunca habrá conocido a nadie —le dijo Eugène— a quien impulse un deseo mayor de pertenecerle. ¿Qué buscan todas las mujeres? La felicidad —siguió diciendo con una voz que llegaba al alma—. Pues bien, si para una mujer la felicidad es que la quieran, que la adoren, tener un amigo a quien pueda confiar sus deseos, sus fantasías, sus penas, sus alegrías, mostrarse con el alma al desnudo, con sus lindos defectos y sus hermosas prendas, sin temor a que la traicionen, créame, ese corazón devoto, siempre inflamado, sólo puede hallarse en un joven rebosante de ilusiones que puede morir ante una única seña femenina, que nada sabe aún del mundo y que no quiere saber nada porque para él una mujer se convierte en el mundo. Yo, ¿sabe?, va usted a reírse de mi candidez, llego de lo más remoto de una provincia, nuevo por completo, no habiendo conocido más que almas nobles, y contaba con no amar. Sucedió que vi a mi prima, que me situó demasiado cerca de su corazón; me hizo intuir los mil tesoros de la pasión; soy como Cherubino, el amante de todas las mujeres mientras espero poder dedicarme a una. Al verla, cuando entré, noté que me llevaba hacia usted algo así como una corriente. ¡Había pensado ya tanto en usted! Pero no la había soñado tan hermosa como es en realidad. La señora de Beauséant me ha ordenado que no la mirase tanto. No sabe lo atractivo que es ver estos bonitos labios rojos, este cutis blanco, estos ojos tan dulces. Yo también digo insensateces, pero déjeme que las diga.

No hay nada que agrade tanto a las mujeres como oír que les ensartan palabras así de dulces. Hasta la beata más rigurosa las escucha, incluso cuando no deba responder a ellas. Tras haber comenzado de esta forma, Rastignac fue desgranando ese rosario con voz coquetamente apagada; y la señora de Nucingen lo animaba con sonrisas, mirando de vez en cuando a De Marsay, que no se iba del palco de la princesa Galathionne. Rastignac se quedó con la señora de Nucingen hasta que vino su marido a buscarla para llevársela.

—Señora —le dijo Eugène—, tendré el placer de ir a verla antes del baile de la duquesa de Carigliano.

—Ya que la *señoga* lo *infita* —dijo el barón, un alsaciano grueso cuya cara redonda anunciaba una agudeza peligrosa—, *puete teneg la segugitat de seg* bien

recipito.

«Mis asuntos van por buen camino, porque no se ha escandalizado al oírme decirle: “¿Me querrá usted?”. Ya tiene puesto el bocado la montura, subámonos y conduzcámosla», se dijo Eugène mientras iba a despedirse de la señora de Beauséant, que se estaba levantando para retirarse con Ajuda. El pobre estudiante no sabía que la baronesa estaba distraída y esperaba de De Marsay una de esas cartas decisivas que desgarran el alma. Contentísimo por aquel éxito falso, Eugène acompañó a la vizcondesa hasta el peristilo donde todo el mundo espera su coche.

—Su primo es otro —dijo el portugués, riéndose, a la vizcondesa cuando Eugène los hubo dejado—. Va a hacer saltar la banca. Es flexible como una anguila y creo que llegará lejos. Sólo usted podía escogerle tan oportunamente una mujer en el momento en que va a necesitar consuelo.

—Pero —dijo la señora de Beauséant— sería cosa de saber si ella está aún enamorada del que la abandona.

El estudiante regresó a pie desde el Théâtre-Italien hasta la calle Neuve-Sainte-Geneviève, haciendo los proyectos más dulces. Se había fijado bien en la atención con que lo había mirado la señora de Restaud, ora en el palco de la vizcondesa, ora en el de la señora de Nucingen; y presumió que la puerta de la condesa iba a dejar de estarle cerrada. Por lo tanto ya iba a hallarse en posesión de cuatro relaciones de envergadura, pues contaba con agrandar a la mariscala, en el seno de la mejor sociedad parisina. Sin entender demasiado bien los medios, intuía de antemano que, en el funcionamiento complicado de los intereses de aquella sociedad, tenía que agarrarse a un engranaje para estar en la parte de arriba de la maquinaria; y se sentía con fuerzas para trabar la rueda. «Si la señora de Nucingen se interesa por mí, le enseñaré a gobernar a su marido. Ese marido hace negocios espléndidos, podrá ayudarme a amasar de golpe una fortuna». No se decía esto crudamente; todavía no era lo bastante hábil para cifrar una situación, valorarla y calcularla; estos pensamientos andaban flotando por el horizonte en forma de nubecillas; y, aunque no eran tan rudos como los de Vautrin, si hubieran pasado por el crisol de la conciencia, no habría salido nada muy puro. Los hombres llegan, por una consecución de concesiones así, a esa moral relajada que profesan los tiempos actuales, donde hallamos con mayor escasez que en ninguna otra época esos hombres rectangulares, esas espléndidas voluntades que nunca se doblegan ante el mal, a quienes la mínima desviación de la línea recta les parece un crimen: imágenes soberbias de la probidad que nos han valido dos obras maestras: Alceste de Molière y, recientemente, Jenny Deans y su padre en la obra de Walter Scott^[15]. Es posible que la obra opuesta, la descripción de las sinuosidades por donde un hombre de mundo, un ambicioso, lleva rodando la conciencia intentando costear el mal para llegar a la meta guardando las apariencias, no fuera ni menos hermosa ni menos dramática. Al llegar al umbral de la casa de

huéspedes, Rastignac estaba enamorado de la señora de Nucingen; le había parecido esbelta, delicada como una golondrina. La embriagadora dulzura de los ojos, el tejido delicado y sedoso del cutis, bajo el que le había parecido ver correr la sangre, el sonido embelesador de la voz, el pelo rubio, lo recordaba todo y es posible que la caminata, al ponerle en movimiento la sangre, contribuyese a esa fascinación. El estudiante llamó con rudeza a la puerta de Goriot.

—Vecino —dijo—, he visto a la señora Delphine.

—¿Dónde?

—En Les Italiens.

—¿Lo pasaba bien? Entre, entre.

Y el pobre hombre, que se había levantado en camisa, abrió la puerta y se volvió a meter en la cama enseguida.

—Hábleme de ella —pidió.

Eugène, que entraba por primera vez en el cuarto de Goriot, no pudo dominar un gesto de estupefacción al ver el cuchitril en que vivía el padre tras haber admirado el atuendo de la hija. En la ventana no había cortinas, el papel pintado de la pared se despegaba en varios sitios por culpa de la humedad y se enroscaba, dejando asomar el yeso, que amarilleaba por el humo. El pobre hombre yacía en una mala cama y no tenía más que una manta fina y un cubrepiés guateado hecho con los trozos sanos de los vestidos viejos de la señora Vauquer. Los baldosines estaban húmedos y cubiertos de polvo. Enfrente de la ventana había una de esas cómodas viejas y ventrudas de palo de rosa que tienen tiradores de cobre retorcido en forma de sarmientos decorados con hojas o flores; encima de un mueble viejo con repisa de madera, un jarro con su palangana y todos los utensilios necesarios para el afeitado. En un rincón, los zapatos; a la cabecera de la cama, una mesilla sin puerta ni mármol; junto a la chimenea, donde no había rastro de fuego, la mesa cuadrada de nogal cuyo travesaño había usado Goriot para deformar la escudilla de plata sobredorada. Un mal secreter sobre el que estaba el sombrero del pobre hombre, un sillón oscuro de paja y dos sillas completaban el mobiliario mísero. Del palo del dosel, que un harapo sujetaba al suelo, colgaba una tira de tela raída de cuadros rojos y blancos. El recadero más pobre tenía seguramente mejores muebles en el sotabanco en que viviera que Goriot en casa de la señora Vauquer. El aspecto de aquella habitación daba frío y oprimía el corazón; se parecía al habitáculo más triste de una cárcel. Afortunadamente, Goriot no vio la expresión que se le pintó en la cara de Eugène cuando éste dejó la vela en la mesilla. El pobre hombre se volvió de su lado sin dejar de arrojarse hasta la barbilla.

—A ver, ¿quién le gusta más, la señora de Restaud o la señora de Nucingen?

—Prefiero a la señora Delphine —contestó el estudiante—, porque ella lo quiere más a usted.

Al oír esta frase, dicha con vehemencia, el pobre hombre sacó el brazo de la cama

y le estrechó la mano a Eugène.

—Gracias, gracias —contestó el anciano, conmovido—. ¿Y qué le ha dicho de mí?

El estudiante repitió las palabras de la baronesa embelleciéndolas y el anciano lo escuchó como si estuviera oyendo la palabra de Dios.

—¡Querida niña! Sí, sí, me quiere mucho. Pero no crea lo que le dijo de Anastasie. Las dos hermanas se tienen envidia, ¿sabe? Y eso es una prueba más de su cariño. También la señora de Restaud me quiere mucho. Lo sé. Un padre es con sus hijos igual que Dios con nosotros, llega a lo hondo de los corazones y juzga las intenciones. Las dos son igual de cariñosas. ¡Ay, si hubiera tenido buenos yernos, habría sido feliz en exceso! No cabe duda de que en este mundo no hay dicha completa. Si hubiera vivido en sus casas, sólo con oírles la voz, con saber que estaban allí, con verlas irse, salir, como cuando las tenía en mi casa, me habría dado brincos de gozo el corazón. ¿Iban bien arregladas?

—Sí —dijo Eugène—. Pero, señor Goriot, ¿cómo es posible que teniendo unas hijas tan acomodadas como las tuyas viva en un tugurio como éste?

—La verdad —dijo Goriot con expresión de despreocupación aparente—, ¿de qué iba a valerme estar mejor? No puedo explicarle algo así, no sé hilvanar como es debido dos palabras. Todo está aquí —añadió dándose golpes en el corazón—. Mi vida propia está en mis dos hijas. Si se lo pasan bien, si son felices, si van bien arregladas, si van pisando alfombras, ¿qué más me da con qué paño voy vestido yo y cómo es el sitio en que duermo? No tengo frío si ellas no lo pasan, no me aburro nunca si ellas se ríen. No tengo más penas que las tuyas. Cuando sea padre, cuando se diga al oír gorjear a sus hijos: «¡Han salido de mí!», cuando note que esas criaturitas son inseparables de todas y cada una de las gotas de su sangre, cuya flor y nata son, ¡porque eso es lo que pasa!, pensará que va pegado a la piel de sus hijos, pensará que se mueve cuando ellos andan. Su voz me responde por todas partes. Una mirada suya, si es triste, me coagula la sangre. Algún día sabrá que somos mucho más felices con su dicha que con la nuestra. No puedo explicárselo: son arrebatos interiores que te llenan por completo de bienestar. Vivo tres vidas, vamos. ¿Quiere que le diga algo curioso? Pues cuando fui padre entendí a Dios. Dios está entero en todo, puesto que la creación salió de Él. Así me sucede con mis hijas, caballero. Sólo que yo quiero más a mis hijas que Dios al mundo, porque el mundo no es tan hermoso como Dios y mis hijas son más hermosas que yo. Las llevo tan en el alma que tenía el presentimiento de que iba usted a verlas esta noche. ¡Dios mío! A un hombre que hiciera a mi Delphine, a mi niña, tan feliz como lo es una mujer cuando la quieren como es debido yo le limpiaría las botas, le haría los recados. He sabido por su doncella que ese señor De Marsay es un mal bicho. Me han entrado ganas de retorcerle el pescuezo. ¡No querer a una joya de mujer que tiene voz de ruiñón y un

cuerpo que es un canon! ¿Dónde tuvo los ojos para casarse con ese ceporro de alsaciano? Necesitaban las dos unos jóvenes guapos y muy cariñosos. En fin, hicieron lo que se les antojó.

Goriot estaba sublime. Nunca había tenido Eugène la oportunidad de verlo alumbrado con los resplandores de su pasión paterna. Llama la atención el poder de penetración que tienen los sentimientos. Por muy ruda que sea una criatura, en cuanto expresa un afecto fuerte y verdadero emana de ella un fluido particular que le modifica la fisonomía, le da vida a la expresión y color a la voz. Con frecuencia el ser más estúpido alcanza, por el esfuerzo de la pasión, la elocuencia más noble del pensamiento, e incluso del lenguaje, y parece moverse en una esfera luminosa. Había en ese momento en la voz y en la expresión del pobre hombre el poder comunicativo que caracteriza al gran actor. ¿Acaso no son nuestros sentimientos hermosos los poemas de la voluntad?

—Pues entonces quizá le agrade saber —le dijo Eugène— que seguramente va a romper con ese De Marsay. Ese lechuguino la ha dejado para arrimarse a la princesa Galathionne. Y en lo que a mí se refiere, esta noche me he enamorado de la señora Delphine.

—¡Qué me dice! —contestó Goriot.

—Sí. Y no le he desagradado. Hemos pasado una hora hablando de amor y tengo que ir a verla pasado mañana, el sábado.

—¡Ay, cuánto lo querría, mi querido señor, si le gustase! Usted es bueno y no le daría disgustos. Además, para empezar, si la traicionase, le cortaría el cuello. Una mujer no tiene dos amores, ¿sabe? Dios mío, pero qué tonterías digo, señor Eugène. Aquí hace frío para usted. ¡Dios mío! La ha oído usted hablar. ¿Qué le ha dicho que me dijera?

«Nada», se dijo Eugène a sí mismo.

—Me ha dicho —respondió en voz alta— que le mandaba un beso de hija cariñosa.

—Adiós, vecino, que duerma bien y tenga dulces sueños; los míos ya los tengo listos con esa frase. ¡Que Dios lo proteja en cuanto desee! Ha sido para mí esta noche un ángel bueno, me trae el aire de mi hija.

—Pobre hombre —se dijo Eugène al acostarse—; hay para enternecer a un corazón de mármol. Su hija se ha acordado de él tanto como del Gran Turco.

A partir de esta conversación, Goriot vio en su vecino un confidente inesperado, un amigo. Se habían establecido entre ambos las únicas relaciones con las que un anciano podía apegarse a otro hombre. Las pasiones nunca yerran en sus cálculos. Goriot se veía algo más cerca de su hija Delphine, pensaba que lo iba a recibir mejor si Eugène se convertía en un hombre a quien quisiera la baronesa. Por lo demás, le había confiado una de sus aflicciones. La señora de Nucingen, a quien deseaba la

felicidad mil veces al día, no había sabido nada de las dulzuras del amor. Eugène era, desde luego, por decirlo con sus mismas palabras, uno de los jóvenes más encantadores que hubiera visto en la vida y le parecía presentir que iba a darle todos los placeres de los que se había visto privada. En el pobre hombre arraigó, pues, una amistad creciente y sin la que habría sido sin duda imposible saber el desenlace de esta historia.

A la mañana siguiente, durante el almuerzo, la ostentación con que Goriot miraba a Eugène, junto a quien se sentó, las pocas palabras que le dijo y el cambio de expresión de la cara, que solía parecer una careta de escayola, sorprendieron a los huéspedes. Vautrin, que veía por primera vez al estudiante desde la charla que habían tenido, parecía querer leerle el alma. Al recordar el proyecto de aquel hombre, Eugène, que, antes de quedarse dormido, había calibrado por la noche la amplitud del campo que se le abría ante los ojos, no pudo por menos de pensar en la dote de la señorita Taillefer ni dejar de mirar a Victorine como el joven más virtuoso mira a una rica heredera. Se les cruzó la mirada por casualidad. A la pobre muchacha no dejó de parecerle Eugène encantador con el nuevo atuendo. Esta ojeada que cruzaron fue lo suficientemente significativa para que a Rastignac no le cupiera duda de que era blanco de esos confusos deseos de los que no se libra ninguna joven y que la vinculan al primer ser atractivo. Una voz le gritaba: «¡Ochocientos mil francos!». Pero de repente volvió a los recuerdos de la víspera y pensó que aquella pasión suya de encargo por la señora de Nucingen era el antídoto contra sus malos pensamientos involuntarios.

—Ayer daban en Les Italiens *El barbero de Sevilla* de Rossini. Nunca había oído música más deliciosa —dijo—. ¡Dios mío! ¡Qué felicidad tener un palco en Les Italiens!

Goriot captó esta frase al vuelo, igual que un perro capta un movimiento de su amo.

—Los hombres viven a cuerpo de rey —dijo la señora Vauquer—. Hacen ustedes todo lo que se les antoja.

—¿Cómo volvió? —preguntó Vautrin.

—A pie —contestó Eugène.

—A mí —siguió diciendo el tentador— no me gustarían los placeres a medias; querría ir en mi coche a mi palco y volver cómodamente. ¡Todo o nada! Ése es mi lema.

—Muy buen lema —añadió la señora Vauquer.

—A lo mejor va usted a ver a la señora de Nucingen —le dijo Eugène en voz baja a Goriot—. Seguro que lo recibe con los brazos abiertos; querrá que le cuente usted mil detallitos de mí. Me he enterado de que haría lo que fuera para que la recibiera mi prima, la señora vizcondesa de Beauséant. Que no se le olvide decirle que la quiero

demasiado para no tener la intención de darle ese gusto.

Rastignac se fue enseguida a la Escuela de Leyes; quería pasar el menor tiempo posible en aquella casa odiosa. Empleó casi todo el día en pasear, ocioso, presa de esa fiebre de cabeza por la que han pasado todos los jóvenes a quienes aquejan esperanzas demasiado vehementes. Los razonamientos de Vautrin le estaban dando que pensar acerca de la vida social cuando se encontró con su amigo Bianchon en los jardines de Le Luxembourg.

—¿De dónde has sacado esa cara tan seria? —le dijo el estudiante de Medicina cogiéndolo del brazo para pasear delante del palacio.

—Me atormentan ideas malas.

—¿De qué tipo? Las ideas se curan.

—¿Cómo?

—Cediendo a ellas.

—Te lo tomas a guasa sin saber de qué se trata. ¿Has leído a Rousseau?

—Sí.

—¿Te acuerdas de esa parte en que le pregunta al lector qué haría en el caso de que pudiera hacerse rico matando en China sólo con la voluntad a un mandarín viejo, sin moverse de París?

—Sí.

—¿Y qué?

—Bah. Voy por el mandarín número treinta y uno.

—No bromees. Vamos, ¿si tuvieras pruebas de que es algo posible, que basta con hacer una seña con la cabeza, lo harías?

—¿Es muy viejo el mandarín? Pero, ¡bah!, joven o viejo, paralítico o rebosante de salud, la verdad es que... ¡Diantre! Pues no.

—Eres un buen chico, Bianchon. Pero ¿y si quisieras a una mujer tanto que estuvieras dispuesto por ella a ponerte el alma al revés y si ella necesitase dinero, mucho dinero para vestirse, para el coche, para todos sus caprichos, en resumen?

—Pero ¿me vuelves loco y quieres que razone?

—Pues yo estoy loco, Bianchon, cúrame. Tengo dos hermanas que son dos ángeles de hermosura y de candor y quiero que sean felices. ¿De dónde sacar doscientos mil francos para dotarlas de aquí a cinco años? Mira, hay circunstancias en la vida en que hay que jugar fuerte y no desgastar la felicidad ganando dinero.

—Pero haces la pregunta con que todo el mundo se encuentra en la puerta de entrada de la vida y quieres cortar el nudo gordiano con la espada. Para comportarse así, mi querido amigo, hay que ser Alejandro, o si no, vas a presidio. Yo soy feliz con la vida modesta que me organizaré en provincias, donde, sin más complicaciones, tomaré la sucesión de mi padre. Los afectos del hombre se satisfacen en el círculo más restringido tan plenamente como en una circunferencia enorme. Napoleón no

cenaba dos veces y no podía tener más amantes de las que tiene un estudiante de Medicina cuando está de interno en Les Capucins. Nuestra felicidad, querido amigo, nos cabrá siempre entre la planta de los pies y el occipucio; y, ya cueste un millón anual o cien luises, la percepción intrínseca que de ella tenemos es igual en nuestro fuero interno. Ello me induce a dejar que el chino viva.

—¡Gracias, me ha sentado bien lo que me has dicho, Bianchon! Seremos siempre amigos.

—Oye —siguió diciendo el estudiante de Medicina—, al salir de la clase de Cuvier en Le Jardin des Plantes, acabo de vislumbrar a la Michonneau y a Poiret charlando en un banco con un señor que vi en los altercados del año pasado por las intermediaciones de la Cámara de los Diputados y que me ha parecido que era un policía disfrazado de honrado burgués que vive de las rentas. Estudiemos a esa pareja: ya te diré por qué. Adiós, que me pasan lista a las cuatro.

Cuando regresó Eugène a la casa de huéspedes, se encontró con Goriot esperándolo.

—Tenga —dijo el buen hombre—, una carta suya. Qué letra tan bonita, ¿verdad? Eugène abrió la carta y leyó:

Muy señor mío:

Mi padre me ha dicho que le gusta a usted la música italiana. Me satisfaría mucho que tuviera a bien concederme el placer de aceptar un asiento en mi palco. El sábado oiremos a la Fodor y a Pellegrini, de modo que estoy segura de que no me dirá que no. El señor de Nucingen se suma a mi petición para rogarle que venga a cenar a casa de manera informal. Si acepta, se alegrará mucho de no tener que cumplir con la penosa obligación conyugal de acompañarme. No me responda, venga. Reciba los saludos de

D. DE N.

—Enséñemela —le dijo el pobre hombre a Eugène cuando éste hubo leído la carta—. Irá, ¿verdad? —añadió, tras oler el papel—. ¡Qué bien huele! ¡Si es que lo han tocado sus dedos!

«Una mujer no se expone así ante un hombre —se decía el estudiante—. Quiere utilizarme para que vuelva De Marsay. Sólo el despecho mueve a hacer cosas de éstas».

—¿Y bien? —dijo Goriot—. ¿En qué está pensando?

Eugène no estaba enterado de la vanidad delirante que se adueñaba de algunas mujeres en aquellos momentos y no sabía que, para que se le abriera una puerta del Faubourg Saint-Germain, la mujer de un banquero era capaz de cualquier sacrificio. Por entonces, la moda estaba empezando a colocar por encima de todas las mujeres a aquellas admitidas en la vida social del Faubourg Saint-Germain, conocidas como las señoras de Le Petit-Château, entre las que la señora de Beauséant, su amiga la duquesa de Langeais y la duquesa de Maufrigneuse ocupaban el lugar principal. Rastignac era el único en ignorar el frenesí que se adueñaba de las mujeres de la

Chaussée-d'Antin por entrar en el círculo superior donde brillaban las constelaciones de su sexo. Pero la desconfianza le hizo buen servicio, le infundió frialdad y le dio el triste poder de poner condiciones, en vez de que se las pusieran a él.

—Sí, iré —contestó.

De esta forma, lo conducía a casa de la señora Nucingen la curiosidad, mientras que, si aquella mujer lo hubiera desdeñado, es posible que lo hubiera llevado la pasión. No obstante, no dejó de esperar el día siguiente y la hora de salir con algo semejante a la impaciencia. Para un joven, hay en la primera intriga tanto atractivo quizá como existe en un primer amor. La certidumbre del triunfo engendra mil dichas que los hombres no admiten y en las que reside todo el encanto de algunas mujeres. No nace menos el deseo de la dificultad que de la facilidad de los éxitos. Todas las pasiones de los hombres las exacerban o las mantienen, desde luego, una u otra de esas dos causas, que dividen el terreno amoroso. Quizá es esa división consecuencia de la importante cuestión de los temperamentos, que impera, digan lo que digan, en sociedad. Si bien es cierto que los melancólicos requieren el tónico de la coquetería, los nerviosos o sanguíneos ponen pies en polvorosa y la resistencia se prolonga demasiado. Por decirlo de otra manera, la elegía es tan esencialmente linfática cuanto el ditirambo bilioso. Mientras se arreglaba, Eugène saboreó todas esas dichas menudas que no se atreven a mencionar los jóvenes por temor a que se rían de ellos, pero que estimulan el amor propio. Se arreglaba el pelo pensando que la mirada de una mujer bonita iba a resbalar bajo esos rizos morenos. Se permitió monerías infantiles, tantas como habría hecho una muchacha al vestirse para el baile. Se miró con complacencia la cintura delgada mientras se estiraba el frac. «¡Desde luego —se dijo— los hay con peor tipo!». Bajó luego en el momento en que todos los parroquianos de la casa de huéspedes estaban sentados a la mesa y recibió jovialmente las necesidades aclamatorias que desencadenó su indumentaria elegante. Uno de los rasgos propios de las casas de huéspedes de clase media es el pasmo que causa un atuendo cuidado. Nadie se pone una prenda nueva sin que todos opinen.

—Kt, kt, kt, kt —dijo Bianchon, chasqueando la lengua contra el paladar como para arrear a un caballo.

—¡Porte de duque y de senador! —dijo la señora Vauquer.

—¿El señor sale de conquista? —comentó la señorita Michonneau.

—¡Kikirikí! —voceó el pintor.

—Salude de mi parte a su señora esposa —dijo el empleado del Museo de Ciencias.

—¿El caballero tiene esposa? —preguntó Poiret.

—Una esposa con divisiones apta para la navegación, colores sólidos garantizados, con precio entre veinticinco y cuarenta, estampado en cuadros de última moda, admite el lavado, buena caída, mitad hilo, mitad algodón, mitad lana; cura el

dolor de muelas y demás enfermedades aprobadas por la Real Academia de Medicina. ¡Por lo demás, excelente para los niños! Y mejor aún contra los dolores de cabeza, las gravideces y otras enfermedades del esófago, los ojos y los oídos —voceó Vautrin con la locuacidad cómica y el acento de un charlatán—. «¿Y cuánto cuesta esa maravilla?», me dirán ustedes, señores. ¿Diez céntimos? No. Nada en absoluto. ¡Se trata de un saldo de los suministros del Gran Mogol, que todos los soberanos de Europa, incluido el grrrran duque de Baden, han querido ver! ¡Pasen y vayan al frente! ¡Y no dejen de pararse en taquilla! ¡Música, maestro! ¡Brrrum, la, la, tinnn! ¡La, la, bum! Señor del clarinete, desafinas —añadió con voz ronca—, te voy a dar en los nudillos.

—Dios mío, qué hombre más simpático —dijo la señora Vauquer a la señora Couture—. Estando él, no me aburro nunca.

Entre risas y bromas, cuya señal fue aquel discurso pronunciado en tono cómico, Eugène pudo captar la mirada furtiva de la señorita Taillefer, que se inclinó hacia la señora Couture para decirle unas palabras al oído.

—Aquí está el cabriolé —dijo Sylvie.

—¿Dónde cena el muchacho? —preguntó Bianchon.

—En casa de la baronesa de Nucingen.

—La hija del señor Goriot —contestó el estudiante.

Al oír estas palabras, las miradas fueron hacia el fabricante de fideos retirado, que miraba a Eugène con algo parecido a la envidia.

Rastignac llegó a la calle de Saint-Lazare, a una de esas casas endebles, de columnas delgadas y pórticos mezquinos de que se constituye el París *bonito*, una auténtica casa de banquero llena de rebuscamientos caros, con estucos y rellanos de escaleras con mosaicos de mármol. Encontró a la señora de Nucingen en un saloncito con pinturas italianas cuya decoración parecía la de un café. La baronesa estaba triste. Los esfuerzos que hizo para ocultar el disgusto interesaron tanto más a Eugène cuanto que no había en ellos fingimiento alguno. Creía que iba a hacer a una mujer feliz con su presencia y la encontraba desesperada. Aquella decepción le espoleó el amor propio.

—Pocos derechos tengo a su confianza, señora —dijo, tras haberla pinchado para saber qué le preocupaba—; pero, en caso de que le resultase molesta mi presencia, cuento con su buena fe para que me lo diga sinceramente.

—Quédese, estaría sola si se fuera. Nucingen no cena en casa y no querría estar sola, necesito distraerme.

—Pero ¿qué tiene?

—Sería la última persona a quien se lo contara —exclamó ella.

—Quiero saberlo porque, en tal caso, debo de tener algo que ver con ese secreto.

—Es posible. Pero no —añadió—, son riñas domésticas que hay que enterrar en

lo hondo del corazón. ¿No se lo dije acaso anteayer? No soy feliz. Las cadenas de oro son las más pesadas.

Cuando una mujer le dice a un joven que es desgraciada, si ese joven es ingenioso y va bien vestido y si tiene mil quinientos francos de ociosidad en el bolsillo, debe pensar lo que se estaba diciendo Eugène; y le entró la fatuidad.

—¿Qué puede desear? —le contestó—. Es hermosa, joven, amada, rica.

—No hablemos de mí —dijo ella, haciendo un movimiento fúnebre con la cabeza—. Cenaremos juntos y a solas, iremos a oír la música más deliciosa. ¿Estoy a su gusto? —añadió, poniéndose de pie y enseñando el vestido, de casimir blanco con dibujos persas, de la más opulenta elegancia.

—Querría que me perteneciera sólo a mí —dijo Eugène—. Es usted encantadora.

—Tendría una propiedad muy triste —dijo ella, sonriendo con amargura—. Nada hay aquí que le anuncie la desdicha y, no obstante, pese a las apariencias, estoy desesperada. Las penas me quitan el sueño, me volveré fea.

—¡Ah, eso es imposible! —dijo el estudiante—. Pero tengo curiosidad por enterarme de cuáles son esas penas que un amor devoto no podría borrar.

—¡Ay! Si se las confiase, me evitaría —dijo ella—. Aún no me quiere sino por una galantería que es usual en los hombres; pero, si me quisiera de verdad, caería usted en una desesperación espantosa. Ya ve que debo callar. Se lo ruego —añadió—, hablemos de otra cosa. Venga a ver mis habitaciones.

—No, quedémonos aquí —contestó Eugène, sentándose en una confidente, delante del fuego y junto a la señora de Nucingen, cuya mano tomó con firmeza.

Ella le dejó que se la cogiera y la apoyó incluso en la del joven con uno de esos gestos de fuerza concentrada que dejan traslucir emociones fuertes.

—Óigame —le dijo Rastignac—, si tiene penas, debe contármelas. Puedo demostrarle que la quiero por usted misma. O habla y me dice sus sinsabores para que pueda disiparlos, aunque tenga que matar a seis hombres, o me marcho para no volver.

—Bien está —exclamó la señora de Nucingen, de quien se adueñó una idea desesperada que le hizo darse una palmada en la frente—. Voy a ponerlo a prueba ahora mismo.

«Sí —se dijo—, ya sólo queda ese remedio».

Tocó la campanilla.

—¿Está enganchado el coche del señor? —le preguntó al sirviente.

—Sí, señora.

—Me lo llevo. Dele el mío y mis caballos. Y no sirva la cena hasta las siete.

—Vamos, venga usted —le dijo a Eugène, quien creyó que estaba soñando al verse en el cupé del señor de Nucingen junto a aquella mujer.

—A la plaza de Le Palais-Royal —le dijo ella al cochero—, al lado de Le

Théâtre-Français.

Por el camino, pareció nerviosa y se negó a contestar a las mil preguntas de Eugène, quien no sabía qué pensar de aquella resistencia muda, compacta y obtusa.

«En este momento está fuera de mi alcance», se decía.

Cuando se detuvo el coche, la baronesa miró al estudiante con una expresión que impuso silencio a sus palabras insensatas, porque estaba fuera de sí.

—¿Siente cariño por mí? —dijo.

—Sí —respondió él, ocultando la inquietud que lo invadió súbitamente.

—¿No pensará nada malo de mí, le pida lo que le pida?

—No.

—¿Está dispuesto a obedecerme?

—Ciegamente.

—¿Ha jugado alguna vez? —preguntó con voz trémula.

—Nunca.

—¡Ah, qué alivio! Le irá bien. Tome mi bolsa —dijo—. ¡Tómela, vamos! Dentro hay cien francos, es cuanto posee esta mujer tan dichosa. Suba a una casa de juego, no sé dónde están, pero sé que las hay en la plaza de Le PalaisRoyal. Apueste los cien francos a un juego que llaman la ruleta, y piérdalo todo o tráigame seis mil francos. Le contaré mis penas cuando vuelva.

—Me parece bien; que el diablo me lleve si entiendo algo de lo que voy a hacer, pero voy a obedecerla —dijo él, con el júbilo que le dio el siguiente pensamiento: «Se está comprometiendo conmigo y no podrá negarme nada».

Eugène coge la primorosa bolsa, va corriendo al número nueve, tras haberle preguntado a un predero dónde está la casa de juego más próxima. Sube, deja que le cojan el sombrero, entra y pregunta dónde está la ruleta. Entre el asombro de los jugadores habituales, el mozo de sala lo lleva ante una mesa larga. Eugène, tras el que van todos los espectadores, pregunta con desenfado dónde hay que colocar la apuesta.

—Si pone un luis en uno solo de esos treinta y seis números y sale, gana treinta y seis luses —le dice un anciano respetable de pelo blanco.

Eugène arroja los cien luses en el número de su edad, veintiuno. Se alza un grito de asombro sin que le dé tiempo a enterarse de qué está pasando. Había ganado sin saberlo.

—Recoja su dinero —le dice el caballero anciano—. Con ese sistema no se gana dos veces.

Eugène coge un rastrillo que le alarga el caballero anciano y acerca los tres mil seiscientos francos; y, sin saber tampoco ahora nada del juego, los coloca en el rojo. Los espectadores lo miran con envidia al ver que sigue jugando. Gira la rueda, vuelve a ganar y la banca le arroja otros tres mil seiscientos francos.

—Tiene siete mil doscientos francos —le dice al oído el caballero anciano—.

Hágame caso y váyase, el rojo ha salido ocho veces. Si es hombre caritativo, me agradecerá el buen consejo aliviando la miseria de un antiguo prefecto de Napoleón que se halla en la mayor necesidad.

Rastignac, aturdido, deja que el hombre del pelo blanco le coja diez luises y baja con los siete mil francos, sin haber entendido aún nada del juego, pero pasmado de su buena suerte.

—¿Y ahora dónde piensa llevarme? —dice, enseñándole los siete mil francos a la señora de Nucingen nada más cerrar la portezuela.

Delphine lo estrechó, en un abrazo arrebatado, y lo besó con vehemencia, pero sin pasión.

—¡Me ha salvado!

Le corrieron por las mejillas abundantes lágrimas de júbilo.

—Voy a contárselo todo, amigo mío. Será amigo mío, ¿verdad? ¡Me ve rica y opulenta, no me falta de nada o parece que no me falta de nada! Pues bien, sepa que el señor de Nucingen no me deja disponer ni de cinco céntimos: paga todo lo de la casa, mis coches, mis palcos; me da para vestirme una cantidad insuficiente, me deja en la miseria de forma calculada. Soy demasiado orgullosa para rogarle. ¿No sería la más vil de las mujeres si comprase su dinero al precio que me lo quiere vender? ¡Cómo yo, que tenía setecientos mil francos, he dejado que me desvalijase? Por orgullo, por indignación. ¡Somos tan jóvenes y tan ingenuas cuando empezamos la vida conyugal! La palabra con la que tenía que pedirle dinero a mi marido me destrozaba la boca: no me atrevía nunca, me gastaba el dinero de mis ahorros y el que me daba mi pobre padre; luego, me endeudé. El matrimonio es para mí la más espantosa de las decepciones, no puedo contárselo: bástele con saber que me tiraría por la ventana si tuviera que vivir con Nucingen de otra forma que teniendo aposentos separados. Cuando tuve que decirle mis deudas de mujer joven, joyas, caprichos (mi pobre padre nos había acostumbrado a no negarnos nada), fue un martirio; pero, en fin, hallé valor para decírselo. ¿No tenía acaso una fortuna propia? Nucingen montó en cólera, me dijo que lo iba a arruinar. ¡Unas cosas espantosas! Me habría gustado estar a cien pies bajo tierra. Como se había quedado con mi dote, pagó; pero concediéndome a partir de ese momento para mis gastos personales una pensión con la que me he resignado, para poder vivir en paz. Tiempo después, quise responder al amor propio de alguien a quien usted conoce —siguió diciendo—. Aunque me haya engañado, no me portaría bien si no hiciera justicia a la nobleza de su carácter. Pero ¡el caso es que me ha dejado indignamente! ¡Nadie debería abandonar nunca una mujer a quien le ha arrojado, un día de desamparo, un montón de oro! ¡Hay que quererla para siempre! Usted, que es un alma hermosa de veintiún años, usted que es joven y puro, me preguntará cómo puede una mujer aceptarle oro a un hombre. Dios mío, ¿no es acaso natural compartirlo todo con el ser al que

debemos la dicha? Si nos lo hemos dado todo, ¿a quién podría preocuparle una parcela de ese todo? El dinero no se convierte en algo hasta que ya ha desaparecido el sentimiento. ¿No estamos acaso unidos para toda la vida? ¿Quién prevé una separación cuando cree que la quieren a una de verdad? Los hombres nos juran amor eterno. ¿Cómo tener entonces intereses separados? No sabe cuánto he sufrido hoy cuando Nucingen se ha negado tajantemente a darme seis mil francos, él que se los da todos los meses a su amante, ¡una mujerzuela de la Ópera! Quería matarme. Me pasaban por la cabeza las ideas más insensatas. Hubo momentos en que envidiaba la suerte de una criada, de mi doncella. ¡Ir a ver a mi padre, una locura! Anastasie y yo lo hemos degollado: mi pobre padre se habría vendido si pudiera valer seis mil francos. Habría ido a desesperarlo inútilmente. Usted me ha salvado de la vergüenza y de la muerte, estaba borracha de dolor. ¡Ah, señor mío! Le debía esta explicación: me he portado con usted con una insensatez descabellada. Cuando se fue y lo perdí de vista, quería escapar a pie... ¿adónde? No lo sé. Así es la vida de la mitad de las mujeres de París: lujo exterior y preocupaciones crueles en el alma. Conozco a infelices criaturas aún más desdichadas que yo. Pero hay mujeres que se ven obligadas a pedir a sus proveedores que les hagan facturas falsas. Otras se ven forzadas a robar a sus maridos: los hay que creen que los casimires de cien lises pueden conseguirse por quinientos francos; otros, que un casimir de quinientos francos cuesta cien lises. Se da el caso de pobres mujeres que hacen ayunar a sus hijos y sisan para tener un vestido. Yo estoy limpia de esos engaños repugnantes. Ésta es mi última angustia. ¡Si algunas mujeres se venden a sus maridos para mandar en ellos, yo al menos soy libre! Podría conseguir que Nucingen me cubriera de oro, pero prefiero llorar con la cabeza apoyada en el corazón de un hombre a quien pueda respetar. ¡Ah, esta noche el señor De Marsay no tendrá ya derecho a mirarme como a una mujer a quien ha pagado!

Se cubrió la cara con las manos para que no la viera llorar Eugène, pero él se la destapó para contemplarla; estaba sublime.

—¿No es horrible mezclar el dinero con los sentimientos? Ya no va a poder quererme —dijo ella.

Esta mezcla de buenos sentimientos, que tanto engrandece a las mujeres, y de los pecados que la constitución de la sociedad actual las obliga a cometer trastornaba a Eugène, que decía palabras dulces y consoladoras mientras admiraba a aquella mujer hermosa, tan cándidamente imprudente en aquel grito de dolor.

—¿No usará esto como arma contra mí? —dijo ella—. Prométamelo.

—¡Ay, señora, sería incapaz! —dijo él.

La señora de Nucingen le cogió la mano y se la puso en el corazón con un ademán que rebosaba agradecimiento y simpatía.

—Gracias a usted, vuelvo a ser libre y a sentirme alegre. Vivía oprimida por una

mano de hierro. Ahora quiero vivir con sencillez, no gastar nada. Le gustaré tal y como esté, ¿verdad, amigo mío? Quédese con esto —dijo, cogiendo sólo seis billetes de banco—. En conciencia, le debo mil escudos, porque considero que iba a medias con usted.

Eugène se defendió como una virgen. Pero al decirle la baronesa: «Lo tendré por un enemigo si no es cómplice mío», cogió el dinero.

—Será un fondo de reserva por si vienen mal dadas —dijo.

—Ésa es frase que estaba temiendo —exclamó ella, poniéndose pálida—. Si quiere que sea algo suyo, júreme que no volverá a jugar nunca —dijo—. ¡Dios mío! ¡Corromperlo yo a usted! Me moriría de dolor.

Habían llegado. El contraste entre tanta pobreza y tanta opulencia aturdía al estudiante, en cuyos oídos retumbaron las palabras siniestras de Vautrin.

—Póngase ahí —dijo la baronesa, al entrar en su habitación e indicando un confidente al lado del fuego—. ¡Voy a escribir una carta muy difícil! Aconséjeme.

—No escriba —le dijo Eugène—, envuelva los billetes, ponga la dirección y que los lleve su doncella.

—Pero ¡si es que es usted un tesoro! —dijo ella—. ¡Ah, caballero, cómo se nota la buena educación! Esto es Beauséant en estado puro —añadió, sonriente.

«Es encantadora», se dijo Eugène, que se prendaba cada vez más. Miró aquel dormitorio donde alentaba la voluptuosa elegancia de una cortesana rica.

—¿Le gusta? —preguntó la señora de Nucingen mientras tocaba la campanilla para que viniera la doncella.

—Thérèse, lleve esto en persona al señor De Marsay y dáselo en mano. Si no está, vuelva a traerme la carta.

Thérèse se fue, no sin lanzarle una ojeada maliciosa a Eugène. La cena estaba servida. Rastignac dio el brazo a la señora de Nucingen, quien lo condujo a un comedor delicioso, donde volvió a encontrarse con el mismo lujo en la mesa que había admirado en casa de su prima.

—Los días en que haya función en Les Italiens —dijo ella—, vendrá usted a cenar conmigo y me acompañará.

—Me acostumbraría a esa vida tan grata si hubiera de durar; pero soy un pobre estudiante que tiene que hacer fortuna.

—La hará —dijo ella, riendo—. Ya ve que todo se arregla: no contaba con sentirme tan feliz.

Entra dentro de la forma de ser de las mujeres demostrar lo imposible mediante lo posible y destruir los hechos con presentimientos. Cuando la señora de Nucingen y Rastignac entraron en el palco de Les Bouffons, tenía ella una expresión de contento con la que parecía tan hermosa que todos se permitieron esas calumnias menudas contra las que se hallan inermes las mujeres y que, a menudo, sugieren desórdenes

inventados aposta. Quien conozca París, no se cree nada de lo que allí se dice ni dice nada de lo que allí se hace. Eugène le cogió la mano a la baronesa y ambos se hablaron con apretones más o menos fuertes, comunicándose las sensaciones que les proporcionaba la música. Para ellos fue una velada embriagadora. Salieron juntos y la señora de Nucingen quiso acompañar a Eugène hasta el Pont-Neuf, negándole durante todo el camino uno de los besos que tan calurosamente le había prodigado en Le Palais-Royal. Eugène le reprochó la inconsecuencia.

—Antes —contestó ella—, fue para agradecerle una abnegación inesperada; ahora sería una promesa.

—Y no quiere hacerme promesa alguna, ingrata.

Eugène se enfadó. Con uno de esos ademanes de impaciencia que embelesan a un amante, ella le alargó la mano para que se la besara, y él la tomó de tan mala gana que se quedó encantada.

—Hasta el baile del lunes —le dijo.

Mientras se iba a pie, bajo una hermosa luna llena, Eugène se sumió en unas reflexiones muy serias. Estaba al tiempo feliz y descontento: feliz por una aventura cuyo probable desenlace le entregaba a una de las mujeres más bonitas y elegantes de París, blanco de sus deseos; descontento por ver contrariados sus proyectos de hacer fortuna; y fue entonces cuando probó la realidad de los pensamientos indecisos a los que se había entregado la víspera. El fracaso revela siempre la fuerza de nuestras pretensiones. Cuanto más disfrutaba Eugène de la vida parisina, menos quería quedarse ignorado y pobre. Arrugaba el billete de mil francos en el bolsillo, dándose mil razonamientos capciosos para quedarse con él. Llegó por fin a la calle Neuve-SainteGeneviève; y cuando estuvo arriba de las escaleras vio luz. Goriot había dejado la puerta abierta y la vela encendida, para que al estudiante no se le olvidase *contarle de su hija*, como decía él. Eugène no le ocultó nada.

—Pero —exclamó Goriot, con un violento acceso de celos—, ¿creen mis hijas que estoy arruinado? ¡Todavía me quedan mil trescientos francos de renta! ¡Dios mío! ¿Cómo es que no vino la pobre niña? Habría vendido mis rentas, habríamos cogido ese dinero del capital y con lo demás me habría quedado una renta vitalicia. ¿Por qué no vino a contarme el apuro de mi hija, mi buen vecino? ¿Cómo tuvo corazón para ir a jugarse los cien francos de la pobrecita? Si es que se le parte a uno el alma. ¡Así son los yernos! ¡Ay, si los pillara, los agarraría por el pescuezo y apretaría! ¡Dios mío, llorar! ¿Lloró?

—Con la cabeza apoyada en mi chaleco —dijo Eugène.

—¡Ay, démelo! —dijo Goriot—. ¡Cómo! ¡Aquí han estado las lágrimas de mi hija, de mi Delphine querida, que no lloraba nunca de pequeña! ¡Ay, le compraré otro, no se lo ponga más, démelo! Según el contrato que se firmó, tiene que tener el disfrute de sus bienes. ¡Ah, voy a ver a un procurador, a Derville, mañana sin falta!

Voy a exigir que la fortuna de mi hija se invierta. Me sé las leyes, soy perro viejo, voy a sacar a relucir otra vez los dientes.

—Tenga, Goriot, aquí tiene mil francos que quiso darme a cuenta de nuestras ganancias. Guárdelos para ella en el chaleco.

Goriot miró a Eugène y alargó la mano para tomarle la suya, en la que dejó caer una lágrima.

—Usted triunfará en la vida —le dijo el anciano—. Dios es justo, ¿sabe? Yo sé mucho de probidad y puedo asegurarle que muy pocos hombres hay que se le parezcan. ¿Quiere ser también mi querido hijo? Venga, duerma. Puede dormir, todavía no es padre. Mi hija lloró y me entero ahora y estuve comiendo tranquilamente como un imbécil mientras ella sufría; ¡yo, yo que vendería al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo para ahorrarles a las dos una lágrima!

«A fe mía —se dijo Eugène al meterse en la cama—, creo que seré un hombre honrado toda la vida. Da gusto seguir las inspiraciones de la conciencia».

Es posible que sólo hagan el bien en secreto quienes creen en Dios; y Eugène creía en Dios. Al día siguiente, a la hora del baile, Rastignac fue a casa de la señora de Beauséant, que se lo llevó para presentarlo a la duquesa de Carigliano. La mariscala lo recibió divinamente, y en su casa se encontró con la señora de Nucingen. Delphine se había arreglado con la intención de gustar a todos para así gustarle más a Eugène, de quien esperaba, impaciente, una ojeada, creyendo que disimulaba la impaciencia. Para quien sabe adivinar las emociones de una mujer, un momento así rebosa de placeres deliciosos. ¿Quién no ha disfrutado a menudo haciendo esperar para dar una opinión, disfrazando coquetamente el gusto que siente, buscando confesiones en la inquietud que despierta, gozando de los temores que disipará con una sonrisa? Durante aquella fiesta, el estudiante calibró de pronto el alcance de su posición y comprendió que tenía una situación social por ser un primo reconocido de la señora de Beauséant. La conquista de la baronesa de Nucingen, que ya le atribuían, lo colocaba en lugar tan destacado que todos los jóvenes lo miraban con envidia; al sorprender algunas de esas miradas, saboreó los primeros placeres de la fatuidad. Según pasaba de un salón a otro, cruzando entre los grupos, oyó cómo ponderaban su dicha. Todas las mujeres le predecían conquistas. Delphine, temiendo perderlo, le prometió no negarle por la noche el beso que tanto se había guardado de darle dos días antes. En aquel baile, Rastignac adquirió varios compromisos. Su prima lo presentó a unas cuantas mujeres, todas ellas con pretensiones de elegancia y con casas que tenían fama de agradables; se vio lanzado en la más importante y mejor sociedad de París. Aquella velada tuvo, pues, para él el encanto de un debut brillante y la recordó hasta los días de la vejez, igual que una joven recuerda el baile donde triunfó. A la mañana siguiente, durante el almuerzo, cuando le contó sus éxitos a Goriot en presencia de los huéspedes, Vautrin empezó a sonreír de forma diabólica.

—¿Y usted cree —exclamó aquel hombre de lógica despiadada— que un joven que esté de moda puede vivir en la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en la Casa Vauquer, en una casa de huéspedes infinitamente respetable por todos los conceptos, desde luego, pero que no se puede decir que sea *fashionable*? Está en situación desahogada, es hermosa por su abundancia, se enorgullece de haber sido la casa solariega momentánea de un Rastignac; pero, en fin, está en la calle Neuve-Sainte-Geneviève y nada sabe del lujo, porque es puramente *patriarcalorama*. Mi joven amigo —siguió diciendo Vautrin con expresión paternalmente burlona—, si quiere figurar en París, necesita tres caballos y un tálburi para las mañanas, un cupé para la noche, en total nueve mil francos en vehículos. No sería digno de su destino si no se gastase tres mil francos en el sastre, seiscientos francos en el perfumista, cien escudos en el zapatero y cien escudos en el sombrerero. En cuanto a la lavandera, le costará mil francos. Los jóvenes de moda no pueden dispensarse de cuidar mucho el capítulo de la ropa blanca: ¿no es acaso lo que más de cerca les miran las más de las veces? El amor y la iglesia requieren buenos manteles de altar. Ya estamos en catorce mil. No le menciono lo que perderá al juego, en apuestas y en regalos: es imposible no contar con dos mil francos para gastos menudos. Crecido entre esos gallos, conozco lo que cuestan^[16]. Sume a esas necesidades esenciales trescientos luses para el buche y mil francos para el palomar. ¡O sea, hijo, que tenemos que cargar con veinticinco mil francos anuales o acabamos en el estercolero, se ríen de nosotros y nos destituyen del porvenir, de los éxitos y de las amantes! ¡Se me olvidaba el ayuda de cámara y el caballero! ¿Le va a llevar Christophe las cartas de amor? ¿Va a escribirlas en ese papel que usa? Sería un suicidio. ¡Haga caso de un viejo colmado de experiencia! —añadió, con un *rinforzando* en su voz de bajo—. O depórtese a un virtuoso sotabanco y despótese con el trabajo, o tome otro camino.

Y Vautrin guiñó un ojo mirando hacia la señorita Taillefer, para recordar y resumir en aquella mirada los razonamientos seductores que había sembrado en el corazón del estudiante para corromperlo. Transcurrieron varios días durante los que Rastignac llevó una vida de lo más disipada. Cenaba casi todas las noches con la señora de Nucingen, a la que acompañaba luego a reuniones de sociedad. Volvía a las tres o las cuatro de la mañana, se levantaba a las doce para arreglarse, iba a pasear al bosque de Boulogne con Delphine cuando hacía bueno, pródigo, así, de su tiempo sin saber el precio y absorbiendo todas las enseñanzas, todas las seducciones del lujo con el mismo ardor con que ansía el impaciente cáliz de palmera datilera hembra el polvillo fecundador de su himeneo. Jugaba fuerte, perdía o ganaba mucho y acabó por acostumbrarse a la vida desorbitada de los jóvenes de París. Con las primeras ganancias, les devolvió mil quinientos francos a su madre y a sus hermanas, acompañando esa devolución de bonitos regalos. Aunque había anunciado que quería dejar la Casa Vauquer, todavía estaba allí en los últimos días de enero y no sabía

cómo irse. Los jóvenes se hallan casi todos sometidos a una ley inexplicable en apariencia, pero cuya razón procede de esa misma juventud y de esa especie de rabia con la que se abalanzan en pos del placer. Ricos o pobres, nunca tienen dinero para las necesidades de la vida, pero siempre lo encuentran para los caprichos. Pródigos en todo lo que se consigue a crédito, son avaros en cuanto se paga al momento y parecen vengarse de lo que no tienen despilfarrando todo cuanto pueden tener. Por ejemplo, para dejar el asunto claro, un estudiante cuida mucho más el sombrero que el frac. La enormidad de la ganancia convierte al sastre en fiador esencial, mientras que la modicidad de la suma convierte al sombrerero, de entre las personas con las que no queda más remedio que parlamentar, en una de las más intratables. El joven sentado en la delantera de un teatro brinda a los prismáticos de las mujeres bonitas unos chalecos asombrosos, pero es dudoso que lleve calcetines; el mercero es otro de los gorgojos de su bolsa. En éstas estaba Rastignac. Su bolsa, siempre vacía para la señora Vauquer, siempre llena para las exigencias de la vanidad, padecía reveses y éxitos lunáticos que no coincidían con los pagos más naturales. Para irse de la pensión apestosa e innoble donde sus pretensiones sufrían humillaciones periódicas, ¿no tenía acaso que pagarle un mes a la patrona y comprar muebles para su piso de dandi? Siempre resultaba imposible. Rastignac sabía, para conseguir el dinero que necesitaba para el juego, comprarle a su joyero relojes y leontinas de oro, pagados con gran parte de las ganancias, y que llevaba al Monte de Piedad, ese oscuro y discreto amigo de la juventud, pero se quedaba sin inventiva y sin audacia cuando de lo que se trataba era de pagar la comida y el alojamiento o de comprar las herramientas indispensables para sacarle partido a la vida elegante. Un apuro vulgar, unas deudas contraídas para pagar necesidades satisfechas, habían dejado de motivarlo. Como la mayoría de los que han conocido esa vida azarosa, esperaba el último momento para atender a pagos sagrados desde el punto de vista de la clase media, como le pasaba a Mirabeau, que no pagaba el pan hasta que tenía que hacerlo bajo la forma ominosa de una letra de cambio. Por aquella época, Rastignac se había quedado sin dinero y tenía deudas. El estudiante estaba empezando a entender que le iba a ser imposible seguir viviendo así sin contar con recursos fijos. Pero, al tiempo que se lamentaba de las punzantes arremetidas de su situación precaria, se sentía incapaz de renunciar a los gozos excesivos de aquella vida y quería seguir a toda costa. Los azares con los que había contado para hacer fortuna se iban volviendo quiméricos y los obstáculos reales crecían. Al iniciarse en los secretos domésticos del matrimonio De Nucingen, se había dado cuenta de que para convertir el amor en instrumento de fortuna era preciso haber apurado por completo la vergüenza y haber renunciado a los pensamientos nobles, que son la absolución de los pecados de la juventud. Se había ajustado estrechamente a esa forma de vivir, exteriormente espléndida, pero que roían todas las tenias del remordimiento y cuyos fugitivos placeres había que expiar duramente

con angustias persistentes, y se revolcaba en ella, cavándose, como el Distraído de La Bruyère, un lecho en el lodo de la cuneta; pero, al igual que el Distraído, hasta ahora sólo se ensuciaba la ropa.

—¿Así que hemos matado al mandarín? —le dijo un día Bianchon, al levantarse de la mesa.

—Todavía no —contestó—, pero agoniza.

El estudiante de Medicina tomó la frase por una broma, pero no lo era. Eugène, que por primera vez desde hacía mucho había cenado en la casa de huéspedes, había estado pensativo durante la cena. En vez de irse al llegar el postre, se quedó en el comedor, sentado junto a la señorita Taillefer, a quien lanzaba de vez en cuando miradas expresivas. Algunos huéspedes estaban aún sentados a la mesa, comiendo nueces; otros paseaban, prosiguiendo con charlas empezadas. Como casi todas las noches, todos hacían lo que se les antojaba, según el grado de interés a que hubiera llegado la conversación o la mayor o menor pesadez de la digestión. En invierno, pocas veces se vaciaba el comedor antes de las ocho, que era cuando las cuatro mujeres se quedaban solas y se desquitaban del silencio que les imponía su sexo en aquella reunión masculina. A Vautrin le llamó la atención la preocupación de que era presa Eugène y se quedó en el comedor, aunque de entrada pareció tener prisa por irse; se colocó constantemente de forma tal que no lo viera Eugène, quien debió de pensar que se había marchado. Luego, en vez de irse con los huéspedes que salieron en último lugar, se quedó solapadamente en el salón. Había leído en el alma del estudiante y presentía un síntoma decisivo. Rastignac estaba, en efecto, en un estado de perplejidad que muchos jóvenes han debido de conocer. Cariñosa o coqueta, la señora de Nucingen había hecho pasar a Rastignac por todas las angustias de una pasión verdadera, desplegando para él los recursos de la diplomacia femenina al uso en París. Tras haberse comprometido a los ojos del público para que no se le escapase el primo de la señora de Beauséant, ahora no se decidía a concederle de verdad los derechos de los que parecía disfrutar. Llevaba un mes exacerbando tan bien los sentidos de Eugène que había acabado por tocarle el corazón. Aunque, en los primeros momentos de la relación, el estudiante se había creído el amo, la señora de Nucingen se había convertido en la más fuerte recurriendo a esas maniobras que desencadenaban en él todos los sentimientos, buenos y malos, de esos dos o tres hombres que lleva dentro un joven de París. ¿Lo hacía por cálculo? No; las mujeres siempre son auténticas, incluso en sus mayores falsedades, porque ceden a algún sentimiento natural. Es posible que Delphine, tras haber permitido que aquel joven se hiciera tan pronto con tan gran imperio sobre ella y haberle demostrado afecto excesivo, obedeciera ahora a un sentimiento de dignidad que la llevaba a dar marcha atrás en las concesiones o a complacerse en dejarlas en suspenso. ¡Es algo tan natural en una parisina, en el propio momento en que la pasión la arrastra, el titubear en la

caída y poner a prueba el corazón de aquel a quien va a entregar su futuro! Todas las esperanzas de la señora de Nucingen habían pasado por una primera traición, y hacía poco que había desdeñado su fidelidad a un joven egoísta. Tenía buenas razones para desconfiar. Es posible que hubiera intuido algo a medias en los modales de Eugène, que se había vuelto un fatuo con aquel éxito tan rápido, algo así como un menosprecio fruto de las peculiaridades de la situación de ambos. Sin duda deseaba impresionar a un hombre de esa edad y verse grande ante él tras haber sido pequeña tanto tiempo ante el que la había abandonado. No quería que Eugène la creyese una conquista fácil, precisamente porque sabía que había pertenecido a De Marsay. Por último, tras haber padecido por el placer degradante de un monstruo auténtico, de un libertino joven, le resultaba tan dulce pasear por las comarcas floridas del amor que le parecía sin duda algo mágico admirar todos sus aspectos, oír prolongadamente sus estremecimientos y dejar que prolongadamente la acariciasen aquellas castas brisas. El amor verdadero expiaba las culpas del amor enfermo. Tal contrasentido se dará desgraciadamente con frecuencia mientras los hombres no sepan cuántas flores siegan en el alma de una joven los primeros azotes del engaño. Por las razones que fuere, Delphine embelecaba a Rastignac y le gustaba embelecarlo, seguramente porque sabía que la quería y tenía la seguridad de poner término a los sinsabores de su enamorado a gusto de su real gana femenina. Por respeto a sí mismo, Eugène no quería que su primer combate acabase en derrota y persistía en el acoso igual que un cazador que quiere a toda costa matar una perdiz en su primer día de san Huberto. La ansiedad, el amor propio ofendido, la desesperación, falsa o verdadera, lo apegaban cada vez más a esa mujer. El todo París opinaba que ya era suya la señora de Nucingen, pero no se hallaba más adelantado que el primer día en que la vio. Como aún ignoraba que la coquetería de una mujer procura a veces más beneficios que placeres da su amor, le entraban ataques de necia rabia. Si bien es cierto que esa etapa en la que la mujer se hurta al amor brindaba a Rastignac el botín de sus primicias, le estaban saliendo esas primicias tan onerosas cuanto verdes, ácidas y deliciosas de paladear. A veces, al verse sin un céntimo y sin porvenir, se acordaba, pese a la voz de la conciencia, de las oportunidades de hacerse rico cuya posibilidad le había demostrado Vautrin si se casaba con la señorita Taillefer. Y se daba el caso de que se hallaba entonces en un momento en que su estado de miseria alzaba tanto la voz que cedió casi involuntariamente a las artes consumadas de la terrible esfinge cuyas miradas lo dejaban fascinado tan a menudo. En cuanto Poiret y la señorita Michonneau subieron a sus cuartos, Rastignac, creyendo que sólo quedaban la señora Vauquer y la señora Couture, que se estaba tejiendo unas mangas de lana, medio dormida junto a la estufa, miró a la señorita Taillefer con ternura suficiente para obligarla a bajar la vista.

—¿Es que tiene algún disgusto, señor Eugène? —le dijo Victorine, tras un

momento de silencio.

—¡Qué hombre no tiene disgustos! —contestó Rastignac—. Si los jóvenes tuviéramos la seguridad de que nos quieren de verdad, con una entrega que nos compensase de los sacrificios a los que siempre estamos dispuestos, a lo mejor no tendríamos nunca disgustos.

La señorita Taillefer le dirigió, por toda respuesta, una mirada nada equívoca.

—Usted, señorita, se cree hoy segura de su corazón, pero ¿podría asegurar que no iba a cambiar nunca?

A la infeliz joven le flotó en los labios una sonrisa que fue como un rayo de luz que le brotase del alma y que le iluminó de tal forma la cara que Eugène se asustó de ser el causante de un estallido de sentimiento tan vehemente.

—¡Cómo! Si el día de mañana fuera rica y feliz, si le cayese de las nubes una fortuna inmensa, ¿seguiría amando al joven pobre que le hubiera agradado en los días de desamparo?

Ella asintió con un lindo ademán de la cabeza.

—¿A un joven muy desdichado?

Nuevo ademán.

—Pero ¿qué bobadas andan diciendo? —exclamó la señora Vauquer.

—Déjenos, que nosotros nos entendemos —contestó Eugène.

—¿Así que hay promesa de matrimonio entre el señor Eugène de Rastignac y la señorita Victorine Taillefer? —dijo el vozarrón de Vautrin, quien apareció de pronto en la puerta del comedor.

—¡Ay, qué susto me ha dado! —dijeron a la vez la señora Couture y la señora Vauquer.

—Podría escoger peor —contestó, risueño, Eugène, a quien la voz de Vautrin causó la conmoción más cruel que hubiera sentido nunca.

—¡Nada de bromas de mal gusto, caballeros! —dijo la señora Couture—. Subamos a nuestro cuarto, hija mía.

La señora Vauquer se fue tras sus dos huéspedes, para ahorrarse la vela y el fuego pasando la velada con ellas. Eugène se quedó a solas y cara a cara con Vautrin.

—Ya sabía yo que vendría a dar en esto —le dijo el hombre aquel, con imperturbable sangre fría—. Pero, mire, tengo tanta delicadeza como el que más. No se decida ahora mismo, no está del talante que suele. Tiene deudas. No quiero que sean la pasión y la desesperación quienes lo determinen a venir a mí, sino la razón. A lo mejor necesita mil escudos. Tenga, ¿los quiere?

El demonio aquel se sacó del bolsillo una cartera y de ella, tres billetes de banco que hizo titilar ante los ojos del estudiante. Eugène se hallaba en la más cruel de las situaciones. Les debía al marqués de Ajuda y al conde de Trailles cien luises, que había perdido sin dar más garantía que su palabra. No los tenía y no se atrevía a ir a

pasar la velada a casa de la señora de Restaud, donde lo estaban esperando. Era una de esas veladas en confianza donde se comen pastitas y se bebe té, pero se pueden perder seis mil francos al whist.

—Caballero —le dijo Eugène, ocultando trabajosamente un temblor convulsivo —, después de lo que me ha contado, debe entender que me es imposible tener algo que agradecerle.

—La verdad es que me habría dado un disgusto si hubiera dicho algo diferente —siguió diciendo el tentador—. Es usted un joven guapo, delicado, valiente como un león y dulce como una muchacha. Sería buena presa para el demonio. Me gusta esa clase de jóvenes. Dos o tres reflexiones más de alta política y verá el mundo tal y como es. Representando algunas escenitas virtuosas, el hombre superior satisface todos los caprichos que se le ocurran mientras los bobos de la platea lo aplauden a rabiar. Antes de que pasen unos pocos días, será de los nuestros. ¡Ay, si quisiera ser alumno mío, lo haría llegar a todas partes! No tendría ni un deseo que no se cumpliera al instante, fuere el que fuere: honor, riqueza, mujeres. Se le reduciría a ambrosía toda la civilización. Sería nuestro niño mimado, nuestro favorito, daríamos la vida con gusto por usted. Aplastaríamos cuanto fuera un obstáculo para usted. Si aún tiene escrúpulos, ¿será que me toma por un criminal? Pues he de decirle que un hombre que no era de menor probidad que esa que usted cree tener aún, el señor de Turenne, tenía, sin creer por ello que se comprometiera, asuntillos con algunos bandidos. No quiere deberme nada, ¿eh? Por eso que no quede —añadió Vautrin, dejando que le asomara una sonrisa—. Coja estos guiñapos y escríbame aquí —dijo sacando un papel timbrado—, aquí, cruzado: «Aceptado por la cantidad de tres mil quinientos francos pagaderos en un año». ¡Y ponga la fecha! El interés es lo bastante alto para quitarle todo escrúpulo; puede llamarme judío y considerarse cumplido en lo que se refiera a cualquier agradecimiento. Le permito que me siga despreciando por hoy, porque estoy seguro de que más adelante me querrá. Encontrará en mí esos abismos inmensos, esos sentimientos dilatados y concentrados que los bobos llaman vicios; pero nunca me hallará ni cobarde ni ingrato. Vamos, que no soy ni un peón ni un alfil, sino una torre, hijito.

—Pero ¿qué hombre es usted, pues? —exclamó Eugène—. Lo crearon para atormentarme.

—No, no, soy un hombre bueno que quiere enfangarse para que esté usted al resguardo del fango cuanto le queda de vida. ¿Se pregunta el porqué de tanta abnegación? Pues algún día se lo diré bajito al oído. De entrada, lo he sorprendido mostrándole el carillón del orden social y cómo funciona la maquinaria: pero se le pasará ese primer susto, como se le pasa al bisoño en el campo de batalla, y se acostumbrará a la idea de considerar a los hombres como soldados decididos a perecer al servicio de los que se coronan reyes por su cuenta. Los tiempos han

cambiado mucho. Antes se le decía a un valiente: «Toma cien escudos y márame a tal caballero»; y cenaba uno tan tranquilo después de haber mandado a un hombre al hoyo oscuro por un quítame allá esas pajas. Hoy le propongo una elevada fortuna a cambio de un movimiento de cabeza que no lo compromete a nada, y no se decide. ¡Qué tiempos tan flojos!

Eugène firmó la letra de cambio y cogió los billetes de banco.

—Vamos a ver, hablemos como personas sensatas —siguió diciendo Vautrin—. Quiero irme a América dentro de unos meses para plantar tabaco. Le mandaré puros como prenda de amistad. Si me hago rico, lo ayudaré. Si no tengo hijos (que será lo más probable, no tengo interés en volver a plantarme por esqueje en este mundo), pues le legaré mi fortuna. ¿No es eso amistad? Pero es que yo le tengo cariño. Tengo la pasión de volcarme abnegadamente en los demás. Ya lo he hecho en más ocasiones. Mire, hijito, vivo en una esfera más elevada que los demás hombres. Considero que las acciones son medios y sólo veo el fin. ¿Qué es para mí un hombre? ¡Esto! —dijo, golpeándose un diente con la uña del pulgar—. Un hombre lo es todo o no es nada. Es menos que nada cuando se llama Poiret: podemos aplastarlo como a una chinche, es achatado y apesta. Pero un hombre es un dios cuando se parece a usted: no es ya una maquinaria cubierta de piel, sino un escenario donde se inmutan los sentimientos más hermosos, y yo sólo vivo por los sentimientos. ¿No es acaso un sentimiento el mundo entero en un pensamiento? Fíjese en Goriot: sus dos hijas son para él todo el universo, son el hilo con el que se guía por la creación. Bien, pues para mí, que he ahondado mucho en la vida, sólo existe un sentimiento real, una amistad entre hombres. Pierre y Jaffeir, ésa es mi pasión. Me sé de memoria *Venecia salvada*^[17]. ¿Conoce a muchos tan bragados como para, si te dice un amigo: «¡Vamos a enterrar un cuerpo!», hacerlo sin rechistar ni darle la lata con cuestiones morales? Pues yo he hecho cosas de ésas. No le hablaría así a todo el mundo. Pero a usted, a usted, un hombre superior, se le puede decir todo, sabe entenderlo todo. ¡No andará mucho tiempo chapoteando en los pantanos donde viven los escolimados que nos rodean aquí! Bien, pues ya está decidido. Se casará. ¡Lancemos los dos nuestros dardos! ¡El mío es de hierro y nunca se ablanda, je, je!

Vautrin se fue sin querer oír la respuesta negativa del estudiante, para que no se sintiera apurado. Parecía estar en el secreto de esas resistencias leves, de esos combates con los que los hombres se aderezan ante sus propios ojos y les sirven para justificarse de sus acciones censurables.

—¡Que haga lo que quiera! ¡No me casaré con la señorita Taillefer! —se dijo Eugène.

Tras padecer el malestar de una fiebre interior fruto de la idea de un pacto con aquel hombre, del que abominaba, pero que crecía ante sus ojos por aquel mismo cinismo en las ideas y por la audacia con que atenazaba la sociedad. Rastignac se

vistió, pidió un coche y fue a casa de la señora de Restaud. Aquella mujer llevaba una temporada mostrando cada vez más consideraciones a un joven que avanzaba continuamente, paso a paso, hacia el meollo de la buena sociedad y cuya influencia sería, al parecer, temible algún día. Pagó a los señores de Trailles y Ajuda, jugó al whist parte de la noche y ganó lo que había perdido. Supersticioso como la mayoría de los hombres cuyo camino está por hacer y que son fatalistas en mayor o menor medida, quiso ver en su buena suerte una recompensa del cielo por su perseverancia en seguir por el buen camino. Al día siguiente por la mañana, le faltó tiempo para preguntarle a Vautrin si llevaba la letra de cambio. Ante su respuesta afirmativa, le devolvió los tres mil francos, mostrando una satisfacción muy natural.

—Todo va bien —le dijo Vautrin.

—Pero ya no soy cómplice suyo —dijo Eugène.

—Lo sé, lo sé —contestó Vautrin, interrumpiéndolo—. Aún sigue haciendo niñerías. Todavía se queda en las zarandajas.

CAPÍTULO III

BURLAMUERTE

Dos días después, Poiret y la señorita Michonneau estaban sentados en un banco tomando el sol, en un paseo solitario de Le Jardin des Plantes, y charlaban con aquel señor que le parecía, y con razón, sospechoso al estudiante de Medicina.

—Señorita —estaba diciendo el señor Gondureau—, no veo de donde proceden esos escrúpulos suyos. El excelentísimo señor ministro de la Policía General del Reino...

—¡Ah! El excelentísimo señor ministro de la Policía General del Reino... —repitió Poiret.

—Sí, Su Excelencia está interesado en este asunto —dijo Gondureau.

¿A quién no le parecerá inverosímil que Poiret, empleado retirado, hombre de virtudes burguesas sin duda alguna, aunque carente de ideas, siguiera escuchando al supuesto rentista de la calle de Buffon cuando estaba pronunciando la palabra «policía», dejando traslucir así la fisonomía de un agente de la calle de Jérusalem tras su careta de hombre de bien? Nada más natural, no obstante. Todo el mundo entenderá mejor la especie concreta a que pertenecía Poiret, dentro de la gran familia de los bobos, tras una consideración que ya habrá llamado la atención a algunos observadores, pero que no ha salido a la luz hasta la fecha. Existe una nación plumígera, encajada en los presupuestos entre el primer grado de latitud, donde se hallan los haberes de mil doscientos francos, algo así como una Groenlandia administrativa, y el tercer grado, donde empiezan los haberes algo más cálidos, de tres a seis mil francos, región templada donde se aclimata la gratificación y donde florece pese a los rigores de la naturaleza. Uno de los rasgos característicos que revela mejor la ínfima estrechez de esa raza subalterna es una especie de respeto involuntario, automático e instintivo por ese gran lama de todo ministerio a quienes los empleados conocen por una firma ilegible y con el nombre de EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR MINISTRO, cuatro palabras que equivalen a «Il Bondo Cani»^[18] de *El califa de Bagdad* y quien, a los ojos del pueblo achantado, es la representación de un poder sagrado y sin apelación. Igual que el Papa para los cristianos, Su Excelencia es administrativamente infalible desde el punto de vista del empleado; los fulgores que lanza trascienden hasta sus acciones, sus palabras y cuantas se digan en nombre suyo; todo lo cubre con su bordado de realce y convierte en legales los actos que ordena; ese nombre, «Excelencia», que da fe de la pureza de sus intenciones y de la santidad de sus voluntades, hace las veces de pasaporte para las ideas menos admisibles. Lo que esas pobres gentes no harían en interés propio, les falta tiempo para hacerlo en

cuanto oyen pronunciar las palabras «Su Excelencia». Hay en las oficinas una obediencia pasiva específica, de la misma forma que la hay en el ejército: sistema este que asfixia la conciencia, anula al hombre y acaba, con el tiempo, por adaptarlo, como si fuera un tornillo o un perno, a la maquinaria gubernamental. En consecuencia, el señor Gondureau, que parecía saber de hombres, localizó enseguida en Poiret a uno de esos bobos burocráticos y recurrió al *Deus ex machina*, a la palabras talismán: «Su Excelencia», en el momento oportuno, dejando a la vista las baterías, para deslumbrar a Poiret, quien le parecía el macho de la Michonneau, de la misma forma que la Michonneau le parecía la hembra de Poiret.

—Puesto que Su Excelencia en persona. El excelentísimo señor minis... ¡Ah, así la cosa cambia! —dijo Poiret.

—Ya está usted oyendo al señor, de cuyo buen criterio parece usted fiarse —siguió diciendo el rentista de pega, hablándole a la señorita Michonneau—. Pues bien, Su Excelencia cuenta ahora con la certidumbre total de que el supuesto Vautrin, que se aloja en la Casa Vauquer, es un condenado a trabajos forzados evadido del presidio de Tolón, donde lo conocen con el nombre de *Burlamuerte*.

—¡Ah! ¡Burlamuerte! —dijo Poiret—. Qué buena suerte tendrá si ha merecido ese nombre.

—Desde luego —siguió diciendo el agente—. El mote se debe a la suerte que ha tenido de no perder nunca la vida en las empresas atrevidísimas que ha llevado a cabo. Ese hombre es peligroso, ¿saben? Tiene prendas que lo convierten en alguien extraordinario. Incluso su condena fue algo que entre los de su partida lo honró infinitamente...

—¿Así que es un hombre de honor? —preguntó Poiret.

—A su modo. Consintió en cargar con el crimen de otro, una falsificación que cometió un joven muy guapo a quien quería mucho, un italiano joven y bastante jugador, que luego se alistó en el ejército, donde, por lo demás, se ha portado a la perfección.

—Pero si el excelentísimo señor ministro de Policía está seguro de que el señor Vautrin es Burlamuerte, ¿para qué me necesita? —dijo la señorita Michonneau.

—¡Ah, claro! —dijo Poiret—, si efectivamente el señor ministro, como nos ha hecho usted el honor de decirnos, tiene una certidumbre cualquiera de que...

—Certidumbre no es la palabra: sencillamente, existen sospechas. Les voy a explicar el asunto. Jacques Collin, apodado Burlamuerte, cuenta con la total confianza de los tres presidios, que lo han elegido como agente y banquero. Gana mucho al ocuparse de esa clase de negocios, que no pueden por menos de requerir un hombre señalado.

—¡Ja, ja! ¿Entiende la gracia, señorita? —dijo Poiret—. El señor lo llama «hombre señalado» porque lleva una marca.

—El falso Vautrin —prosiguió el agente— recibe los capitales de los señores presidiarios, los invierte, se los conserva y los tiene a su disposición cuando se evaden, o a disposición de sus familias cuando así lo estipulan en su testamento, o de sus amantes, cuando le dan pagarés para ellas.

—¡Sus amantes! Querrá decir sus mujeres —comentó Poiret.

—No, señor mío. El presidiario no suele tener sino mujeres ilegítimas, a las que llamamos concubinas.

—¿Y viven todos en estado de concubinato?

—Lógicamente.

—Pues he aquí unas atrocidades —dijo Poiret— que Su Excelencia no debería tolerar. Ya que tiene usted el honor de ver a Su Excelencia, le corresponde, ya que me parece que tiene ideas filantrópicas, informarlo de la conducta inmoral de esas personas, que dan un ejemplo malísimo al resto de la sociedad.

—Pero, caballero, el gobierno no los tiene ahí metidos para brindar un modelo de todas las virtudes.

—Es cierto. No obstante, caballero, permita que...

—Pero deje hablar al señor, queridito —dijo la señorita Michonneau.

—¿Se da cuenta, señorita? —siguió diciendo Gondureau—. El gobierno puede tener un grandísimo interés en hacerse con una caja ilegal, que se dice que asciende a una suma bastante elevada. Burlamuerte ingresa valores considerables al receptor no sólo las cantidades de algunos de sus compañeros, sino también las que proceden de la Sociedad de los Diez Mil...

—¡Diez mil ladrones! —exclamó Poiret, asustado.

—No, la Sociedad de los Diez Mil es una asociación de ladrones de altos vuelos, de gente que trabaja a lo grande y no se mete en nada en que no se puedan ganar diez mil francos. Esa sociedad la compone lo más selecto de los hombres que van de cabeza al tribunal de lo criminal. Se saben el Código y nunca corren el riesgo de que los condenen a muerte cuando los pescamos. Collin es su hombre de confianza y quien los aconseja. Con ayuda de esos recursos inmensos, ese hombre ha sabido hacerse con una policía propia, con relaciones muy extensas que envuelve en un misterio impenetrable. Aunque lo tenemos rodeado de espías desde hace un año, aún no hemos podido ver claro en su juego. Así que su caja y su talento valen continuamente para costear el vicio y reunir fondos para el crimen y tienen organizado un ejército de mala gente que está en estado de guerra perpetua con la sociedad. Coger a Burlamuerte y apoderarse de su banco equivaldrá a arrancar el mal de raíz. Así que esta expedición se ha convertido en asunto de Estado y de alta política y con posibilidad de honrar a quienes contribuyan a su éxito. Usted mismo, caballero, podría volver a tener un empleo en la Administración o hacerse secretario de un comisario de policía, cargos que no le impedirían ni poco ni mucho cobrar su

retiro.

—Pero —preguntó la señorita Michonneau— ¿por qué no se va Burlamuerte con la caja?

—¡Ah! —dijo el agente—. Fuera adonde fuera, lo seguiría un hombre con el encargo de matarlo si robaba al presidio. Y, además, no se lleva uno una caja con tanta facilidad como a una señorita de buena familia. Además, Collin es un individuo incapaz de hacer algo así, pensaría que se había deshonrado.

—Tiene razón, caballero —dijo Poiret—, se deshonraría por completo.

—Y con todo esto seguimos sin saber por qué no va usted sin más y lo agarra —dijo la señorita Michonneau.

—Pues voy a contestarle, señorita... Pero —le dijo al oído— impida a este señor suyo que nos interrumpa o no acabaremos nunca. Debe de ser muy rico este viejo para conseguir que alguien le haga caso. Cuando Burlamuerte vino aquí, se calzó el pellejo de un hombre honrado, se volvió un buen burgués de París, se fue a vivir a una casa de huéspedes poco aparente. ¡Es muy agudo, la verdad! Nunca lo pescarán descuidado. Así que el señor Vautrin es un hombre que goza de consideración y hace negocios considerables.

—Naturalmente —dijo Poiret para sus adentros.

—El ministro, si nos equivocásemos y detuviéramos a un Vautrin de verdad, no quiere que se le echen encima ni los comerciantes de París ni la opinión pública. El señor jefe de policía está en la cuerda floja, tiene enemigos. Si hubiera un error, los que quieren su puesto aprovecharían los chismorreos y el barullo de los liberales para echarlo. Lo que hay que hacer aquí es lo que se hizo en el caso de Cogniard, el falso conde de Sainte-Hélène; si hubiera sido un auténtico conde de Sainte-Hélène, apañados estábamos. ¡Así que hay que comprobar las cosas!

—Sí, pero necesita usted una mujer guapa —dijo con presteza la señorita Michonneau.

—Burlamuerte no dejaría que se le acercara una mujer —dijo el agente—. ¿Le digo un secreto? No le gustan las mujeres.

—Pues entonces no veo de qué puedo servirle para una comprobación así, suponiendo que me aviniera a hacerla por dos mil francos.

—Nada más fácil —dijo el desconocido—. Le daré un frasco con una dosis de licor preparada para causar un ataque nada peligroso que parece un ataque de apoplejía. Esa droga puede mezclarse lo mismo con el vino que con el café. Llevan a nuestro hombre en el acto a la cama y lo desnudan para comprobar si no se está muriendo. Cuando esté usted sola, le da una palmada en el hombro, ¡paf!, y ve aparecer las letras.

—Pero si eso no cuesta nada —dijo Poiret.

—¿Y qué? ¿Accede? —le dijo Gondureau a la solterona.

—Pero, mi querido señor —dijo la señorita Michonneau—, en el caso de que no hubiera letras, ¿me darán los dos mil francos?

—No.

—¿Y de cuánto sería la indemnización?

—De quinientos francos.

—¡Hacer algo así por tan poco! En conciencia está igual de mal; y yo tengo que tranquilizar mi conciencia, caballero.

—Le aseguro —dijo Poiret— que la señorita es mujer de mucha conciencia, además de ser encantadora y muy avispada.

—Bien está —siguió diciendo la señorita Michonneau—, deme tres mil francos si es Burlamuerte y nada si es un burgués.

—De acuerdo —dijo Gondureau—, pero a condición de que quede hecho mañana.

—Todavía no, señor mío; necesito consultar a mi confesor.

—¡Astuta! —dijo el agente, poniéndose de pie—. Hasta mañana entonces. Y si necesita hablarme con prisas, venga a la callejuela de Sainte-Anne, al final del patio de la Sainte-Chapelle. Debajo de la bóveda sólo hay una puerta. Pregunte por el señor Gondureau.

A Bianchon, que volvía de la clase de Cuvier, le llamó la atención esa palabra tan original, «Burlamuerte», y oyó el «de acuerdo» que dijo el célebre jefe del cuerpo de policía de seguridad.

—¿Por qué no se decide de una vez? Serán trescientos francos de renta vitalicia —le dijo Poiret a la señorita Michonneau.

—¿Que por qué? —dijo ella—. Es que hay que pensarse las cosas. Si el señor Vautrin fuera ese Burlamuerte, a lo mejor era más ventajoso llegar a un acuerdo con él. Pero pedirle dinero sería ponerlo sobre aviso. Y seguro que es hombre para salir por pies *de gratis*. Sería un *buff* ^[19] abominable.

—Aunque lo pusiera sobre aviso —siguió diciendo Poiret—, ¿no nos ha dicho acaso ese señor que lo tenían vigilado? Pero usted se quedaría sin nada.

—Además —pensó la señorita Michonneau—, ¡no me gusta este hombre! Sólo sabe decirme cosas desagradables.

—Pero —añadió Poiret— haría usted lo mejor. Como ha dicho ese señor, que me parece muy correcto y además lleva un sombrero muy decente, es un acto de obediencia a las leyes eso de librar a la sociedad de un criminal, por muy virtuoso que pueda ser. Quien hace un cesto, hace ciento. ¿Y si le diera el capricho de asesinarnos a todos? ¡Qué demonios! Seríamos culpables de esos asesinatos, y eso sin contar con que seríamos las primeras víctimas.

La señorita Michonneau estaba tan preocupada que no podía atender a las frases que le caían a Poiret de la boca, de una en una, como las gotas de agua que rezuman

del grifo de una cisterna mal cerrada. Cuando el anciano empezaba con su retahíla de frases y la señorita Michonneau no lo detenía, seguía hablando como un autómeta a quien han dado cuerda. Tras arrancar con un primer tema, sus incisos lo encaminaban hacia otros completamente opuestos, sin haber llegado a conclusión alguna. Al llegar a la Casa Vauquer, ya se había metido en una secuencia de párrafos y de citas transitorias que lo habían llevado a referir su declaración en el caso del conocido señor Ragoulleau y la conocida señora Morin, en el que había comparecido como testigo de descargo. Al entrar, su acompañante no dejó de fijarse en Eugène de Rastignac engolfado con la señorita Taillefer en una charla íntima de un interés tan palpitante que la pareja no hizo caso alguno cuando pasaron los dos huéspedes ancianos, cruzando por el comedor.

—Tenía que acabar así la cosa —le dijo la señorita Michonneau a Poiret—. Llevaban ocho días mirándose de una forma que se arrancaban el alma.

—Sí —contestó Poiret—. Así que la condenaron.

—¿A quién?

—A la señora Morin.

—Le estoy hablando de la señorita Victorine —dijo la señorita Michonneau, entrando, sin fijarse, en el cuarto de Poiret— y me contesta con la señora Morin. Pero ¿quién es la señora esa?

—¿Y de qué iba a ser culpable la señorita Victorine? —preguntó Poiret.

—Es culpable de querer al señor Eugène de Rastignac; ¡y va lanzada, sin saber adónde irá a parar, pobre inocente!

Eugène había pasado la mañana presa de la desesperación a que lo había abocado la señora de Nucingen. En su fuero interno, había cedido por completo a Vautrin sin querer sondear ni los motivos de la amistad que sentía por él aquel hombre extraordinario ni el porvenir de una unión como aquélla. Era preciso un milagro para sacarlo del abismo en que tenía ya puesto un pie hacía una hora al cruzar con la señorita Taillefer las más dulces promesas. Victorine creía estar oyendo la voz de un ángel, los cielos se le abrían, la Casa Vauquer se engalanaba con esos tonos fantásticos que los decoradores dan a los palacios del teatro: ¡amaba, la amaban, o al menos eso creía! ¿Y qué mujer no lo habría creído como ella al ver a Rastignac, al oírlo durante aquella hora hurtada a todos los Argos de la casa? En lucha con su conciencia, sabiendo que obraba mal y queriendo hacerlo, Rastignac se decía que redimiría ese pecado venial haciendo feliz a una mujer; la desesperación le sentaba bien y resplandecía con todos los fuegos del infierno que llevaba en el corazón. Afortunadamente para él, ocurrió el milagro: Vautrin entró jubilosamente y leyó en el alma de aquellos dos jóvenes a quienes había desposado con las combinaciones de su genialidad infernal, pero cuya alegría nubló de repente al cantar con su vozarrón y su tono de guasa:

Victorine salió corriendo, llevando consigo tanta dicha como desdicha había soportado hasta entonces en la vida. ¡Pobre muchacha! Un apretón de manos, el pelo de Rastignac rozándole la mejilla, una palabra dicha tan cerca del oído que notó el calor de los labios del estudiante, un brazo trémulo estrechándole la cintura, un beso que le robaron en el cuello, tales fueron los esponsales de su pasión, que la vecindad de la oronda Sylvie, que amenazaba con entrar en aquel comedor radiante, tornaron más ardientes, más animados, más tentadores que los más hermosos testimonios de abnegación que narran las historias de amor más famosas. ¡Estos *homenajes menudos*, según una bonita expresión de nuestros antepasados, le parecían crímenes a una joven piadosa que se confesaba cada quince días! En aquella hora había sido más pródiga en tesoros del alma de lo que habría podido ser más adelante, rica y dichosa, entregándose por entero.

—El asunto está arreglado —le dijo Vautrin a Eugène—. Nuestros dos dandis se han zurrado. Todo ha transcurrido ateniéndose a las conveniencias. Asunto de opinión. Nuestro palomo ha insultado a mi halcón. Tienen cita mañana en las fortificaciones de Clignancourt. A las ocho y media, la señorita Taillefer heredará el amor y la fortuna de su padre mientras está tan tranquila, mojando el pan con mantequilla en el café. ¿No tiene gracia pensarlo? Ese muchacho, Taillefer, tira muy bien con la espada; anda confiado como quien lleva todos los triunfos; pero lo va a sangrar un pinchazo de mi invención, una forma de levantar la espada y de herir en la frente. Ya le enseñaré esa estocada porque es endemoniadamente útil.

Rastignac lo escuchaba con expresión ida y no podía contestar nada. En aquel momento, llegaron Goriot, Bianchon y otros cuantos huéspedes.

—Así es como lo quería yo —le dijo Vautrin—. Sabe lo que se hace. ¡Muy bien, aguilucho mío! Usted gobernará a los hombres; es fuerte, recio y bragado; cuenta con mi estima.

Quiso cogerle la mano. Rastignac apartó la suya con vehemencia y se desplomó en una silla mientras palidecía; le parecía que tenía delante una charca de sangre.

—Ah, todavía tenemos unos cuantos pañalitos sucios de virtud —dijo Vautrin en voz baja—. Papá D'Oliban^[20] tiene tres millones, estoy enterado de su fortuna. La dote lo dejará a usted blanco como un vestido de novia, incluso en su propia opinión.

Rastignac no se lo pensó más. Decidió que iría a última hora de la tarde a avisar a los señores Taillefer e hijo. En aquel momento, como Vautrin se había alejado, Goriot le dijo al oído:

—¡Está triste, hijo mío! Lo voy a poner contento. ¡Venga!

Y el anciano fabricante de fideos encendió el cerillo en una de las lámparas. Eugène lo siguió, alterado por la curiosidad.

—Entremos en su cuarto —dijo el pobre hombre, que le había pedido a Sylvie la llave del estudiante—. Esta mañana ha pensado que ella no lo quería, ¿verdad? —siguió diciendo—. Lo ha despedido a la fuerza y usted se marchó enfadado, desesperado. ¡Será bobo! Me estaba esperando. ¿Se da cuenta? Teníamos que acabar de arreglar una joya de piso al que va usted a ir a vivir dentro de tres días. No me traicione. Desea darle una sorpresa, pero yo no quiero ocultarle a usted por más tiempo el secreto. Vivirá en la calle de Artois, a dos pasos de la calle de Saint-Lazare. Estará allí como un príncipe. Hemos conseguido unos muebles que parecen para una novia. Llevamos un mes haciendo muchas cosas, sin decirle nada. Mi procurador ha puesto manos a la obra, mi hija va a tener sus treinta y seis mil francos anuales, los intereses de su dote, y voy a pedir que exijan que se coloquen sus ochocientos mil francos en inversiones claras y seguras.

Eugène estaba callado y se paseaba arriba y abajo con los brazos cruzados por su cuarto humilde y desordenado. Goriot aprovechó un momento en que le daba la espalda y puso encima de la chimenea una caja de tafilete rojo en la que estaban grabadas en oro las armas de los Rastignac.

—Mi querido hijo —decía el pobre hombre—, me he metido en esto hasta el cuello. Pero, ¿sabe?, había mucho egoísmo por mi parte, tengo intereses en ese cambio suyo de barrio. No me dirá que no, ¿verdad?, si le pido una cosa.

—¿Qué quiere?

—Encima de su piso, en el quinto, hay un cuarto anejo. ¿A que podré vivir en él? Me hago viejo, estoy demasiado lejos de mis hijas. No estorbaré. Sólo estaré ahí. Me hablará de ella todas las noches. No se le hará cuesta arriba, ¿eh? Cuando vuelva, yo estaré en la cama, lo oiré y me diré: «Viene de ver a mi Delphine, a mi niña. La ha llevado al baile. La hace feliz». Si cayera enfermo, me serviría de bálsamo para el corazón oír cómo volvía, cómo iba de un lado para otro, cómo se marchaba. ¡Habría en usted tanto de mi hija! No tendré sino un paso hasta Les Champs-Élysées, por donde pasan las dos a diario; las veré siempre, mientras que ahora a veces llego tarde. ¡Y además a lo mejor viene a casa de usted! La oiré, la veré con la bata acolchada de por las mañanas, de acá para allá, tan encantadora, como una gatita. Hace un mes que ha vuelto a ser lo que era, una muchacha alegre y pimpante. Tiene el alma convaleciente, le debe a usted esa dicha. ¡Ay, haré por usted lo imposible! Me decía hace un rato, según volvíamos: «¡Papá, soy muy feliz!». Cuando me dicen ceremoniosamente «padre», me dejan aterido; pero cuando me llaman «papá», me parece que aún las estoy viendo cuando eran pequeñas, me devuelven todos los recuerdos. Soy más padre suyo. ¡Me parece que todavía no son de nadie! —El pobre hombre se secó los ojos, estaba llorando—. Hacía mucho que no oía esa frase, mucho que no me daba el brazo. ¡Ay, sí, hacía por lo menos diez años que no andaba al lado de una de mis hijas! ¡Qué bueno es rozarle el vestido, amoldarse a su paso, compartir

su calor! Vamos, que esta mañana he llevado a Delphine a todas partes. Entraba con ella en las tiendas. Y la he acompañado a su casa. ¡Ay, déjeme quedarme con usted! A veces necesitará a alguien para que le haga un recado; y ahí estaré yo. ¡Ah, si el ceporro del alsaciano se muriera, si esa gota que padece tuviera el buen criterio de subírsele al estómago, qué feliz sería mi pobre hija! Sería usted yerno mío, sería su marido ostensiblemente. ¡Bah! Es tan desgraciada porque no le toca nada de los placeres de este mundo que la absuelvo de todo. Dios tiene que estar del lado de los padres que quieren mucho. ¡Y ella lo quiere a usted demasiado! —dijo, asintiendo con la cabeza, tras hacer una pausa—. De camino, me hablaba de usted: «¿Verdad que está bien, padre? ¡Tiene buen corazón! ¿Habla de mí?». ¡Bueno, todo lo que me habrá podido contar desde la calle de Artois hasta el pasaje de Les Panoramas! ¡Tomos enteros! Por fin ha volcado el corazón en el mío. Durante toda esta mañana tan buena ya no era viejo y no pesaba ni una onza. Le dije que me había dado usted el billete de mil francos. ¡Ay, mi niña se emocionó tanto que casi llora! Pero ¿qué es esto que tiene encima de la chimenea? —acabó por decir Goriot, que se moría de impaciencia al ver inmóvil a Rastignac.

Eugène, aturdidísimo, miraba a su vecino con expresión pasmada. Aquel duelo que había anunciado Vautrin para la mañana siguiente contrastaba de forma tan violenta con el cumplimiento de sus esperanzas más caras que notaba todas las sensaciones de las pesadillas. Se volvió hacia la chimenea y divisó la cajita cuadrada, la abrió y encontró dentro un papel bajo el que había un reloj de Bréguet^[21]. En el papel ponía las siguientes palabras: «Quiero que piense en mí a todas horas, *porque sí...* DELPHINE».

Lo último debía de ser una alusión a alguna riña que habían tenido. Eugène se enterneció. Dentro de la caja, en la superficie de oro, estaba el esmalte de sus armas. Aquella joya, que había envidiado tanto tiempo, la leontina, la cuerda, la hechura, los dibujos, respondían a todos sus deseos. Goriot estaba radiante. Sin duda le había prometido a su hija que le contaría las mínimas impresiones de sorpresa que le causase su regalo a Eugène, porque andaba de tercero en aquellas emociones juveniles y no parecía el menos dichoso de los tres. Quería ya a Rastignac por su hija y por cuenta propia.

—Vaya a verla esta noche, lo está esperando. El ceporro del alsaciano cena en casa de su bailarina. Ja, ja, se ha portado como un tonto cuando le ha dicho mi procurador lo que le tenía que decir. ¿Pues no dice que siente adoración por mi hija? Si le pone la mano encima, lo mato. Sólo con pensar que mi Delphine... —suspiró— cometería un crimen, pero no sería un homicidio; es una cabeza de ternero en un cuerpo de cerdo. Me dejará quedarme con usted, ¿verdad?

—Sí, mi buen Goriot, sabe muy bien el cariño que le tengo...

—Ya lo veo; ¡usted no se avergüenza de mí! Deje que le dé un abrazo. —Y

estrechó al estudiante en sus brazos—. ¡La hará muy feliz, tiene que prometérmelo! Irá esta noche, ¿verdad?

—¡Sí, sí! Tengo que salir para unos asuntos que no pueden aplazarse.

—¿Puedo echarle una mano en algo?

—¡Pues la verdad es que sí! Mientras voy a casa de la señora de Nucingen, vaya a casa del señor Taillefer, del padre, para pedirle que me dé hora esta noche para hablarle de un asunto importantísimo.

—¿Será verdad, joven? —dijo Goriot cambiando de cara—. ¿Corteja usted a su hija como dicen esos imbéciles de abajo? ¡Trueno de Dios! ¡Usted no sabe lo que es un cachete de Goriot! Y si nos engañase, lo que le daría sería un puñetazo. ¡Ah, no puede ser!

—Le juro que sólo quiero a una mujer en el mundo —dijo el estudiante—. Sólo lo sé desde hace un momento.

—¡Ay, qué felicidad! —exclamó Goriot.

—Pero —siguió diciendo el estudiante—, el hijo de Taillefer se bate en duelo mañana y he oído decir que iban a matarlo.

—¿Y a usted qué más le da? —dijo Goriot.

—Pero hay que impedir que el hijo vaya... —exclamó Eugène.

En aquel momento lo interrumpió la voz de Vautrin, que sonó en el umbral de su puerta, donde estaba cantando:

¡Oh, Ricardo, oh, mi rey!
El mundo te abandona...

¡Pom! ¡Pom! ¡Pom! ¡Pom! ¡Pom!

Llevo mucho mundo corrido
y por todas partes me han visto...

La, la, lará...

—Señores —voceó Chistophe—, la comida los está esperando y todo el mundo está ya sentado a la mesa.

—Hombre —dijo Vautrin—, ven a coger una botella de mi vino de Burdeos.

—¿Le gusta el reloj? —dijo Goriot—. Tiene buen gusto, ¿eh?

Vautrin, Goriot y Rastignac bajaron al tiempo y, como llegaban tarde, estuvieron sentados juntos a la mesa. Eugène se mostró muy frío con Vautrin durante la cena, aunque el hombre aquel, tan agradable desde el punto de vista de la señora Vauquer, nunca había hecho gala de tanto ingenio. Tuvo salidas chispeantes y supo animar a todos los comensales. Aquella seguridad y aquella sangre fría consternaban a Eugène.

—Pero ¿qué hierba ha pisado hoy? —le dijo la señora Vauquer—. Está más contento que unas pascuas.

—Siempre estoy alegre cuando me han salido bien los negocios.

—¿Negocios? —dijo Eugène.

—Pues sí. He entregado una partida de mercancías que me va a dar buenas comisiones. Señorita Michonneau —dijo, al ver que la solterona lo miraba atentamente—, ¿tengo algo en la cara que no sea de su agrado y por eso me pone *la mirada americana*^[22]? ¡No deje de decirlo! Cambiaré lo que sea para serle agradable. Poiret, no iremos a enfadarnos por esto, ¿eh? —dijo, mirando de reojo al anciano empleado.

—¡Carambolas! Debería posar para un Hércules Bromista —le dijo el pintor joven a Vautrin.

—Pues por qué no, a fe mía. Siempre y cuando la señorita Michonneau acceda a posar de Venus de Le Père-Lachaise —contestó Vautrin.

—¿Y Poiret? —dijo Bianchon.

—Ah, Poiret posará de Poiret. ¡Será el dios de los jardines! —exclamó Vautrin—. Su apellido viene de pera...

—Pero ¡no hay que pedirle peras al olmo! —añadió Bianchon.

—¡Todo eso no son sino bobadas —dijo la señora Vauquer—, y más valdría que nos sirviera ese vino de Burdeos suyo, del que estoy viendo asomar una botella! Nos haría seguir de buen humor, y además es bueno para el estómago.

—Caballeros —dijo Vautrin—, la señora presidenta nos llama al orden. La señora Couture y la señorita Victorine no se escandalizarán de sus dichos jocosos; pero respeten la inocencia de Goriot. Les propongo una *botellorama* de vino de Burdeos, que el apellido Laffite convierte en doblemente ilustre, dicho sea sin alusiones políticas. ¡Vamos, mequetrefe! —dijo, mirando a Christophe, que no se movió—. ¡Aquí, Christophe! ¿Cómo, no atiendes a tu nombre? ¡Mequetrefe, trae el líquido!

—Aquí lo tiene, señor —dijo Christophe, presentándole la botella.

Tras llenar el vaso de Eugène y el de Goriot, se echó despacio unas cuantas gotas y las paladeó mientras sus dos vecinos de mesa bebían; y, de pronto, hizo una mueca.

—¡Demonios, demonios! Huele a corcho. Quédate con la botella para ti, Christophe, y ve a buscar más; a la derecha, ya sabes. Somos dieciséis, baja ocho botellas.

—Ya que invita —dijo el pintor—, yo también invito a castañas.

—¡Vaya, vaya!

—¡Buuuuuuuu!

—¡Prrrr!

Todo el mundo lanzó exclamaciones que salieron disparadas como los cohetes de una girándula.

—Venga, mamá Vauquer, dos de champán —le gritó Vautrin.

—¡Sí, justo! ¿Y por qué no me pide la casa? ¡Dos de champán! ¡Eso cuesta doce

francos! ¡Como si yo los ganara! Pero, si el señor Eugène lo paga, yo invito a aguardiente de grosellas.

—Ya estamos con ese aguardiente suyo que purga como la resina del fresno del maná —dijo el estudiante de Medicina en voz baja.

—Haz el favor de callarte, Bianchon —exclamó Rastignac—, que no puedo oír hablar de maná sin que el estómago... Sí, bien está lo del vino de Champaña, yo invito —añadió el estudiante.

—Sylvie —dijo la señora Vauquer—, saque las pastas y los bizcochitos.

—Esos bizcochitos suyos han crecido demasiado —dijo Vautrin—; les ha salido barba. Pero adelante con las pastas.

Enseguida fue pasando el vino de Burdeos, los comensales se animaron, el buen humor fue a más. Hubo risas feroces, entre las que estallaban algunas imitaciones de voces de animales diversos. Como al empleado del Museo de Ciencias se le ocurrió imitar un pregón parisino que tenía cierta analogía con el maullido de un gato enamorado, otras ocho voces berrearón a un tiempo las frases siguientes:

—¡El afilador!

—¡Pamplinas para los pajaritos!

—¡Al rico barquillo!

—¡El lañador!

—¡Ostras, ostras frescas!

—¡Sacuda la ropa, sacuda el sofá, sacuda a la mujer por cinco céntimos!

—¡Ropa vieja que vender! ¡El traperero!

—¡Qué dulces llevo las cerezas!

La palma se la llevó Bianchon por el tono gangoso con que voceó:

—¡El paraguero!

En pocos momentos se organizó todo un escándalo que hacía estallar la cabeza, una conversación llena de incongruencias, una auténtica ópera que Vautrin dirigía como un director de orquesta mientras vigilaba a Eugène y a Goriot, que parecía que estaban ya borrachos. Con la espalda apoyada en la silla, los dos miraban aquel desorden desacostumbrado con expresión circunspecta y bebían poco; los dos estaban pensando en lo que tenían que hacer en la velada y, sin embargo, se sentían incapaces de levantarse. Vautrin, que los miraba de reojo, pendiente de los cambios de su fisonomía, aprovechó el momento en que se les pusieron los ojos en blanco y pareció que se les iban a cerrar para arrimarse al oído de Rastignac y decirle:

—Muchachito, no somos lo suficientemente avisados para luchar con nuestro papá Vautrin y él lo quiere demasiado para dejar que haga tonterías. Cuando he decidido una cosa, sólo Dios es capaz de cerrarme el paso. ¡Así que queríamos ir a avisar al bueno de Taillefer y caer en errores de colegial! El horno está caliente, la harina amasada y el pan en la pala; mañana nos saltarán las migas por encima de la

cabeza cuando le hinguemos el diente. ¿Y no íbamos a meterlo a cocer? ¡No, no, cocerá enterito! Si notamos algún remordimiento de nada, la digestión se lo llevará. Y, entre tanto, vamos a echar un sueñecito; el coronel conde Franchessini le abrirá la herencia de Michel Taillefer con la punta de la espada. Y, cuando herede de su hermano, Victorine tendrá sus buenos quince mil francos de renta. Ya me he informado y sé que la herencia de la madre asciende a más de trescientos mil.

Eugène oía esas palabras sin poder contestar, notaba la lengua pegada al paladar y era presa de una soñolencia invencible; ya no veía la mesa y las caras de los comensales más que a través de una niebla luminosa. No tardó el ruido en calmarse y los huéspedes se fueron yendo de uno en uno. Luego, cuando ya sólo quedaban la señora Vauquer, la señora Couture, la señorita Victorine, Vautrin y Goriot, Rastignac divisó, como si soñara, a la señora Vauquer que andaba recogiendo las botellas para vaciar lo que quedaba en ellas y llenar otras botellas.

—¡Ay, qué locos son y qué jóvenes! —decía la viuda.

Fue la última frase cuyo sentido pudo entender Eugène.

—Francachelas así sólo las sabe organizar el señor Vautrin —dijo Sylvie—. Vaya, ahí está Christophe roncando a pierna suelta.

—Adiós, mamá —dijo Vautrin—. Me voy al bulevar a admirar al señor Marty en *Le mont sauvage*^[23], una obra estupenda sacada de *Le solitaire*. Si quiere ir, la llevo. Y a estas señoras también.

—Se lo agradezco mucho —dijo la señora Couture.

—¡Cómo, vecina! —exclamó la señora Vauquer—. ¿No quiere ir a ver una función sacada de *Le solitaire*, una obra de Atala de Chateaubriand y que tanto nos gustaba leer y que es tan bonita que llorábamos como Madgalenas con Élodie, bajo los *tijos* el verano pasado, una obra virtuosa, vamos, que puede serle instructiva a la señorita?

—Tenemos prohibido ir al teatro —contestó Victorine.

—Y éstos se han privado —dijo Vautrin, sacudiéndoles de forma cómica la cabeza a Goriot y a Eugène.

Le colocó la cabeza al estudiante en la silla para que pudiera dormir a gusto, le dio un beso efusivo en la frente y cantó:

¡Duerme, amor mío, duerme!

Yo te velaré siempre.

—Me da miedo que se ponga enfermo —dijo Victorine.

—Pues entonces quédese a cuidarlo —contestó Vautrin—. Ésa es su obligación de mujer sumisa —le dijo al oído en un soplo—. Este joven la adora y va usted a ser su mujercita, se lo predigo. En pocas palabras —dijo en voz alta—: *en todo el país los respetaron mucho, vivieron felices y tuvieron muchos niños*. Así es como acaban

todas las novelas de amor. Venga, mamá —dijo, volviéndose hacia la señora Vauquer y abrazándola—, póngase el sombrero, el vestido bonito de flores y el chal de la condesa. Voy a ir a buscarle un coche en persona.

Y se fue, cantando:

Sol, sol, ay, sol divino
que maduras las calabazas.

—¡Dios santo, mire, señora Couture, yo con este hombre es que viviría feliz en los tejados! Vamos —dijo, volviéndose hacia el fabricante de fideos—, y Goriot en las nubes. Al mísero este nunca se le ocurrió llevarme a ningún sitio. Pero ¡por Dios, si se va a caer al suelo! ¡Menuda indecencia en un hombre de su edad perder así el sentido! Claro que me dirán que no se puede perder lo que no se tiene. Sylvie, súbalo a su cuarto.

Sylvie agarró al pobre hombre por debajo de los brazos, lo obligó a caminar y, como si fuera un paquete, lo cruzó, vestido, encima de la cama.

—Pobre muchacho —decía la señora Couture, apartándole a Eugène el pelo, que le caía en los ojos—. Es como una jovencita, no sabe qué son los excesos.

—Desde luego —dijo la señora Vauquer—, puedo decir que llevo treinta y un años con esta casa de huéspedes y que me han pasado muchos jóvenes por las manos, como suele decirse; pero nunca he visto ninguno tan simpático ni tan distinguido como el señor Eugène. ¡Lo guapo que está cuando duerme! Que le apoye la cabeza en el hombro, señora Couture. ¡Vaya! Se le cae hacia el hombro de la señorita Victorine: hay un dios para los niños. Un poco más y se abre la cabeza con el chirimbolo de la silla. Qué buena pareja harían los dos.

—¡Callese, vecina! —exclamó la señora Couture—. Dice usted unas cosas...

—¡Bah! —dijo la señora Vauquer—. No me oye. Vamos, Sylvie, ven a vestirme. Voy a ponerme el corsé grande.

—¡El corsé grande después de cenar, señora! —dijo Sylvie—. Ni hablar, busque a otra que se lo apriete, que no pienso ser yo quien la asesine. Va a cometer una imprudencia que podría costarle la vida.

—Me da lo mismo. Hay que hacerle los honores al señor Vautrin.

—¿Tanto cariño les tiene usted a sus herederos?

—Venga, Sylvie, déjate de razonamientos.

—¡A su edad! —dijo la sirvienta, mirando a Victorine y señalándole a su señora.

La señora Couture y su pupila, en cuyo hombro dormía Eugène, se quedaron solas en el comedor. Los ronquidos de Christophe retumbaban en la casa silenciosa y hacían que destacase el sueño apacible de Eugène, que dormía con el mismo encanto de un niño. Dichosa al poder permitirse uno de esos actos caritativos en que se desahogan los sentimientos femeninos y que le permitía, sin cometer una acción

criminal, notar cómo latía el corazón del joven arrimado al suyo, Victorine tenía en la expresión algo maternalmente protector que le infundía orgullo. Entre los mil pensamientos que se le alzaban en el corazón, se abría paso un tumultuoso arrebató de voluptuosidad que se exacerbaba con el intercambio de una calidez juvenil y pura.

—¡Pobre hija mía querida! —dijo la señora Couture apretándole la mano.

La anciana admiraba aquel rostro cándido y doloroso al que había bajado la aureola de la felicidad. Victorine parecía uno de esos ingenuos cuadros de la Edad Media en los que el artista descuidó todos los accesorios y reservó la magia de un pincel sosegado y orgulloso para la figura de tono amarillo, pero donde el cielo parece reflejarse con sus toques de oro.

—Pues no ha bebido más de dos vasos, mamá —dijo Victorine, pasándole los dedos por el pelo a Eugène.

—Pero, si hubiera sido un libertino, hija mía, habría aguantado el vino como los demás. Que se haya embriagado lo honra.

Retumbó en la calle el ruido de un coche.

—Mamá —dijo la joven—, aquí llega el señor Vautrin. Coja al señor Eugène. No me gustaría que me viera así ese hombre, pone unas expresiones que ensucian el alma y tiene unas miradas que apuran a una mujer como si le quitasen el vestido.

—No —dijo la señora Couture—, estás equivocada. El señor Vautrin es un buen hombre; el señor Couture era por el estilo, brusco, pero bueno, un benefactor gruñón.

En ese momento entró sin hacer ruido Vautrin y se fijó en el cuadro que formaban los dos niños, a los que parecía acariciar el resplandor de la lámpara.

—Vaya —dijo, cruzando los brazos—, ésta es de esas escenas que le habrían inspirado páginas hermosas a aquel buen Bernadin de Saint-Pierre, el autor de *Paul y Virginie*. Qué hermosa es la juventud, señora Couture. Duerme, pobre niño —dijo contemplando a Eugène—, a veces las cosas buenas le llegan a uno mientras duerme. Señora —añadió, hablando con la viuda—, lo que me hace tenerle apego a este joven, lo que me conmueve, es saber que la hermosura del alma le armoniza con la cara. ¡A ver si no es un querubín posado en el hombro de un ángel! ¡Qué digno es de que lo amen! Si fuera mujer, querría morir (¡no, qué necedad!), querría vivir para él. Al admirarlos así, señora —dijo en voz baja, arimándosele al oído a la viuda—, no puedo por menos de pensar que Dios los creó para que se perteneciesen mutuamente. Los caminos de la Providencia están muy ocultos, y ella escudriña el corazón y prueba las fuerzas —exclamó en voz alta—. Al ver que sois únicos, hijos míos, al ver que os une la misma pureza y todos los sentimientos humanos, me digo que es imposible que estéis nunca separados en el futuro. Dios es justo. Pero —le dijo a la joven— me parece haberle visto líneas de prosperidad. Deme la mano, señorita Victorine. Soy entendido en quiromancia y he dicho muchas veces la buena ventura. Vamos, no tenga miedo. ¡Ah! ¿Qué veo? Palabra de hombre honrado de que va usted

a ser una de las herederas más ricas de París. Colmará de dicha al hombre que la ama. Su padre de usted la llama a su lado. Se casa con un hombre noble, joven, guapo y que la adora.

En aquel momento, los pasos recios de la presumida viuda, que bajaba, interrumpieron las profecías de Vautrin.

—Aquí llega mamá Vauquer, hermosa como un astrrrro, empaquetada como una zanahoria. ¿No estamos un poquitín asfixiados? —le preguntó poniéndole la mano en la parte de arriba de las ballenas—. Muy apretada lleva la espetera, mamá. Como lloremos, habrá una explosión; pero recogeré los restos como un anticuario primoroso.

—¡Qué bien conoce este hombre el lenguaje de la galantería francesa! —le dijo la viuda al oído a la señora Couture.

—Adiós, niños —añadió Vautrin, volviéndose hacia Eugène y Victorine—. Yo os bendigo —les dijo, imponiéndoles las manos en la cabeza—. Créame, señorita, los ojos de un hombre honrado no son ninguna tontería, tienen que traer suerte, Dios los oye.

—Adiós, querida amiga —le dijo la señora Vauquer a su huésped—. ¿Cree usted —añadió en voz baja— que el señor Vautrin lleva alguna intención conmigo?

—Pues...

—¡Ay, mi querida madre! —dijo Victorine suspirando cuando las dos mujeres se quedaron solas—. ¿Y si este buen señor Vautrin dijera la verdad?

—Pues para eso sólo hace falta una cosa —respondió la anciana—: que el monstruo de tu hermano se caiga del caballo.

—¡Ay, mamá!

—Bueno, pues, si es pecado desearle un mal al enemigo de una —siguió diciendo la viuda—, ya haré penitencia. La verdad es que le llevaré de mil amores flores a la tumba. ¡Qué mal corazón! No tiene valor para sacar la cara por su madre y se queda, en perjuicio tuyo, con su herencia a fuerza de gatuperios. Mi prima tenía una buena fortuna. Para desgracia tuya, en el contrato nunca se mencionó qué aportaba al matrimonio.

—La felicidad me resultaría penosa de soportar en muchas ocasiones si le costara la vida a alguien —dijo Victorine—. Y si para que yo fuera feliz tuviese que desaparecer mi hermano, preferiría quedarme para siempre donde estoy.

—Por Dios, como dice ese buen señor Vautrin, quien, ya lo ves, rebosa religión —contestó la señora Couture—; me ha agradado saber que no es un incrédulo como los demás, que hablan de Dios con menos respeto del que le tiene el diablo. Bueno, pues ¿a quién le es dado saber por qué caminos gusta de llevarnos la Providencia?

Con la ayuda de Sylvie, ambas mujeres trasladaron por fin a Eugène a su cuarto, lo echaron en la cama y la cocinera le desabrochó la ropa para que estuviera a gusto.

Antes de irse, y cuando estaba de espaldas su benefactora, Victorine le dio un beso en la frente a Eugène con toda la dicha que no podía por menos de causarle aquel botín criminal. Miró su cuarto; agrupó, por así decirlo, en un único pensamiento las mil venturas de aquel día; compuso con ellas un cuadro que estuvo contemplando mucho rato y se durmió siendo el ser más feliz de todo París. El festejo que aprovechó Vautrin para darles de beber a Eugène y a Goriot vino con un narcótico determinó la pérdida de aquel hombre. A Bianchon, medio borracho, se le olvidó hacerle preguntas acerca de Burlamuerte a la señorita Michonneau. Si hubiera pronunciado esta palabra, no cabe duda de que habría alertado la prudencia de Vautrin o, por llamarlo con su nombre, de Jacques Collin, una de las celebridades del presidio. Además, el mote de Venus de Le Père-Lachaise decidió a la señorita Michonneau a entregar al presidiario en el preciso momento en que, confiando en la generosidad de Collin, estaba echando la cuenta de si no valdría más avisarlo y ayudarlo a escapar durante la noche. Acababa de salir, en compañía de Poiret, para ir a ver al célebre jefe del cuerpo de policía de seguridad a la callejuela de Sainte-Anne, aún en la creencia de que estaba tratando con un empleado superior apellidado Gondureau. El director de la policía judicial la recibió con gran amabilidad. Luego, tras una conversación en que todo quedó concretado, la señorita Michonneau pidió la poción con cuya ayuda tenía que proceder a comprobar la existencia de la marca. Al ver el gesto de satisfacción que hizo el gran hombre de la callejuela de Sainte-Anne mientras buscaba un frasquito en un cajón de su escritorio, la señorita Michonneau adivinó que en aquella captura había algo de mayor importancia que la detención de un simple presidiario. A fuerza de cavilar, sospechó que la policía tenía la esperanza, según unas cuantas revelaciones de los traidores del presidio, de llegar a tiempo de ponerles la mano encima a unos valores considerables. Cuando hubo manifestado sus conjeturas al zorro aquel, éste empezó a sonreír y quiso desviar las sospechas de la solterona.

—Está equivocada —dijo—, Collin es la *mollera* más peligrosa que haya existido nunca en el mundo de los ladrones. Y no hay nada más. Esos pillos lo saben bien; es su bandera, su sostén, su Bonaparte, vamos; todos lo quieren. Ese pícaro no nos dejará nunca el *melón* en la plaza de Grève^[24].

Como la señorita Michonneau no lo entendía, Gondureau le explicó las dos palabras de jerga que había usado. «Mollera» y «melón» son dos expresiones enérgicas en la lengua de los ladrones, que fueron los primeros en sentir la necesidad de considerar la cabeza humana desde dos puntos de vista. La «mollera» es la cabeza del hombre vivo, la parte que aconseja, el pensamiento. El «melón» es una palabra despectiva que quiere expresar hasta qué punto se convierte la cabeza en poca cosa después de cortada.

—Collin se nos escabulle —siguió diciendo—. Cuando nos encontramos con hombres así, que son como barras de acero con temple inglés, nos queda el recurso de

matarlos si, al ir a detenerlos, se les ocurre resistirse mínimamente. Contamos, para matar a Collin, con que mañana por la mañana ocurran algunos hechos violentos. Así nos ahorramos el juicio, los gastos de custodia y la comida y es una forma de limpiar la sociedad. Los trámites judiciales, la designación de testigos, sus dietas, la ejecución, todo lo que debe, según la ley, librarnos de esos bribones cuesta más de los mil escudos que se va a llevar usted. Y ahorramos tiempo. Dándole un buen bayonetazo en la tripa a Burlamuerte impediremos cien crímenes y evitaremos que se corrompan cincuenta malas personas que se quedarán, muy formalitas, por las intermediaciones del penal. Eso es una policía que funciona bien. Según los filántropos auténticos, actuar así es prevenir los crímenes.

—Pero es servir al país de uno —dijo Poiret.

—Qué cosas tan sensatas dice usted esta noche —contestó el jefe—. Sí, desde luego, servimos al país. Así que la gente es muy injusta con nosotros. Prestamos a la sociedad unos servicios tremendos que nadie conoce. En fin, es de hombres superiores estar por encima de los prejuicios; y es de cristianos aceptar las desgracias que acarrea el bien cuando no se hace a tenor de las ideas preconcebidas. París es París, ¿sabe? Esta palabra explica mi vida. Muy buenas noches, señorita. Estaré mañana con mi gente en el Jardin-du-Roi. Envíe a Christophe a la calle de Buffon, a casa del señor Gondureau, la casa donde estaba yo. Mis respetos, caballero. Si alguna vez le roban algo, recurra a mí para que se lo recuperen, estoy a su disposición.

—¡Vaya! —le dijo Poiret a la señorita Michonneau—. Y hay imbéciles a quienes saca de sus casillas la palabra «policía». Este caballero es amabilísimo; y lo que le pide a usted no puede ser más sencillo.

El día siguiente iba a contar entre los días más extraordinarios de la historia de la Casa Vauquer. Hasta entonces, el acontecimiento más sobresaliente de aquella vida apacible había sido la aparición meteórica de la falsa condesa de L'Ambermesnil. Pero todo iba a palidecer ante las peripecias de aquel gran día, que saldría a relucir eternamente en las conversaciones de la señora Vauquer. Para empezar, Goriot y Eugène de Rastignac durmieron hasta las once. La señora Vauquer, que había vuelto de La Gaîté a medianoche, se quedó en la cama hasta las diez y media. El prolongado sueño de Christophe, que se había acabado el vino que le regaló Vautrin, causó retrasos en el servicio de la casa. Poiret y la señorita Michonneau no se quejaron del retraso del almuerzo. Y a la señora Couture y a Victorine se les pegaron las sábanas. Vautrin salió antes de las ocho y volvió en el preciso momento en que servían el almuerzo. No hubo, pues, reclamación alguna cuando, a eso de las once y cuarto, Sylvie y Christophe llamaron a todas las puertas para avisar de que el almuerzo estaba en la mesa. Mientras estaban ausentes Sylvie y el criado, la señorita Michonneau, que bajó antes que nadie, echó el licor en el vaso de plata de Vautrin, en que la nata de su café se estaba calentando al baño María, entre las demás tazas. La

solterona había contado con aquella peculiaridad de la casa de huéspedes para llevar a cabo la jugada. No fue cosa fácil que se reunieran los siete huéspedes. Cuando bajaba, desperezándose, Eugène, que llegaba el último, un recadero le entregó una carta de la señora de Nucingen. Esta carta decía lo siguiente:

No tengo con usted ni vanidad fingida ni enfado, amigo mío. Lo esperé hasta las dos de la madrugada. ¡Esperar a una persona a quien se ama! Quien haya conocido ese suplicio no se lo impone a nadie. Debo creer que es la primera vez que ama usted. ¿Qué ha pasado? Me invadió la intranquilidad. Si no hubiera temido que se supieran los secretos de mi corazón, habría ido a enterarme de qué le sucedía, venturoso o desventurado. Pero salir a esas horas, tanto a pie como en coche, ¿no era acaso perderse? He notado la desdicha de ser mujer. Tranquilíceme, explíqueme por qué no vino después de lo que le dijo mi padre. Me enojaré, pero lo perdonaré. ¿Está enfermo? ¿Por qué vivirá tan lejos? Una palabra, se lo ruego encarecidamente. Hasta pronto, ¿verdad? Me bastará con una palabra si está ocupado. Diga que ya viene o diga que sufre. Pero ¡si estuviera enfermo, mi padre habría venido a decírmelo! ¿Qué ha sucedido pues...?

—Sí, ¿qué ha sucedido? —exclamó Eugène, que se abalanzó dentro del comedor arrugando la carta sin haber acabado de leerla—. ¿Qué hora es?

—Las once y media —dijo Vautrin, echándose azúcar en el café.

El presidiario evadido le lanzó a Eugène la mirada fríamente fascinadora que es el don de algunos hombres eminentemente hipnotizadores y que, a lo que dicen, tranquiliza a los dementes desahogados en las casas de locos. Eugène se estremeció con todos los miembros. Se oyó el ruido de un coche de punto en la calle y un criado con la librea del señor Taillefer, a quien reconoció en el acto la señora Couture, entró atropelladamente y con expresión despavorida.

—Señorita —exclamó—, su señor padre la manda buscar. Ha ocurrido una gran desgracia. El señor Frédéric se ha batido en duelo, lo han herido con una espada en la frente y los médicos no cuentan con salvarlo; tendrá usted el tiempo justo de despedirse de él; ya no conoce.

—¡Pobre muchacho! —exclamó Vautrin—. ¿Cómo puede ser que alguien se meta en peleas cuando tiene sus buenos treinta mil francos de renta? Definitivamente, la juventud no sabe comportarse.

—¡Caballero! —le gritó Eugène.

—¿Qué, qué ocurre, niño grande? —dijo Vautrin mientras se terminaba el café, operación que la señorita Michonneau seguía con la mirada con demasiada atención para que la inmutase el acontecimiento extraordinario que había dejado estupefacto a todo el mundo—. ¿Acaso no hay duelos todas las mañanas en París?

—Voy con usted, Victorine —decía la señora Couture.

Y las dos mujeres salieron volando, sin chal ni sombrero. Antes de irse, Victorine, con los ojos llenos de lágrimas, miró a Eugène como diciéndole: «¡No creía que nuestra felicidad fuera a costarme lágrimas!».

—Pero ¡bueno! ¿Es que es usted profeta, señor Vautrin? —dijo la señora Vauquer.

—Yo soy de todo —dijo Jacques Collin.

—¡Qué curioso! —siguió diciendo la señora Vauquer, enhebrando una retahíla de frases a propósito del acontecimiento—. La muerte nos llega sin consultarnos. Muchas veces los jóvenes se van antes que los viejos. Tenemos suerte, las mujeres, porque no nos obligan los duelos, pero tenemos otras enfermedades que no tienen los hombres. ¡Tenemos a los hijos, y el mal de madre dura mucho! ¡Qué buena sombra tiene Victorine! A su padre no le va a quedar más remedio que adoptarla.

—¡Así son las cosas! —dijo Vautrin, mirando a Eugène—; ayer estaba sin un céntimo y esta mañana tiene varios millones.

—Oiga, señor Eugène —exclamó la señora Vauquer—, no podía haber puesto la mirada en mejor sitio.

Al oír que lo interpelaban así, Goriot miró al estudiante y le vio en la mano la carta arrugada.

—¡No ha terminado de leerla! ¿Y eso qué significa? ¿Será que es usted como los demás? —le preguntó.

—Señora, no me casaré nunca con la señorita Victorine —dijo Eugène, dirigiéndose a la señora Vauquer con un sentimiento de espanto y de asco que sorprendió a los asistentes.

Goriot le cogió la mano al estudiante y se la estrechó; habría querido besársela.

—¡Bah! —dijo Vautrin—. Los italianos dicen algo muy atinado: *col tempo!*

—Espero respuesta —le dijo a Rastignac el recadero de la señora de Nucingen.

—Diga que iré.

El hombre se fue. Eugène se hallaba en un estado de violenta irritación que no le permitía ser prudente.

—¿Qué hacer? —decía en voz alta, hablando consigo mismo—. ¡No hay pruebas!

Vautrin sonrió. En aquellos momentos estaba empezando a obrar la poción que ya había absorbido el estómago. Pero el presidiario era tan robusto que se puso de pie, miró a Rastignac y le dijo con voz hueca:

—Joven, las cosas buenas le llegan a uno mientras duerme.

Y se desplomó de repente, como muerto.

—Así que hay una justicia divina —dijo Eugène.

—Pero ¿qué le ha entrado a este pobre señor Vautrin?

—Una apoplejía —exclamó la señorita Michonneau.

—Sylvie, venga, hija mía, vete a buscar al médico —dijo la viuda—. ¡Ay, señor Rastignac, vaya corriendo a casa del señor Bianchon! A lo mejor Sylvie no encuentra a nuestro médico, al señor Grimpel.

Rastignac, encantado de tener un pretexto para salir de aquella caverna espantosa, se marchó a toda prisa.

—Hala, Christophe, vete a todo correr a la botica y pide algo para la apoplejía. Christophe salió.

—Pero Goriot, ayúdenos a llevarlo arriba, a su cuarto.

Agarraron a Vautrin, maniobraron con él por las escaleras y lo tendieron en la cama.

—No les sirvo a ustedes para nada, voy a ver a mi hija —dijo el señor Goriot.

—¡Viejo egoísta! —exclamó la señora Vauquer—. ¡Ojalá te mueras como un perro!

—Vaya a ver si tiene éter —le dijo a la señora Vauquer la señorita Michonneau, quien con la ayuda de Poiret le había desabrochado la ropa a Vautrin.

La señora Vauquer bajó a su cuarto y dejó a la señorita Michonneau dueña y señora del campo de batalla.

—¡Venga, quítele la camisa y dele ya la vuelta! Sirva para algo y ahórreme ver desnudeces —le dijo a Poiret—. Se queda usted ahí como un papamoscas.

Cuando Vautrin estuvo vuelto del otro lado, la señorita Michonneau le dio al enfermo en el hombro una fuerte palmada y las dos letras fatales aparecieron en blanco en el centro de la rojez.

—Anda, qué pronto se ha ganado usted la gratificación de tres mil francos —exclamó Poiret sosteniendo a Vautrin incorporado mientras la señorita Michonneau volvía a ponerle la camisa—. ¡Uf, lo que pesa! —añadió según lo volvía a tumbar.

—Cállese. ¿Y si hubiera una caja? —dijo prestamente la solterona, cuyos ojos parecían atravesar las paredes por la avidez con la que pasaba revista a los menores muebles de la habitación—. Si pudiéramos abrir ese secreter con cualquier pretexto —añadió.

—A lo mejor no estaba bien —contestó Poiret.

—No. El dinero robado, como ha sido de todo el mundo, ya no es de nadie. Pero no nos da tiempo —repuso ella—. Ya oigo a la Vauquer.

—Aquí está el éter —dijo la señora Vauquer—. ¡Está visto que hoy es el día de las aventuras! ¡Dios santo! Este hombre no puede estar enfermo, está blanco como un pollo.

—¿Como un pollo? —repitió Poiret.

—Le late el corazón con regularidad —dijo la viuda, poniéndole una mano en el corazón.

—¿Con regularidad? —dijo Poiret extrañado.

—Está estupendamente.

—¿Usted cree? —preguntó Poiret.

—¡Vaya que sí! Parece que está durmiendo. Sylvie ha ido a buscar a un médico. Mire, señorita Michonneau, le hace ascos al éter. ¡Ah! Es un espasmo. El pulso lo tiene firme. Es fuerte como un turco. Mire, señorita, qué palatina tiene en el estómago. ¡Este hombre vivirá cien años! No se le cae la peluca. Anda, va pegada; lleva pelo postizo porque es pelirrojo. ¡Dicen que los pelirrojos son o muy buenos o

muy malos! ¿Será él de los buenos?

—Bueno para que lo cuelguen —dijo Poiret.

—Del cuello de una mujer bonita querrá usted decir —exclamó con vehemencia la señorita Michonneau—. Hala, váyase, señor Poiret. A las mujeres nos toca cuidar a los hombres cuando están malos. Además, para lo que nos vale usted, bien puede ir a dar una vuelta —añadió—. La señora Vauquer y yo nos bastamos para atender al querido señor Vautrin.

Poiret se fue sin hacer ruido y sin refunfuñar, como un perro al que el amo da una patada. Rastignac había salido a dar una vuelta, a tomar el aire, se asfixiaba. Aquel crimen cometido a hora fija había querido él impedirlo la víspera. ¿Qué había pasado? ¿Qué tenía que hacer? Se estremecía al pensar que podría ser cómplice. La sangre fría de Vautrin lo seguía espantando.

«Pero ¿y si Vautrin muriera sin hablar?», se decía.

Iba por las avenidas de Le Luxembourg como si lo acosara una jauría de perros y le parecía oír los ladridos.

—¿Qué, has leído *Le Pilote*? —le gritó Bianchon.

Le Pilote era una hoja radical que dirigía el señor Tissot y sacaba para provincias, pocas horas después de los periódicos de la mañana, una edición donde venían las noticias del día que llevaban entonces veinticuatro horas de adelanto sobre las demás publicaciones de fuera de París.

—Trae una historia que merece la pena —dijo el interno del hospital Cochin—. El hijo de Taillefer se ha batido en duelo con el conde Franchessini, de la vieja guardia, que le ha metido dos pulgadas de hierro por la frente. Y ahora esa niña, Victorine, es uno de los mejores partidos de París. ¡Anda que si lo hubiéramos sabido! ¡Menudo treinta y cuarenta es la muerte! ¿Es verdad que a ti Victorine te miraba con buenos ojos?

—Calla, Bianchon, no me casaré nunca con ella. Quiero a una mujer deliciosa y ella me quiere...

—Lo dices como si anduvieras como loco para no ser infiel. Enséñame a una sola mujer que se merezca que le sacrifiquen la fortuna del tal Taillefer.

—¿Es que todos los demonios me persiguen? —exclamó Rastignac.

—¿Con quién te enfadas? ¿Estás loco? Dame la mano, que te voy a tomar el pulso —dijo Bianchon—. Tienes fiebre.

—Anda, ve a casa de la Vauquer —le dijo Eugène—. El sinvergüenza de Vautrin acaba de caerse al suelo como si estuviera muerto.

—¡Ah! —dijo Bianchon, dejando solo a Rastignac—, me confirmas unas sospechas que quiero ir a comprobar.

El prolongado paseo del estudiante en Leyes fue solemne. Dio, como quien dice, la vuelta a su conciencia. Raspó, se examinó a sí mismo, titubeó, pero al menos su

probidad salió de aquel áspero y terrible debate puesta a prueba como una barra de hierro que resiste a todos los intentos. Recordó las confidencias que le había hecho la víspera Goriot, se le vino a la memoria el piso que le habían escogido, cerca de Delphine, en la calle de Artois; volvió a coger la carta, la leyó de nuevo, la besó. «Un amor así es mi ancla de salvación —se dijo—. A ese pobre anciano lo ha hecho padecer mucho el corazón. No dice nada de sus penas, pero ¿quién no las adivinaría? Pues lo cuidaré como a un padre y le daré mil motivos para disfrutar. Si ella me quiere, vendrá con frecuencia a mi casa para pasar el día con él. Esa gran condesa de Restaud es una infame, pondría a su padre de portero. ¡Querida Delphine! Se porta mejor con el pobre hombre; es digna de que la quieran. ¡Ay, así que esta noche seré feliz! —Sacó el reloj y lo admiró—. ¡Todo me ha salido bien! Cuando las personas se quieren mucho para siempre pueden ayudarse entre sí, puedo aceptar esto. Además, seguro que llegaré donde quiero llegar y podré devolverlo todo multiplicado por cien. No hay en esta relación ni crimen ni nada que pueda hacer fruncir el ceño a la virtud más adusta. ¡Cuántas personas honradas contraen uniones así! No engañamos a nadie; y lo que envilece es la mentira. ¿Mentir no es acaso abdicar? Ella lleva mucho separada de su marido. Y, además, ya le diré yo al alsaciano ese que me ceda a una mujer a la que no es capaz de hacer feliz».

El combate de Rastignac duró mucho rato. Aunque los méritos de la juventud no pudieran por menos de alzarse con la victoria, una invencible curiosidad lo devolvió no obstante, a eso de las cuatro y media, cuando ya estaba oscureciendo, a la Casa Vauquer, de la que se juraba a sí mismo irse para siempre. Quería saber si Vautrin había muerto. Tras ocurrírsele administrarle un vomitivo, Bianchon había enviado al hospital los vómitos de Vautrin para que los analizaran químicamente. Al ver cuánto insistía la señorita Michonneau para que los tirasen, las dudas de Bianchon cobraron fuerza. Vautrin, por lo demás, se restableció con demasiada rapidez para que Bianchon no sospechase la existencia de una conspiración contra el jovial animador de la casa de huéspedes. A la hora en que regresó Rastignac, Vautrin estaba, pues, de pie junto a la estufa del comedor. Llegados más temprano que de costumbre debido a la noticia del duelo del hijo de Taillefer, los huéspedes, con la curiosidad de enterarse de los detalles del asunto y de la influencia que había tenido en el destino de Victorine, estaban ya reunidos, con la excepción de Goriot, y charlaban acerca del suceso. Cuando entró Eugène, se le cruzaron los ojos con los del imperturbable Vautrin, cuya mirada lo caló hasta tan dentro del corazón e hizo vibrar con tal fuerza unas cuantas cuerdas perversas que le entraron escalofríos.

—Ya ve, mi querido niño —le dijo el presidiario evadido—, que aún falta mucho para que la Descarnada acierte conmigo. Según estas señoras, he soportado victoriosamente un ataque que tendría que haber matado a un buey.

—¡Ay, bien puede usted decir a un toro! —exclamó la viuda Vauquer.

—¿Acaso lo contraría verme vivo? —le dijo Vautrin al oído a Rastignac, cuyo pensamiento creyó adivinar—. ¡Eso sería propio de un hombre rematadamente entero!

—La señorita Michonneau mencionaba anteayer a un señor a quien apodaban Burlamuerte —dijo Bianchon—; a fe mía que a usted le iría bien ese nombre.

Esta palabra golpeó a Vautrin como un rayo: se puso pálido y se tambaleó; su mirada magnética envolvió en un halo de sol a la señorita Michonneau, a quien le dobló las piernas aquel chorro de voluntad. La solterona se desplomó en una silla. Poirot se colocó a toda prisa entre ella y Vautrin, cayendo en la cuenta de que estaba en peligro, pues la cara del presidiario se volvió ferozmente expresiva, dejando de lado la máscara bonachona tras la que ocultaba su auténtica forma de ser. Sin entender nada aún de aquel drama, todos los huéspedes se quedaron pasmados. En aquel momento, se oyeron los pasos de varios hombres y el ruido de unos cuantos fusiles con que unos soldados golpearon los adoquines de la calle. En el preciso instante en que Collin buscaba mecánicamente una salida, mirando las ventanas y las paredes, aparecieron cuatro hombres en la puerta del salón. El primero de ellos era el jefe del cuerpo de policía de seguridad, los otros tres eran comisarios de paz.

—En nombre de la ley y del rey —dijo uno de los comisarios, cuyas palabras cubrió un murmullo de asombro.

No tardó en reinar el silencio en el comedor; los huéspedes se apartaron para abrir paso a tres de aquellos hombres, quienes tenían todos la mano metida en un bolsillo lateral donde llevaban una pistola cargada. Dos gendarmes, que iban detrás de los agentes, se colocaron en la puerta del salón y otros dos aparecieron por la que daba a la escalera. Y los pasos y los fusiles de varios soldados retumbaron en la grava que corría a lo largo de la fachada. Quedó, pues, sin ninguna esperanza de huir Burlamuerte, en quien se clavaron todas las miradas de forma irresistible. El jefe se fue derecho hacia él y empezó por pegarle en la cabeza una palmada tan fuerte que le hizo saltar la peluca y devolvió por completo a la cabeza de Collin su aspecto aterrador. Junto con el pelo de color ladrillo y corto, que les prestaba una espantosa personalidad de fuerza mezclada con astucia, aquella cabeza y aquella cara, que armonizaban con el busto, quedaron sabiamente iluminadas, como si las estuvieran alumbrando los fuegos del infierno. Todos se hicieron cargo por completo de quién era Vautrin, de su pasado, de su presente, de su porvenir, de sus doctrinas implacables, de su religión de hacer lo que le viniera en gana, de la realeza que le proporcionaban el cinismo de su forma de pensar y de sus acciones y la fuerza de una organización hecha a todo. Se le subió la sangre a la cara y le relucieron los ojos como los de un gato salvaje. Dio un salto sin moverse del sitio, con un movimiento impregnado de una energía tan feroz y tan real fue su rugido que todos los huéspedes soltaron gritos de terror. Al ver este comportamiento de león y al darles pie el clamor

generalizado, los agentes sacaron las pistolas. Collin cayó en la cuenta del peligro al ver brillar el gatillo de las armas y dio de pronto pruebas de la más elevada de las fuerzas humanas. ¡Terrible y majestuoso espectáculo! Se le vio en la fisonomía un fenómeno que no puede compararse sino al de una caldera colmada de ese vapor humeante que alzaría en vilo montañas, pero disuelve en un abrir y cerrar de ojos una gota de agua fría. La gota de agua que le enfrió la rabia fue una reflexión veloz como un relámpago. Sonrió y miró su peluca.

—Hoy no tienes el día educado —le dijo al jefe del cuerpo de policía de seguridad. Y les alargó las manos a los gendarmes, llamándolos con una inclinación de cabeza—. Señores gendarmes, espósenme por las muñecas o por los pulgares. Pongo por testigos a las personas presentes de que no me resisto.

Un murmullo admirativo, al ver la prontitud con que la lava y el fuego salieron de aquel volcán humano y volvieron a él, retumbó en el comedor.

—Te has quedado con las ganas, so fanteche —añadió el presidiario, mirando al célebre director de la policía judicial.

—Vamos, desnúdese —le dijo el hombre de la calleja de Saint-Anne con expresión despectiva.

—¿Por qué? —dijo Collin—. Hay señoras delante. No niego nada y me rindo.

Hizo una pausa y miró a los reunidos como un orador que va a decir cosas sorprendentes.

—Escriba, papá Lachapelle —le dijo a un anciano menudo y de pelo blanco que se había sentado en una punta de la mesa tras haber sacado de un portafolios el acta de la detención—. Admito que soy Jacques Collin, llamado Burlamuerte, condenado a veinte años de encierro; y acabo de demostrar que el mote me lo he ganado a pulso. Sólo con que hubiera levantado la mano —les dijo a los huéspedes—, estos tres esbirros le habrían llenado de sangre los baldosines a mamá Vauquer. ¡Los gansos estos pretenden montar encerronas!

A la señora Vauquer le dio un vahído al oír estas palabras:

—¡Ay, Dios mío! Esto es para que le dé a una algo. Y yo que estaba ayer con él en La Gaîté —le dijo a Sylvie.

—Un poco de filosofía, mamá —siguió diciendo Collin—. ¿Es una desgracia haber ido ayer a mi palco de La Gaîté? —exclamó—. ¿Es usted mejor que nosotros? Llevamos menos infamia en el hombro que vosotros en el corazón, miembros flácidos de una sociedad gangrenada: el mejor de vosotros no se me resistía.

Detuvo la mirada en Rastignac, a quien dirigió una sonrisa encantadora que contrastaba de forma singular con la ruda expresión del rostro:

—¡Nuestro negocio sigue en marcha, ángel mío, siempre que haya aceptación! Ya sabe.

Y cantó:

—No se preocupe —añadió—, que yo sé llevar mis cobros. ¡A mí me temen demasiado para jugármela!

El presidio, con sus hábitos y su forma de hablar, con sus bruscas transiciones de lo cómico a lo horrible, su espantosa grandeza, sus confianzas, sus bajezas, apareció de repente en aquella interpelación, encarnado en aquel hombre, que dejó de ser un hombre para ser el prototipo de toda una nación degenerada, de un pueblo salvaje y lógico, brutal y dúctil. En un instante, Collin se convirtió en un poema infernal donde se plasmaban todos los sentimientos humanos con la excepción de uno, el arrepentimiento. Su mirada era la del ángel caído que sigue ansiando la guerra. Rastignac bajó los ojos y aceptó aquel parentesco criminal como una expiación de sus malos pensamientos.

—¿Quién me ha traicionado? —dijo Collin, paseando la terrible mirada por los reunidos. Y, deteniéndola en la señorita Michonneau—: Has sido tú —le dijo—, so alguacila; ¡me causaste un ataque de mentira, so curiosa! Sólo con decir dos palabras, conseguiría que te serrasen el cuello dentro de ocho días. Te perdono, soy cristiano. Y además no has sido tú quien me ha vendido. Pero ¿quién entonces? ¡Ajajá! Andan registrando ahí arriba —exclamó al oír a los agentes de la policía judicial abrir sus armarios e incautarse de sus pertenencias—. Han dado con el nido, pero los pájaros volaron ayer. Y no se enterarán de nada. Tengo ahí los libros de comercio —dijo, dándose una palmada en la frente—. Ahora ya sé quién me ha vendido. Sólo puede ser el bribón de Hilo de Seda. ¿A que sí, apercollador? —le dijo al jefe de policía—. Encaja demasiado con lo de tener guardados arriba nuestros billetes de banco. Pues ya no queda nada, esbirros. Y por lo que le toca a Hilo de Seda, dentro de quince días estará bajo tierra, aunque pongan a toda la gendarmería a guardarlo. ¿Qué le han dado a la Michonnette esa? —preguntó a los policías—. ¿Unos mil escudos? Valía yo más, Ninon con caries, Pompadour en andrajos, Venus de Le Père-Lachaise. Si me hubieras avisado, te habrías encontrado con seis mil francos. Ah, eso no te lo maliciabas, comerciante en carne, porque en caso contrario me habrías dado preferencia. Sí, los habría pagado para evitarme un viaje que me contraría y me hace perder dinero —decía mientras lo esposaban—. Esta gente va a darse el gusto de andarme paseando un tiempo infinito para atolondrarme. Si me mandasen enseguida a presidio, no tardaría en volver a mis ocupaciones, mal que les pese a nuestros ociosillos del Quai des Orfèvres. ¡Allí lo pondrán todo patas arriba para conseguir que se evada su general, este buenazo de Burlamuerte! ¿Hay aquí alguien que tenga como yo la fortuna de diez mil hermanos dispuestos a hacerlo todo por uno? —preguntó con orgullo—. Algo bueno hay aquí dentro —dijo, dándose golpes en el corazón—: ¡nunca he traicionado a nadie! Anda, alguacila, fíjate en ellos —dijo

dirigiéndose a la solterona—. A mí me miran aterrados, pero tú les das arcadas de asco. Recoge tu merecido. —Hizo una pausa, mirando a los huéspedes—: ¡Lo bobos que sois! ¿Nunca habéis visto un presidiario? Un presidiario del temple de Collin, aquí presente, es un hombre menos cobarde que los demás y que protesta contra las hondas decepciones del contrato social, como dice Jean-Jacques, de quien me envanezco de ser discípulo. Vamos, que estoy solo contra el gobierno con un montón de tribunales, de gendarmes, de presupuestos, y me los llevo de calle.

—¡Diantre! —dijo el pintor—. Está estupendo para dibujarlo.

—¡Oye, menino de su excelencia el verdugo, gobernador de la VIUDA (nombre colmado de terrible poesía que dan los presidiarios a la guillotina) —añadió, volviéndose hacia el jefe del cuerpo de policía de seguridad—, sé buen chico y dime si quien me ha vendido es Hilo de Seda! No me gustaría que pagara por otro, sería una injusticia.

En aquel momento, los agentes que lo habían abierto todo y hecho inventario de todo volvieron y hablaron en voz baja con el jefe de la expedición. Ya estaba acabada de redactar el acta.

—Señores —dijo Collin, dirigiéndose a los huéspedes—, se me llevan. Han sido todos muy amables conmigo durante mi estancia aquí y cuentan con mi agradecimiento. Les digo adiós. Me permitirán que les envíe higos de Provenza. —Dio unos cuantos pasos y se volvió para mirar a Rastignac—. Adiós, Eugène —dijo con voz dulce y triste, que contrastaba singularmente con el tono brusco de sus peroratas—. Si te vieras en un apuro, te dejo un amigo abnegado. —Pese a las esposas, pudo ponerse firme, hizo un saludo de maestro de armas, gritó: «¡Un, dos!», y tiró a fondo—. Si algo va mal, habla con él. Puedes disponer de todo, de la persona y del dinero.

Aquel personaje singular hizo el payaso al decir estas últimas palabras, para que sólo pudieran entenderlas Rastignac y él. Cuando los gendarmes salieron de la casa, Sylvie, que le estaba frotando a su ama las sienes con vinagre, miró a los estupefactos huéspedes.

—Bueno —dijo—, pues, pese a todo, era un buen hombre.

Esta frase quebró el encantamiento de que habían sido presa todos por la afluencia y la diversidad de sensaciones que había traído consigo aquella escena. En ese momento, los huéspedes, tras mirarse, vieron todos a la vez a la señorita Michonneau, enteca, reseca y tan fría como una momia, agazapada junto a la estufa y con la vista baja, como si hubiera temido que la sombra de la visera no fuese suficiente para ocultar la expresión de sus miradas. Aquella imagen, que tanto tiempo llevaba siéndoles antipática, halló explicación de pronto. Retumbó sordamente un murmullo que, por su perfecta unanimidad, revelaba una repugnancia unánime. La señorita Michonneau lo oyó y no se fue. Bianchon fue el primero en inclinarse hacia

la persona a quien tenía al lado.

—Me largo si esa mujer va a seguir cenando con nosotros —dijo a media voz.

Todos, menos Poiret, dieron el visto bueno en un abrir y cerrar de ojos a la propuesta del estudiante, quien, armado con la aprobación general, se acercó al anciano huésped.

—Usted, que está particularmente unido a la señorita Michonneau —le dijo—, hable con ella y haga que entienda que tiene que irse ahora mismo.

—¿Ahora mismo? —repitió Poiret, asombrado.

Luego fue hacia la anciana y le dijo unas cuantas palabras al oído.

—Pues yo he pagado mi mensualidad y estoy aquí, como todo el mundo, porque he pagado —contestó ella clavando una mirada de víbora en los huéspedes.

—Por eso que no quede, haremos una colecta para devolvérsela —dijo Rastignac.

—El señor apoya a Collin —respondió ella, lanzándole al estudiante una mirada venenosa e interrogativa—. No resulta difícil saber por qué.

Al oír estas palabras, Eugène dio un brinco, como si fuera a abalanzarse sobre la solterona y a estrangularla. Aquella mirada, cuyas perfidias entendió, acababa de iluminarle el alma con una claridad terrible.

—Déjela, déjela —exclamaron los huéspedes.

Rastignac se cruzó de brazos y no dijo nada.

—Acabemos con lo de la señorita Judas —dijo el pintor, dirigiéndose a la señora Vauquer—. Señora, si no pone de patitas en la calle a la señorita Michonneau, nos vamos todos de su choza y diremos por todas partes que aquí sólo hay espías y presidiarios. En caso contrario, todos callaremos estos acontecimientos que, bien pensado, pueden ocurrir en los mejores ambientes mientras no se les ponga a los galeotes una marca en la frente y se les prohíba que se disfracen de burgueses de París y hagan las mismas zanganadas que ellos.

Al oír esta parrafada, la señora Vauquer recobró milagrosamente la salud, se incorporó, se cruzó de brazos y abrió los ojos, claros y sin rastro de lágrimas.

—Pero, mi querido señor, ¿es que quiere la ruina de esta casa? Ya el señor Vautrin... ¡Ay, Dios mío —dijo, interrumpiéndose—, no consigo evitar llamarlo con su apellido de hombre honrado! Ya tengo un cuarto vacío —siguió diciendo— y pretende usted que tenga otros dos por alquilar en una estación del año en que todo el mundo está acomodado.

—Señores, cojamos los sombreros y vayamos a cenar a la plaza de La Sorbonne, en Flicoteaux —dijo Bianchon.

La señora Vauquer calculó de una ojeada qué le convenía más y se escurrió hacia la señorita Michonneau.

—Vamos, queridita, ¿no querrá que mi casa de huéspedes se muera, verdad? Ya ve en qué compromiso me ponen estos caballeros; suba a su cuarto por esta noche.

—De eso nada —exclamaron todos los huéspedes—, queremos que se vaya ahora mismo.

—Pero si la pobre señorita no ha cenado —dijo Poiret con tono quejumbroso.

—Que vaya a cenar adonde le parezca —gritaron varias voces.

—¡A la calle la soplona!

—¡A la calle los soplones!

—Señores —exclamó Poiret, que se puso de pronto a la altura de ese valor que da el amor a los carneros—, respeten a una persona del bello sexo.

—Los soplones no tienen sexo —dijo el pintor.

—¡Menudo *sexorama!*

—¡A la *callerama!*

—Señores, esto es una indecencia. Para echar a la gente, hay que respetar ciertas formas. Hemos pagado y nos quedamos —dijo Poiret, calándose la gorra y acomodándose en una silla junto a la señorita Michonneau, a quien estaba predicando la señora Vauquer.

—Malo —le dijo el pintor, haciendo el ganso—. ¡Que eres muy malo!

—Vamos, si no se marchan, nos marchamos nosotros —dijo Bianchon.

Y los huéspedes hicieron como un solo hombre un movimiento hacia el salón.

—Pero, señorita, ¿qué quiere? —exclamó la señora Vauquer—. Me quedo en la ruina. No puede quedarse; se van a poner violentos.

«¡Se va!». «¡No se va!». «¡Se va!». «¡No se va!». Estas palabras, dichas alternativamente y la hostilidad de las frases que estaban empezando a dedicarle obligaron a la señorita Michonneau a marcharse tras unas cuantas estipulaciones que trató en voz baja con la patrona.

—Me voy a casa de la señora Buneaud —dijo con expresión amenazadora.

—Vaya adonde quiera, señorita —dijo la señora Vauquer, a quien le pareció un insulto cruel que eligiera una casa con la que tenía rivalidad y que, por lo tanto, aborrecía—. Vaya a casa de la Buneaud, que le darán un vino que hace bailar a las cabras y platos traídos del regatón.

Los huéspedes hicieron dos filas en el mayor silencio. Poiret miró con tanta ternura a la señorita Michonneau, se lo vio tan candorosamente indeciso, sin saber si debía irse con ella o quedarse, que los huéspedes, satisfechos con la partida de la señorita Michonneau, se echaron a reír, mirándose.

—Ksi, ksi, ksi, Poiret —le gritó el pintor—. ¡Venga, venga, aúpa!

El empleado del Museo de Ciencias empezó a cantar haciendo el tonto una romanza conocida:

Partía para Siria
el apuesto Dunois...

—Adelante, adelante, que se muere usted de ganas, *trahit sua quemque voluptas*^[25]
—dijo Bianchon.

—Cada cual con su cada cuala, traducción libre de Virgilio —dijo el profesor pasante.

Al hacer la señorita Michonneau el ademán de agarrarse del brazo de Poiret, mientras lo miraba, él no pudo resistirse a esa llamada y fue a prestarle su apoyo a la anciana. Estallaron aplausos y hubo una explosión de risas: «Bravo, Poiret». «¡Este buen Poiret!». «Apolo-Poiret». «Marte-Poiret». «¡Valiente Poiret!».

En ese momento entró un recadero y le entregó una carta a la señora Vauquer, que se dejó caer en una silla tras leerla.

—Pero si es que sólo nos queda quemar la casa; nos ha caído un rayo. El hijo de Taillefer ha muerto a las tres. Buen castigo tengo por haberles deseado algo bueno a las señoras a costa de ese pobre joven. La señora Couture y Victorine me piden sus cosas y se van a vivir a casa del padre de ella. El señor Taillefer le consiente a su hija que tenga consigo a la viuda Couture como señora de compañía. ¡Cuatro cuartos vacíos, cinco huéspedes menos! —Se sentó y estuvo a punto de echarse a llorar—. Ha entrado la desgracia en mi casa —exclamó.

El ruido de ruedas de un coche que se estaba parando sonó de repente en la calle.

—Otra calamidad —dijo Sylvie.

Apareció de pronto Goriot, cuyo rostro resplandeciente y sonrosado de dicha permitía creer en una regeneración.

—Goriot en coche de punto —dijeron los huéspedes—; se avecina el fin del mundo.

El buen hombre se fue derecho a Eugène, que se había quedado ensimismado en un rincón, y le agarró el brazo:

—Venga —le dijo con expresión alegre.

—¿No sabe lo que pasa? —le dijo Eugène—. Vautrin era un presidiario y acaban de detenerlo; y el hijo de Taillefer ha muerto.

—Bueno, ¿y a nosotros qué nos importa? —contestó Goriot—. Ceno con mi hija en casa de usted, ¿me oye? ¡Lo está esperando, venga!

Tiró con tanta fuerza del brazo de Rastignac que lo hizo andar a la fuerza y pareció que lo raptaba como si fuera su amante.

—Cenemos —exclamó el pintor.

En ese momento todos cogieron sus sillas y se sentaron a la mesa.

—Hay que ver —dijo la oronda Sylvie—, hoy no suceden más que desgracias, se me ha pegado el ragú de cordero. ¡Bah! ¡Pues se lo comerán ustedes quemado, qué le vamos a hacer!

La señora Vauquer no tuvo valor para decir ni una palabra al ver sólo diez personas alrededor de la mesa, en vez de dieciocho; pero todos intentaron consolarla

y animarla. Aunque los mediopensionistas charlaron al principio de Vautrin y de los acontecimientos del día, no tardaron en ceder al serpenteo de la conversación y empezaron a hablar de los duelos, del presidio, de la justicia, de las leyes que había que volver a hacer, de las cárceles. Luego se fueron a mil leguas de Jacques Collin, de Victorine y de su hermano. Aunque sólo eran diez, chillaron como veinte y parecían ser más que de costumbre; ésa fue la única diferencia que hubo entre aquella cena y la de la víspera. La despreocupación habitual de este mundo egoísta que, al día siguiente tendría otra presa por devorar en los sucesos cotidianos de París, se impuso; e incluso la señora Vauquer dejó que la tranquilizase la esperanza, que le tomó prestada la voz a la oronda Sylvie.

Aquel día fue, hasta la noche, una fantasmagoría para Eugène, quien, pese a la fuerza de su carácter y la bondad de su pensamiento, no sabía cómo organizar las ideas cuando se vio en el coche de punto junto a Goriot, en cuyas frases se traslucía una alegría inusual y que le retumbaban en los oídos, después de tantas emociones, como esas palabras que oímos en sueños.

—Quedó terminado esta mañana. Cenamos los tres juntos. ¡Juntos! Hace cuatro años que no ceno con Delphine, con mi niña. Voy a tenerla para mí toda una velada. Estamos en casa de usted desde esta mañana. He trabajado como un peón, en mangas de camisa. He ayudado a llevar los muebles. ¡Ay, no sabe lo cariñosa que es en la mesa! Estará pendiente de mí: «Tenga, papá, coma esto, que está muy rico». Y entonces no puedo comer. ¡Ay! ¡Hacía tanto que no estaba tranquilo con ella como vamos a estar ahora!

—Pero —le dijo Eugène— ¿el mundo está hoy del revés?

—¿Del revés? —dijo Goriot—. Pero si no ha habido época alguna en que haya estado tan bien. Sólo veo caras alegres por las calles, personas que se dan apretones de manos y se abrazan; personas felices como si fueran todas a cenar a casa de sus hijas, a zamparse una cenita estupenda que le ha encargado delante de mí al chef de Le Café des Anglais. Pero qué más da, estando con ella el acíbar sería dulce como la miel.

—Me parece estar volviendo a la vida —dijo Eugène.

—Pero dese prisa, cochero —voceó Goiot abriendo el cristal de delante—. Corra más, le daré cinco francos de propina si me lleva en diez minutos adonde usted sabe.

Al oír esta promesa, el cochero cruzó París a la velocidad del rayo.

—Este cochero corre poco —decía Goriot.

—Pero ¿adónde me lleva? —le preguntó Rastignac.

—A casa de usted —dijo Goriot.

El coche se detuvo en la calle de Artois. El buen hombre bajó delante y le arrojó diez francos al cochero con la prodigalidad de un viudo que, en un paroxismo de gusto, no le da importancia a nada.

—Venga, subamos —le dijo a Rastignac, llevándolo a través de un patio y hasta la puerta de un piso de la tercera planta, en la parte trasera de una casa nueva y de muy buena apariencia. Goriot no necesitó llamar. Thérèse, la doncella de la señora de Nucingen, les abrió la puerta. Eugène se encontró en un piso de soltero delicioso, compuesto de un recibidor, un saloncito, un dormitorio y un gabinete que daba a un jardín. En el saloncito, cuyos muebles y cuya decoración podían competir con lo más bonito y lo más exquisito, vio, a la luz de las velas, a Delphine, que se levantó de un confidente junto al fuego, le puso la pantalla a la chimenea y le dijo con un tono de voz repleto de ternura:

—Así que ha sido menester ir a buscarlo, señor que no se entera de nada.

Thérèse salió. El estudiante tomó a Delphine en sus brazos, la estrechó con fuerza y lloró de alegría. Este último contraste entre lo que veía y lo que acababa de ver, en un día en que tantas desazones le habían cansado el corazón y la cabeza, desencadenó en Rastignac un ataque de sensibilidad nerviosa.

—Ya sabía yo que te quería —le dijo por lo bajo Goriot a su hija, mientras Eugène, abatido, yacía en el confidente sin poder pronunciar palabra ni darse cuenta aún de la forma en que le había sobrevenido aquel último golpe de varita mágica.

—Pero venga a ver —le dijo la señora de Nucingen, cogiéndolo de la mano y llevándolo a un dormitorio donde las alfombras, los muebles y los mínimos detalles le recordaron, en más pequeño, el de Delphine.

—No hay cama —dijo Rastignac.

—No, caballero —dijo ella, ruborizándose y apretándole la mano.

Eugène la miró y comprendió, aunque joven aún, cuánto pudor verdadero hay en un corazón de mujer enamorada.

—Es usted uno de esos seres a los que hay que adorar siempre —le dijo al oído—. Sí, me atrevo a decírselo ya que nos entendemos tan bien: cuanto más vivo y sincero sea el amor, más velado y misterioso debe ser. No le confiamos nuestro secreto a nadie.

—Huy, yo no pienso ser cualquiera —dijo Goriot, refunfuñando.

—Bien sabe que usted es *nosotros*...

—Ah, eso es lo que quería. No se fijarán en mí, ¿verdad? Iré, vendré, como un espíritu bueno que está en todas partes y que se sabe que está ahí aunque nadie lo vea. ¿Y qué, Delphinette, Ninette, Dedel, no tenía razón cuando te dije: «¡Hay un piso muy bonito en la calle de Artois, vamos a amueblarlo para él!»? Y no querías. Ah, el autor de tu alegría soy yo, igual que soy el autor de tus días. Los padres tienen siempre que dar para ser felices. Dar siempre, eso es lo que lo convierte a uno en padre.

—¿Cómo? —dijo Eugène.

—Sí, no quería, le daba miedo que dijeran tonterías, ¡como si la gente valiera más

que la felicidad! Pero todas las mujeres sueñan con hacer lo que ella está haciendo...

Goriot estaba hablando solo; la señora de Nucingen se había llevado a Rastignac al gabinete, donde, por mucha discreción con que lo hubieran tomado, sonó el ruido de un beso. Aquella habitación hacía juego con la elegancia del piso, en el que nada faltaba, por lo demás.

—¿Hemos adivinado bien sus deseos? —le dijo ella, volviendo al salón para sentarse a la mesa.

—Sí —dijo él—, demasiado bien. Por desgracia, este lujo tan completo, estos hermosos sueños cumplidos, la poesía de una vida joven y elegante los siento demasiado para no merecerlos; pero no los puedo aceptar de usted y todavía soy demasiado pobre para...

—¡Ajaja! ¡Ya empieza a llevarme la contraria! —dijo ella con un tono frívolo de autoridad burlona, haciendo una de esas lindas muecas que hacen las mujeres cuando quieren burlarse de algún escrúpulo para disiparlo mejor.

Eugène se había interrogado con demasiada solemnidad durante aquel día y la detención de Vautrin, al mostrarle la hondura del abismo por el que había estado a punto de rodar, había corroborado demasiado bien sus nobles sentimientos y su delicadeza para que cediese a aquella tierna refutación de sus ideas generosas. Lo embargó una honda tristeza.

—¿Cómo? —dijo la señora de Nucingen—. ¿No va a aceptar? ¿Sabe lo que significa una negativa así? Tiene dudas sobre el futuro, no se atreve a comprometerse conmigo. ¿Es que no le da miedo traicionar mi afecto? Si me quiere, si yo... lo quiero a usted, ¿por qué no se atreve a deberme algo tan pequeño? Si supiera con qué placer me he ocupado de organizar este piso de soltero, no dudaría y me pediría perdón. Tenía un dinero que era suyo, lo he empleado bien y eso es todo. Se cree grande y es pequeño. Pide mucho más (¡Ah! —dijo al captar una mirada de pasión de Eugène—) y se anda con cumplidos ante unas bobadas. Si no me quiere, pues no acepte, desde luego. Mi destino depende de una palabra. Hable. Pero, padre, dele unas cuantas buenas razones —añadió, volviéndose hacia su padre, tras una pausa—. ¿Acaso cree que soy menos mirada que él en lo que se refiere a nuestro honor?

Goriot ponía la sonrisa fija de un fumador de opio según veía y oía aquella desavenencia tan deliciosa.

—¡Es usted un chiquillo! ¡Está entrando en la vida —siguió diciendo ella, cogiéndole la mano a Eugène—, se topa con una barrera infranqueable para muchas personas, una mano de mujer se la abre y retrocede! Pero ¡si va a triunfar, si hará una fortuna brillante, si lleva escrito el éxito en esa frente tan hermosa! ¿Acaso no podrá devolverme entonces lo que le presto hoy? ¿No daban las damas antaño a sus caballeros armaduras, espadas, cascos, cotas de malla y caballos para que pudieran ir a combatir en su nombre a los torneos? Pues bien, Eugène, las cosas que le ofrezco

son las armas de esta época, herramientas necesarias para quien quiera ser alguien. En bonito sotabanco vive usted si se parece al cuarto de papá. Veamos, ¿es que no vamos a cenar? ¿Quiere disgustarme? Responda de una vez —dijo Delphine, sacudiéndole la mano—. Por Dios, papá, haga que se decida o me marchó y no vuelvo a verlo nunca.

—Voy a hacer que se decida —dijo Goriot, saliendo de su éxtasis—. Mi querido señor Eugène, iba usted a pedirle dinero prestado a unos judíos, ¿verdad?

—No me queda más remedio —dijo él.

—Bien está, ya lo tengo pillado —siguió diciendo el buen hombre, sacando una mala cartera de cuero muy desgastado—. Me he hecho judío, he pagado todas las facturas y aquí están. No debe un céntimo de todo lo que hay aquí. No es mucho dinero, cinco mil francos tirando por lo alto. ¡Yo se los presto! No me los rechazará, porque no soy una mujer. Me hace un recibo en un trozo de papel y ya me los devolverá.

Unas cuantas lágrimas brotaron a un tiempo de los ojos de Eugène y de Delphine, que se miraron, sorprendidos. Rastignac le alargó la mano al buen hombre y estrechó la suya.

—Pues ¿qué? ¿No sois acaso mis hijos? —dijo Goriot.

—Pero, pobre padre mío —dijo la señora de Nucingen—, ¿cómo se las ha ingeniado?

—¡Ah, éste es el quid del asunto! Cuando te convencí para que lo tuvieras a tu lado y te vi comprar tantas cosas como una novia, me dije: «¡Se va a ver apurada!». El procurador dice que el proceso contra tu marido para que te devuelva tu fortuna va a durar más de seis meses. Bien está. Vendí mis mil trescientas cincuenta libras de renta perpetua; con quince mil francos me he constituido mil doscientos francos de rentas vitalicias bien hipotecadas; y con el resto del capital pagué a vuestros comerciantes, hijos míos. Yo tengo aquí arriba un cuarto de cincuenta escudos al año, puedo vivir como un príncipe con dos francos diarios, y me sobraré. Me duran mucho las cosas y casi no necesito ropa. Llevo quince días riéndome para mi capote y diciéndome: «¡Lo felices que van a ser!». ¿Qué, sois felices?

—¡Ay, papá, papá! —dijo la señora de Nucingen abalanzándose hacia su padre, que la sentó en sus rodillas. Lo cubrió de besos, le acarició las mejillas con el pelo rubio y llenó de lágrimas aquella cara vieja, risueña y resplandeciente—. ¡Querido padre, es usted un padre! No, no hay dos padres como usted bajo la capa del cielo. Eugène ya lo quería mucho, pero ¿cómo lo va a querer ahora!

—Pero, hijos míos —dijo Goriot, que llevaba diez años sin sentir el corazón de su hija latir pegado al suyo—, pero, Delphine, ¿es que quieres matarme de alegría? Se me rompe este pobre corazón tan viejo. ¡Mire, señor Eugène, ya estamos en paz! —Y el anciano estrechaba a su hija con un abrazo tan fiero, tan delirante, que ella dijo: «¡Ay, que me haces daño!».

—¿Te he hecho daño? —dijo él, poniéndose pálido. La miró con expresión de dolor sobrehumano. Para pintar bien la fisonomía de aquel Cristo de la Paternidad habría que ir a buscar comparaciones en las imágenes que los príncipes de la paleta inventaron para pintar la pasión que padeció el Salvador de los hombres en beneficio de los mundos. Goriot besó con mucha suavidad la cintura que había apretado demasiado con los dedos.

—No, no, no te he hecho daño —añadió, interrogando a su hija con una sonrisa —; eres tú quien me ha hecho daño con ese grito. Sale más caro así —le dijo al oído, besándoselo con cuidado—, pero hay que echarle el guante, porque si no se enfadaría.

A Eugène lo tenía petrificado la abnegación inagotable de aquel hombre y lo miraba con esa admiración ingenua que, en la juventud, es la admiración de la fe.

—Seré digno de todo esto —exclamó.

—¡Ay, Eugène mío, qué bonito es eso que acaba de decir!

Y la señora de Nucingen le dio al estudiante un beso en la frente.

—Ha rechazado por ti a la señorita Taillefer y sus millones —dijo Goriot—. Sí, la niña esa estaba enamorada de usted; y, ahora que su hermano ha muerto, es más rica que Crespo.

—Vaya, ¿por qué mencionarlo? —exclamó Rastignac.

—Eugène —le dijo Delphine al oído—, ahora me da rabia lo de esta noche. ¡Ay, yo sí que lo voy a querer! Y para siempre.

—Éste es el día más hermoso que he vivido desde que os casasteis —exclamó Goriot—. Dios puede mandarme todos los padecimientos que quiera; con tal de que no tenga que padecer por vosotras, me diré: «En febrero de este año fui, por un rato, más dichoso de lo que pueden ser los hombres en toda su vida». ¡Mírame, Fifine! —le dijo a su hija—. Qué guapa es, ¿verdad? Dígame, ¿ha conocido a muchas mujeres que tengan tan buen color y ese hoyuelo pequeñito? ¿A que no? Pues a esta preciosidad de mujer la hice yo. A partir de ahora, como usted la hará feliz, se volverá mil veces mejor. No me importa ir al infierno, vecino —dijo—; si necesita mi parte de paraíso, se la doy. Vamos a comer, vamos a comer —añadió, no sabiendo ya lo que decía—; todo es nuestro.

—¡Este pobre padre mío!

—¡Si supieras, hija —dijo él, poniéndose de pie y acercándosele, agarrándole la cabeza y besándola entre las trenzas—, qué feliz puedes hacerme y qué barato sale! Ven a verme a veces, estaré arriba, bastará con que des un paso. ¡Anda, prométemelo!

—Sí, padre querido.

—Dilo otra vez.

—Sí, mi buen padre.

—Calla, que si fuera por mi gusto, te lo haría decir cien veces. Vamos a cenar.

Toda la velada se fue en niñerías y Goriot no fue el menos desatinado de los tres. Se tendía a los pies de su hija para besárselos; se quedaba mucho rato mirándola a los ojos; hacía, en fin, locuras como las que habría hecho el amante más joven y más tierno.

—¿Se da cuenta? —le dijo Delphine a Eugène—. Cuando está mi padre con nosotros hay que estar pendiente sólo de él. La verdad es que a veces nos va a estorbar.

Eugène, que había notado ya varias veces unos arrebatos de celos, no podía por menos de censurar aquellas palabras, que encerraban el principio de todas las ingratitudes.

—¿Y cuándo va a estar acabado el piso? —dijo Eugène, recorriendo con la vista el dormitorio—. ¿Vamos a tener que separarnos esta noche entonces?

—Sí, pero mañana vendrá a cenar conmigo —dijo ella, con expresión sutil—. Mañana es día de ir a Les Italiens.

—Yo iré a la platea —dijo Goriot.

Eran las doce de la noche. El coche de la señora de Nucingen estaba esperando. Goriot y el estudiante regresaron a la Casa Vauquer hablando de Delphine con creciente entusiasmo, lo que causó un curioso combate de expresiones entre aquellas dos pasiones violentas. Eugène no podía dejar de ver que el amor del padre, que no llevaba la mácula de ningún interés personal, era de una persistencia y de un alcance que achantaban el suyo. Para el padre, el ídolo era siempre puro y hermoso, y el pasado entero y también el futuro incrementaban su adoración. Encontraron a la señora Vauquer sola junto a la estufa, entre Sylvie y Christophe. La anciana patrona estaba como Mario ante las ruinas de Cartago. Esperaba a los dos únicos huéspedes que le quedaban contándole su desconsuelo a Sylvie. Aunque lord Byron puso unas lamentaciones bastante hermosas en labios de Tasso, distan mucho de la honda verdad de las que profería la señora Vauquer.

—Así que mañana por la mañana sólo habrá que preparar tres tazas de café, Sylvie. ¿Has visto? ¡Mi casa desierta! ¿No es para que se le parta a una el corazón? ¿Qué es la vida sin mis huéspedes? Nada de nada. Esta casa mía se ha quedado desamueblada de hombres. La vida está en los muebles. ¿Qué le habré hecho al cielo para merecerme todos estos desastres? Tenemos provisión de judías y patatas para veinte personas. ¡La policía en mi casa! Pues ¡sólo comeremos patatas! ¡Y voy a despedir a Christophe!

El saboyardo, que estaba dormido, se despertó de repente y dijo:

—¿Señora?

—¡Pobre muchacho! Es como un dogo —dijo Sylvie.

—Con la temporada acabada y todo el mundo con acomodo. ¿De dónde van a salirme huéspedes? ¡Voy a perder el juicio! ¡Y esa sibilina de la Michonneau, que me

quita a Poiret! Pero ¿qué le hacía para que le tenga tanto apego ese hombre, que la va siguiendo como un perrito?

—¡Vaya usted a saber! —dijo Sylvie, moviendo la cabeza—. Las solteras se saben muchas artimañas.

—Y ese pobre señor Vautrin, a quien han convertido en presidiario —siguió diciendo la viuda—. ¡Mira, Sylvie, no lo puedo remediar, todavía no me lo he creído! ¡Un hombre tan alegre, que se tomaba quince francos al mes de café con aguardiente y pagaba a tocateja!

—¡Y tan generoso! —dijo Christophe.

—Han cometido un error —dijo Sylvie.

—Qué va, ha confesado él solo —siguió diciendo la señora Vauquer—. ¡Y pensar que todas estas cosas han ocurrido en mi casa y en un barrio por el que no pasa ni un gato! ¡Estoy soñando, palabra de honor! Porque, mira, vimos el accidente que le ocurrió a Luis XVI, vimos caer al emperador, lo vimos volver y caer otra vez, todo eso entraba dentro de lo posible; mientras que no existen oportunidades que perjudiquen a las casas de huéspedes de clase media; uno puede estar sin rey, pero siempre habrá que comer; y si una mujer honrada y oriunda de Conflans da de cenar unas cosas tan ricas, a menos que llegue el fin del mundo... pero esto ha sido el fin del mundo.

—Y pensar que a la señorita Michonneau, que le ha hecho a usted todo este daño, dicen que le van a dar mil escudos de renta —exclamó Sylvie.

—¡Ni me lo mientes! ¡Menuda bribona! —dijo la señora Vauquer—. ¡Y por si fuera poco se va a casa de la Buneaud! Pero es capaz de lo que sea, en sus tiempos debió de hacer cosas espantosas, matar, robar. Ella tendría que ir a presidio y no ese pobre hombre tan simpático...

En aquel momento llamaron Eugène y Goriot.

—¡Ah, aquí llegan mis dos fieles! —dijo la viuda suspirando.

Los dos fieles, que no se acordaban sino muy por encima de los desastres de la casa de huéspedes de clase media, anunciaron sin miramientos que se iban a vivir a la Chaussée-d'Antin.

—¡Ay, Sylvie! —dijo la viuda—. Era mi último triunfo en la baraja. ¡Señores, me han rematado! ¡Ha sido todo un golpe en pleno estómago! Se me ha puesto aquí una barra. Este día me ha echado diez años encima. ¡Me volveré loca, palabra! ¿Qué hacemos con las judías? Ah, pues si me quedo sola, mañana te marchas, Christophe. Adiós, señores, buenas noches.

—Pero ¿qué le pasa? —le preguntó Eugène a Sylvie.

—Anda, que todo el mundo se ha marchado por las cosas que han pasado. Y se le ha ido la cabeza. Vaya, la estoy oyendo llorar. Le vendrá bien el gimoteo. Es la primera vez que se vacía los ojos desde que estoy a su servicio.

Al día siguiente, la señora Vauquer se había *hecho a la idea*, como decía ella. Aunque pareció apenada, como una mujer que se ha quedado sin huéspedes y tiene la vida patas arriba, razonaba perfectamente y demostró lo que era el verdadero dolor, un dolor hondo, el dolor que traen consigo los intereses maltrechos y las costumbres alteradas. Desde luego, la mirada que un amante lanza al lugar en que vive su amada antes de abandonarlo no es más triste que la que lanzó la señora Vauquer a su mesa vacía. Eugène la consoló diciéndole que Bianchon, que acababa el internado dentro de pocos días, vendría seguramente a sustituirlo; que el empleado del Museo de Ciencias había manifestado con frecuencia el deseo de ocupar las habitaciones de la señora Couture; y que, a no mucho tardar, habría repuesto la clientela.

—¡Dios lo oiga, mi querido señor! Pero aquí ha entrado la desgracia. Antes de diez días vendrá la muerte, ya verá —le dijo, mirando tétricamente el comedor—. ¿A quién se llevará?

—Menos mal que nos mudamos —le dijo por lo bajo Eugène a Goriot.

—Señora —dijo Sylvie, que llegaba alarmada—, llevo tres días sin ver a Mistigris.

—Ah, pues si se me ha muerto el gato, si se nos ha ido, yo...

La pobre viuda no concluyó la frase; juntó las manos y se dejó caer de espaldas en el sillón, agobiada ante aquel terrible pronóstico.

A eso de las doce, la hora a la que llegaban los carteros al barrio de Le Panthéon, Eugène recibió una carta en un elegante sobre lacrado con las armas de Beauséant. Era una invitación dirigida a los señores de Nucingen para el gran baile anunciado desde hacía un mes y que iba a celebrarse en casa de la vizcondesa. Acompañaba la invitación una notita para Eugène:

He pensado, caballero, que le agradecería hacerse cargo de presentarle mis mejores deseos a la señora de Nucingen; le envío la invitación que me pidió y estaré encantada de conocer a la hermana de la señora de Restaud. Tráigame, pues, a esa bonita joven y arrégleselas para que no se quede con todo su afecto, porque a mí me debe usted mucho afecto en correspondencia del que yo le tengo.

Vizcondesa DE BEAUSÉANT

«Pero —se dijo Eugène al volver a leer la nota—, la señora de Beauséant me dice con bastante claridad que no quiere que vaya el barón de Nucingen».

Fue enseguida a casa de Delphine, dichoso por poder darle una alegría, cuyo precio cobraría sin duda. La señora de Nucingen se estaba bañando. Rastignac esperó en el tocador, presa de la impaciencia natural en un joven ardiente y que tiene prisa por tomar posesión de una amante a la que lleva deseando dos años. Son éstas unas emociones que no se dan dos veces en la vida de los jóvenes. La primera mujer realmente mujer de la que se prenda un hombre, es decir, esa que se presenta ante él con el esplendor de los accesorios que requiere la sociedad parisina, ésa, nunca tendrá

rival. El amor en París no se parece en nada a los demás amores. Ni a los hombres ni a las mujeres los engañan las demostraciones, empavesadas de lugares comunes, con que todos cubren por decencia sus afectos supuestamente desinteresados. En esta comarca, una mujer no debe limitarse a satisfacer el corazón y los sentidos; sabe perfectamente que le incumben obligaciones de mayor envidia en lo referido a las mil vanidades de que se compone la vida. Es allí el amor esencialmente jactancioso, descarado, derrochador, charlatán y fastuoso. Si todas las mujeres de la corte de Luis XIV envidiaron a la señorita de La Vallière el arrebató de pasión que hizo que a ese gran príncipe se le olvidase que los puños que llevaba costaban cada uno mil escudos cuando se le desgarraron al facilitar al duque de Vermandois^[26] la entrada en el escenario del mundo, ¿qué se le puede pedir al resto de la humanidad? Sed jóvenes, ricos y con título, sed más aún si podéis; cuantos más granos de incienso queméis delante del ídolo, más propicio os será, siempre y cuando tengáis un ídolo. El amor es una religión y su culto tiene que costar más caro que el de todas las demás religiones; pasa deprisa y pasa como chiquillo, que tiene empeño en dejar huella de su paso asolándolo todo. El lujo de los sentimientos es la poesía de los sotabancos; sin esa riqueza, ¿qué sería del amor allí? Si hay excepciones a esas leyes draconianas del código parisino, las hallamos en la soledad, en las almas que no dejaron que las arrastrasen las doctrinas sociales; que viven junto a algún manantial de aguas cristalinas, fugitivas, pero incesantes; que, fieles a la sombra de sus frondas verdes, felices al escuchar el lenguaje del infinito, que ellas ven escrito en todo y que hallan también en sí mismas, esperan pacientemente las alas que les corresponden mientras compadecen a quienes viven en la tierra. Pero Rastignac, semejante a la mayor parte de los jóvenes que han paladeado de antemano las grandezas, quería presentarse armado de pies a cabeza en la palestra de la vida social; se había amoldado a esa fiebre y quizá se sentía con fuerzas para dominar ese mundo, pero sin estar al tanto ni de los medios ni de la meta de esa ambición. A falta de un amor puro y sagrado, que colme la vida, esa sed de poder puede convertirse en algo hermoso; basta con despojarla de cualquier interés personal y ponerla al servicio de la grandeza de un país. Pero el estudiante no había llegado aún a ese punto desde el que el hombre puede contemplar el curso de la vida y juzgarla. Hasta ese momento ni siquiera se había sacudido el encanto de las ideas jóvenes y suavísimas que envuelven como en un follaje la juventud de los niños criados en provincias. Había titubeado continuamente para cruzar el Rubicón parisino. Pese a su curiosidad ardiente, había seguido conservando algunas ideas inconfesadas acerca de la vida dichosa que lleva el auténtico noble en su castillo. No obstante, sus últimos escrúpulos habían desaparecido la víspera, al verse en su piso. Al disfrutar de las ventajas materiales de la fortuna, de la misma forma que disfrutaba desde hacía mucho de las ventajas morales que da el linaje, se despojó del pellejo de hombre de provincias y se instaló

muellemente en una posición desde donde vislumbraba un estupendo porvenir. En consecuencia, mientras esperaba a Delphine cómodamente sentado en aquel bonito tocador, que se iba convirtiendo hasta cierto punto en algo suyo, se veía tan lejos del Rastignac que había llegado el año anterior a París que, al mirarlo, por un efecto de óptica espiritual, como con unos prismáticos, se preguntaba si se parecía a sí mismo en aquel momento.

—La señora está en su cuarto —vino a decirle Thérèse, que lo sobresaltó.

Encontró a Delphine recostada en el confidente, al amor de la lumbre, lozana y descansada. Al verla así tendida entre olas de muselina, era imposible no compararla con esas hermosas plantas de la India, cuyo fruto está dentro de la flor.

—Bueno, pues aquí estamos —dijo ella, emocionada.

—Adivine qué le traigo —dijo Eugène, sentándose a su lado y tomándole el brazo para besarle la mano.

La señora de Nucingen hizo un ademán de alegría al leer la invitación. Volvió hacia Eugène unos ojos húmedos y le echó los brazos al cuello para atraerlo, en pleno delirio de satisfacción vanidosa.

—¿Y es a usted (a ti —le dijo al oído—, pero Thérèse está en mi cuarto de aseo. ¡Seamos prudentes!), a usted a quien le debo esta dicha? Sí, me atrevo a llamarlo dicha. Si es usted quien lo ha conseguido, ¿no es acaso más que un triunfo del amor propio? Nadie quiso nunca presentarme en ese ambiente. A lo mejor en este momento le parezco pequeña, frívola, liviana como una parisina; pero piense, amigo mío, que estoy dispuesta a sacrificarlo todo por usted y que si deseo con más ardor que nunca ir al Faubourg Saint-Germain es porque está usted allí.

—¿No le parece —dijo Eugène— que es como si la señora de Beauséant nos dijera que no cuenta con ver en su baile al barón de Nucingen?

—Claro que sí —dijo la baronesa, devolviéndole la carta a Eugène—. Esas mujeres tienen el arte de la impertinencia. Pero da lo mismo; iré. Allí estará mi hermana; sé qué está preparando un atuendo delicioso. Eugène —añadió en voz baja—, mi hermana asiste para disipar unas sospechas espantosas. ¿No sabe los rumores que corren sobre ella? Nucingen vino esta mañana a decirme que ayer lo estaban comentado en el Círculo sin ningún apuro. ¡De qué cosas dependen, Dios mío, el honor de las mujeres y de las familias! Me he sentido atacada y herida en la persona de mi pobre hermana. Según dicen algunos, el señor de Trailles tiene firmados pagarés por un importe de cien mil francos, casi todos vencidos, y por los que van a llevarlo ante la justicia. En tal extremidad, mi hermana parece ser que le ha vendido sus brillantes a un judío, esos diamantes tan hermosos que le habrá visto usted y que vienen de la señora de Restaud, de la madre de su marido. En fin, desde hace dos días sólo se habla de eso. Así que comprendo que Anastasie se haya encargado un vestido de lamé y quiera que se fijen en ella todas las miradas en casa de la señora de

Beauséant, presentándose en todo su esplendor y con los brillantes. Pero no quiero quedar por debajo de ella. Siempre ha intentado achantarme, nunca fue buena conmigo, que le hacía tantos favores, que siempre tenía dinero para ella cuando ella no lo tenía. Pero dejemos estar la vida social; hoy quiero ser muy feliz.

A la una de la madrugada, Rastignac estaba todavía en casa de la señora de Nucingen, quien, al darle efusivamente el adiós de los amantes, ese adiós colmado de alegrías por venir, le dijo con expresión melancólica:

—Soy tan medrosa, tan supersticiosa, tilde mis presentimientos de lo que quiera, que me da miedo pagar esta dicha mía con una catástrofe espantosa.

—¡Qué chiquilla! —dijo Eugène.

—¡Ah, esta noche la chiquilla soy yo! —dijo ella riéndose.

Eugène regresó a la Casa Vauquer con la certidumbre de irse de ella a la mañana siguiente; por lo tanto, durante el camino cedió a esos gratos sueños que tienen todos los jóvenes cuando llevan aún en los labios el sabor de la felicidad.

—¿Qué ha sucedido? —dijo Goriot cuando pasó Eugène delante de su puerta.

—Ha sucedido que mañana se lo cuento todo —contestó Eugène.

—Todo, ¿eh? —exclamó el buen hombre—. Acuéstese. Mañana empezamos nuestra vida feliz.

CAPÍTULO IV

LA MUERTE DEL PADRE

Al día siguiente, Goriot y Rastignac sólo estaban esperando ya la buena disposición de un recadero para irse de la casa de huéspedes cuando, a eso del mediodía, el ruido de un carruaje que se detenía precisamente en la puerta de la Casa Vauquer retumbó en la calle Neuve-Sainte-Geneviève. Bajó del coche la señora de Nucingen y preguntó si estaba todavía su padre en la casa de huéspedes. Al oír la respuesta afirmativa de Sylvie, subió velozmente las escaleras. Eugène estaba en su cuarto aunque su vecino no lo supiera. Mientras almorzaban, le había rogado a Goriot que se hiciera cargo de sus cosas, diciéndole que se verían a las cuatro en la calle de Artois. Pero en lo que el buen hombre iba a buscar a los mozos, Eugène, a quien le llevó poco rato que le pasaran lista en la escuela, regresó sin que nadie lo viera para hacer cuentas con la señora Vauquer, pues no quería dejarle esa carga a Goriot, quien, con el fanatismo que lo caracterizaba, seguramente habría pagado también lo suyo. La patrona había salido. Eugène subió a su cuarto para ver si no se le olvidaba nada y se congratuló por haber tenido esa idea al ver en el cajón de la mesa el reconocimiento de deuda en blanco que le había firmado a Vautrin y que metió allí despreocupadamente cuando le pagó. Como no tenía la chimenea encendida, iba a romperlo en pedacitos cuando, al reconocer la voz de Delphine, no quiso hacer ruido y se quedó quieto para oírla, creyendo que no tendría ningún secreto para él. Luego, desde las primeras palabras, la conversación entre padre e hija le pareció demasiado interesante para no escucharla.

—¡Ay, padre mío —dijo ella—, quiera el cielo que se le haya ocurrido pedir cuentas de mi fortuna a tiempo de no verme arruinada! ¿Puedo hablar?

—Sí, la casa está vacía —dijo Goriot con voz alterada.

—¿Qué le ocurre, padre? —siguió diciendo la señora de Nucingen.

—Acabas de darme un hachazo en la cabeza —dijo el anciano—. ¡Dios te perdone, hija mía! No sabes cuánto te quiero; ¡si lo hubieras sabido, no me habrías dicho cosas así tan de repente, sobre todo si nada es irremediable! ¿Qué ha sucedido, tan urgente como para que hayas venido a buscarme aquí cuando dentro de unos momentos íbamos a estar en la calle de Artois?

—Vaya, padre mío, ¿acaso una es dueña de su primer impulso ante una catástrofe? ¡Estoy trastornada! Su procurador ha descubierto algo, antes de que ocurra la desgracia que, seguramente, saldrá a la luz más adelante. Vamos a necesitar la veteranía de esa experiencia comercial que tiene usted y he venido a buscarlo como se agarra alguien a una rama cuando se está ahogando. Cuando el señor Derville vio

que Nucingen le ponía continuamente inconvenientes, lo amenazó con un pleito, diciéndole que conseguiría enseguida la autorización del presidente del tribunal. Nucingen vino esta mañana a mis habitaciones para preguntarme si quería su ruina y la mía. Le contesté que yo no entendía nada de todas esas cosas, que tenía una fortuna, que lo lógico era que pudiese disponer de mi fortuna y que todo cuanto tuviera que ver con ese embrollo era cosa de mi procurador, que yo no podía ser más ignorante de lo que soy y que es imposible que entienda nada de ese asunto. ¿No era eso lo que me aconsejó usted que dijera?

—Bien —contestó Goriot.

—Pues me ha puesto al tanto de sus negocios —siguió diciendo Delphine—. Ha metido todos sus capitales y los míos en empresas recién iniciadas y para las que ha sido necesario sacar grandes sumas fuera. Si lo forzase a devolverme mi dote, no le quedaría más remedio que declararse en quiebra; mientras que, si me avengo a esperar un año, se compromete por su honor a devolverme una fortuna doble o triple de la mía, invirtiendo mis capitales en operaciones territoriales, y cuando concluyan seré dueña y señora de todos mis bienes. Mi querido padre, era sincero, me ha asustado. Me ha pedido perdón por su comportamiento, me ha desvinculado de mis compromisos, me permite que me comporte como me plazca con la condición de dejar por completo en sus manos la administración de los negocios que vayan a mi nombre. Me ha prometido, para dejar constancia de su buena fe, que llamará al señor Derville siempre que yo lo desee para que éste opine si los documentos en los que me constituya como propietaria están redactados como es debido. En resumidas cuentas, se ha puesto en mi poder atado de pies y manos. Me pide que le deje llevar la casa otros dos años y me ha suplicado que no gaste en mí más que lo que me da. Me ha demostrado que lo único que estaba en su mano era conservar las apariencias, que había despedido a su bailarina y que iba a verse obligado a ahorrar de la forma más estricta, pero bajo cuerda, para rematar sus especulaciones sin alterar su crédito. Lo he tratado muy mal, lo he puesto todo en duda para acorralarlo y enterarme de más cosas: me ha enseñado los libros y, al final, se ha echado a llorar. Nunca he visto a un hombre en semejante estado. Había perdido la cabeza, hablaba de matarse, deliraba. Me ha dado pena de él.

—¿Y tú te crees esos cuentos? —exclamó Goriot—. ¡Está haciendo teatro! He tenido negocios con alemanes: casi todos personas de buena fe y llenos de candor; pero cuando, tras ese aspecto de sinceridad y campechanía, empiezan a ser astutos y charlatanes, entonces lo son más que nadie. Tu marido te está engañando. Nota que lo van a pillar, se hace el muerto, quiere seguir disponiendo de todo lo que está a tu nombre más aún de lo que dispone de lo que está al suyo, va a aprovecharse de esta circunstancia para poner a buen recaudo las oportunidades de sus negocios. Es tan taimado como pérfido; es un individuo malo. No, no, no me iré a Le Père-Lachaise

dejando a mis hijas carentes de todo. Todavía entiendo algo de negocios. Dice que ha metido sus fondos en empresas. ¡Bueno, pues los intereses que den aparecerán en forma de valores, de reconocimientos de deuda, de tratos! Que los enseñe y que te liquide lo tuyo. Nosotros elegiremos las mejores especulaciones, nos arriesgaremos y tendremos los títulos acreditativos con el apellido nuestro, «Delphine Goriot, casada bajo el régimen de separación de bienes con el barón de Nucingen». Pero ¿es que nos toma por imbéciles? ¿Se cree que puedo aguantar dos días la idea de dejarte sin dinero y sin pan? ¡No la soportaría ni un día, ni una noche, ni dos horas! Si eso fuera cierto, no sobreviviría. ¿Cómo? ¿Me he pasado trabajando cuarenta años, he acarreado sacos, he sudado a chorros, me he estado privando toda la vida por vosotras, ángeles míos, porque por vosotras cualquier trabajo, cualquier carga me parecían livianos, y ahora se van a ir en humo mi fortuna y mi vida? Me moriría de rabia. ¡Por todo lo más sagrado que haya en la tierra y en el cielo, vamos a aclarar todo eso, a comprobar los libros, la caja, las empresas! No duermo, no me acuesto, no como hasta que me demuestren que tu fortuna está ahí, enterita. A Dios gracias hay separación de bienes; te hará de procurador el señor Derville, un hombre honrado por fortuna. ¡Cuerpo de Dios! Tendrás ese millonaje tuyo tan bueno y tus cincuenta mil libras de renta hasta el fin de tus días o monto un escándalo en París, ¡hasta ahí podríamos llegar! Iré a las cámaras si los tribunales nos tratan mal. Pero si es que saber que estabas tranquila y feliz en asuntos de dinero, pensarlo, me aliviaba de todos los males y me calmaba las penas. El dinero es la vida. Con dinero se consigue todo. ¿Qué nos está contando ese ceporro de alsaciano? Delphine, no le hagas concesiones ni en un céntimo a ese animal, que te encadenó y te hizo desgraciada. Si te necesita, le daremos de palos y lo obligaremos a andar derecho. Dios mío, me arde la cabeza, tengo dentro algo que me quema. ¡Mi Delphine en la miseria! ¡Ay, Fifine mía, tú! ¡Caramba! ¿Dónde tengo los guantes? Vamos, vámonos, quiero ir a verlo todo, los libros, los negocios, la caja, la correspondencia, ahora mismo. No me tranquilizaré hasta que me demuestren que tu fortuna no está ya en peligro y cuando la vea con mis propios ojos.

—¡Padre querido! Vaya con cuidado. Si le echa a este asunto la mínima veleidad de venganza y si se le notan intenciones demasiado hostiles, estaré perdida. Nucingen lo conoce a usted, le ha parecido de lo más natural que, por inspiración suya, me interese por mi fortuna; pero, se lo juro, la tiene en sus manos, y ha querido tenerla. ¡Es hombre capaz de huir con todos los capitales y dejarnos plantados, el muy bribón! Sabe perfectamente que, en lo que a mí se refiere, no deshonraré el apellido que llevo llevándolo a él ante la justicia. Es fuerte y débil a la vez. Lo he examinado bien todo. Si lo acorralamos, estoy arruinada.

—Pero ¿es que es un pillo?

—Pues sí, padre —dijo Delphine; y se desplomó, llorando, en una silla—. ¡No

quería admitirlo para ahorrarle a usted el disgusto de haberme casado con un hombre de esa clase! ¡Hábitos secretos y conciencia, alma y cuerpo, en él todo hace juego! Es espantoso. Lo aborrezco y lo desprecio. Sí, no puedo ya sentir aprecio por ese villano de Nucingen después de todo lo que me ha dicho. Un hombre capaz de meterse en los manejos comerciales que me ha contado no tiene la mínima delicadeza; y mis temores vienen de que le he leído perfectamente en el alma. Él, mi marido, me ha propuesto claramente la libertad. ¿Sabe lo que significa eso? Preguntaba si, en caso de apuro, querría ser una herramienta en sus manos, que si querría servirle de testafarro, vamos.

—Pero ¡si existen las leyes! Pero ¡si hay una plaza de Grève para los yernos de esa categoría! —exclamó Goriot—. Lo guillotinaría con mis propias manos si no hubiera verdugo.

—No padre, no existen leyes contra él. Oiga, en dos palabras, el lenguaje que usa, quitándole los circunloquios con que lo envolvía: «O todo está perdido, se queda sin un céntimo y está arruinada; porque no puedo escoger a más cómplice que usted. O me deja llevar a buen puerto mis negocios». ¿Está claro? Todavía me tiene apego. Mi probidad femenina lo tranquiliza; sabe que le dejaré su fortuna y me conformaré con la mía. Es una asociación tramposa y ladrona que tengo que admitir so pena de arruinarme. Me compra la conciencia y la paga dejándome que sea, a gusto, la mujer de Eugène. «¡Te permito que cometas infidelidades, déjame cometer crímenes arruinando a infelices!». ¿Está bastante clara la lengua que habla? ¿Sabe a lo que llama operaciones? Compra solares a su nombre y luego unos hombres de paja edifican casas. Esos hombres cierran los tratos de los edificios con todos los contratistas, y pagan con efectos de comercio a largo plazo, y se avienen, mediante el pago de una suma modesta, a darle los comprobantes de pago a mi marido, que se convierte en dueño de las casas, mientras que esos hombres liquidan a los contratistas estafados quebrando. El nombre de la casa Nucingen sirvió para deslumbrar a los pobres constructores. Así lo entendí. Y entendí también que para demostrar, en caso de necesidad, el pago de sumas enormes, Nucingen envió grandes cantidades de valores a Ámsterdam, a Nápoles y a Viena. ¿Cómo vamos a hacernos con ellos?

Eugène oyó el fuerte ruido de las rodillas del pobre Goriot, que cayó sin duda al suelo de baldosines del cuarto.

—Dios mío, ¿qué he hecho? Mi hija a merced de ese miserable, que le exigiría todo si quiere. ¡Perdón, hija mía! —gritó el anciano.

—Sí, si me hallo en un abismo, es posible que tenga usted algo de culpa —dijo Delphine—. ¡Razonamos tan poco cuando nos casamos! ¿Sabemos algo acaso del mundo, de los negocios, de los hombres, de las costumbres? Los padres deberían pensar por nosotras. Padre querido, no le reprocho nada, perdóneme lo que acabo de decir. En esto, toda la culpa es mía. No, no llore, papá —dijo, dándole a su padre un

beso en la frente.

—No llores tú tampoco, Delphine, hijita. A ver esos ojos, que te los voy a secar a besos. ¡Tranquila! Voy a recobrar el seso y a desenredar esa madeja de negocios que ha enmarañado tu marido.

—No, déjeme a mí; sabré manejarlo. Me quiere. Bueno, pues usaré el poder que tengo sobre él para conseguir que coloque pronto a mi nombre unos cuantos capitales en propiedades. A lo mejor le hago volver a comprar Nucingen, en Alsacia, a mi nombre. Tiene empeño en esa compra. Pero venga mañana para pasar revista a sus libros y a sus negocios. El señor Nerville no entiende nada que tenga que ver con el comercio. No, no venga mañana. No quiero tener el ánimo revuelto. El baile de la señora de Beauséant es pasado mañana; ¡quiero cuidarme para estar lozana y descansada y hacerle honor a mi querido Eugène! Ande, vamos a ver cómo es su cuarto.

En ese momento se detuvo un coche en la calle NeuveSainte-Geneviève y se oyó en las escaleras la voz de la señora de Restaud, que le decía a Sylvie:

—¿Está mi padre?

Este suceso salvó afortunadamente a Eugène, que ya estaba pensando en echarse en la cama y fingir que estaba dormido.

—Ah, padre, ¿le han dicho algo de Anastasie? —dijo Delphine, al reconocer la voz de su hermana—. Por lo visto también en su matrimonio suceden cosas bastante singulares.

—¿Y qué es? —dijo Goriot—. Esto acabará conmigo. Esta pobre cabeza mía no soportará una desgracia doble.

—Buenos días, padre —dijo la condesa al entrar—. ¡Ah, estás aquí, Delphine!

La señora de Restaud pareció apurada al encontrarse con su hermana.

—Buenos días, Nasie —dijo la baronesa—. ¿Te parece extraordinaria mi presencia? Yo veo a mi padre a diario.

—¿Desde cuándo?

—Si vinieras a verlo, lo sabrías.

—No te metas conmigo, Delphine —dijo la condesa con voz lastimera—. Soy muy desgraciada; ¡estoy perdida, pobre padre mío! ¡Ay, esta vez estoy perdida del todo!

—¿Qué te pasa, Nasie? —gritó Goriot—. ¡Cuéntanoslo todo, hija! Se está poniendo pálida. ¡Vamos, Delphine, atiéndela, sé buena con ella, y te querré aún más, si es que eso es posible!

—Mi pobre Nasie —dijo la señora de Nucingen, haciendo sentarse a su hermana—, habla. Tienes aquí a las dos únicas personas que te querrán siempre lo suficiente para perdonártelo todo. Los afectos de familia son los más seguros, ¿sabes?

Le hizo respirar unas sales y la condesa volvió en sí.

—Me moriré con esto —dijo Goriot—. Vamos a ver —añadió, escarbando el fuego de bolas de agalla—, acercaos las dos. Tengo frío. ¿Qué te pasa, Nasie? Dilo corriendo, que me matas...

—Pues mi marido lo sabe todo —dijo la pobre mujer—. Fíjese, padre, ¿se acuerda de aquel pagaré de Maxime, hace tiempo ya? Pues no era el primero. Yo había pagado ya muchos otros. A eso de principios de enero, el señor de Trailles me parecía muy triste. No me decía nada; pero es tan fácil leer en el corazón de las personas a las que quieres, basta con cualquier nadería. Y además están los presentimientos. Y estaba más enamorado y más tierno de lo que nunca lo había visto; y yo era cada vez más feliz. ¡Pobre Maxime! Se estaba despidiendo de mí con el pensamiento, por lo que me dijo; quería levantarse la tapa de los sesos. Por fin, tanto lo acosé y tanto le rogué, estuve dos horas postrada delante de él, que me dijo que debía cien mil francos. ¡Ay, papá, cien mil francos! Me volví loca. Usted no los tenía, yo me lo había comido todo...

—No —dijo Goriot—, no habría podido sacarlos de ninguna parte, a menos que hubiera ido a robarlos. Pero ¡habría ido, Nasie! Iré.

Al oír esa palabra, que sonó con tono lúgubre, como el estertor de un moribundo, y que daba fe de la agonía del sentimiento paterno reducido a la impotencia, las dos hermanas hicieron una pausa. ¿A qué egoísmo habría dejado frío aquel grito de desesperación que, igual que la piedra que tiran a un barranco, revelaba lo profundo que era?

—Me hice con ellos disponiendo de lo que no era mío, padre —dijo la condesa, echándose a llorar.

Delphine se conmovió y lloró apoyando la cabeza en el cuello de su hermana.

—Así que todo es cierto —dijo.

Anastasie bajó la cabeza; la señora de Nucingen la agarró, la besó con ternura y, dijo, apoyándosela en el pecho:

—Aquí siempre te querremos sin juzgarte.

—Ángeles míos —dijo Goriot con voz débil—, ¿por qué se deberá vuestra unión a la desgracia?

—Para salvarle la vida a Maxime, es decir, para salvar toda mi dicha —siguió diciendo la condesa, animada con aquellas muestras de una ternura cálida y vibrante—, le llevé a ese usurero que ya conoce usted, un hombre obra del infierno, a quien no hay nada que pueda enternecer, ese señor Gobsceck, los brillantes de la familia a los que tan apegado está el señor de Restaud, los suyos, los míos, todos, los vendí todos. ¡Los vendí! ¿Os dais cuenta? ¡Y se salvó! Pero yo estoy muerta. Restaud se ha enterado de todo.

—¿Por quién? ¿Cómo? ¡Mato a quien haya sido! —gritó Goriot.

—Ayer mandó que me dijeran que fuera a su cuarto. Fui... «Anastasie —me dijo

con una voz... (¡ay, con esa voz me bastó! Lo adiviné todo)—, ¿dónde están sus brillantes?». En mi cuarto. «No —dijo, mirándome—, están ahí, encima de mi cómoda». Y me enseñó el estuche, que había tapado con el pañuelo. «¿Sabe de dónde vienen?», me dijo. Me postré delante de él... lloré, le pregunté de qué muerte quería verme morir.

—¡Eso dijiste! —exclamó Goriot—. ¡Por el sagrado nombre de Dios, quien os haga daño a alguna de las dos mientras yo viva puede tener la seguridad de que lo asaré a fuego lento! Sí, lo despedazaré como...

Goriot calló, se le morían las palabras en la garganta.

—Finalmente, mi querida hermana, me pidió algo más difícil que la muerte. Que el cielo libre a cualquier mujer de oír lo que oí.

—Asesinaré a ese hombre —dijo tranquilamente Goriot—. Pero sólo tiene una vida, y me debe dos. ¿Y qué pasó por fin? —añadió mirando a Anastasie.

—Pues —dijo la condesa, que siguió hablando tras una pausa—, me miró y me dijo: «Anastasie, voy a enterrarlo todo bajo el silencio, seguiremos juntos, tenemos hijos. No mataré al señor de Trailles, podría fallar, y, si me deshiciera de él de otra forma, podría tropezar con la justicia de los hombres. Matarlo en brazos de usted sería deshonar a los niños. Pero para que no vea morir ni a sus hijos, ni al padre de esos hijos, ni a mí, le impongo dos condiciones. Conteste: ¿hay alguno que sea hijo mío?». Contesté que sí. «¿Cuál de ellos?», preguntó. «Ernest, el mayor». «Bien —dijo—. Ahora júreme que en adelante me obedecerá en un único punto». Lo juré. «Firmará la venta de sus bienes cuando se lo pida».

—No firmes —gritó Goriot—. No firmes nunca algo así. Vaya, vaya, señor de Restaud, ¿no sabe usted lo que es hacer feliz a una mujer, ella va a buscar la dicha donde esté y usted la castiga con su boba impotencia?... Pero, alto, que aquí estoy yo. Me encontrará cruzado en su camino. Nasie, no te preocupes. ¡Así que quiere a su heredero! Bueno, bueno. Ya le quitaré yo a su hijo, que, por todos los demonios, es mi nieto. ¿Puedo ver al arrapiezo, no? Me lo llevo a mi pueblo; lo cuidaré mucho, estate tranquila. Haré capitular a ese monstruo, diciéndole: «¡Vamos a vernos las caras! Si quieres recuperar a tu hijo, devuélvele sus bienes a mi hija y déjala que se porte como quiera».

—¡Padre mío!

—¡Sí, tu padre! ¡Ah, yo soy un padre de verdad! ¡Qué ese pícaro noble no maltrate a mis hijas! ¡Truenos! No sé qué me corre por las venas. Sangre de tigre; querría comerme a esos dos hombres. ¡Ay, hijas mías! ¿Ésa es la vida que lleváis? Pero si es mi muerte. ¿Qué será de vosotras cuando ya no esté? Los padres deberían vivir tanto como sus hijos. ¡Dios mío, qué mal hecho está este mundo tuyo! Y eso que tienes un hijo, por lo que cuentan. ¡Deberías impedir que sufriéramos en nuestros hijos! Mis ángeles queridos, ¿cómo es esto? Sólo debo vuestra presencia a vuestros

padecimientos. Sólo me enseñáis vuestras lágrimas. Sí, sí, me queréis, ya lo veo. ¡Venid, venid a lamentaros aquí, conmigo! Tengo el corazón grande y puede recibirlo todo. Sí, por mucho que lo atraveséis, los jirones volverán a convertirse en corazones de padre. Querría coger vuestras penas y sufrir en lugar vuestro. ¡Ay, cuando érais pequeñas, qué felices érais!

—Sólo fue buena aquella época —dijo Delphine—. ¿Dónde están aquellos ratos en que rodábamos desde arriba por los sacos en aquel desván tan grande?

—Y eso no es todo, padre —le dijo Anastasie al oído a Goriot, que dio un bote—. Los diamantes no se vendieron por cien mil francos. Hay demandas contra Maxime. Sólo nos quedan ya por pagar doce mil francos. Me ha prometido ser sensato y no volver a jugar. Sólo me queda ya su amor en el mundo, y lo he pagado demasiado caro para no morirme si lo pierdo. Le he sacrificado la fortuna, el honor, el sosiego, los hijos. ¡Ay, haga usted que por lo menos Maxime quede libre, que no se deshonor, que pueda seguir en ese mundo en donde sabrá labrarse una posición! Ahora no me debe sólo la felicidad; tenemos unos hijos que se quedarían sin fortuna. Todo estará perdido si lo encierran en Sainte-Pélagie^[27].

—No los tengo, Nasie. ¡No me queda nada, nada! Es el fin del mundo. Sí, el mundo va a hundirse, seguro. ¡Marchaos, salvaos antes! ¡Ah, todavía me quedan las hebillas de plata y seis cubiertos, los primeros que tuve en la vida! Además sólo me quedan ya mil doscientos francos de renta vitalicia...

—¿Y qué ha hecho con sus rentas perpetuas?

—Las vendí y me quedé con este ingreso pequeñito, para mis necesidades. Necesitaba doce mil francos para amueblarle unas habitaciones a Fifine.

—¿En tu casa, Delphine? —le preguntó la señora de Restaud a su hermana.

—¿Y qué más da? —dijo Goriot—. Los doce mil francos se han gastado.

—Lo adivino —dijo la condesa—. Para el señor de Rastignac. ¡Ay, mi pobre Delphine, no sigas por ese camino! Ya ves adónde he llegado yo.

—Querida, el señor de Rastignac es un joven incapaz de arruinar a su amante.

—Gracias, Delphine. En la situación crítica en que estoy, esperaba más de ti; nunca me has querido.

—Sí que te quiere, Nasie —gritó Goriot—. Me lo decía hace un rato. ¡Estábamos hablando de ti y me afirmaba que tú eras guapa y que ella sólo era agraciada!

—¡Agraciada! —repitió la condesa—. Tiene una belleza fría.

—Y, aunque así fuera —dijo Delphine, poniéndose encarnada—, ¿cómo te has portado tú conmigo? Renegaste de mí, hiciste que se me cerrasen las puertas de todas las casas a las que deseaba ir; en fin, nunca perdiste la mínima ocasión de disgustarme. ¿Y acaso he venido yo, como has hecho tú, a sacarle a nuestro pobre padre su dinero, de mil francos en mil francos, y a dejarlo en el estado en que se encuentra? Mira tu obra, hermana. Yo he visto a mi padre cuanto he podido, no lo

puse de patitas en la calle y no he venido a lamerle las manos cuando lo necesitaba. Ni siquiera sabía que se había gastado esos doce mil francos en mí. ¡Yo soy persona ordenada, ya lo sabes! Y, además, si papá me ha hecho algún regalo, yo no se lo he pedido nunca.

—Tú tenías más suerte que yo: el señor de Marsay era rico, bien lo sabes tú. Siempre fuiste una interesada. Adiós, no tengo ni hermana ni...

—¡Calla, Nasie! —gritó Goriot.

—Sólo una hermana como tú puede andar repitiendo lo que la gente ya no cree, eres un monstruo —dijo Delphine.

—Hijas, hijas, callaos o me mato delante de vosotras.

—Anda, Nasie, te perdono —siguió diciendo la señora de Nucingen—, porque eres desgraciada. Pero soy mejor que tú. Decirme eso en el momento en que me sentía capaz de todo para ayudarte, incluso de entrar en el dormitorio de mi marido, cosa que no haría ni por mí ni por... Esto es digno de todo el daño que me has venido haciendo desde hace nueve años.

—¡Hijas, hijas, daos un beso! —dijo el padre—. Sois dos ángeles.

—No, déjeme —gritó la condesa, a quien había agarrado Goriot del brazo y que se zafaba del abrazo del padre—. Mi hermana siente menos compasión por mí que mi marido. ¡Cualquiera diría que ella es la viva imagen de todas las virtudes!

—Prefiero que crean que le debo dinero al señor de Marsay que confesar que el señor de Trailles me cuesta más de doscientos mil francos —contestó la señora de Nucingen.

—¡Delphine! —gritó la condesa, dando un paso hacia ella.

—Yo te digo la verdad, mientras que tú me calumnias —contestó fríamente la baronesa.

—¡Delphine! Eres una...

Goriot se abalanzó, sujetó a la condesa y le impidió hablar tapándole la boca con la mano.

—¡Dios mío, padre! Pero ¿qué ha tocado esta mañana? —le dijo Anastasie.

—Pues sí, muy mal —dijo el pobre padre, limpiándose las manos en los pantalones—. Pero es que no sabía que ibais a venir, estoy de mudanza.

Se alegraba de haberse ganado un reproche que desviaba hacia él el enfado de su hija.

—¡Ay! —siguió diciendo, mientras se sentaba—. ¡Me habéis partido el corazón, hijas mías! Me quema la cabeza por dentro como si llevara fuego en ella. ¡Sed buenas y quereos mucho! Me vais a matar. Delphine, Nasie, vamos, teníais razón, estabais equivocadas las dos. Anda, Dedel —añadió, volviendo hacia la baronesa unos ojos cuajados de lágrimas—, necesita doce mil francos, vamos a buscarlos. No os miréis así.

Se arrodilló delante de Delphine:

—Pídele perdón para darme gusto —le dijo al oído—, es la más desgraciada. Anda.

—Mi pobre Nasie —dijo Delphine, espantada al ver la expresión fiera y desvariada con que el dolor marcaba el rostro de su padre—. He hecho mal, dame un beso.

—¡Ay! Me ponéis un bálsamo en el corazón —gritó Goriot—. Pero ¿de dónde vamos a sacar doce mil francos? ¿Y si me ofrezco para un reemplazo?

—¡Ay, padre! —dijeron las dos hijas, rodeándolo—. ¡No, no!

—Dios lo recompensará por esa idea, porque nuestra vida no bastaría para hacerlo, ¿verdad, Nasie? —siguió diciendo Delphine.

—Y además, pobre padre mío, sería una gota de agua —comentó la condesa.

—Pero ¿es que no puede uno hacer nada con su propia sangre? —gritó el anciano, desesperado—. ¡Seré de quien te salve, Nasie! Mataré a un hombre por él. ¡Haré lo que Vautrin, iré a presidio! Yo... —Se detuvo como si le hubiera caído un rayo encima—. ¡No queda nada! —dijo, mesándose el pelo—. Si supiera dónde ir para robar; pero todavía resulta difícil que salga un robo. Y además haría falta gente y tiempo para asaltar un banco. Vamos, debo morirme, sólo me queda ya morir. Sí, ya no valgo para nada; ¡ya no soy padre! No. Mi hija me pide, necesita algo, y yo, mísero, no tengo nada. ¡Ah, viejo bribón, te constituiste unas rentas vitalicias y tenías hijas! Pero ¿es que no las quieres? ¡Revienta, revienta como un perro, que es lo que eres! ¡Sí, soy menos que un perro, un perro no se portaría así! ¡Ay, la cabeza! ¡Me hierve!

—Pero, papá —gritaron ambas jóvenes, que lo rodeaban para impedir que se pegase con la cabeza contra las paredes—, sea sensato.

Goriot sollozaba. Eugène, espantado, cogió el pagaré con la firma de Vautrin y en cuyo timbre constaba una cantidad mayor, corrigió esa suma, lo convirtió en un pagaré regular de doce mil francos a orden de Goriot y entró.

—Aquí tiene todo el dinero, señora —dijo, presentándole el papel—. Estaba durmiendo y la conversación me ha despertado; y así he podido enterarme de qué cantidad le debo al señor Goriot. Aquí está el pagaré y puede usted venderlo; lo atenderé sin falta.

La condesa, inmóvil, tenía el papel en la mano.

—¡Delphine —dijo pálida y trémula de ira, de furia y de rabia—, a Dios pongo por testigo de que te lo perdonaba todo! Pero ¡esto! ¿Cómo? ¡Ahí estaba este señor y tú lo sabías! ¡Y has tenido la mezquindad de vengarte consintiendo que lo pusiera al tanto de los secretos de mi vida, de la de mis hijos, de mi vergüenza, de mi honra! Pues ya no eres nada mío, te aborrezco, te haré todo el daño que pueda...

La ira le cortó la palabra y se le secó la garganta.

—Pero si es mi hijo, nuestro hijo, tu hermano, tu salvador —gritaba Goriot—. ¡Dale un abrazo, Nasie! Mira cómo lo abrazo yo —añadió, estrechando a Eugène con una especie de frenesí—. ¡Ay, hijo mío, seré más que un padre para ti, quiero ser una familia! Querría ser Dios para ponerte el universo a los pies. Pero ¡dale un beso, Nasie! No es un hombre, es un ángel, un auténtico ángel.

—Déjela, padre, está loca ahora mismo —dijo Delphine.

—¡Loca! ¡Loca! ¿Y tú qué? —preguntó la señora de Restaud.

—Hijas, me muero si seguís así —gritó el anciano, desplomándose en la cama como herido de bala—. ¡Me están matando! —dijo para sí.

La condesa miró a Eugène, que estaba quieto y estupefacto ante la violencia de la escena.

—Caballero —le dijo, interrogándolo con el ademán, con la voz y con la mirada sin preocuparse de su padre, a quien le estaba desabrochando el chaleco a todo prisa Delphine.

—Señora, pagaré y callaré —contestó él sin esperar la pregunta.

—¡Has matado a nuestro padre, Nasie! —dijo Delphine, señalándole el anciano desmayado a su hermana, que salió corriendo.

—La perdono de buena gana —dijo el pobre hombre, abriendo los ojos—; está en una situación espantosa que trastornaría la cabeza más sensata. Consuela a Nasie, sé tierna con ella, prométeselo a tu pobre padre que se muere —le pidió a Delphine, apretándole la mano.

—Pero ¿qué le pasa? —dijo ella, muy asustada.

—Nada, nada —contestó el padre—, ya se me pasará. Hay algo que me oprime la frente, una jaqueca. Pobre Nasie, ¡qué porvenir la espera!

En ese momento entró la condesa y se postró ante su padre.

—¡Perdón! —le gritó.

—Vamos —dijo Goriot—, me haces aún más daño ahora.

—Caballero —le dijo la condesa a Rastignac, con los ojos cuajados de lágrimas—. Me volví injusta con el dolor. ¿Será un hermano para mí? —añadió, tendiéndole la mano.

—Nasie —le dijo Delphine, abrazándola—, mi querida Nasie, olvidémoslo todo.

—No —dijo ella—. ¡Yo lo recordaré!

—Sois unos ángeles —exclamó Goriot—; me quitáis el velo que tenía ante los ojos y vuestra voz me reanima. Abrazaos otra vez. Dime, Nasie, ¿te salvará ese pagaré?

—Eso espero. Por cierto, papá, ¿le importa firmarlo?

—Pero ¡qué tonto he sido, mira que olvidarme de eso! Pero es que me encontraba mal, Nasie, no me lo tengas en cuenta. Mándame recado para decirme que has salido del apuro. No, ya iré yo. Pues no, no iré, no puedo volver a ver a tu marido, lo

mataría en el acto. Y en eso de desnaturalizar tus bienes, ya estaré yo al quite. Corre, hija, y haz que Maxime se vuelva sensato.

Eugène estaba pasmado.

—Esta pobre Anastasie siempre fue violenta —dijo la señora de Nucingen—, pero tiene buen corazón.

—Ha vuelto a buscar el endoso —le dijo Eugène al oído a Delphine.

—¿Usted cree?

—Querría no creerlo. No se fíe de ella —contestó Eugène, alzando los ojos al cielo como para contarle en secreto a Dios unos pensamientos que no se atrevía a expresar.

—Sí, siempre fue un poco teatrera. Y mi pobre padre pica en sus mañas.

—¿Qué tal está, mi buen Goriot? —le preguntó Rastignac al anciano.

—Tengo ganas de dormir —contestó él.

Eugène ayudó a Goriot a acostarse. Luego, cuando el buen hombre se hubo quedado dormido con la mano de Delphine cogida, su hija se fue.

—Esta noche en Les Italiens —le dijo a Eugène—; y me dirás cómo está. Mañana se muda usted de casa, caballero. ¿A ver su cuarto? ¡Ay, qué espanto! —dijo, entrando—. Pero si estaba usted peor que mi padre. Eugène, te has portado bien. Lo querría a usted más aún si eso fuera posible; pero, muchachito, si quiere hacerse rico, no vaya tirando los miles de francos por la ventana. El conde de Trailles es jugador. Mi hermana no quiere admitirlo. Habría ido a buscar esos doce mil francos donde sabe perder o ganar montañas de oro.

Un quejido los hizo regresar al cuarto de Goriot, a quien encontraron aparentemente dormido, pero al acercarse a él los dos enamorados, oyeron las siguientes palabras:

—¡No son felices!

Dicha en sueños o en vela, con esa frase se le quedó tan impresionado el corazón a su hija que se acercó al jergón en que yacía su padre y le dio un beso en la frente. Él abrió los ojos, diciendo:

—¡Es Delphine!

—¿Y, dime, qué tal estás? —preguntó ella.

—Bien —contestó Goriot—. No te preocupes; voy a salir. Marchaos, marchaos, hijos, y sed felices.

Eugène acompañó a Delphine a su casa; pero estaba preocupado por el estado en que había dejado a Goriot, no quiso cenar con ella y volvió a la Casa Vauquer. Se encontró a Goriot levantado y a punto de sentarse a la mesa. Bianchon se había colocado para verle bien la cara al fabricante de fideos. Cuando lo vio coger el pan y olerlo para calibrar la calidad de la harina de que estaba hecho, el estudiante, tras notar en aquel gesto una ausencia total de eso que podríamos llamar conciencia del

acto, hizo un ademán tétrico.

—Ven aquí, a mi lado, señor interno de Cochin —le dijo Eugène.

Bianchon se cambió de sitio de tanto mejor grado cuanto que así estaba cerca del anciano huésped.

—¿Qué pasa? —preguntó Rastignac.

—¡O mucho me equivoco o está acabado! Ha debido de ocurrirle algo fuera de lo normal, me parece que lo amenaza una apoplejía inminente muy grave. ¡Aunque la parte de abajo de la cara está bastante tranquila, los rasgos superiores tiran hacia la frente, fíjate! Y además los ojos están en ese estado peculiar que indica que la serosidad está inundando el cerebro. ¿No parece que están llenos de un polvillo fino? Mañana por la mañana sabré más cosas.

—¿Y hay remedio?

—Ninguno. A lo mejor podríamos retrasar la muerte si damos con medios para determinar una reacción hacia las extremidades, hacia las piernas; pero si mañana por la noche siguen los síntomas, el pobre hombre está perdido. ¿Sabes tú qué acontecimiento ha desencadenado la enfermedad? Ha tenido que recibir un golpe violento que le haya hundido el ánimo.

—Sí —dijo Rastignac, acordándose de que las dos hijas le habían estado golpeando sin tregua en el corazón.

«Por lo menos —se decía Eugène—, ¡Delphine sí quiere a su padre!».

Por la noche, en Les Italiens, Rastignac tomó ciertas precauciones para no alarmar en exceso a la señora de Nucingen.

—No se preocupe —contestó ella en cuanto Eugène empezó a hablar—, mi padre es fuerte. Sólo que esta mañana lo hemos baqueteado un poco. Nuestro dinero está en peligro. ¿Se da cuenta del alcance de esa desgracia? Estaría en vilo si no fuera porque el afecto de usted me vuelve insensible a lo que antes me habrían parecido unas angustias mortales. Hoy ya no existe para mí más que un único temor, una única desdicha, y sería perder el amor que me ha revelado el gozo de vivir. Fuera de ese sentimiento, todo me es indiferente, no quiero nada más en el mundo. Lo es usted todo para mí. Si valoro la dicha de ser rica, es para gustarle más. Para vergüenza mía, soy más enamorada que hija. ¿Por qué? No lo sé. Toda mi vida está en usted. Mi padre me dio un corazón, pero usted lo ha hecho latir. ¡Puede censurarme el mundo entero! ¿Qué más me da si usted, que no tiene derecho a tomármelo en cuenta, me absuelve de los crímenes a los que me aboca un sentimiento irresistible? ¿Le parezco una hija desnaturalizada? No, no, es imposible no querer a un padre tan bueno como el nuestro. ¿Podía impedir acaso que no viera por fin las consecuencias naturales de nuestras deplorables bodas? ¿Por qué no las impidió? ¿No le correspondía a él pensar por nosotras? Ahora, ya lo sé, sufre tanto como nosotras. Pero ¿qué podíamos hacer? ¡Consolarlo! ¡No lo consolaríamos de nada! Le dolía más nuestra resignación de lo

que lo herirían nuestros reproches y nuestras quejas. Hay situaciones en la vida en que todo es amargura.

Eugène calló; lo embargaba la ternura ante la manifestación ingenua de un sentimiento verdadero. Las parisinas son con frecuencia falsas; se les sube la vanidad a la cabeza, sólo piensan en sí y son coquetas y frías, pero no cabe duda de que cuando aman de verdad supeditan a sus pasiones más sentimientos que las demás mujeres; crecen con todas esas pequeñeces y se vuelven sublimes. Además, a Eugène le llamaba la atención el talante hondo y sensato que despliega la mujer para opinar de los sentimientos más naturales cuando un cariño excepcional la aparta y la distancia de ellos. A la señora de Nucingen le extrañó el silencio de Eugène.

—¿En qué piensa? —le preguntó.

—Estoy oyendo todavía lo que me ha dicho. Hasta ahora pensaba que la quería yo más a usted que usted a mí.

Delphine sonrió y se defendió del placer que sentía para que la conversación siguiera dentro de los límites que imponía el decoro. Nunca había oído las manifestaciones vibrantes de un amor joven y sincero. Unas cuantas palabras más y ya no habría podido contenerse.

—Eugène —dijo, cambiando de conversación—, ¿no sabe lo que ocurre? Todo París estará mañana en casa de la señora de Beauséant. Los Rochefide y el marqués de Ajuda se han puesto de acuerdo para que no corra el rumor; pero el rey firma mañana el contrato de matrimonio y su pobre prima todavía no lo sabe. No podrá dispensarse de recibir y el marqués no estará en el baile. No se habla más que de ese particular.

—¿Y a la buena sociedad le importa un bledo una infamia y participa en ella? ¿No sabe que eso va a matar a la señora de Beauséant?

—No —dijo Delphine, sonriendo—, no conoce usted a las mujeres como ella. Pero ¡todo París irá a su casa y allí estaré yo! Así que le debo esa dicha.

—Pero —dijo Rastignac—, ¿no será uno de esos rumores absurdos como tantos otros que corren por París?

—Mañana sabremos la verdad.

Eugène no volvió a la Casa Vauquer. No pudo decidirse a no disfrutar de su piso nuevo. La víspera no le había quedado más remedio que separarse de Delphine a la una de la madrugada, pero esta vez fue Delphine quien lo dejó alrededor de las dos para volver a su casa. Se levantó bastante tarde al día siguiente y esperó a eso de las doce a la señora de Nucingen, que fue a almorzar con él. Los jóvenes sienten tal avidez por esas gratas dichas que casi se había olvidado de Goriot. Fue para él una fiesta prolongada acostumbrarse a todas y cada una de esas cosas elegantes que le pertenecían. La señora de Nucingen estaba presente y le daba a todo más valor. No obstante, a eso de las cuatro, los dos amantes se acordaron de Goriot al pensar en la

felicidad que se prometía yendo a vivir a esa casa. Eugène comentó que era necesario trasladar allí enseguida al pobre hombre si es que iba a enfermar y dejó a Delphine para ir corriendo a la Casa Vauquer. Ni Goriot ni Bianchon estaban en el comedor.

—Es que Goriot está pachucho —le dijo el pintor—. Bianchon está arriba con él. El pobre hombre vio a una de sus hijas, a la condesa de *Restaurama*. Luego quiso salir y se puso peor. La sociedad va a verse privada de una de sus galas.

Rastignac se abalanzó hacia las escaleras.

—¡Eh! ¡Señor Eugène!

—¡Señor Eugène! Lo llama la señora —gritó Sylvie.

—Caballero —le dijo la viuda—, el señor Goriot y usted iban a irse el quince de febrero. Fue quince hace tres días, y estamos a dieciocho; habrá que pagarme un mes suyo y un mes de usted, pero si responde usted por Goriot, me bastará con su palabra.

—¿Por qué? ¿No se fía?

—¡Fíame! Si al buen hombre se le va la cabeza y se muere, sus hijas no me darían un céntimo, y lo que deje, todo junto, no vale diez francos. Esta mañana se llevó los últimos cubiertos, no sé por qué. Iba hecho un mozo. Que Dios me perdone, pero creo que llevaba colorete, me pareció más joven.

—Respondo de todo —dijo Eugène, estremeciéndose de espanto y con la aprensión de una catástrofe.

Subió al cuarto de Goriot. El anciano yacía en la cama, y Bianchon estaba a su lado.

—Buenos días, padre —le dijo Eugène.

El pobre hombre sonrió con dulzura y contestó, volviendo hacia él unos ojos vidriosos:

—¿Cómo está Delphine?

—Bien. ¿Y usted, cómo está?

—No estoy mal.

—No lo canses —dijo Bianchon, llevándose a Eugène a un rincón del cuarto.

—¿Qué pasa? —le dijo Rastignac.

—Sólo un milagro puede salvarlo. Ha ocurrido la congestión serosa, tiene puestos unos sinapismos, afortunadamente los nota; están obrando.

—¿Se lo puede mover?

—Imposible. Hay que dejarlo donde está y evitarle cualquier movimiento físico y cualquier emoción...

—Mi buen Bianchon —dijo Eugène—, lo cuidaremos entre los dos.

—Ya le pedí al médico en jefe del hospital que viniera.

—¿Y qué?

—Dará un diagnóstico mañana por la noche. Me prometió que vendría al acabar su jornada de trabajo. Por desgracia este bendito hombre cometió esta mañana una

imprudencia de la que no quiere dar explicaciones. Se ha puesto tozudo como una mula. Cuando le hablo hace como que no me oye y duerme para no contestar; o, si tiene los ojos abiertos, empieza a quejarse. Salió por la mañana y se fue a pie por París, no sabemos adónde. Se llevó todo cuanto tenía que valiera algo y se fue a saber a qué apañó. ¡Y abusó de sus fuerzas! Vino una de sus hijas.

—¿La condesa? —dijo Eugène—. ¿Una alta y morena, de mirada avispada, ojos bien rasgados, pie bonito y cintura flexible?

—Sí.

—Déjame un momento a solas con él —dijo Rastignac—. Voy a confesarlo; a mí me lo dirá todo.

—Iré a cenar mientras tanto. Pero intenta no alterarlo mucho; todavía nos queda cierta esperanza.

—Vete tranquilo.

—Se lo pasarán bien mañana —le dijo Goriot a Eugène cuando se quedaron a solas—. Van a un baile muy importante.

—¿Qué ha hecho esta mañana, papá, para estar tan malo esta noche que tiene que quedarse en la cama?

—Nada.

—¿Vino Anastasie? —preguntó Rastignac.

—Sí —contestó Goriot.

—Está bien; pues no me oculte nada. ¿Qué le pidió esta vez?

—¡Ay! —dijo Goriot, haciendo acopio de fuerzas para hablar—. Tenía un disgusto muy grande, ¿sabe, hijo? Había encargado para ese baile un vestido de lamé que le debe de sentar como una joya. Su modista, una infame, no quiso fiarle, y su doncella pagó mil francos a cuenta por el vestido. ¡Pobre Nasie, haber llegado a eso! Me partió el corazón. Pero a la doncella, al ver al Restaud ese retirarles la confianza a Nasie, le dio miedo quedarse sin su dinero, y se puso de acuerdo con la modista para que no le entregase el vestido si no le devolvía los mil francos. El baile es mañana, el vestido está listo, Nasie está desesperada. Vino a pedirme prestados los cubiertos para empeñarlos. Su marido quiere que vaya al baile para que todo París vea los brillantes que dicen que había vendido. ¿Puede decirle a ese monstruo: «Debo mil francos, páguelos»? No. Ya me di cuenta. Su hermana Delphine irá con un vestido espléndido. Anastasie no debe quedar por debajo de su hermana pequeña. ¡Y, además, llora tanto mi pobre hija! ¡Tan humillado me sentí ayer por no tener doce mil francos que habría dado lo que me quede de esta miserable vida mía para purgar esa falta! Fíjese, tuve fuerza para soportarlo todo, pero no tener dinero a última hora me destrozó el corazón. ¡Huy, no me lo pensé dos veces!, me arreglé, me puse guapo; saqué seiscientos francos por los cubiertos y las hebillas, y luego empeñé por un año mi título de renta vitalicia, por cuatrocientos francos ya cobrados, a papá Gobseck. ¡Bah!

¡Comeré pan! Me bastaba cuando era joven, todavía puede bastarme. Por lo menos mi Nasie tendrá una velada estupenda. Estará pimpante. Tengo el billete de mil francos aquí, debajo de la cabecera. Me hace entrar en calor tener la cabeza encima de lo que tanto gusto le va a dar a la pobre Nasie. Podrá poner de patitas en la calle a esa Victoire tan mala. ¿Dónde se ha visto que los criados no se fíen de los señores? Mañana estaré bien; Nasie va a venir a las diez. No quiero que piensen que estoy enfermo, no irían al baile para cuidarme. Nasie me abrazará mañana como si fuera su hijo, me curará con sus caricias. Y, además, ¿no me habría gastado mil francos en botica? Prefiero dárselos a mi Nasie-que-me-lo-cura-todo. Al menos la consolaré en esa situación suya tan mala. Me absuelve de la equivocación de haberme hecho una renta vitalicia. Ella está en lo hondo del abismo y tengo ya medios para sacarla. ¡Ah! Voy a volver al comercio. Iré a Odesa a comprar grano, Allí el trigo vale tres veces menos de lo que cuesta el nuestro. Está prohibido traer cereales tal cual, pero a esas buenas gentes que hacen las leyes no se les ocurrió prohibir los productos fabricados a base de trigo. ¡Je, je! ¡Se me ha ocurrido a mí esta mañana! Se pueden dar buenos golpes con los almidones.

—Está loco —se dijo Eugène, mirando al anciano—. Vamos, descanse y no hable...

Eugène bajó a cenar cuando subió Bianchon. Luego pasaron los dos la noche cuidando al enfermo por turnos; uno se entretuvo en leer sus libros de medicina y el otro en escribir a su madre y a sus hermanas. Al día siguiente, al enfermo se le presentaron unos síntomas que, según Bianchon, eran un augurio favorable; pero requirieron cuidados continuos que sólo podían darle los dos estudiantes y en cuyo relato es imposible embarcar la pudibunda fraseología de la época. A las sanguijuelas que le pusieron al pobre hombre por el cuerpo consumido se sumaron cataplasmas, baños de pies y maniobras médicas que requerían la fuerza y la abnegación de ambos jóvenes. La señora de Restaud no vino; envió a un recadero a buscar el dinero.

—Creía que vendría pese a todo. Pero así es mejor, se habría quedado preocupada —dijo el padre, aparentando estar contento por aquella circunstancia.

A las siete de la tarde, llegó Thérèse con una carta de Delphine.

¿Qué está haciendo, mi amigo querido? ¿Me dará ya de lado, recién amada? Me dejó ver, en esas confidencias entre corazones, un alma demasiado hermosa para que no sea usted de los que siguen siempre fieles al ver cuántos matices hay en los sentimientos. Como dijo al oír la plegaria de Moisés: «¡Para unos es la misma nota, para otros la infinitud de la música!». Acuérdesse de que lo espero esta noche para ir al baile de la señora de Beauséant. El contrato del señor de Ajuda quedó por fin firmado esta mañana y la pobre vizcondesa no se ha enterado hasta las dos. Todo París irá a su casa igual que el gentío abarrota la plaza de Grève cuando van a ejecutar a alguien. ¿No es horrible que vayan a ver si esa mujer ocultará el dolor, si sabrá morir bien? Desde luego que yo no iría, mi amigo querido, si hubiera estado ya en su casa, pero seguramente no volverá a recibir y todos los esfuerzos que hice habrían sido en vano. Mi situación es muy diferente de la de los demás. Y por cierto que también voy por usted. Lo espero. Si no lo tengo a mi lado dentro de dos horas, no sé si le perdonaré esta felonía.

Rastignac cogió una pluma y contestó de la siguiente forma:

Estoy esperando a un médico para saber si su padre seguirá viviendo. Está moribundo. Iré a llevarle la sentencia, pero me temo que será una sentencia de muerte. Usted verá si puede ir al baile. Mil cariños.

El médico llegó a las ocho y media y, aunque no dio un diagnóstico favorable, no le pareció que el fallecimiento fuera inminente. Anunció mejorías y recaídas alternativas de las que dependerían la vida y la razón del pobre hombre.

—Más valdría que se muriera pronto —fue lo último que dijo el doctor.

Eugène dejó a Goriot al cuidado de Bianchon y se fue a llevarle a la señora de Nucingen las tristes noticias que, en sus pensamientos, imbuidos aún de los deberes de familia, tenían que interrumpir cualquier diversión.

—Dígale que se divierta de todas formas —le gritó Goriot, que parecía amodorrado, pero se sentó en la cama al salir Rastignac.

El joven se presentó aterido de dolor ante Delphine y la halló peinada y calzada; sólo le faltaba ya ponerse el traje de baile. Pero, como sucede con esas pinceladas con las que los pintores rematan los cuadros, los últimos retoques exigían más tiempo que el que precisaba el fondo del lienzo en sí.

—¿Cómo, no está vestido? —le dijo.

—Pero, señora, su padre...

—Otra vez mi padre —exclamó ella, interrumpiéndolo—. No pretenderá decirme qué obligaciones tengo con mi padre. Hace mucho que conozco a mi padre. Ni una palabra, Eugène. Sólo lo atenderé cuando esté arreglado. Thérèse se lo ha preparado todo en su casa; mi coche está listo, cójalo y vuelva. Hablaremos de mi padre mientras vamos al baile. Hay que salir temprano, porque si nos quedamos atrapados en la fila de coches, suerte tendríamos entrando a las once.

—¡Señora!

—¡Váyase! Ni una palabra —dijo ella corriendo hacia el tocador para coger un collar.

—Vaya, señor Eugène, que se va a enfadar la señora —dijo Thérèse, empujando al joven, espantado ante aquel elegante parricidio.

Fue a vestirse mientras se hacía las reflexiones más tristes y desalentadoras. Veía la buena sociedad como un océano de barro donde, si un hombre metía los pies, se hundía hasta el cuello. «¡Sólo se cometen ahí crímenes mezquinos! —se dijo—. Vautrin es más grande». Había visto las tres magnas manifestaciones de la sociedad: la Obediencia, la Lucha y la Rebelión; la Familia, el Mundo y Vautrin. Y no se atrevía a tomar partido. La Obediencia era aburrida; la Rebelión, imposible; y la Lucha, incierta. El pensamiento lo llevó al seno de su familia. Recordó las puras emociones de aquella vida sosegada, le volvieron a la memoria los días pasados entre personas que lo querían. Haciéndose a la medida de las leyes naturales del hogar

doméstico, aquellos seres queridos hallaban en él una dicha plena, continua y sin angustias. Pese aquellos buenos pensamientos, no se sintió con valor para ir a confesar a Delphine la fe de las almas puras, ordenándole virtud en nombre del Amor. Ya había dado sus frutos la educación iniciada. Ya amaba de forma egoísta. Su tacto le había permitido percatarse de la forma de ser del corazón de Delphine. Presentía que sería capaz de pasar por encima del cadáver de su padre con tal de ir al baile y él no se sentía con fuerzas para interpretar el papel del que hace los cargos ni con valor para desagradarla, ni con virtud para dejarla. «Nunca me perdonaría que tuviera razón en contra de ella en esta circunstancia», se dijo. Pasó revista luego a lo que decían los médicos, quiso creer que Goriot no estaba tan peligrosamente enfermo como pensaba él; en pocas palabras, acumuló razonamientos asesinos para justificar a Delphine. No sabía en qué estado se encontraba su padre. El propio Goriot la volvería a mandar al baile si fuera a verlo. Con frecuencia, la ley social, de formulación implacable, dicta condena en ese mismo punto en que las incontables modificaciones que la diferencia de caracteres y la diversidad de intereses y situaciones introducen en el seno de las familias disculpan el crimen aparente. Eugène quería engañarse a sí mismo; estaba dispuesto a sacrificarle su conciencia a su amante. Todo le había cambiado en la vida desde hacía dos días. La mujer había aportado sus desórdenes, había hecho palidecer a la familia, lo había confiscado todo en provecho propio. Rastignac y Delphine se habían conocido en las condiciones requeridas para darse mutuamente los mayores goces. Su pasión, bien preparada, se había incrementado mediante eso que mata las pasiones, por el goce. Al poseer a aquella mujer, Eugène se dio cuenta de que hasta entonces sólo la había deseado. No la amó hasta el día siguiente de la dicha: el amor no es quizá sino el agradecimiento del placer. Fuera infame o fuera sublime, adoraba a aquella mujer por la dote de voluptuosidades que él le había aportado y por todas las que había recibido de ella; de la misma forma, Delphine amaba a Rastignac tanto como Tántalo habría amado al ángel que hubiera de satisfacer su hambre o calmar la sed que le secaba la garganta.

—Bien, y ¿cómo está mi padre? —le dijo la señora de Nucingen cuando regresó vestido para el baile.

—Mal, muy mal —contestó—; si quiere darme una prueba de su cariño, vamos corriendo a verlo.

—Sí, sí, está bien —dijo ella—, pero después del baile. Mi buen Eugène, sé bueno, no me des lecciones de moral, ven.

Se fueron. Eugène estuvo callado parte del camino.

—¿Qué le pasa? —dijo ella.

—Oigo el estertor de su padre —contestó él con tono muy contrariado. Y empezó a contar, con la fogosa elocuencia de la juventud, el comportamiento feroz al que la vanidad había movido a la señora de Restaud, el ataque mortal que el postrer acto de

abnegación del padre había desencadenado y lo caro que iba a salir el vestido de lamé de Anastasie. Delphine lloraba.

«Voy a estar fea», pensó. Y se le secaron las lágrimas.

—Iré a cuidar a mi padre y no me separaré de la cabecera de su cama —dijo.

—Ah, así es como te quería —exclamó Rastignac.

Los faroles de quinientos coches alumbraban las inmediaciones del palacete de los Beauséant. A ambos lados de la puerta iluminada pateaba el suelo un gendarme. La alta sociedad acudía en tan gran cantidad y ponía tanta diligencia en ver a aquella gran mujer en el momento de su caída que los salones de la planta baja ya estaban llenos cuando entraron la señora de Nucingen y Rastignac. Desde aquella vez en que toda la corte acudió como un solo hombre a los aposentos de la *Grande Mademoiselle* a quien Luis XIV arrebató a su amante no hubo desastre del corazón mayor que el de la señora de Beauséant. En aquella circunstancia, la última hija de la casi real casa de Borgoña se mostró superior a su mal y dominó hasta el último momento el mundo cuyas vanidades no había aceptado sino para que sirvieran al triunfo de su pasión. Las mujeres más hermosas de París daban vida a aquellos salones con sus galas y sus sonrisas. Los hombres más distinguidos de la corte, los embajadores, los ministros, las personas ilustres de todas las categorías, cubiertos abigarradamente de cruces, placas y cordones multicolores se agolpaban en torno a la vizcondesa. Retumbaban las melodías que interpretaba la orquesta bajo los artesones dorados de aquel palacio, que para su reina estaba desierto. La señora de Beauséant estaba de pie en la entrada del primero de sus salones para recibir a sus supuestos amigos. Vestida de blanco, sin ningún adorno en el pelo, sencillamente trenzado, parecía tranquila y no manifestaba ni dolor ni altanería ni alegría fingida. Nadie podía leer en su alma. Hubiérase dicho una Niobe de mármol. La sonrisa que dirigió a sus íntimos amigos fue a veces burlona; pero les pareció a todos semejante a sí misma, y se mostró con tal perfección igual que cuando la dicha la adornaba con sus rayos que incluso los más insensibles la admiraron, de la misma forma que los jóvenes romanos aplaudían al gladiador que sabía sonreír mientras expiraba. La sociedad parecía haberse engalanado para despedirse de una de sus soberanas.

—Temblaba de miedo al pensar que podría usted no venir —le dijo a Rastignac.

—Señora —contestó él con voz conmovida, tomando aquella frase por un reproche—, he venido para irme el último.

—Bien —dijo ella, cogiéndole la mano—. Es usted quizá el único de quien pueda fiarme aquí. Amigo mío, ame a una mujer a la que pueda amar siempre. No abandone a ninguna.

Se cogió del brazo de Rastignac y lo llevó a un sofá, en el salón de las mesas de juego.

—Vaya a casa del marqués —dijo—. Jacques, mi ayudante de cámara, lo llevará

y le entregará una carta para él. Le pido mi correspondencia. Quiero creer que se la entregará entera. Si vuelve con mis cartas, suba a mi cuarto. Me avisarán.

Se levantó para salirle al encuentro a la duquesa de Langeais, su mejor amiga, que se le acercaba también. Rastignac se fue, preguntó por el marqués de Ajuda en el palacete de Rochefide, donde tenía que pasar la velada, y donde lo encontró. El marqués lo llevó a su casa, entregó una caja al estudiante y le dijo: «Están todas». Pareció que quería decirle algo a Eugène, bien preguntarle por los acontecimientos del baile y por la vizcondesa, bien confesarle que ya lo desesperaba aquella boda suya, como le sucedió más adelante; pero le brilló en los ojos un relámpago de orgullo y tuvo el deplorable valor de conservar en secreto sus sentimientos más nobles.

—No le diga nada de mí, mi querido Eugène.

Le estrechó la mano con una ademán afectuosamente triste y le hizo seña de que se fuera. Eugène volvió al palacete de Beauséant y lo llevaron al dormitorio de la vizcondesa, donde vio los preparativos de un viaje. Se sentó junto al fuego, miró el cofrecillo de cedro y cayó en una honda melancolía. Para él, la señora de Beauséant tenía las proporciones de las diosas de la *Ilíada*.

—¡Ah, amigo mío! —dijo la vizcondesa entrando y apoyándole la mano en el hombro.

Vio que su prima lloraba, con la vista alzada, con una mano trémula y la otra en alto. Cogió de pronto la caja, la colocó en el fuego y miró cómo se quemaba.

—¡Están bailando! Han acudido todos muy puntuales, mientras que la muerte tardará. ¡Shhhh, amigo mío! —dijo, poniéndole un dedo en los labios a Rastignac, que iba a decir algo—. No volveré a ver París ni volveré a vivir en sociedad. Me voy para enterrarme en lo más remoto de Normandía. Llevo desde las tres de la tarde teniendo que hacer los preparativos, que firmar actas, que ocuparme de asuntos, no podía mandar a nadie a casa de... —Se detuvo—. Era seguro que estaría en casa de... —Volvió a detenerse, agobiada de dolor—. En momentos así todo es sufrimiento y hay palabras que resulta imposible pronunciar. En fin —siguió diciendo—, contaba con usted esta noche para este último servicio. Querría darle una prenda de mi amistad. Me acordaré con frecuencia de usted, que me pareció bueno y noble, joven y candoroso en medio de este mundo en donde escasean tanto esas prendas. Deseo que piense en mí a veces. Tenga —dijo, mirando en torno—, éste es el cofrecillo donde guardaba los guantes. Cuantas veces cogí un par antes de ir al baile o a un espectáculo me sentía hermosa porque era feliz y no tocaba este cofre sino para dejar en él algún pensamiento delicioso; hay mucho de mí en él, está por entero una señora de Beauséant que ya no existe. Acéptelo. Me ocuparé de que se lo lleven a la calle de Artois. La señora de Nucingen está muy guapa esta noche, quiérala mucho. Si no volvemos a vernos, amigo mío, tenga la seguridad de que haré votos por usted, que

fue bueno conmigo. Vamos a bajar, no voy a consentir que puedan pensar que estoy llorando. Tengo la eternidad por delante, en ella estaré sola y nadie me pedirá cuenta de mis lágrimas. Una última mirada a esta habitación.

Se detuvo. Luego, tras haberse tapado unos segundos los ojos con la mano, se los secó, se los lavó con agua fresca y se cogió del brazo del estudiante.

—¡Vamos! —dijo.

Aún no había sentido Rastignac una emoción tan violenta como la que tuvo al entrar en contacto con aquel dolor tan noblemente contenido. Al volver al baile, Eugène lo recorrió con la señora de Beauséant, última y delicada atención de aquella mujer exquisita. Al entrar en la galería en que bailaban, Rastignac se quedó sorprendido al encontrar allí a una de esas parejas que resultan sublimes al verlas porque reúnen todas las hermosuras humanas. Nunca había tenido ocasión de admirar perfecciones tales. Por decirlo en pocas palabras, el hombre era un Antínoo viviente y sus modales no menguaban el deleite que se notaba al mirarlo. La mujer era un hada, deleitaba la mirada, fascinaba el alma, exacerbaba los sentidos más fríos. En ambos el atuendo estaba en armonía con la hermosura. Todo el mundo los contemplaba con agrado y envidiaba la felicidad que revelaban clamorosamente sus ojos y sus movimientos.

—Dios mío, ¿quién es esa mujer? —dijo Rastignac.

—Ah, la más indiscutiblemente hermosa —contestó la vizcondesa—. Es lady Brandon, tan famosa por su felicidad como por su belleza. Lo sacrificó todo por ese joven. Cuentan que tienen hijos. Pero la desdicha planea continuamente sobre ellos. Se dice que lord Brandon ha jurado vengarse espantosamente de su mujer y de su amante. Son felices, pero siempre tienen miedo.

—¿Y él?

—¿Cómo? ¿No conoce al apuesto coronel Franchessini?

—El que se batió en duelo...

—Hace tres días, sí. Lo provocó el hijo de un banquero: sólo quería herirlo, pero por desgracia lo mató.

—¡Oh!

—¿Qué le pasa? Está temblando —dijo la vizcondesa.

—No me pasa nada —contestó Rastignac.

Le corría por la espalda un sudor frío. Estaba viendo a Vautrin con su cara de bronce. El héroe del presidio de la mano del héroe del baile le hacía ver de forma diferente la sociedad. No tardó en divisar a las dos hermanas, la señora de Restaud y la señora de Nucingen. La condesa estaba espléndida, exhibiendo todos sus brillantes, que a ella le quemaban seguramente, pues los llevaba por última vez. Por mucha fuerza que tuvieran su orgullo y su amor, le costaba sostener las miradas de su marido. Aquel espectáculo no era tal que pudiera volver menos tristes los

pensamientos de Rastignac. Había visto de nuevo a Vautrin en el coronel italiano, y volvió a ver entonces, tras los diamantes que lucían ambas hermanas, el jergón en que yacía el pobre Goriot. Su actitud melancólica engañó a la vizcondesa, que le soltó el brazo.

—¡Vaya usted! No quiero que por mí se prive de un placer —dijo.

No tardó Delphine en llamar a Eugène, contenta con la impresión que causaba y ansiando poner a los pies del estudiante los halagos que estaba recibiendo en aquel mundo en donde esperaba que la aceptasen.

—¿Cómo encuentra a Nasie? —le preguntó.

—Incluso la muerte de su padre se ha gastado por adelantado —dijo Rastignac.

A eso de las cuatro de la mañana, empezó a clarear el gentío de los salones. No tardó en cesar la música. La duquesa de Langeais y Rastignac se encontraron solos en el salón grande. La vizcondesa, pensando que nada más estaría el estudiante, llegó, tras haberse despedido del señor de Beauséant, que fue a acostarse sin dejar de repetirle:

—¡Comete un error, querida, al ir a enclaustrarse con la edad que tiene! Quédese con nosotros.

Al ver a la duquesa, la señora de Beauséant no pudo reprimir una exclamación.

—He adivinado sus intenciones, Clara —dijo la señora de Langeais—. Se va para no volver más; pero no se irá sin haberme oído y sin que nos hayamos entendido.

Cogió a su amiga del brazo y se la llevó al salón contiguo; y allí, mirándola con lágrimas en los ojos, la estrechó en sus brazos y la besó en ambas mejillas:

—No quiero separarme de usted con frialdad, querida, sería un remordimiento excesivamente pesado. Puede contar conmigo como consigo misma. Ha sido grande esta noche, me he sentido digna de usted y quiero demostrárselo. Me he portado mal, no siempre he actuado como debía, perdóneme, querida; reniego de todo cuanto haya podido herirla y querría retirar las palabras que haya dicho. Un mismo dolor ha reunido nuestras almas y no sé quién de nosotras va a ser más desdichada. El señor de Montriveau no estaba aquí esta noche, ¿se da cuenta? Quien la haya visto en este baile, Clara, no la olvidará nunca. Yo estoy intentando un último esfuerzo. ¡Si fracaso, me iré a un convento! Y usted, ¿adónde va?

—A Normandía, a Courcelles, a amar y a rezar hasta el día en que Dios me saque de este mundo.

—Venga, señor de Rastignac —dijo la vizcondesa con voz conmovida, creyendo que el joven estaba esperando.

El estudiante dobló la rodilla, le cogió la mano a su prima y se la besó.

—¡Adiós, Antoinette! —siguió diciendo la señora de Beauséant—. Que sea feliz. En cuanto a usted, ya lo es; es joven y puede creer en algo —le dijo al estudiante—. ¡Al irme del mundo este, habré tenido, como algunos moribundos privilegiados, unas

emociones religiosas y sinceras a mi alrededor!

Rastignac se fue alrededor de las cinco, tras haber visto a la señora de Beauséant en la berlina de viaje, tras haber recibido su último adiós húmedo de lágrimas, que demostraban que las personas de más alto rango no están fuera del alcance de las leyes del corazón y no viven sin penas, como algunos que cortejan al pueblo querrían hacerle creer. Eugène volvió a pie a la Casa Vauquer, con un tiempo húmedo y frío. Estaba concluyendo su educación.

—No salvaremos al pobre Goriot —le dijo Bianchon, cuando entró Rastignac en el cuarto de su vecino.

—Amigo mío —le dijo Eugène, tras haber mirado al anciano dormido—, sí, sigue en pos de ese destino modesto al que se limitan tus deseos. Yo estoy en el infierno y en él tengo que quedarme. ¡Todo lo malo que te digan de la buena sociedad, créetelo! No existe Juvenal que pueda describir su horror cubierto de oro y pedrerías.

Al día siguiente, Bianchon, que tenía que salir, despertó a Rastignac a eso de las dos de la tarde, y le rogó que se quedase cuidando a Goriot, cuyo estado había empeorado mucho durante la mañana.

—Al pobre no le quedan ni dos días, a lo mejor no le quedan ni seis horas de vida —dijo el estudiante de Medicina—, pero no podemos dejar de luchar contra la enfermedad. Va a necesitar cuidados caros. Haremos de enfermeros suyos, por supuesto; pero no tengo un céntimo. Le he puesto los bolsillos del revés, le he registrado los armarios: cero al cociente. Le he preguntado, en un momento en que le regía la cabeza, y me ha dicho que no tiene nada de nada. ¿Tú qué tienes?

—Me quedan veinte francos —contestó Rastignac—; pero iré a jugármelos y ganaré.

—¿Y si pierdes?

—Pediré dinero a los yernos y a las hijas.

—¿Y si no te lo dan? —preguntó Bianchon—. Lo que más prisa corre en este momento no es encontrar dinero; hay que envolver a este pobre hombre desde los pies hasta medio muslo en un sinapismo que esté quemando. Si grita, habrá recursos. Ya sabes cómo es la cosa. Además, Christophe te ayudará. Yo pasaré por la botica a responder de todas las medicinas que nos llevemos. Una pena que no hayamos podido trasladar al pobre hombre a nuestro hospicio, habría estado mejor. Vamos, ven, que te voy a dejar instalado, y no te separes de él hasta que yo vuelva.

Los dos jóvenes entraron en el cuarto donde yacía el anciano. A Eugène lo espantó cómo había cambiado aquella cara convulsa, blanca y tremendamente débil.

—¿Qué tal, papá? —le dijo, inclinándose sobre el jergón.

Goriot alzó hacia Eugène unos ojos apagados y lo miró con mucha atención sin reconocerlo. El estudiante no pudo soportar el espectáculo, se le humedecieron los ojos de lágrimas.

—Bianchon, ¿no harían falta cortinas en las ventanas?

—No, las circunstancias atmosféricas ya no lo afectan. Nos daríamos con un canto en los dientes si tuviera frío o calor. Pero necesitamos fuego para las tisanas y para preparar muchas cosas. Te mandaré unos haces que harán el apaño hasta que tengamos leña. Entre ayer y esta noche he gastado toda la tuya y las bolas del pobre hombre. Había humedad y chorreaba el agua por las paredes. Casi no he podido secar la habitación. Christophe ha barrido, esto es una auténtica cuadra. He quemado enebro, porque apestaba.

—Dios mío —dijo Rastignac—. Pero ¿y sus hijas?

—Toma, si pide de beber, le das esto —dijo el interno, enseñándole a Rastignac un jarro blanco grande—. Si oyes que se queja y tiene el vientre caliente y duro, que te ayude Christophe a darle... ya sabes. Si, por casualidad, le entrase una exaltación muy grande, si hablase mucho, si pareciera un poco demente, por decirlo así, déjalo. No será mal síntoma. Pero manda a Christophe al hospicio Cochin. Nuestro médico, mi compañero o yo vendríamos a ponerle unas moxas. Esta mañana, mientras dormías, hemos celebrado una larga consulta con un discípulo del doctor Gall, con un médico en jefe del Hôtel-Dieu y con el nuestro. A esos señores les ha parecido reconocer unos síntomas curiosos, y vamos a ir siguiendo los progresos de la enfermedad para aclarar cuestiones referidas a determinados puntos científicos de bastante importancia. Uno de esos señores asegura que la presión de la serosidad, si incidiera más en un órgano que en otro, podría desarrollar hechos particulares. Escúchalo bien si habla, para que sepamos en qué tipo de ideas entra lo que diga: si tiene que ver con la memoria, con la penetración o con el juicio; si lo preocupan cosas materiales o sentimientos; si echa cuentas de algo; si le da vueltas al pasado; en fin, estate en condiciones de hacernos un informe exacto. Es posible que la invasión sea en bloque, y entonces se morirá atontado, como está ahora mismo. ¡Todo es tan raro en este tipo de enfermedades! Si la bomba estallase aquí —dijo Bianchon, indicado el occipucio del enfermo—, hay ejemplos de fenómenos singulares: el cerebro recobra alguna de las facultades y la muerte tarda más en llegar. Las serosidades pueden desviarse del cerebro del enfermo e ir por caminos cuyo recorrido sólo se sabe en la autopsia. En los Incurables tenemos a un anciano alelado en quien la expansión se ha ido por la columna vertebral; sufre espantosamente, pero vive.

—¿Se divirtieron mucho? —dijo Goriot, quien reconoció a Eugène.

—¡Ay, no piensa más que en sus hijas! —dijo Bianchon—. Esta noche me dijo más de cien veces: «¡Están bailando! ¡Nasie tiene su vestido!». Las llamaba por sus nombres. ¡Por todos los demonios, me hacía llorar con esos tonos que ponía! «¡Delphine! ¡Delphine, niña mía! ¡Nasie!». ¡Palabra de honor que era para que le corrieran a uno las lágrimas!

—¡Delphine! —dijo el anciano—. Está ahí, ¿verdad? Ya lo sabía yo.

Y los ojos recuperaron una actividad frenética para mirar las paredes y la puerta.

—Bajo a decirle a Sylvie que prepare los sinapismos —gritó Bianchon—. Ahora es buen momento.

Rastignac se quedó solo, junto al anciano, sentado a los pies de la cama, con los ojos clavados en aquella cara, que causaba espanto y dolor al mirarla.

—La señora de Beuséant ha salido huyendo; éste se muere —dijo—. Las almas hermosas no pueden durar mucho en este mundo. ¿Cómo iban a poder ir unidos los sentimientos nobles a una sociedad mezquina, pequeña y superficial?

Las imágenes de la fiesta a la que había asistido le volvieron a la memoria, contrastando con el espectáculo de aquel lecho de muerte. Bianchon se presentó de repente.

—Oye, Eugène, acabo de ver a nuestro médico en jefe y he vuelto a todo correr. Si se le ven síntomas de que razona, si habla, tiéndelo encima de un sinapismo largo, para envolverlo en mostaza desde la nuca hasta la parte baja de la espalda, y mándanos recado.

—Querido Bianchon —dijo Eugène.

—¡Ah, se trata de una actuación científica! —dijo Bianchon, con todo el entusiasmo del neófito.

—O sea —dijo Eugène—, que voy a ser el único que atiende a este pobre anciano por cariño.

—Si me hubieras visto esta mañana, no dirías eso —contestó Bianchon, sin ofenderse por el comentario—. Los médicos que ya han ejercido sólo ven la enfermedad; yo todavía veo al enfermo, muchacho.

Se fue, dejando a Eugène a solas con el anciano y con la aprensión de una crisis que no tardó en presentarse.

—Ah, es usted, mi querido hijo —dijo Goriot al reconocer a Eugène.

—¿Está mejor? —preguntó el estudiante, tomándole la mano.

—Sí, tenía la cabeza como si me la apretase un cepo, pero se me está despejando. ¿Ha visto a mis hijas? ¡No tardarán, vendrán en cuanto sepan que estoy malo, me cuidaron tanto en la calle de Jussienne! ¡Dios mío! Me gustaría tener el cuarto en condiciones para recibirlas. Hay un chico que me ha quemado todas las bolas.

—Estoy oyendo a Christophe —le dijo Eugène—, le sube leña que le envía ese chico.

—¡Bien está! Pero ¿cómo voy a pagar la leña? No tengo ni un céntimo, hijo mío. Lo he dado todo, todo. Me he quedado para pedir limosna. ¿Al menos era bonito el vestido de lamé? (¡Ay, qué mal me siento!). Gracias, Christophe. Que Dios se lo pague, muchacho; a mí ya no me queda nada.

—Ya os pagaré yo bien a ti y a Sylvie —le dijo Eugène al oído al mozo.

—Mis hijas habrán dicho que van a venir, ¿verdad, Christophe? Vuelve a sus

casas y te daré cinco francos. Diles que no estoy bien y que querría abrazarlas y verlas una vez más antes de morirme. Díselo, pero no las alarmes demasiado.

Christophe se fue al hacerle una seña Rastignac.

—Ahora vendrán —siguió diciendo el anciano—. Las conozco. Mi Delphine, tan buena, ¡qué disgusto se va a llevar si me muero! Y Nasie también. Me gustaría no morirme para no hacerlas llorar. Morirme, mi buen Eugène, es no verlas más. Allá donde vaya uno, las echaré mucho de menos. Para un padre, el infierno es estar sin hijos; y ya he pasado el aprendizaje desde que se casaron. Mi cielo era la calle de Jussienne. Oiga, si voy al cielo, podré volver a la tierra para rondar a su alrededor en espíritu. He oído cosas así. ¿Serán verdad? Me parece que las estoy viendo ahora mismo tal y como eran en la calle de Jussienne. Bajaban por las mañanas. «Buenos días, papá», decían. Me las sentaba en las rodillas, les hacía mil carantoñas y les gastaba bromas. Ellas me acariciaban, tan cariñosas. Almorzábamos juntos todos los días, y cenábamos; era padre, vamos, disfrutaba de mis hijas. Cuando vivían en la calle de Jussienne, no tenían uso de razón, no sabían nada del mundo, me querían mucho. ¡Dios mío! ¿Por qué no siguieron siempre así de pequeñas? (¡Ay, qué dolor, qué tirantez en la cabeza!). ¡Ay, ay, perdón, hijas mías! Padezco muchísimo, y tiene que ser un dolor de verdad, porque me habéis curtido mucho en esto del dolor. ¡Dios mío! Sólo con tenerles cogidas las manos no me dolería nada. ¿Cree que están llegando ya? ¡Christophe es tan tonto! Tendría que haber ido yo. Él sí que va a verlas. Pero usted estuvo ayer en el baile. Dígame, ¿cómo iban? No sabían nada de que yo estaba malo, ¿verdad? ¡No habrían bailado, las pobrecitas! ¡Ay, no quiero seguir malo! ¡Todavía me necesitan muchísimo! Su dinero está en el aire. ¡Y a qué maridos se entregaron! ¡Cúreme, cúreme! (¡Ah, cuánto sufro! ¡Ay, ay, ay!). Mire, tengo que curarme porque necesitan dinero y yo sé dónde ir a ganarlo. Me iré a Odesa a fabricar almidón en agujas. Con lo avisado que soy, ganaré millones. (¡Ay, qué dolor tan grande!).

Goriot se quedó callado un rato, como si se esforzase cuanto podía para reunir fuerzas y soportar el dolor.

—Si estuvieran aquí, no me quejaría —dijo—. ¿Cómo iba a quejarme?

Se quedó mucho rato un tanto amodorrado. Christophe volvió. Rastignac, que creía que Goriot estaba dormido, dejó que el mozo le diera cuenta en voz alta del resultado del encargo.

—Señor —dijo—, primero fui a casa de la señora condesa y me fue imposible hablar con ella, porque andaba con unos asuntos muy serios con su marido. Como insistí, vino el señor de Restaud en persona y me dijo, tal y como se lo cuento: «¿Que se está muriendo el señor Goriot? Pues es lo mejor que puede hacer. Necesito a la señora de Restaud para concluir con unos asuntos importantes; irá cuando terminemos». Parecía muy enfadado el tal señor. Ya iba a irme, cuando entró la

señora en el vestíbulo por una puerta que no había visto y me dijo: «Christophe, dile a mi padre que estoy en pleno debate con mi marido y no puedo irme; se trata de la vida o de la muerte de mis hijos: pero, en cuanto concluya todo, iré». ¡Y qué voy a decir de la señora baronesa! No la he visto y no he podido hablarle. «Ah —me ha dicho la doncella—, la señora volvió del baile a las cinco y cuarto y está durmiendo; si la despierto antes de las doce, me reñirá. Le diré que su padre está peor cuando me llame. Las malas noticias siempre hay tiempo de darlas». Por mucho que rogué, ¡nada, ni caso! Pregunté por el señor barón y había salido.

—¿Que no viene ninguna de sus hijas? —exclamó Rastignac—. Voy a escribirles a las dos.

—Ninguna —exclamó el anciano sentándose en la cama—. Están ocupadas, están durmiendo, no vendrán. Ya lo sabía. Hay que morirse para saber cómo son los hijos. ¡Ay, amigo mío, no se case, no tenga hijos! Les damos la vida y ellos nos matan. Los metemos en el mundo y ellos nos echan. ¡No, no vendrán! Hace diez años que lo sé. Me lo decía a veces a mí mismo, pero no me atrevía a creérmelo.

Le asomaron unas lágrimas y le corrieron por el filo encarnado de ambos ojos, sin caer.

—¡Ah, si fuera rico, si hubiera conservado mi fortuna, si no se la hubiera dado, estarían aquí, lamiéndome a besos las mejillas! No viviría de huésped, tendría buenos aposentos, criados, fuego propio; y ellas llorarían a mares con sus maridos y con sus hijos. Todo eso tendría. Pero nada. El dinero lo da todo, incluso hijas. ¡Ay, mi dinero! ¿Dónde está? Si tuviera tesoros que dejarles, me atenderían, me cuidarían: las oiría, las vería. ¡Ay, querido hijo, mi único hijo, prefiero este abandono y esta miseria! Al menos, cuando a un infeliz lo quieren, tiene la seguridad de que sí lo quieren. No, querría ser rico, las vería. Aunque a saber. Tienen las dos un corazón de piedra. Las quería demasiado para que ellas me quisieran. Un padre siempre debe ser rico, tiene que llevar a los hijos con las riendas tirantes como caballos mañosos. Y yo que estaba de rodillas ante ellas. ¡Las muy miserables! Es el digno remate del comportamiento que llevan diez años teniendo conmigo. ¡Si supiera cómo me mimaban de recién casadas! (¡Ay, qué martirio tan cruel!). Acababa de darles casi ochocientos mil francos a cada una; ni ellas ni sus maridos podían ser ásperos conmigo. Me recibían en sus casas: «Mi buen padre por aquí, mi querido padre por allá». Siempre tenía un cubierto puesto en sus mesas. Cenaba con sus maridos, en resumen, que me trataban con consideración. Daba la impresión de que aún me quedaba algo. ¿Y por qué? No había contado nada de mis asuntos. A un hombre que les da a sus hijas ochocientos mil francos lo tienen en cuenta. Y me traían en palmitas, pero era por mi dinero. Menudo es el mundo. ¡Ya lo tengo visto yo! Me llevaban en coche al teatro y me quedaba a las veladas cuando quería. En fin, que decían que eran mis hijas y me reconocían por padre. No he perdido la agudeza, ¿sabe?, y no se me escapó nada.

Todo me llegó donde me tenía que llegar y me atravesó el corazón. Bien veía yo que eran cuentos; pero el mal no tenía solución. Yo no estaba en casa de ellas tan a gusto como en la mesa de aquí abajo. No sabía hablar de nada. Así que cuando alguna de aquellas personas de alcurnia les preguntaba al oído a mis yernos: «¿Y ese señor quién es?», le contestaban: «Es el padre con escudos. Es rico». «¡Ah, demonios!», decían; y me miraban con el respeto que se les debe a los escudos. Pero, aunque a veces los pusiera en algún aprieto, ¡tenía otras cosas que me redimían de mis defectos! Y, además, ¿hay alguien perfecto? (¡Tengo toda la cabeza como una llaga!). Estoy padeciendo ahora mismo todo lo que hay que padecer para morir, mi querido señor Eugène, bueno, pues esto no es nada si lo comparamos con el dolor que me causó la primera mirada con que Anastasie me dio a entender que acababa de decir una sandez que la ponía en un compromiso; esa mirada me abrió todas las venas. Yo habría querido saberlo todo, pero lo que supe, desde luego, fue que estaba de más en esta tierra. Al día siguiente fui a casa de Delphine para consolarme y resulta que metí la pata y se me enfadó. Me puse como loco. Estuve ocho días sin saber ya qué debía hacer. No me atreví a ir a verlas por temor a que me hicieran reproches. Y me encontré expulsado de casa de mis hijas. Dios mío, ya que sabes las penas y los sufrimientos que padecí, ya que contaste las puñaladas que me dieron en esa temporada que me envejeció, me cambió, me mató, me puso el pelo blanco, ¿por qué me haces sufrir ahora? Bien que purgué el pecado de quererlas demasiado. Bien que se vengaron de mi afecto y me pellizcaban con tenazas como verdugos. Pero ¡es que los padres son tan tontos! Las quería tanto que volví a las andadas, igual que un jugador vuelve al juego. Mi vicio eran mis hijas; eran mis amantes, ¡lo eran todo, vamos! Las dos necesitaban cosas, aderezos; las doncellas me lo contaban y yo se los compraba para que me recibieran bien. Pero, pese a todo, me dieron unas cuantas leccioncitas acerca de mi forma de comportarme en sociedad. ¡Ah, no esperaron al día siguiente! Ya estaban empezando a avergonzarse de mí. Esto es lo que pasa cuando se educa bien a los hijos. Pero es que un hombre de mi edad no podía haber ido a la escuela. (Hay que ver lo que sufro, Dios mío. ¡Los médicos! ¡Los médicos! Si me estuvieran abriendo la cabeza, sufriría menos). ¡Hijas mías! ¡Hijas mías, Anastasie, Delphine! Quiero verlas. ¡Mande a los gendarmes a buscarlas, por la fuerza! Tengo a la justicia de mi parte, lo tengo todo de mi parte, la naturaleza, el código civil. Protesto. Si a los padres los pisotean, la patria perecerá, eso está claro. La sociedad y el mundo ruedan por los raíles de la paternidad, todo se hunde si los hijos no quieren a los padres. Ay, verlas, oírlas, qué más da lo que me digan con tal de que les oiga la voz, me calmará los dolores, sobre todo Delphine. Se lo tiene que decir cuando lleguen, que no me miren con frialdad como hacen. Ay, mi buen amigo, señor Eugène, no sabe lo que es encontrarse de repente con el oro de la mirada cambiado en plomo gris. Desde el día en que ya no me dio el sol de sus ojos, siempre

viví aquí en invierno. ¡Sólo me quedaron ya penas que aguantar, y las aguanté! Viví para que me humillaran y me insultaran. Las quiero tanto que me tragaba todas las afrentas con las que me hacían pagar cualquier gustillo humilde y vergonzante. ¡Que un padre se tenga que esconder para ver a sus hijas! ¡Les di la vida y hoy ellas no me darán ni una hora! Tengo sed, tengo hambre, me arde el corazón, no vendrán a refrescarme en mi agonía, porque me muero, lo noto. Pero ¿es que no saben que cuesta caro pisotear el cadáver de un padre? Hay un Dios en el cielo para vengarnos, lo queramos o no, para vengar a los padres. ¡Ay, sí que vendrán! ¡Venid, queridas mías, venid a darme otro beso, un último beso, el viático de vuestro padre, que le rezará a Dios por vosotras, que le dirá que fuisteis unas buenas hijas, que abogará por vosotras! A fin de cuentas, sois inocentes. ¡Son inocentes, amigo mío! No deje de decírselo a todo el mundo, que no se metan con ellas por culpa mía. Toda la culpa la tengo yo, las acostumbé a que me pisotearan. Me gustaba. De esto no le va a nadie nada, ni a la justicia humana ni a la justicia divina. Dios cometería una injusticia si las condenase por mi culpa. No supe comportarme, cometí la bobada de abdicar de mis derechos. ¡Me habría degradado por ellas! La forma de ser más noble, las almas mejores habrían sucumbido a la corrupción de esa debilidad paterna, ya ve. Soy un miserable y tengo el castigo que me merezco. Soy el único culpable de los desórdenes de mis hijas, las estropeé a fuerza de mimos. Ahora quieren los placeres igual que querían caramelos antes. Siempre les consentí que satisficieran todas sus fantasías de muchachas. ¡Tenían coche a los quince años! Nada les hizo frente. Soy el único culpable, pero culpable por amor. Se me abría el corazón con sus voces. Las oigo, ya llegan. ¡Sí, vendrán! La ley exige que la gente acuda para ver morir a su padre, tengo la ley de mi parte. Y, además, sólo costará un recado. Yo pagaré al recadero. ¡Escríbeles que tengo millones para dejarles! Palabra de honor. Iré a fabricar pasta italiana a Odesa. Sé cómo hacerlo. Con ese proyecto mío se pueden ganar millones. A nadie se le ha ocurrido. No se estropeará en el traslado, como pasa con el trigo o con la harina. ¡El almidón, fíjese! ¡De ahí saldrán millones! No será una mentira, dígales que millones, e incluso aunque vinieran por avaricia, prefiero que me engañen, las veré. ¡Quiero tener aquí a mis hijas! ¡Las hice yo! ¡Son mías! —dijo, sentándose en la cama y enseñándole a Eugène una cabeza de pelo blanco revuelto que amenazaba con todos los recursos que tenía para amenazar.

—Vamos —le dijo Eugène—, vuelva a acostarse, mi buen Goriot, que ahora les escribo. En cuanto vuelva Bianchon, si no vienen ellas, iré yo.

—¿Si no vienen? —repitió el anciano entre sollozos—. Pero ¡si ya me habré muerto, muerto de un ataque de rabia, de rabia! ¡Me está entrando una rabia! En estos momentos, veo toda mi vida, entera. ¡Me han engañado! No me quieren, no vendrán, cuanto más tarden, menos se decidirán a darme esa alegría. Las conozco. Nunca supieron intuir nada de mis penas, de mis dolores, de mis necesidades, tampoco

intuirán que me muero; si ni siquiera entienden mi amor. Sí, bien lo veo, la costumbre de abrirme las entrañas le quitó valor a sus ojos a todo cuanto hacía. Si me hubieran pedido que me reventase los ojos, les habría dicho: «¡Reventádmelos!». Soy tan necio. Se creen que todos los padres son como el suyo. Hay que hacerse valer siempre. Sus hijos me vengarán. Pero lo de venir va en interés suyo. Avíselas de que están comprometiendo su agonía. En un solo crimen los cometen todos. ¡Vaya de una vez, dígales que si no vienen es un parricidio! Bastantes han cometido ya para que además sumen éste. Grite como grito yo: «¡Eh, Nasie! ¡Eh, Delphine! ¡Acudid junto a vuestro padre, que fue tan bueno con vosotras y está padeciendo!». Nada; nadie. ¿Es que me voy a morir como un perro? Ésta es mi recompensa, el abandono. Son unas infames y unas bribonas; abomino de ellas, las maldigo; me levantaré por las noches de mi ataúd para volver a maldecirlas. Porque, vamos a ver, amigos míos, ¿no tengo razón? ¿A que se están portando muy mal? ¿Qué estoy diciendo? ¿No me ha avisado de que ha llegado Delphine? Es la mejor de las dos. ¡Usted sí que es hijo mío, Eugène! ¡Quiérala, sea un padre para ella! La otra es muy desdichada. ¡Y sus fortunas! ¡Ay, Dios mío! Me muero, no se puede sufrir tanto. Córtenme la cabeza y déjenme sólo el corazón.

—Christophe, vaya a buscar a Bianchon —exclamó Eugène, espantado ante el tono que iban adquiriendo las quejas y los gritos del anciano— y tráigame un cabriolé. Voy a buscar a sus hijas, mi buen Goriot, y se las traeré.

—¡A la fuerza, a la fuerza! ¡Que intervengan la guardia y los batallones en línea, todo, todo! —dijo, lanzando a Eugène la última mirada en que brillaba la razón—. ¡Dígaselo al gobierno, al procurador del rey, que me las traigan, lo quiero!

—Pero si las ha maldecido.

—¿Quién ha dicho eso? —contestó el anciano pasmado—. ¡Bien sabe que las quiero, que las adoro! Si las veo, me curaré... Vaya, mi buen vecino, mi querido muchacho, vaya, usted sí que es bueno; querría agradecérselo, pero no puedo darle nada más que las bendiciones de un moribundo. ¡Ay, por lo menos querría ver a Delphine para decirle que cumpla ella por mí! Si la otra no puede venir, tráigame a ésta. Dígale que va usted a dejar de quererla si no quiere venir. Lo quiere tanto que vendrá. ¡Agua! ¡Me abrasan las entrañas! Deme algo para la cabeza. La mano de mis hijas me salvaría, lo noto... ¡Dios mío! ¿Quién volverá a hacerlas ricas, si yo me voy? Quiero ir a Odesa para ellas, a Odesa a hacer pasta italiana.

—Beba esto —dijo Eugène, incorporando al moribundo y sujetándolo con el brazo izquierdo mientras con el otro cogía una taza llena de tisana.

—¡Usted sí que debe de querer a sus padres! —dijo el anciano, estrechándole a Eugène la mano con las suyas, desfallecidas—. ¿Se da cuenta de que voy a morirme sin ver a mis hijas? Estar siempre con sed y no beber nunca, así he estado viviendo diez años... Mis dos yernos mataron a mis hijas. Sí, cuando se casaron, dejé de tener

hijas. ¡Padres, decidles a las cámaras que hagan una ley del matrimonio! Y no caséis a vuestras hijas si las queréis. El yerno es un bribón que todo lo estropea en una hija, todo lo mancilla. ¡Se acabaron las bodas! Eso es lo que nos quita a nuestras hijas; y, cuando nos morimos no las tenemos. Que hagan una ley para la muerte de los padres. ¡Esto es espantoso! ¡Venganza! Mis yernos son quienes les impiden que vengan. ¡Que los maten! ¡Que maten al Restaud, que maten al alsaciano, son mis asesinos! ¡Que los maten o que me devuelvan a mis hijas! ¡Ay, se acabó, me muero sin ellas! ¡Ellas! ¡Nasie, Finine, vamos, venid! Vuestro papá se marcha...

—Mi buen Goriot, a ver, cálmese, estese quieto, no se altere, no piense.

—¡No verlas! ¡Ya llega la agonía!

—Las verá.

—¿De verdad? —exclamó el anciano, extraviado—. ¡Ay, verlas! Voy a verlas, voy a oír sus voces. Moriré feliz. Sí, ya no aspiro a seguir viviendo, ya no podía más, cada vez tenía más penas. Pero ¡verlas, tocarles el vestido, ay, sólo el vestido, poca cosa es, pero que note algo de ellas! Ayúdeme a tocarles el pelo... pelo...

Se le desplomó la cabeza en la almohada como si le hubieran dado un mazazo. Se le movieron las manos encima de la manta como si fuera a coger el pelo de sus hijas.

—Las bendigo —dijo con un esfuerzo—, bendigo...

Se encogió de pronto. En ese momento entró Bianchon.

—Me he encontrado con Christophe —dijo—. Ahora te trae un coche.

Luego miró al enfermo, le levantó a la fuerza los párpados y los dos estudiantes vieron una mirada sin calor y apagada.

—No saldrá de ésta —dijo Bianchon—, no lo creo.

Le tomó el pulso, palpó al pobre hombre, le puso una mano en el corazón.

—La máquina sigue funcionando; pero, en el estado en que está, es una desgracia. ¡Valdría más que se muriera!

—A fe que sí —dijo Rastignac.

—¿Qué te pasa? Estás más pálido que un muerto.

—Amigo mío, acabo de oír unos gritos y unas quejas... ¡Hay un Dios, sí, hay un Dios y nos ha hecho un mundo mejor, o si no nuestra tierra no tiene ni pies ni cabeza! Si no hubiera sido tan trágico, me desharía en lágrimas, pero tengo una opresión horrible en el corazón y en el estómago.

—Oye, vamos a necesitar muchas cosas. ¿De dónde sacamos el dinero?

Rastignac sacó el reloj.

—Toma, vete corriendo a empeñarlo. No quiero pararme por el camino, porque me da miedo perder ni un minuto, y yo espero a Christophe. No tengo un céntimo, tendré que pagar el coche a la vuelta.

Rastignac se abalanzó hacia las escaleras y se fue a la calle de Helder, a casa de la señora de Restaud. Por el camino, la imaginación, impresionada con el espantoso

espectáculo que había presenciado, le atizó la indignación. Al llegar al vestíbulo y preguntar por la señora de Restaud, le contestaron que no estaba visible.

—Pero —le dijo al sirviente— vengo de parte de su padre, que se está muriendo.

—Señor, el señor conde nos ha dado unas órdenes de lo más riguroso.

—Si está en casa el señor de Restaud, dígame las circunstancias en que se halla su suegro y avíselo de que tengo que hablar con él en el acto.

Eugène tuvo que esperar mucho.

—A lo mejor se está muriendo ahora mismo —pensaba.

El sirviente lo hizo pasar al primer salón, donde el señor de Restaud recibió al estudiante de pie, sin pedirle que tomara asiento, ante una chimenea apagada.

—Señor conde —le dijo Rastignac—, su señor suegro está expirando ahora mismo en un cuchitril infame, sin un céntimo para comprar leña; se halla a las puertas de la muerte y quiere ver a su hija...

—Caballero —contestó con frialdad el conde de Restaud—, ya habrá podido percatarse de que le tengo muy poco cariño al señor Goriot. Implicó en su forma de ser a la señora de Restaud y ha sido la desgracia de mi vida; veo en él al enemigo de mi sosiego. Puede morir o vivir, me da exactamente igual. Ésos son los sentimientos que me inspira. La sociedad podrá censurarme, pero desprecio la opinión pública. Ahora tengo pendientes cosas más importantes que ocuparme de lo que puedan pensar de mí los necios o los indiferentes. En cuanto a la señora de Restaud, no está en estado de salir a la calle. Por lo demás no quiero que ponga los pies fuera de esta casa. Diga a su padre que en cuanto cumpla con sus deberes conmigo y con mi hijo irá a verlo. Si quiere a su padre, puede quedar libre dentro de pocos instantes...

—Señor conde, no me corresponde juzgar su comportamiento, usted manda en su mujer, pero ¿puedo contar con su lealtad? Pues ¡prométame nada más que le dirá que a su padre no le queda ni un día de vida y que ya la ha maldecido al no verla junto a la cabecera de su cama!

—Dígaselo usted mismo —contestó el señor de Restaud, a quien impresionó la indignación que revelaba el tono de Eugène.

Rastignac entró, en pos del conde, en el salón en que solía estar la condesa; la halló hecha un mar de lágrimas y hundida en una butaca como una mujer que desease morir. Le dio lástima. Antes de mirar a Rastignac, dirigió a su marido miradas medrosas que anunciaban una postración total de sus fuerzas, que una tiranía moral y física habían aplastado. El conde asintió con la cabeza y ella se creyó autorizada para hablar.

—Caballero, lo he oído todo. Dígame a mi padre que, si supiera en qué situación estoy, me perdonaría. No contaba con este suplicio, que está más allá de mis fuerzas, caballero; pero resistiré hasta el final —le dijo a su marido—. Soy madre. Dígame a mi padre que en lo que a él se refiere soy irreprochable, pese a las apariencias —le gritó,

desesperada, al estudiante.

Eugène se despidió del matrimonio, intuyendo la espantosa crisis en que se hallaba la mujer, y se retiró, estupefacto. El tono del señor de Restaud le había demostrado que la gestión era inútil y se dio cuenta de que Anastasie no era ya libre. Fue a toda prisa a casa de la señora de Nucingen y la encontró en la cama.

—Estoy indispuesta, mi pobre Eugène —le dijo—. Cogí frío al salir del baile; temo que sea una congestión pulmonar, estoy esperando al médico...

—Aunque tenga la muerte en los labios —le dijo Eugène, interrumpiéndola—, tiene que ir a rastras a ver a su padre. ¡La está llamando! Si pudiera oír el menor de sus gritos, no se sentiría enferma.

—Eugène, mi padre a lo mejor no está tan enfermo como dice usted; pero me desesperaría que usted me reprochara algo y haré lo que quiera. Mi padre bien sé que se moriría de pena si, por salir para ir a verlo, mi enfermedad se volviera mortal. Pero iré en cuanto venga el médico. ¡Ay! ¿Por qué no lleva ya el reloj? —dijo, al no ver la leontina. Eugène se ruborizó—. ¡Eugène! Eugène, si ya lo hubiera vendido o perdido... ¡Ah, estaría muy mal!

El estudiante se inclinó hacia la cama de Delphine y le dijo al oído:

—¿Quiere saberlo? Pues entérese de que su padre no tiene para pagar la mortaja que le pondrán esta noche. Y ese reloj que dice usted está empeñado, a mí no me quedaba nada.

Delphine saltó de golpe de la cama y fue a su secreter, cogió su bolsa y se la alargó a Rastignac. Tocó la campanilla y gritó:

—Voy, voy, Eugène. Deje que me vista. ¡Si es que sería un monstruo! ¡Váyase, que llegaré antes que usted! ¡Thérèse —le gritó a la doncella—, diga al señor de Nucingen que suba ahora mismo a hablar conmigo!

Eugène, contento por poder anunciar al moribundo la presencia de una de sus hijas, llegó casi alegre a la calle Neuve-Sainte-Geneviève. Rebuscó en la bolsa para poder pagar en el acto al cochero. En la bolsa de aquella mujer tan elegante había setenta francos. Al llegar a lo alto de las escaleras, se encontró con que a Goriot, a quien sujetaba Bianchon, lo estaba interviniendo el cirujano del hospital en presencia del médico. Le estaban quemando la espalda con moxas, último remedio de la ciencia, remedio inútil.

—¿Las nota? —preguntaba el médico.

Goriot, que vio a medias al estudiante, contestó:

—Vienen, ¿verdad?

—Puede salir adelante —dijo el cirujano—. Habla.

—Sí —contestó Eugène—. Delphine me viene siguiendo.

—¡Ah! —dijo Bianchon—, hablaba de sus hijas; clama por ellas como dicen que un hombre empalado clama por el agua.

—Déjelo ya —le dijo el médico al cirujano—; no hay nada que hacer, no lo salvaremos.

Bianchon y el médico volvieron a tumbar boca arriba al moribundo en el repulsivo jergón.

—Pero habría que mudarlo —dijo el médico—. Aunque no quede esperanza, no hay que faltarle al respeto a la naturaleza humana. Volveré, Bianchon —le dijo al estudiante—. Si se sigue quejando, póngale opio en el diafragma.

El cirujano y el médico se fueron.

—¡Vamos, Eugène, ánimo, muchacho! —le dijo Bianchon a Rastignac cuando se quedaron solos—, hay que ponerle una camisa blanca y mudarle la cama. Vete a decirle a Sylvie que suba sábanas y que nos eche una mano.

Eugène bajó y se encontró a la señora Vauquer poniendo la mesa con Sylvie. A las primeras palabras que le dijo, la viuda se le acercó y, adoptando la expresión agriamente empalagosa de una comerciante que no se fía y no querría ni perder dinero ni enfadar al cliente, le contestó:

—Mi querido señor Eugène, sabe tan bien como yo que al pobre Goriot no le queda un céntimo. Darle unas sábanas a un hombre que está estirando la pata es quedarse sin ellas, sobre todo cuando no habrá más remedio que perder una para la mortaja. Así que, como ya me debe ciento cuarenta y cuatro francos, si sumamos cuarenta francos de sábanas y de otras cosillas, y la vela que le dará Sylvie, se pone todo en por lo menos doscientos francos, que una pobre viuda como yo no está en condiciones de perder. ¡Caramba, sea justo, señor Eugène! Bastante llevo perdido en estos cinco días, desde que se me metió en casa la negra. Habría dado diez escudos por que ese buen hombre se hubiera ido estos días pasados, como dijeron ustedes. Son cosas que me dejan impresionados a los huéspedes. Poco me falta para mandar que se lo lleven al hospital. En fin, póngase en mi lugar. Mi negocio es, por encima de todo, mi vida.

Eugène subió a toda prisa al cuarto de Goriot.

—Bianchon, ¿y el dinero del reloj?

—Ahí está, encima de la mesa; quedan trescientos sesenta y tantos francos. De lo que me dieron he pagado todo lo que debíamos. La papeleta del Monte de Piedad está debajo del dinero.

—Tenga, señora —dijo Rastignac, tras bajar corriendo las escaleras, asqueado—, vamos a liquidar las cuentas. Al señor Goriot ya le queda poco en esta casa, y yo...

—Sí, saldrá con los pies por delante, pobre hombre —dijo la viuda, mientras contaba los doscientos francos, con expresión entre alegre y melancólica.

—Acabemos —dijo Rastignac.

—Sylvie, dele las sábanas y vaya arriba, a echar una mano a los señores.

—No se olvide de Sylvie —le dijo la señora Vauquer al oído a Eugène—. Lleva

dos noches sin pegar ojo.

En cuando Eugène dio media vuelta, la vieja fue corriendo a hablar con la cocinera.

—Coge esas sábanas a las que dimos la vuelta, las del número siete. Por Dios, siempre serán demasiado para un muerto —le dijo al oído.

Eugène, que ya había subido unos cuantos peldaños de las escaleras, no oyó lo que decía la anciana patrona.

—Vamos allá —le dijo Bianchon—, vamos a meterle la camisa. Mantenlo tieso.

Eugène se puso a la cabecera de la cama y sostuvo al moribundo, a quien Bianchon quitó la camisa; y el pobre hombre hizo un ademán como para agarrarse algo en el pecho y lanzó gritos lastimeros e inarticulados, como los animales cuando tienen que expresar un fuerte dolor.

—Ah, vaya —dijo Bianchon—, quiere una cadenita de pelo con un medallón que le quitamos hace un rato para colocarle las moxas. ¡Pobre hombre! Hay que volver a ponérsela. Está encima de la chimenea.

Eugène fue a coger una cadena trenzada con pelo de un rubio ceniciento, el de la señora Goriot, seguramente. De un lado del medallón, leyó; «Anastasie»; y, del otro: «Delphine». Imagen de su corazón, que siempre llevaba pegada al corazón. Los rizos que había dentro eran tan finos que debían de haberlos cortado en la primera infancia de las dos hijas. Cuando el medallón le tocó el pecho, el anciano soltó un resuello prolongado que anunciaba una satisfacción que espantaba. Era uno de esos últimos retumbos de la sensibilidad que parecía estarse retirando a ese centro desconocido de donde surgen nuestras simpatías y adonde van a parar. En el rostro convulso apareció una expresión de alegría enfermiza. A los dos estudiantes, a quienes impresionó aquel tremendo estallido de la fuerza de un sentimiento que sobrevivía al pensamiento, se les escaparon unas lágrimas, cuya calidez le cayó encima al moribundo, que lanzó un grito de agudo placer.

—¡Nasie! ¡Fifine! —dijo.

—Todavía vive —dijo Bianchon.

—¿Y le vale para algo? —dijo Sylvie.

—Para sufrir —contestó Rastignac.

Tras hacerle a su compañero una seña para indicarle que lo imitase, Bianchon se arrodilló para pasarle los brazos por las pantorrillas al enfermo, mientras Rastignac hacía otro tanto del otro lado para pasarle las manos por la espalda. Sylvie estaba lista para quitar las sábanas cuando levantasen en vilo al moribundo y cambiarlas por las que traía. Al haberlo engañado seguramente las lágrimas, éste echó mano de las últimas fuerzas para extender las manos, se topó a ambos lados de la cama con las cabezas de los estudiantes, las agarró con violencia por el pelo y oyeron que decía débilmente: «¡Ay, ángeles míos!». Dos palabras, dos susurros que acentuaba el alma,

que alzó el vuelo al decirlas.

—Pobrecito —dijo Sylvie, enternecida al oír aquella exclamación que reflejó un sentimiento supremo que la más espantosa, la más involuntaria de las mentiras exaltaba por vez postrera.

El último suspiro de aquel padre fue un suspiro de alegría. Aquel suspiro fue expresión de toda su vida, y volvió a engañarse. Colocaron de nuevo con piadoso cuidado a Goriot en el catre. A partir de ese momento no se le fue de la cara la huella dolorosa del combate que reñían la muerte y la vida en una maquinaria que carecía ya de esa especie de conciencia cerebral de donde se desprende en el ser humano la sensación del placer y la del dolor. La destrucción no era ya sino cuestión de tiempo.

—Estará así unas cuantas horas y se morirá sin que nos demos cuenta, ni siquiera habrá estertor. El cerebro debe de estar invadido del todo.

En aquel momento se oyeron en las escaleras los pasos de una mujer joven que llegaba jadeando.

—Llega demasiado tarde —dijo Rastignac.

No era Delphine, sino Thérèse, la doncella.

—Señor Eugène, ha habido una escena violenta entre los señores a cuenta del dinero que la pobre señora pedía para su padre. Se ha desmayado, ha venido el médico, ha habido que sangrarla, y gritaba: «¡Mi padre se muere, quiero ver a papá!». Unos gritos que partían el alma, vamos.

—Basta. Thérèse. Aunque viniera ahora, sería superfluo, el señor Goriot ya no conoce.

—Pobrecito señor, ¡tan mal está! —dijo Thérèse.

—Si ya no me necesitan, tengo que ir a ver qué pasa con la cena, son las cuatro y media —dijo Sylvie, que estuvo a punto de tropezarse en lo alto de las escaleras con la señora de Restaud.

La aparición de la condesa fue angustiosa y terrible. Miró el lecho de muerte de su padre, que iluminaba de mala manera una única vela, y lloró al verle al padre el rostro rígido donde aún palpitaban los últimos sobresaltos de la vida. Bianchon se retiró por discreción.

—No pude escaparme lo bastante deprisa —le dijo la condesa a Rastignac.

El estudiante asintió con un ademán de la cabeza rebotante de pena. La señora de Restaud le cogió la mano a su padre y se la besó.

—¡Perdóneme, padre! Decía que mi voz lo haría volver de la tumba; pues vuelva un momento a la vida para bendecir a su hija arrepentida. Óigame. ¡Esto es espantoso! Su bendición es la única que puedo recibir en este mundo a partir de ahora. Todo el mundo me odia, sólo usted me quiere. Hasta mis hijos me odiarán. Lléveme con usted, lo querré y lo cuidaré. Ya no oye; estoy loca.

Cayó de rodillas y miró aquel despojo con cara de delirio.

—Nada le falta a mi desdicha —dijo, mirando a Eugène—. El señor de Trailles se ha ido, dejando unas deudas gigantescas, y me he enterado de que me engañaba. Mi marido no me perdonará nunca, y lo he dejado que se apodere de mi fortuna. He perdido todas mis ilusiones. ¡Ay! ¿Por quiénes traicioné al único corazón —señaló a su padre— que me adoraba? ¡No le hice caso, lo rechacé, le di mil disgustos, porque soy una infame!

—Estaba al tanto —dijo Rastignac.

En aquel momento Goriot abrió los ojos, pero fue efecto de una convulsión. El gesto revelador de esperanza de la condesa no fue menos espantoso que verle la mirada al moribundo.

—¿Me estará oyendo acaso? —exclamó la condesa—. No —se dijo, sentándose junto a la cama.

Al manifestar la señora de Restaud el deseo de quedarse al cuidado de su padre, Eugène bajó, a tomar algo de alimento. Los huéspedes ya estaban reunidos.

—¿Qué? —le dijo el pintor—. Por lo visto vamos a tener arriba un *mortoramita*.

—Charles —le dijo Eugène—, me parece que debería escoger un tema menos tétrico para bromear.

—Si ya no va uno ni a poder reírse —contestó el pintor—. ¿Qué más da, si dice Bianchon que el buen hombre está inconsciente?

—Bueno —añadió el empleado del Museo de Ciencias—, pues habrá muerto como ha vivido.

—¡Mi padre ha muerto! —gritó la condesa.

Al oír tan terrible grito, Sylvie, Rastignac y Bianchon subieron y encontraron a la condesa desmayada. Tras hacerla volver en sí, la llevaron al coche de punto que la estaba esperando. Eugène la puso bajo los cuidados de Thérèse y le ordenó que la llevase a casa de la señora de Nucingen.

—Efectivamente, está muerto —dijo Bianchon al bajar.

—Vamos, señores, a la mesa, que se enfría la sopa —dijo la señora Vauquer.

Los dos estudiantes se sentaron juntos.

—¿Y ahora qué hay que hacer? —le preguntó Eugène a Bianchon.

—Pues le he cerrado los ojos y lo he arreglado como es debido. Cuando el médico de la tenencia de alcaldía dé constancia del fallecimiento, que tenemos que ir a declarar, lo coserán en la mortaja y lo enterrarán. ¿Qué otra cosa quieres que pase?

—Ya no volverá a oler el pan así —dijo un huésped, imitando la mueca del pobre hombre.

—Cuerpo de Cristo, señores —dijo el profesor pasante—, dejen ya al Goriot ese y no nos lo traigan más a la mesa. Llevamos una hora sirviéndolo con el aderezo de todas las salsas. Uno de los privilegios de esta buena villa de París es que se puede nacer, vivir y morir en ella sin que nadie se fije en uno. Disfrutemos de las ventajas

de la civilización. Hoy ha habido trescientas muertes, ¿es que quieren compadecerse de las hecatombes parisinas? ¡Si Goriot la ha espichado, mejor para él! Si usted lo adora, vaya a velarlo y déjenos cenar en paz a los demás.

—¡Huy, sí —dijo la viuda—, más le ha valido morirse! Por lo visto al pobre hombre le pasaron muchas desdichas en la vida.

Fue ésta toda la oración fúnebre que correspondió a un hombre que, para Rastignac, representaba la paternidad entera. Los quince huéspedes se pusieron a charlar como solían. Cuando Eugène y Bianchon hubieron acabado de comer, el ruido de los tenedores y de las cucharas, las risas de la conversación, las expresiones varias de aquellas caras glotonas e indiferentes, su despreocupación, todo ello, los colmó de espanto. Salieron a buscar a un sacerdote para que velase al muerto por la noche y rezase. Tuvieron que racionar sus últimos deberes póstumos teniendo en cuenta el poco dinero del que podían disponer. A eso de las nueve de la noche colocaron el cuerpo ante un fondo sujeto entre dos velas en aquel cuarto desnudo, y un sacerdote se sentó a su lado. Antes de irse a acostar, Rastignac, tras pedirle información al eclesiástico de lo que costaría aquel servicio y el traslado al cementerio, les escribió sendas notas al barón de Nucingen y al conde de Restaud rogándoles que enviasen a sus apoderados para correr con los gastos del entierro. Mandó a Christophe que las llevara y luego se acostó y se durmió, agotado de cansancio. A la mañana siguiente, Bianchon y Rastignac tuvieron que ir a declarar personalmente el fallecimiento, que quedó certificado alrededor de las doce. Dos horas después, ninguno de los yernos había mandado dinero, no se había presentado nadie en nombre de ellos y a Rastignac no le quedó ya más remedio que pagar el gasto del sacerdote. Sylvie pidió diez francos por amortajar al pobre hombre y coser la mortaja. Eugène y Bianchon echaron la cuenta de que, si los parientes del muerto no querían intervenir en nada, apenas si les llegaría para atender los gastos. Así que el estudiante de medicina se encargó de meter personalmente el cuerpo en una caja de pobre, que mandó traer de su hospital, donde la consiguió más barata.

—Gástales una broma a esos bribones —le dijo a Eugène—. Vete a comprar una concesión por cinco años a Le PèreLachaise y encarga un servicio de tercera en la iglesia y en las pompas fúnebres. Si los yernos y las hijas se niegan a pagar, manda grabar en la tumba: «Aquí yace el señor Goriot, padre de la condesa de Restaud y de la baronesa de Nucingen, enterrado a costa de dos estudiantes».

Eugène no siguió el consejo de su amigo más que tras haber ido infructuosamente a casa de los señores de Nucingen y de los señores de Restaud. No pasó de la puerta. Ambos porteros tenían órdenes tajantes.

—Los señores —dijeron— no reciben; ha fallecido su padre y están sumidos en el mayor dolor.

Eugène tenía experiencia bastante de la sociedad parisina para saber que no debía

insistir. Notó el corazón curiosamente oprimido cuando se vio en la imposibilidad de acercarse a Delphine. «Venda algún aderezo —le escribió en la portería— para que su padre pueda ir decentemente a su última morada».

Lacró la nota y le rogó al portero del barón que se la entregara a Thérèse para su ama, pero el portero se la entregó al barón de Nucingen, quien la echó al fuego. Tras haber tomado todas las disposiciones, Eugène volvió a eso de las tres a la casa de huéspedes y no pudo contener una lágrima cuando vio en aquella puerta, que no era ni principal ni de servicio, el ataúd apenas tapado con un paño negro y colocado encima de dos sillas en aquella calle desierta. Un mal hisopo, que nadie había tocado aún, estaba a remojo en una fuente de cobre plateado llena de agua bendita. La puerta ni siquiera tenía colgaduras negras. Era la muerte de los pobres, que no tiene ni fastos, ni acompañantes, ni amigos, ni parientes.

Bianchon, a quien no le quedaba más remedio que estar en el hospital, le había escrito a Rastignac una nota para informarlo de lo que había dejado arreglado en la iglesia. El interno le decía que una misa estaba por las nubes y que había que conformarse con un servicio de vísperas, más barato, y que había mandado a Christophe con una nota a las pompas fúnebres. Cuando Eugène estaba acabando de leer lo que había garabateado Bianchon, le vio en las manos a la señora Vauquer el medallón con marco de oro donde estaba el pelo de las hijas.

—¿Cómo se ha atrevido a coger eso? —le dijo.

—¡Anda! ¿Y lo van a enterrar con él puesto? —contestó Sylvie—. Es de oro.

—¡Por supuesto! —contestó Eugène, indignado—. Que se lleve al menos lo único que puede representar a sus dos hijas.

Cuando llegó el coche de muerto, Eugène mandó que subieran la caja, la desclavó y le colocó piadosamente al pobre hombre en el pecho aquella imagen que tenía que ver con los tiempos en que Delphine y Anastasie eran jóvenes, vírgenes y puras, y *no tenían uso de razón*, como había dicho él en sus gritos de agonizante. Rastignac y Christophe fueron los únicos que acompañaron, con dos enterradores, el coche que llevaba al buen hombre a Saint-Étienne-du-Mont, iglesia a poca distancia de la calle Neuve-SainteGeneviève. Al llegar, expusieron el cuerpo en una capillita baja de techo y oscura, por cuyas intermediaciones buscó en vano el estudiante a las dos hijas de Goriot o a sus maridos. Estuvo solo con Christophe, que se creía en la obligación de rendir los deberes póstumos a un hombre que le había dado a ganar unas cuantas buenas propinas. Mientras esperaban a los dos sacerdotes, al monaguillo y al sacristán, Rastignac le estrechó la mano a Christophe sin poder articular palabra.

—Sí, señor Eugène —dijo Christophe—, era un hombre bueno y un hombre de bien, que nunca levantó la voz, que no perjudicaba a nadie y que nunca hizo daño alguno.

Llegaron los dos sacerdotes, el monaguillo y el sacristán y dieron cuanto puede

darse por setenta francos en una época en que la religión no es lo bastante rica para rezar gratis. Los clérigos cantaron un salmo, el *Libera*, y el *De profundis*. El servicio duró veinte minutos. Sólo había un coche de duelo, para un sacerdote y un monaguillo, que consintieron en llevar a Eugène y a Christophe.

—Como no hay comitiva —dijo el sacerdote—, podremos ir deprisa y no entretenernos. Ya son las cinco y media.

No obstante, cuando estaban colocando el cuerpo en el coche de muerto, aparecieron dos carruajes con escudo de armas, aunque vacíos, el del conde de Restaud y el del barón de Nucingen, y fueron siguiendo el convoy hasta Le Père-Lachaise. A las seis, bajaron el cuerpo de Goriot a la fosa, en torno a la que estaban los criados de sus hijas, que se esfumaron con los clérigos en cuanto quedó dicha la corta oración que se le debía al pobre hombre por la cantidad que había pagado el estudiante. Cuando los dos enterradores echaron unas cuantas paletadas de tierra encima de la caja para taparla, se incorporaron y uno de los dos, dirigiéndose a Rastignac, le pidió la propina de ambos. Eugène se hurgó en los bolsillos, no le quedaba nada y no tuvo más remedio que pedirle prestado un franco a Christophe. Este hecho, tan inane en sí, provocó en Rastignac un ataque tremendo de tristeza. Caía la noche, no quedaba ya más que un crepúsculo que irritaba los nervios; miró la tumba, enterró en ella su última lágrima de muchacho, aquella lágrima que le habían arrancado las emociones santas de un corazón puro, una de esas lágrimas que, desde el suelo en que caen, brotan luego casi hasta los cielos. Se cruzó de brazos y se puso a contemplar las nubes. Christophe se marchó. Tras quedarse solo, Rastignac dio unos cuantos pasos hacia la parte alta del cementerio y vio París, sinuosamente tendido por ambas orillas del Sena, donde empezaban a brillar las luces. Se le quedaron clavados los ojos casi con avidez entre la columna Vendôme y la cúpula de Les Invalides, en ese lugar donde vivía la buena sociedad en la que había querido entrar. Le lanzó a aquella colmena zumbadora una mirada que parecía estarle extrayendo la miel de antemano y dijo estas palabras grandiosas:

—¡Ahora vamos a vernos las caras tú y yo!

Regresó a pie a la calle de Artois y se fue a cenar a casa de la señora de Nucingen^[28].

Saché, septiembre de 1834



HONORÉ DE BALZAC nació en 1799 en Tours, donde su padre era jefe de suministros de la división militar. La familia se trasladó a París en 1814. Allí el joven Balzac estudió Derecho, fue pasante de abogado, trabajó en una notaría y empezó a escribir: obras filosóficas y religiosas, novelas de consumo publicadas con pseudónimo e incluso una tragedia en verso, *Cromwell*, se cuentan entre estas primeras producciones, todas ellas anteriores a 1827. Fue editor, impresor y propietario de una fundición tipográfica, pero todos estos negocios fracasaron, acarreándole deudas de las que no se vería libre en toda la vida.

En 1830 publica seis relatos bajo el título común de *Escenas de la vida privada*, y en 1831 aparecen otros trece bajo el de *Novelas y cuentos filosóficos*: en estos volúmenes se encuentra el germen de *La comedia humana*, ese vasto «conjunto orgánico» de ochenta y cinco novelas sobre la Francia de la primera mitad del siglo XIX, cuyo nacimiento oficial no se produciría hasta 1841, a raíz de un contrato con un grupo de editores. De este célebre ciclo son magníficos ejemplos *El pobre Goriot* (1835), *Grandeza y decadencia de César Birotteu, perfumista* (1837), *La Casa Nucingen* (1837) y *La prima Bette* (1846). Balzac, autor de una de las obras más influyentes de la literatura universal, murió en París en 1850.

Notas

[¹] Uno de los nombres del dios Vishnú. [*Esta nota, como todas las siguientes, es de la traductora*]. <<

[2] Georges Cadoudal y Charles Pichegru, que organizaron una conjura fallida contra el primer cónsul Napoleón Bonaparte. <<

[3] Uno de los titanes que Zeus precipitó en el Tártaro. Jápeto es hermano de Cronos.

<<

[4] En una de las fábulas de La Fontaine, *El mono y el gato*, Raton, el gato, le saca con la zarpa unas castañas del fuego a Bertrand, el mono, que se las come. <<

[5] Restaurante en cuyo rótulo aparecía un buey con sombrero y chal. Se trataba, de hecho, de un juego de palabras, puesto que «*bœuf à la mode*» es el nombre de un guiso de vaca en salsa. <<

[6] Franz Joseph Gall (1758-1828) consideraba que las funciones mentales residían en áreas específicas del cerebro y que ello determinaba el comportamiento; según él, el desarrollo de esas zonas se reflejaba en unas protuberancias o chichones en la superficie del cráneo. <<

[7] Balzac da a *morganático* el sentido de «ilegítimo». <<

[8] «De la misma harina». Suele emplearse en sentido despectivo. <<

[9] Personaje de *Le sourd ou L'Auberge pleine*, una comedia de Pierre-Jean-Baptiste Choudard, conocido por Desforges (1746-1806); era el prototipo de padre ridículo.

<<

[10] Las redes que detenían los cadáveres de los ahogados. <<

[11] Trabajos forzados. <<

[12] Es decir, un candidato legitimista en vez de un candidato liberal. <<

[13] Metternich. <<

[14] Y que procede de la clasificación de los átomos de Demócrito. <<

[15] *El misántropo* y *El corazón de Midlothian* respectivamente. <<

[16] Vautrin parodia un verso de Racine: «Crecido en el serrallo, conozco sus revueltas». (*Bayaceto*, acto IV, escena VII). <<

[17] Tragedia de Thomas Otway, estrenada en 1682. <<

[18] Nombre del califa en la ópera *El califa de Bagdad*, de François-Adrien Boïeldieu, estrenada en 1800. <<

[19] «Ráfaga de viento» y, aquí, «catástrofe»... Lo inglés estaba a la sazón de moda en todos los aspectos de la vida cotidiana. <<

[20] Véase nota 9. <<

[21] Relojero suizo de moda en aquella época, cuyos relojes eran carísimos. <<

[22] Alusión a *El último mohicano* (1826) de James Fenimore Cooper: mirada aparentemente fija, pero a la que no se le escapa nada de lo que sucede alrededor. <<

[23] Melodrama de René Charles Guilbert de Pixérecourt sacado de *Le solitaire*, una obra del vizconde de Arlincourt, cuya protagonista se llama Élodie y a quien la señora Vauquer confunde con Atala de Chateaubriand. Por lo demás, Balzac comete un anacronismo, pues ese melodrama no se estrenó hasta 1821, siendo así que la acción de la novela transcurre en 1819. <<

[24] Donde ejecutaban a los reos. <<

[25] «Todos van en pos del propio placer». Virgilio, *Bucólicas*. <<

[26] Balzac alude al nacimiento, en 1667, de Luis de Borbón, hijo de Luis XIV y de su amante Louise de Lavalrière. <<

[27] Prisión donde se cumplían las penas por deudas. <<

[28] Así acaba la novela en la *édition Furne de La comédie humaine*. Pero, en ediciones posteriores, el final es el siguiente (no hemos sido capaces de prescindir de ninguno de los dos):

«Y como primer gesto en el desafío con que retaba a la Sociedad, Rastignac se fue a cenar a casa de la señora de Nucingen». <<